

Charles Bukowski

MUJERES

Traducción de Jorge Berlanga

«Más de un hombre bueno ha
acabado en el arroyo por culpa de una
mujer.»

HENRY CHINASKI

1

Tenía cincuenta años y no me había acostado con una mujer desde hacía cuatro. No tenía amigas. Las miraba cuando me cruzaba con ellas en la calle o dondequiera que las viese, pero las miraba sin ningún anhelo y con una sensación de inutilidad. Me masturbaba regularmente, pero la idea de tener una relación con una mujer —incluso en términos no sexuales— estaba más allá de mi imaginación. Tenía una hija de seis años de edad nacida fuera de matrimonio. Vivía con su madre y yo pagaba su mantenimiento. Yo había estado casado años antes, a la edad de 35. El matrimonio duró año y medio. Mi mujer se divorció de mí. Sólo una vez en mi vida había estado enamorado, pero ella murió de alcoholismo agudo. Murió a los 48 años, cuando yo tenía 38. Mi mujer era doce años más joven que yo. Creo que también ella está ahora muerta, aunque no estoy seguro. Me escribió después de divorciarnos todas las navidades una larga carta durante seis años. Yo nunca respondí...

No sé muy bien cuándo vi por primera vez a Lydia Vanee. Fue hace cerca de seis años y yo acababa de dejar un trabajo de doce años como empleado de correos para hacerme escritor. Estaba aterrorizado y bebía más que nunca. Estaba intentando empezar mi primera novela. Me bebía una botella de whisky y una docena de cervezas cada noche mientras escribía. Fumaba puros baratos y le pegaba a la máquina de escribir y escuchaba música clásica en la radio hasta que amanecía. Me había fijado un mínimo de diez páginas por noche, pero hasta el día siguiente, nunca podía saber cuántas páginas había escrito. Me levantaba por la mañana, vomitaba y entonces me iba hasta la sala y miraba en el sofá para ver cuántas hojas había. Siempre excedían de las diez. Unas veces había 17, otras 18, 23, 25 páginas. Por supuesto, el trabajo de cada noche tenía que ser corregido o tirado a la basura. Me llevó veintiuna noches escribir mi primera novela.

Los dueños del apartamento donde entonces vivía, que vivían en la parte de atrás, pensaban que estaba chiflado. Todas las mañanas, al despertarme me encontraba con una gran bolsa de papel marrón en el porche. El contenido solía variar, pero la mayoría de las veces las bolsas estaban llenas de tomates, rábanos, naranjas, cebolletas, botes de sopa y cebollas. Muchas noches me iba a beber cerveza con ellos hasta las cuatro o las cinco de la madrugada. El viejo acababa yéndose a dormir y su señora y yo nos cogíamos de la mano y a veces nos besábamos. Siempre le pegaba un buen beso en la puerta al despedirme. Su cara estaba terriblemente arrugada, pero ella no tenía la culpa. Era católica y tenía una pinta muy graciosa cuando se ponía su sombrerito rosa y se iba a misa los domingos.

Creo que conocí a Lydia Vanee en mi primer recital de poesía. Fue en una librería de la Avenida Kenmore, la librería Drawbridge. Estaba otra vez aterrorizado. Mucho más que aterrorizado. Cuando entré apenas había un alfiler. Peter, que llevaba la librería y vivía con una negra, tenía delante de él una pila de billetes.

—¡Mierda —me dijo—, si siempre pudiera llenar esto de igual manera tendría bastante dinero para hacerme otro viaje a la India!

Yo entré y comenzaron a aplaudirme. En lo que se refería a lecturas poéticas, me lucía la gloria por las pelotas.

Leí durante media hora y entonces hubo un descanso. Todavía estaba sobrio y podía sentir todos los ojos mirándome fijamente desde la oscuridad. Algunas personas subieron a hablar conmigo. Y luego, durante un momento de calma, subió Lydia Vanee. Yo estaba sentado a la mesa bebiendo cerveza. Ella puso ambas manos en el borde de la mesa y se inclinó para observarme. Tenía una larga cabellera castaña, nariz prominente y uno de sus ojos no acababa de conciliarse con el otro. Pero proyectaba vitalidad —una de esas personas que no pueden pasar desapercibidas. Sentí correr vibraciones entre nosotros. Algunas eran confusas y no parecían buenas vibraciones, pero allí estaban. Ella me miraba y yo la miraba a mi vez. Llevaba una chaqueta vaquera de ante con flecos en el cuello. Tenía unas buenas tetas. Le dije:

—Me gustaría rasgar esos flecos de tu chaqueta... Podríamos empezar aquí mismo.

Lydia se fue. No había funcionado. Nunca sabía qué decir a las mujeres. Pero ella tenía un verdadero culo. Contemplé aquel hermoso culo mientras se alejaba. La culera de sus jeans se ajustaba a él y se mecía mientras yo clavaba inmóvil mi mirada.

Acabé la segunda parte del recital y me olvidé de Lydia igual que olvidaba a las mujeres que me cruzaba por la calle. Recogí mi dinero, firmé algunos autógrafos en servilletas y trozos de papel, salí de allí y conduje de vuelta a casa.

Todavía seguía trabajando cada noche en la novela. Nunca comenzaba a escribir antes de las 6:18 de la tarde. Esa era la hora en que solía fichar en la

oficina de correos. Ellos vinieron a las seis: Peter con Lydia Vanee. Abrí la puerta y Peter me dijo:

—¡Mira, Henry, mira lo que te traigo!

Lydia se subió a la mesilla del café. Sus jeans parecían más ajustados que nunca. Agitó su larga cabellera de un lado a otro. Era enloquecedora, era milagrosa. Por primera vez consideré la posibilidad de hacer realmente el amor con ella. Empezó a recitar poesía. Suya. Bastante mala. Peter intentó pararla.

—*¡No! ¡Nada de poesía rimada en casa de Henry Chinaski!*

—Déjala, Peter.

Quería contemplar sus nalgas. Ella no paraba de moverse en aquella vieja mesa. Entonces se puso a bailar. Agitaba los brazos. La poesía era terrible, el cuerpo y la locura no lo eran en absoluto.

Lydia bajó de un salto.

—¿Te ha gustado, Henry?

—¿El qué?

—La poesía.

—No mucho.

Lydia se quedó allí de pie con sus hojas de poemas en la mano. Peter la abrazó.

—¡Vamos a joder! —le dijo—. ¡Venga, vamos a joder!

Ella se separó de un empujón.

—¡Está bien —dijo Peter—, entonces me voy!

—Pues vete. Yo tengo mi coche —dijo Lydia—, puedo volver sola a casa.

Peter se fue hacia la puerta. Entonces paró y se dio la vuelta.

—¡Muy bien, Chinaski! ¡No te olvides de lo que te he traído!

Dio un portazo y desapareció. Lydia se sentó en el sofá. Yo me senté a su lado, ligeramente separado. La miré. Se la veía maravillosa. Estaba asustado. Me incliné hacia ella y toqué su pelo. Era mágico. Retiré mi mano.

—¿Es de verdad tuyo todo este pelo? —le pregunté.

—Sí —dijo ella.

Puse mi mano bajo su barbilla y torpemente traté de dirigir su cabeza hacia la mía. No se me daban muy bien estas situaciones. La besé suavemente.

Lydia se levantó de un salto.

—Debo irme. Estoy pagando a una canguro.

—Oye —le dije—, quédate. Yo la pagaré, sólo quédate un rato más.

—No, no puedo —dijo ella—, debo irme.

Se fue hacia la puerta. La seguí. Abrió la puerta. Entonces se volvió hacia mí. Me acerqué a ella una última vez. Aproximó su cara y me dio un beso pequeñísimo. Luego me puso un puñado de papeles en la mano y se marchó. La puerta se cerró. Me senté en el sofá con los papeles en mis manos y la oí poner en marcha el coche.

Los poemas estaban grapados juntos, fotocopiados, y se titulaban *ELLLLLLA*. Leí unos cuantos. Eran interesantes, llenos de humor y sexualidad, pero estaban muy mal escritos. Eran de Lydia y sus tres hermanas —todas igual de alegres, valientes y sexys. Eché las hojas a un lado y abrí una botella de whisky. Ya había oscurecido. En la radio sonaban Mozart y Brahms y los Bee.

2

Un día o así más tarde recibí por correo un poema de Lydia. Era un largo poema que empezaba así:

Sal, viejo ogro,
Sal de tu oscuro hoyo, viejo ogro,
Sal a la luz del sol con nosotras y
Déjanos poner margaritas en tus cabellos...

El poema venía a decirme lo bueno que sería bailar en la campiña con hembras cervales que me procurarían gozo y conocimiento verdadero. Dejé la carta en el escritorio.

A la mañana siguiente me despertaron unos golpes en los paneles de cristal de mi puerta. Eran las diez y media de la mañana.

—Lárguese —dije.

—Soy Lydia.

—Está bien, espera un momento.

Me puse una camisa y unos pantalones y abrí la puerta. Entonces me fui corriendo al baño a vomitar. Traté de lavarme los dientes pero lo único que conseguí fue vomitar de nuevo. La dulzura de la pasta de dientes me revolvía el estómago. Salí.

—Estás enfermo —dijo Lydia—. ¿Quieres que me vaya?

—No, no. Estoy bien. Siempre me ocurre lo mismo al despertarme.

Lydia tenía una pinta magnífica. La luz entraba a través de las cortinas y se reflejaba en ella. Llevaba una naranja en la mano y jugaba con ella lanzándola al aire. La naranja giraba llena de color entre los rayos del sol.

—No puedo quedarme —me dijo—, pero quiero pedirte una cosa.

—Dime.

—Soy escultora. Quiero esculpir tu cabeza.

—Vale.

—Tendrás que venir a mi casa. No tengo estudio y tendremos que hacerlo allí. Eso no te pondrá nervioso, ¿verdad?

—No.

Apunté su dirección y las instrucciones para llegar allí.

—Trata de aparecer hacia las once de la mañana. Los niños vienen de la escuela a mediodía y nos molestarán.

—Me pasaré a las once.

Me senté frente a Lydia en la mesita de su cocina. Entre nosotros había un gran montón de barro. Empezó a hacerme preguntas.

—¿Viven todavía tus padres?

—No.

—¿Te gusta Los Ángeles?

—Es mi ciudad favorita.

—¿Por qué escribes sobre las mujeres de esa manera?

—¿De qué manera?

—Ya lo sabes.

—No, no sé.

—Bueno, me parece algo vergonzoso que un hombre que escribe tan bien como tú no sepa absolutamente nada de las mujeres.

No contesté.

—¡Maldita sea! ¿Qué habrá hecho Lisa con...? —empezó a rebuscar por todas partes—. ¡Oh, estas niñas que les quitan las herramientas a sus madres!

Lydia encontró una.

—Creo que ésta servirá. Ahora estate quieto. Relájate, pero estate quieto.

Yo le daba la cara. Ella trabajaba en la masa de barro con una herramienta

de madera con un bucle de alambre. Me apuntaba con aquel instrumento por encima de la montaña de barro. Yo la miraba. Sus ojos me observaban. Eran grandes, de un color marrón oscuro. Incluso su ojo malo, el que no acababa de coordinarse con el otro, tenía buena pinta. Yo le devolvía la mirada.

Lydia trabajaba. El tiempo transcurría. Yo estaba en trance. Entonces ella dijo:

—¿Qué tal un descanso? ¿Te apetece una cerveza?

—Muy bien, sí.

Cuando se fue hacia la nevera yo la seguí. Sacó una botella y cerró la puerta. Mientras se volvía la agarré por la cintura y me la atraje. Junté mi boca con su boca y mi cuerpo con el suyo. Ella sostenía la botella de cerveza apartando el brazo. La besé. La besé otra vez. Lydia se separó de un empujón.

—Bueno —dijo—, ya es suficiente. Tenemos trabajo que hacer.

Nos volvimos a sentar y yo me bebí mi cerveza mientras ella fumaba un cigarrillo, con el barro entre nosotros. Entonces sonó el timbre de la puerta. Lydia se levantó y fue a abrir. Allí estaba una mujer gorda con ojos frenéticos e inquisitivos.

—Esta es mi hermana Glendoline.

—Hola.

Glendoline cogió una silla y empezó a charlar. Podía *de veras* charlar. Aunque hubiese sido una esfinge hubiera hablado igual, lo mismo que si hubiese sido una piedra. Me preguntaba cuándo se cansaría y se marcharía de una vez. Incluso aunque dejara de escucharla, me sentía como ametrallado por pequeñas pelotas de ping-pong. Glendoline no tenía noción del tiempo ni la menor idea de que pudiera estar molestando. Sólo hablaba y hablaba.

—¿Oye —le dije finalmente—, cuándo te piensas marchar?

Entonces comenzó una pantomima de hermanas. Empezaron a hablarse, la una a la otra, las dos de pie, agitando los brazos. Subió el tono de las voces. Se atacaban la una a la otra con verdadera agresividad física. Por último —cercano ya el fin del mundo— Glendoline hizo un gigantesco giro de torso y se fue volando hasta la puerta, atravesando las colgaduras del dintel y desapareciendo —aunque todavía se la podía oír irritada y bufando— de camino a su apartamento en la parte trasera del edificio.

Lydia y yo volvimos a la mesa de la cocina y nos sentamos. Ella cogió su paleta de esculpir. Sus ojos se clavaron en los míos.

3

Una mañana, unos cuantos días después, entré en el patio de la casa de Lydia al mismo tiempo que ella venía por el callejón de ver a una amiga, Tina, que vivía en una casa de apartamentos en la esquina. Parecía eléctrica aquella mañana, muy parecida a la vez que vino a verme con la naranja.

—¡Ooooh! —dijo—. ¡Llevas una camisa nueva!

Era cierto. Me había comprado la camisa pensando en ella, en verla a ella. Sabía que ella lo sabía y se estaba burlando de mí, pero no me importaba.

Lydia abrió la puerta y entramos. El barro estaba en el centro de la mesa de la cocina cubierto con un paño húmedo. Quitó el paño.

—¿Qué te parece?

No faltaba nada. Las cicatrices estaban allí, la nariz de alcohólico, la boca de mono, los ojos estrechados hasta parecer rendijas, y tenía la boba y complacida sonrisa de un hombre feliz, ridículo, disfrutando de su suerte y preguntándose el porqué. Ella tenía 30 años y yo más de 50. Me daba igual.

—Sí —dije—, me has dejado clavado. Me gusta. Pero parece que está ya casi terminado. Creo que me va a dar pena cuando esté acabado. Han sido unas cuantas mañanas y tardes cojonudas.

—¿Te ha quitado horas de trabajo?

—No, yo sólo escribo cuando se hace de noche. No puedo escribir a la luz del día.

Lydia levantó su espátula y me miró.

—No te preocupes. Todavía me queda mucho por hacer. Quiero conseguir la expresión perfecta.

Al primer descanso sacó una botella de whisky del refrigerador.

—Ah —dije yo.

—¿Cuánto quieres? —me preguntó enseñándome un largo vaso.

—Mitad y mitad.

Sirvió la bebida y yo me la eché al colete.

—Ya he oído hablar de ti —dijo ella.

—¿El qué?

—De cómo echas a patadas a la gente fuera de tu casa. Que pegas a tus mujeres.

—¿Que pego a mis mujeres?

—Sí, me lo han contado.

Abracé a Lydia y nos dimos el beso más largo de nuestra vida. La sostuve contra el fregadero y empecé a frotar mi polla contra su vientre. Me apartó de un empujón pero la volví a coger en mitad de la cocina.

Su mano buscó la mía y la guió hacia el interior de sus pantalones, por dentro de sus bragas. Uno de mis dedos tocó el borde superior del coño. Estaba húmeda. Mientras continuaba besándola, le trabajé la raja con el dedo. Entonces saqué la mano, me aparté, cogí la botella y me serví otro trago. Me senté junto a la mesa y Lydia se puso en el otro lado y me miró. Luego comenzó de nuevo a trabajar con el barro. Me bebí con calma mi whisky.

—Mira —dije—, sé cuál es tu tragedia.

—¿Qué?

—Sé cuál es tu tragedia.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dije—, olvídalo.

—Quiero saberlo.

—No quiero herir tus sentimientos.

—Quiero saber de qué hostias estás hablando.

—De acuerdo, si me pones otro trago te lo diré.

—Muy bien.

Lydia cogió mi vaso vacío y me sirvió medio whisky con agua. Lo bebí otra vez con lentitud.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Demonios, ya sabes.

—¿Qué sé?

—Tienes el chocho grande.

—¿Qué?

—Ocurre con frecuencia. Tú has tenido dos niños.

Lydia se sentó en silencio, trabajando con el barro. Entonces dejó a un lado su herramienta. Se fue hasta la esquina de la cocina, junto a la puerta trasera. La vi inclinarse y quitarse las botas. Luego se bajó los pantalones y las bragas. Su coño estaba allí, mirándome directamente.

—Muy bien, hijo de puta —dijo—. Te voy a demostrar que estás equivocado.

Me quité los zapatos, pantalones y calzones. Me puse de rodillas en el suelo de linóleo y luego encima de ella, abrazándola. Empecé a besarla. Se me empalmó rápidamente y pude sentir cómo la penetraba.

Comencé a sacudir... uno, dos, tres...

Entonces se oyó un golpe en la puerta delantera. Era una llamada de niño —puños pequeños, frenéticos, persistentes. Lydia me apartó rápidamente de un empujón.

—¡Es *Lisa*! ¡Hoy no iba a la escuela! ¡Ha estado en...! —se levantó de un salto y empezó a vestirse.

—¡Vístete! —me dijo.

Me puse la ropa tan rápido como pude. Lydia fue hasta la puerta y allí estaba su hijita de cinco años:

—¡MAMA! ¡MAMA! ¡Me he cortado en un dedo!

Salí al recibidor. Lydia tenía a Lisa en su regazo.

—Ooooh, deja que *Mamita* te lo vea. Ooooh, deja que *Mamita* te bese el dedo. Tu *Mami* te lo curará.

—¡MAMI, me duele!

Miré el corte, era casi invisible.

—Oye —le dije finalmente a Lydia—, te veré mañana.

—Lo siento —dijo ella.

—Ya lo sé.

Lisa me miró, no paraban de caerle lágrimas.

—Lisa no dejaría que le ocurriese nada *malo* a su Mamá —dijo Lydia.

Abrí la puerta, salí, la cerré y me dirigí hacia mi Mercury Comet de 1962.

4

Por aquel tiempo yo estaba editando una pequeña revista, *Laxative Approach*. Tenía dos coeditores y los tres teníamos la sensación de estar publicando a los mejores poetas de nuestro tiempo. También a algunos de los otros. Uno de los editores era un subnormal de dos metros de altura rebotado de la universidad, Kenneth Mulloch (negro), al que le mantenían por una parte su madre y por otra su hermana. El otro editor era Sammy Levinson (judío), de 27 años, que vivía con sus padres y era mantenido por ellos.

Las páginas estaban impresas. Teníamos que revisarlas y fijarlas a las cubiertas.

—Lo que hay que hacer —dijo Sammy—, es organizar una fiesta de

revisión. Sirves bebidas, explicas un poco de qué va la cosa y dejas que ellos hagan el trabajo.

—Odio las fiestas —dije. —

—Yo me encargo de las invitaciones —dijo Sammy.

—De acuerdo —dije yo, e invité a Lydia.

La noche de la fiesta Sammy apareció con todas las páginas ya revisadas. Era uno de esos tipos nerviosos con un tic en la cabeza y no había sido capaz de esperar más para ver sus propios poemas impresos. Había revisado toda la revista él solito y luego pegado las cubiertas. A Kenneth Mulloch no se le pudo localizar —probablemente estaría en la cárcel o en algún asilo.

Empezó a llegar gente. Yo conocía a muy pocos. Me acerqué a la parte trasera del edificio a ver a mi casera. Me abrió la puerta.

—Estoy celebrando una fiesta, señora O'Keefe. Me gustaría que usted y su marido vinieran. Hay mucha cerveza, canapés y patatas fritas.

—¡Oh, por Dios, no!

—¿Por qué no?

—¡He visto a toda esa gente entrar ahí! ¡Todas esas barbas y esas melenas y esos trajes harapientos! ¡Con pulseras y collares... parecen una panda de comunistas! ¿Cómo puede aguantar a gente de esa calaña?

—Yo tampoco los aguanto, señora O'Keefe. Sólo bebemos cerveza y charlamos. No significa nada.

—Vigílelos. Esa gentuza robará las cañerías.

Cerró la puerta.

Lydia llegó tarde. Entró por la puerta como una actriz. La primera cosa que vi fue su gran sombrero vaquero con una pluma en la cinta. No me dijo nada, pero inmediatamente se sentó junto a un joven librero y comenzó a conversar intensamente con él. Yo empecé a beber más fuertemente y algo de coherencia y humor abandonaron mi conversación. El librero era bastante buen chico, intentaba ser escritor. Se llamaba Randy Evans y estaba demasiado embebido de Kafka para conseguir la menor claridad literaria. Le habíamos publicado en *Laxative Approach* más que nada por no herir sus sentimientos y también para conseguir que nos distribuyera la revista desde su librería.

Bebí mi cerveza y vagué de un lado a otro. Salí al porche trasero, me senté en el bordillo y contemplé a un gran gato negro que trataba de meterse en un cubo de basura. Me acerqué a él. Cuando estaba a escasos pasos, saltó del cubo de basura. Se quedó a una cierta distancia observándome. Agarré el asa del cubo y quité la tapa. El hedor era horrible. Tiré la tapa al suelo y me alejé. El gato subió de un salto y se quedó quieto, en equilibrio en el borde del cubo. Dudó un

momento y luego, brillando bajo la luz de la luna, se metió de lleno.

Lydia todavía seguía hablando con Randy, y me di cuenta de que por debajo de la mesa uno de sus pies estaba tocando el pie de Randy. Abrí otra cerveza.

Sammy tenía a toda la panda riéndose a carcajadas. Yo era algo mejor que él cuando quería hacer que toda la gente se riera, pero aquella noche no estaba en muy buenas condiciones. Había 15 o 16 hombres y dos mujeres —Lydia y April. April era una gorda blenorragica. Estaba despatarrada en el suelo. Después de una hora más o menos se levantó y se fue con Carl, un freak colgado de anfetaminas. Eso dejó a 15 o 16 hombres y Lydia. Encontré una botellita de whisky en la cocina, me la saqué al porche y me fui echando tragos.

Los tipos comenzaron a marcharse gradualmente a medida que avanzaba la noche. Hasta Randy Evans se marchó. Finalmente sólo quedamos Sammy, Lydia y yo. Lydia estaba hablando con Sammy. El dijo algunas cosas divertidas. Conseguí reírme. Entonces dijo que se tenía que marchar.

—Por favor, Sammy, no te vayas —dijo Lydia.

—Deja al chico que se marche —dije yo.

—Sí, tengo que irme —dijo Sammy.

Después de que Sammy se fuera, Lydia me dijo:

—No tenías por qué haberle largado. Sammy es un tío divertido, de lo más cachondo. Heriste sus sentimientos.

—Pero yo quiero hablar contigo a solas, Lydia.

—Me gustan tus amigos. Yo no conozco a tantos tipos de gente como tú conoces. ¡A mí *me gusta* la gente!

—A mí no.

—Ya sé que a ti no, pero a mí *sí*. La gente viene a verte. Quizá si no viniesen a verte los apreciaras más.

—No, cuanto menos les veo más me gustan.

—Heriste los sentimientos de Sammy.

—Oh, mierda, se fue a casa de su madre.

—Eres celoso, eres un ser inseguro. Te crees que me quiero ir a la cama con todos los hombres a los que hablo.

—No, no creo. Oye, ¿te apetece un trago?

Me levanté y le preparé uno. Lydia encendió un largo cigarrillo y miró ensimismada su bebida.

—Tienes de verdad una pinta estupenda con ese sombrero —le dije—, esa pluma púrpura es soberbia.

—Es el sombrero de mi padre.

—¿Y no lo echa de menos?

—Está muerto.

La eché en el sofá y le di un largo beso. Ella me habló de su padre. Al morir les había dejado a las cuatro hermanas algo de dinero. Eso les había permitido independizarse y le había permitido a Lydia divorciarse de su marido. Me contó también que pasó una temporada muy depresiva y que estuvo algún tiempo en un manicomio. La besé de nuevo.

—Oye —le dije—, vamos a echarnos en la cama. Estoy cansado.

Para mi sorpresa, ella me siguió al dormitorio. Me tumbé en la cama y noté como ella se sentaba. Cerré los ojos y me pareció sentir que se quitaba las botas. Oí caer una bota al suelo, luego la otra. Yo empecé a desnudarme en la cama. Me incorporé un poco y apagué la luz. Me acabé de desvestir. Nos besamos más.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

—Cuatro años.

—¿Cuatro años?

—Sí.

—Creo que te mereces algo de amor —dijo—. Soñé un día contigo. Abría tu pecho como si fuera un gabinete, tenía puertas, y cuando abría las puertas veía toda clase de cosas suaves: ositos de peluche, pequeños animales de piel aterciopelada y todas estas cosas blandas y suaves que daban ganas de acariciar. Luego tuve otro sueño acerca de otro hombre. Se me acercaba y me entregaba unas hojas de papel. Era un escritor. Cogí las hojas de papel y las miré. Y aquellas hojas de papel tenían cáncer. Su escritura tenía cáncer. Yo me gobiernó por mis sueños. Tú te mereces algo de amor.

Nos besamos otra vez.

—Escucha —me dijo—, cuando me hayas metido esa cosa dentro, sácala justo antes de correrte, ¿de acuerdo?

—Entiendo.

Me monté encima de ella. Era algo bueno. Era algo que estaba ocurriendo, algo real, y con una chica veinte años más joven que yo, algo, al fin y al cabo, hermoso. Pegué como unas diez sacudidas... y me corrí dentro de ella.

Ella se levantó de un brinco.

—¡Tú, hijo-de-puta! ¡Te has corrido dentro!

—Lydia, hacía *tanto tiempo*... me sentía tan bien... no pude evitarlo. ¡Me salió sin darme cuenta! Te doy mi palabra de que no pude evitarlo.

Se fue corriendo al baño y abrió el grifo de la bañera. Se puso delante del espejo pasándose un peine por todo aquel largo pelo marrón. Estaba verdaderamente bella.

—¡Hijo de puta! Dios, vaya un sucio truco de bachillerato.

¡Es una memez de escolares! ¡Y no ha podido ocurrir en peor momento!
¡Bueno, los dos estamos juntos en esto! ¡Es cosa de los dos!

Me acerqué hasta ella.

—Lydia, te amo.

—¡Lárgate de mi vista!

Me sacó de un empujón y cerró la puerta. Me quedé fuera en la sala, oyendo correr el agua de la bañera.

5

No vi a Lydia durante un par de días, aunque traté de telefonearla seis o siete veces durante ese período. Entonces llegó el fin de semana. Su ex marido, Gerald, siempre se llevaba a los niños los fines de semana.

Aquel sábado por la mañana me acerqué hasta su casa y llamé a la puerta. Llevaba unos vaqueros ajustados, botas y una blusa naranja. Sus ojos parecían de un marrón más oscuro que nunca y a la luz del sol, al abrirme la puerta, noté un brillo rojizo natural en su pelo castaño. Centelleaba. Me dejó que la besara, cerró la puerta y fuimos hasta mi coche. Decidimos ir a la playa, no a bañarnos porque estábamos en invierno, pero a hacer algo.

Nos pusimos en marcha. Me sentía contento con Lydia en el coche a mi lado.

—*Menuda* fiesta la tuya —dijo ella—. ¿A eso le llamas una fiesta de revisores? ¡Eso fue una fiesta de jodedores! ¡Eso es lo que fue!

Yo conducía con una mano y con la otra acariciaba su muslo. No podía contenerme. Lydia no parecía darse cuenta. Al cabo de un rato mi mano se deslizó entre sus piernas. Ella siguió hablando. De repente dijo:

—¡Quita la mano de ahí, eso es mi coño!

—Perdona —dije yo.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegamos al aparcamiento de la playa de Venice.

—¿Quieres un sandwich y una Coca-Cola o cualquier otra cosa? —le pregunté.

—Vale —dijo ella.

Entramos en una pequeña tienda judía de ultramarinos a comprar las cosas y nos fuimos con todo a una pradera de hierba desde la que se dominaba el mar.

Teníamos sandwiches, escabeche, patatas fritas y refrescos. La playa estaba casi desierta y la comida sabía bien. Lydia no hablaba. Yo estaba asombrado viendo lo deprisa que comía. Atacaba su sandwich desgarrándolo salvajemente, se bebía largos tragos de Coca Cola, se comía medio escabeche de un bocado y cogía un puñado de patatas fritas. Yo, por el contrario, era muy lento comiendo.

Pasión, pensé, está llena de pasión.

—¿Qué tal estaba ese sandwich? —le pregunté.

—Muy bueno. Estaba hambrienta.

—Hacen buenos sandwiches aquí. ¿Quieres algo más?

—Sí, me gustaría una barrita de caramelo.

—¿De qué clase?

—Oh, de cualquier clase. De algo bueno.

Pagué un mordisco a mi sandwich, un trago de Coca-Cola, los dejé y me fui andando hasta la tienda. Compré dos barritas de caramelo para que pudiera escoger. Cuando regresé, un negro muy alto andaba rondando por la pradera. Era un día fresco, pero él iba sin camisa y tenía un cuerpo muy musculoso. Parecía tener veintipocos años. Caminaba muy erguido y lentamente. Tenía un largo cuello estatuario y un pendiente de oro colgaba de su oreja izquierda. Pasó delante de Lydia, por la arena de la playa. Yo subí y me senté junto a ella.

—¿Has visto a ese tío? —me preguntó.

—Sí.

—Cristo, aquí estoy, contigo, veinte años mayor que yo. Yo podía tener algo como eso. ¿Qué coño pasa conmigo?

—Mira, te he traído dos barritas de caramelo. Coge una.

Cogió una, rasgó el papel, mordió un poco y contempló al negro mientras se alejaba por la playa.

—Ya me he cansado del mar —dijo—, volvamos a mi casa.

Pasamos una semana sin vernos. Entonces una tarde llegué a su casa y acabamos en la cama, besándonos. Lydia me apartó de un empujón.

—¿Tú no sabes nada acerca de las mujeres, verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que puedo darme cuenta leyendo tus cuentos y poemas de que no sabes nada de las mujeres.

—Explícamelo mejor.

—Bien, quiero decir que para que un hombre me interese tiene que comerme el coño. ¿Has chupado alguna vez un coño?

—No.

—¿Tienes cincuenta años y nunca te has comido un coño?

—No.

—Es demasiado tarde.

—¿Por qué?

—A un perro viejo no se le pueden enseñar trucos nuevos.

—Claro que sí.

—No, es demasiado tarde para ti.

—Yo siempre he sido un aprendiz retrasado.

Lydia se levantó y se fue a la otra habitación. Volvió con un lápiz y un papel.

—Ahora mira, quiero enseñarte algo que seguramente no conoces, el clítoris. Es el punto sensible. El clítoris se esconde, ¿ves? y sale cuando hay suficiente excitación, es rosa y *muy sensible*. A veces se te oculta y tú tienes que encontrarlo, sólo has de *rozarlo* con la punta de la lengua...

—Vale —dije—, ya he comprendido.

—No creo que puedas hacerlo. Ya te lo he dicho, no puedes enseñarle a un perro viejo trucos nuevos.

—Quítate la ropa y tumbate.

Nos desnudamos los dos y nos echamos en la cama. Empecé a besar a Lydia. Bajé de los labios al cuello, luego hasta sus pechos. Entonces bajé hasta su ombligo y de allí, más abajo.

—No, no *puedes* —dijo ella—, de ahí salen sangre y orina, piénsalo, sangre y orina...

Bajé y empecé a chupar. Me había dibujado un plano muy acertado. Todo estaba donde se suponía que debía estar. La escuché respirar fuertemente, luego gemir. Me excitaba. Se me empalmó. El clítoris apareció, pero no era exactamente rosa, era casi de un rojo púrpura. Jugué con él. Surgían jugos que se mezclaban con los pelos del coño. Lydia gemía más y más. Entonces oí la puerta principal abrirse y cerrarse. Escuché pasos. Levanté la mirada. Un chavalito negro de unos cinco años estaba plantado junto a la cama.

—¿Qué coño quieres? —le dije.

—¿Tienen botellas vacías? —me preguntó.

—No, no tenemos botellas vacías —le dije.

Salió del dormitorio, pasó por el salón, abrió la puerta delantera, salió y desapareció.

—Dios —dijo Lydia—, pensé que la puerta estaba cerrada. Ese era el niño de Bonnie.

Lydia se levantó y cerró la puerta delantera. Volvió y se echó en la cama.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde de un sábado.

Volví a zambullirme.

6

A Lydia le gustaban las fiestas. Y Harry era un impenitente organizador de fiestas. Así que allí estábamos, camino de casa de Harry Ascot. Harry era el editor de *Retort*, una pequeña revista. Su mujer llevaba largos vestidos transparentes, enseñaba sus bragas a los hombres e iba descalza.

—La primera cosa que me gustó de ti —me dijo Lydia—, fue que no tuvieras televisión en tu casa. Mi ex marido se pasaba todas las noches y todos los fines de semana viendo la televisión. Hasta teníamos que supeditar el sexo a los horarios de televisión.

—Humm...

—Otra cosa que me gustó de tu casa fue que estaba guarra, con botellas de cerveza por todo el suelo y montones de basura por todas partes. Platos sucios, manchas de mierda en el retrete, costras en la bañera, todas esas cuchillas de afeitar oxidadas tiradas por el lavabo. Supe que serías capaz de comerme el coño.

—Juzgas a los hombres según su entorno, ¿no?

—En efecto. Cuando veo a un hombre con una casa limpia, sé que hay algo en él que no funciona. Y si está demasiado arreglada, es que es marica.

Llegamos a nuestro destino. El apartamento estaba escaleras arriba. La música sonaba muy fuerte. Toqué el timbre. Harry Ascot abrió la puerta. Lucía una amable y generosa sonrisa.

—Entrad —dijo.

La panda literaria estaba allí, bebiendo vino y cerveza, charlando, reunidos en diversos grupos. Lydia estaba excitada. Yo eché un vistazo a mi alrededor y me senté. La cena estaba a punto de ser servida. Harry era un buen pescador, era mejor pescador que escritor y mucho mejor pescador que editor. Los Ascot vivían del pescado esperando a que los talentos de Harry comenzaran a producir algo de dinero.

Diana, su mujer, sacó los platos con pescado y los fue pasando. Lydia se sentó a mi lado.

—Mira —me dijo—, así es como tienes que comer un pescado. Yo soy una chica del campo. Obsérvame.

Abrió el pescado, hizo algo con el cuchillo en la espina dorsal. El pez quedó dividido en dos limpios filetes.

—Oye, eso realmente me ha *gustado* —dijo Diana—. ¿De dónde dijiste que eras?

—De Utah. Muleshead, población: 100 habitantes. Me crié en un rancho. Mi padre era un borracho. Ahora está muerto. Quizás por eso estoy ahora con él... —me señaló con el dedo.

Comimos.

Después de que el pescado fuera consumido, Diana se llevó los restos y trajo tarta de chocolate con un fuerte (barato) vino tinto.

—Oh, este pastel está delicioso —dijo Lydia—. ¿Puedo tomar otro pedazo?

—Claro, querida —dijo Diana.

—Señor Chinaski —dijo una chica morena desde el otro lado de la habitación—, he leído traducciones de sus libros en Alemania. Es usted muy popular en Alemania.

—Eso está bien —dije—, ojalá me envíen algún dinero...

—Oye —dijo Lydia—, no nos pongamos ahora a hablar de porquerías literarias. ¡Vamos a *hacer* algo! —Se levantó de un salto, hizo una pirueta y dio una palmada—. ¡VAMOS A BAILAR!

Harry Ascot luciendo su generosa y gentil sonrisa conectó el estéreo. Lo puso a todo el volumen que pudo.

Lydia bailó por toda la habitación y un joven rubio con bucles pegados a la frente se le unió. Empezaron a bailar juntos. Otros se levantaron y bailaron. Yo me quedé sentado.

Randy Evans estaba sentado a mi lado. Me di cuenta de que también estaba contemplando a Lydia. Empezó a hablar. Hablaba y hablaba. Por fortuna yo no podía oírle, el estéreo estaba a todo volumen.

Observé a Lydia bailar con el chico de los ricitos. Lydia sabía moverse. Sus movimientos sobrepasaban la pura sugestión sexual. Miré a las otras chicas y ninguna parecía bailar de igual modo; pero, pensé, eso es sólo porque conozco a Lydia y a ellas no.

Randy seguía hablándome a pesar de que yo no le contestaba. Acabó la música y Lydia volvió a sentarse junto a mí.

—¡Ooooh, estoy que reviento! Creo que estoy en baja forma.

Otro disco comenzó a sonar y Lydia se levantó y se juntó con el nene de los ricitos. Yo seguí bebiendo cerveza y vino.

Había muchos discos. Lydia y el chaval bailaban y bailaban en el centro de la pista, mientras los otros se movían a su alrededor. Cada nuevo baile era más íntimo que el anterior.

Yo seguí bebiendo cerveza y vino.

Una salvaje y atronadora danza estaba en progreso... el chico de los rizos estiró las manos por encima de su cabeza. Lydia se arrimó a él. Coreografía erótica. Con sus brazos hacia arriba y presionando juntos sus cuerpos. Cuerpo sobre cuerpo. El daba pasos hacia atrás y Lydia le seguía, pegada. Se miraban fijamente a los ojos. Había que admitir que eran buenos. El disco era interminable. Finalmente, se acabó.

Lydia volvió y se sentó a mi lado.

—Estoy sin respiración —me dijo.

—Oye —le dije—, creo que he bebido demasiado. Nos podíamos ir de aquí.

—Ya te he visto regando el gaznate.

—Vámonos. Ya habrá más fiestas.

Nos levantamos para irnos. Lydia dijo algo a Harry y Diana. Cuando acabó nos fuimos hacia la puerta. Mientras la abría, se acercó el chaval de los rizos.

—Eh, tío, ¿qué te ha parecido lo mío con tu chica?

—Lo habéis hecho bien.

Cuando salimos fuera empecé a vomitar, toda la cerveza y el vino salieron, cayendo y resonando contra el suelo de la acera, en chorros a la luz de la luna. Finalmente me enderecé y me limpié la boca con la mano.

—¿Te preocupaba aquel chico, no? —me preguntó ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—Parecía casi un polvo, aún mejor quizá.

—No significaba nada, era sólo un *baile*.

—¿Supón que yo agarro a una mujer por la calle de esa manera? ¿La música lo haría normal?

—No entiendes. Cada vez que dejaba de bailar, volvía a sentarme junto a *tí*.

—Bueno, bueno —dije—, espera un momento.

Volví a vomitar otro chorro en el seto de algún jardín. Caminamos bajando la colina saliendo del distrito de Echo Park hacia Hollywood Boulevard.

Subimos al coche. Arrancamos y bajamos por Hollywood hacia Vermont.

—¿Sabes cómo se les llama a los tipos como tú? —dijo Lydia.

—No.

—Se les llama aguafiestas.

7

Empezamos a descender sobre Kansas City, el piloto dijo que la temperatura era de cinco grados y allí estaba yo con mi ligera chaqueta deportiva y mi camisa californiana, pantalones veraniegos, calcetines de nylon y zapatos agujereados. Cuando aterrizamos y bajamos por la escalerilla todo el mundo estaba poniéndose abrigos, guantes, gorros y bufandas. Dejé que fueran primero y luego bajé yo. Allí estaba Frenchy apoyado contra una pared esperándome. Frenchy era profesor de arte dramático y coleccionaba libros, sobre todo míos.

—¡Bienvenido a Kansas Shitty,* Chinaski! —dijo, y me pasó una botella de tequila. Me tomé un buen trago y le seguí hasta el aparcamiento. No llevaba equipaje, sólo un portafolio lleno de poemas. El coche estaba calentito y era cómodo. Nos pasamos la botella.

La carretera estaba cubierta de hielo.

—No todo el mundo puede conducir por este jodido hielo —dijo Frenchy—. Tienes que saber bien por dónde te andas.

Abrí el portafolio y empecé a leerle a Frenchy un poema de amor que Lydia me había dado en el aeropuerto:

«...tu púrpura polla curva como una...»

«...cuando aprieto tus granos, balas de pus como esperma...»

—¡Oh MIERDA! —gritó Frenchy. El coche empezó a girar. Frenchy le daba vueltas al volante.

—Frenchy —le dije, cogiendo la botella de tequila y echando un trago— no hay nada que hacer.

Salimos en trompo de la carretera y caímos en una profunda cuneta que dividía la autopista. Le pasé la botella.

Salimos del coche y trepamos por la cuneta. Hicimos dedo a los coches que pasaban, ofreciéndoles lo que quedaba de la botella. Finalmente paró un coche. Un tipo de veintitantos años, borracho, estaba al volante.

—¿Dddónde vais tíos?

—A un recital poético —dijo Frenchy.

—¿Un recital poético?

—Sí, en la universidad.

—Vale, subbid.

* Juego de palabras con *shit*, mierda. La ciudad de Kansas se pronuncia igual que «la mierda de Kansas». (N. del T.).

Era un vendedor de licores. El asiento trasero estaba repleto de cajas de cerveza.

—Coged una cerveza —dijo—, y pasadme una a mí.

Nos llevó hasta allí. Llegamos atravesando el campus y aparcamos en mitad del césped frente al auditorio. Sólo llevábamos quince minutos de retraso. Salí del coche, vomité y luego los tres entramos juntos. Habíamos parado a por una botella de vodka para entonarme en la lectura.

Leí durante unos veinte minutos, entonces dejé los poemas.

—Esta mierda me aburre —dije—, vamos a hablar cara a cara.

Acabé insultando a gritos al público mientras ellos me gritaban cosas a mí. No era un mal público. Ellos lo estaban haciendo gratis. Después de unos treinta minutos, dos profesores me sacaron de allí.

—Tenemos una habitación para usted, Chinaski —dijo uno de ellos—, en el dormitorio de mujeres.

—¿En el dormitorio de mujeres?

—Sí, una habitación muy bonita.

...Era verdad. En la tercera planta. Uno de los profesores había traído una botella de whisky. El otro me dio un cheque por la lectura, más el billete de avión y nos sentamos y hablamos y nos bebimos el whisky. Acabé fuera de combate. Cuando volví en mí todo el mundo se había ido y todavía quedaba la mitad de la botella. Me senté, bebiendo y pensando. Eh, tú eres Chinaski, el legendario Chinaski. Tienes una imagen. Ahora estás en el dormitorio de mujeres. Aquí hay cientos de mujeres, *cientos* de ellas.

Sólo tenía puestos mis calzoncillos y los calcetines. Salí al pasillo y me acerqué a la primera puerta que vi. Llamé.

—¡Eh, soy Henry Chinaski, el inmortal escritor! ¡Abridme! ¡Quiero enseñaros algo!

Oí a las chicas soltando risitas.

—Muy bien, a ver —dije—. ¿Cuántas sois? ¿Dos? ¿Tres? No importa. ¡Puedo con tres! ¡No hay problema! ¿Me oís? ¡Abridme! ¡Tengo aquí esta cosa ENORME y púrpura! ¡Escuchad, voy a golpear la puerta con ella!

Golpeé con el puño la puerta. Ellas seguían con sus risitas.

—¿Así que no queréis dejar entrar a Chinaski, eh? ¡Bueno, pues OS JODEIS!

Probé en la siguiente puerta.

—¡Eh, nenas, soy el mejor poeta de los últimos dieciocho siglos! ¡Abrid la puerta! ¡Quiero enseñaros una cosa! ¡Dulce carnaza para vuestros labios vaginales!

Probé en la siguiente puerta.

Probé en todas las puertas de aquel piso y luego bajé por las escaleras y probé en todas las puertas del segundo piso y luego todas las puertas del primero. Llevaba el whisky conmigo y me estaba cansando. Parecía que hubieran pasado horas desde que había dejado mi habitación. Iba bebiendo mientras andaba de un lado a otro. No hubo suerte.

Me había olvidado de dónde estaba mi habitación, en qué piso estaba. Todo lo que quería en esos momentos era volver a mi habitación. Probé de nuevo en todas las puertas, esta vez silenciosamente, muy consciente de mis calzones y calcetines. No hubo suerte. «Los más grandes hombres son los más solitarios.»

De vuelta en el tercer piso, uno de los picaportes respondió y la puerta se abrió. Allí estaba mi portafolio con los poemas... los vasos vacíos, los ceniceros llenos de colillas... mis pantalones, mi camisa, mis zapatos, mi chaqueta. Era una visión maravillosa. Cerré la puerta, me senté en la cama y acabé la botella de whisky que me había acompañado durante todo mi peregrinaje.

Me desperté. Era ya de día. Estaba en un sitio extraño, limpio, con dos camas, cortinas, televisión, baño. Parecía una habitación de motel. Me levanté y abrí la puerta. Había nieve y hielo. Cerré la puerta y miré a mi alrededor. Era inexplicable. No tenía la menor idea de dónde estaba. Tenía una depresión y una resaca terribles. Cogí el teléfono e hice una llamada de larga distancia a Los Ángeles para hablar con Lydia.

—¡Nena, no sé dónde estoy!

—¿No habías ido a Kansas City?

—Lo hice. Pero ahora no sé dónde estoy ¿entiendes? ¡He abierto la puerta y no hay nada más que carreteras heladas, hielo, nieve!

—¿Dónde estabas hospedado?

—La última cosa que recuerdo es que tenía una habitación en el dormitorio de mujeres.

—Bueno, lo más probable es que hicieras alguna de tus gilipolleces y te hayan trasladado a un motel. No te preocupes. Aparecerá alguien que se haga cargo de ti.

—Cristo, ¿no te importa nada mi situación?

—Tú te lo buscas con tus gilipolleces. Tú generalmente siempre haces el gilipollas de una forma impecable.

—¿Qué quieres decir con «generalmente siempre»?

—No eres más que un asqueroso borracho. Date una ducha caliente.

Colgó.

Me fui hasta la cama y me tumbé. Era una habitación de motel muy agradable, pero le faltaba carácter. La cagaría si me diera una ducha. Pensé en poner la televisión.

Al final me quedé dormido.

Alguien llamó a la puerta. Dos relucientes universitarios estaban allí, listos para llevarme al aeropuerto. Me senté en el borde de la cama calzándome los zapatos.

—¿Nos da tiempo de tomar un par de copas en el aeropuerto antes del vuelo? —pregunté.

—Claro, señor Chinaski —dijo uno de ellos—, lo que usted quiera.

—Muy bien —dije—, entonces vámonos echando hostias.

8

Volví, le hice el amor a Lydia unas cuantas veces, nos peleamos y salí una mañana del aeropuerto internacional de Los Ángeles para dar una lectura en Arkansas. Tuve la buena suerte de estar solo en el asiento. El capitán se anunció a sí mismo, lo pude oír correctamente, como el capitán Winehead [Cabeza de vino]. Cuando se acercó la azafata le pedí un trago.

Tenía la seguridad de que conocía a una de las azafatas. Vivía en Long Beach, había leído algunos de mis libros y me había escrito una carta incluyendo su foto y número de teléfono. La reconocí de la foto. Nunca había ido a verla, pero la había llamado algunas veces y una noche de borrachera nos habíamos gritado el uno al otro a través del teléfono.

Ella estaba allí de pie tratando de no mirarme mientras yo clavaba mis ojos en su culo y sus pechos y sus piernas.

Nos dieron el almuerzo, vimos el partido de la semana, el vino que servían me quemaba la garganta y pedí dos Bloody Marys.

Cuando llegamos a Arkansas hice transbordo a un pequeño bimotor. Cuando se pusieron en marcha las hélices, las alas comenzaron a vibrar y a agitarse. Parecía que se fueran a desprender. Despegamos y la azafata preguntó si alguien deseaba una bebida. Para entonces todos necesitábamos una. Ella fue por todo el pasillo tropezando y balanceándose sirviendo las bebidas. Entonces dijo, a voz en grito:

—¡BEBANSELO TODO! ¡VAMOS A ATERRIZAR! —Bebimos y empezamos a aterrizar. Un rato más tarde estábamos otra vez arriba. La azafata preguntó si alguien deseaba una bebida. En ese momento todos necesitábamos una. Entonces dijo, a voz en grito:

—¡BEBAN RÁPIDO! ¡VAMOS A ATERRIZAR!

El profesor Peter James y su mujer, Selma, estaban allí esperándome.

Selma parecía una starlet de cine, pero con mucha más clase.

—Tienes una pinta magnífica —dijo Pete.

—Tu mujer tiene una pinta magnífica.

—Tienes dos horas hasta la lectura.

Pete condujo hasta su casa. Era una casa de dos pisos con el cuarto de invitados en la planta baja. Pero la planta baja era un sótano. Bajamos por las escaleras y me enseñaron mi habitación.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó Pete.

—No, me parece que voy a vomitar.

Subimos al piso de arriba.

Entre bastidores, justo antes del recital, Pete llenó una jarra con vodka y zumo de naranja.

—Las lecturas las dirige una vieja. Le daría un patatús si se entera de que estás bebiendo. Es una buena tipa, pero es de las que todavía creen que la poesía es cosa de puestas de sol y palomas volando —me dijo.

Salí y me puse a leer. Cosa fácil. Eran como cualquier otra audiencia: no sabían cómo reaccionar ante algunos de los mejores poemas, y durante otros se reían cuando no debían. Seguí leyendo y sirviéndome de la jarra.

—¿Qué es lo que está bebiendo?

—Esto —dije—, es naranjada mezclada con vida.

—¿Tiene usted novia?

—Soy virgen.

—¿Por qué decidió hacerse escritor?

—La siguiente pregunta, por favor.

Leí algo más. Les dije que había volado con el capitán cabeza de vino y que había visto el partido de la semana. Les dije que cuando estaba en buena forma espiritual, después de comer lavaba el plato inmediatamente. Leí algunos poemas más. Leí poemas hasta que la jarra de naranjada quedó vacía. Entonces les dije que daba por terminado el recital. Hubo un rato de firma de autógrafos y luego fuimos a celebrar una fiesta en casa de Pete...

Hice mi danza india, mi danza del vientre y mi danza de Culo-Lo-co-al-Aire. Es difícil beber cuando bailas. Y es difícil bailar cuando bebes. Pete sabía lo que se hacía. Había puesto sofás y sillones en línea para separar a los bailones de los bebedores. Cada cual podía hacer lo suyo sin molestar a los demás.

Pete se levantó. Miró por toda la habitación a las mujeres.

—¿Cuál quieres? —me preguntó.

—¿Es tan fácil?

—Es simplemente hospitalidad sureña.

Había una en la que me había fijado, algo mayor que las otras, con dientes protuberantes. Pero los dientes protuberaban de una manera perfecta, empujando hacia fuera los labios como una abierta flor apasionada. Deseaba poner mi boca junto a aquella boca. Llevaba una falda corta y a través de sus pantys se revelaban unas buenas piernas que no paraban de cruzarse y descruzarse mientras ella se reía y bebía y trataba de bajarse la falda sin conseguir que se quedara mucho rato tapando nada. Me senté a su lado.

—Hola, yo soy —empecé a decir...

—Sé quién eres. Estuve en tu recital.

—Gracias. Me gustaría comerte el coño. He conseguido hacerlo muy bien. Podría volverte loca.

—¿Qué piensas de Allen Ginsberg?

—Oye, no cambies de conversación. Quiero tu boca, tus piernas, tu culo...

—Muy bien —dijo ella.

—Te veré pronto. Estoy en el dormitorio de abajo.

Me levanté, la dejé y me serví otra bebida. Un joven de cerca de dos metros de altura se me acercó.

—Mira, Chinaski, no me creo nada de que andes viviendo en arrabales cochambrosos y conozcas a todos los traficantes de droga, macarras, putas, yonquis, apostadores de caballos, luchadores y borrachos...

—En parte es verdad.

—Todo cuento —dijo, y se fue. Un crítico literario.

Entonces me vino una rubia de unos 19 años con gafitas progres y una ancha sonrisa. Una sonrisa imperturbable.

—Quiero joder contigo —me dijo—. Es esa cara tuya.

—¿Qué pasa con mi cara?

—Es magnífica. Me gustaría destrozarla con mi coño.

—Podría ocurrir lo contrario.

—No apuestes por ello.

—Tienes razón. Los coños son indestructibles.

Volví al sofá y comencé a jugar con las piernas de la tía con la falda corta y labios jugosos en flor. Se llamaba Lillian.

Se acabó la fiesta y yo bajé al dormitorio con Lilly. Nos desnudamos y nos sentamos apoyados en las almohadas bebiendo vodka solo y mezclado. Había

una radio y estaba sonando. Lilly me contó que había trabajado durante años para que su marido pudiera estudiar sin problemas y que él después de lograr el doctorado, la había abandonado.

—Vaya guarrada —dije.

—¿Tú has estado casado?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Crueldad mental, según los papeles del divorcio.

—¿Y era verdad?

—Claro que sí, por ambas partes.

Besé a Lilly. Fue tan bueno como me había imaginado. La boca en flor estaba abierta. Nuestros dientes chocaron, yo chupé los suyos. Nos separamos.

—Creo que tú —me dijo, mirándome con unos bellos y amplios ojos— eres uno de los dos o tres mejores escritores de hoy en día.

Apagué rápidamente la lámpara. La besé más, jugué con sus pechos y el resto de su cuerpo, luego bajé a su entrepierna. Estaba borracho, pero creo que lo hice bien. Lo malo es que después no pude hacerlo de la otra manera. Bregué y bregué y bregué. Estaba empalmado, pero no me podía correr. Finalmente me eché a un lado y me dispuse a dormir...

Por la mañana Lilly estaba tumbada boca arriba, roncando. Me fui al baño, meé, me lavé los dientes y la cara. Después me arrastré de nuevo hacia la cama. Me la acerqué y empecé a jugar con sus partes. A mí siempre me ponen muy cachondo las resacas, no para besar ni chupar, sino para echar un polvo sin contemplaciones. Joder es la mejor cura para las resacas. Le di unos cuantos pases de manos. Respiraba tan feamente que preferí pasar de su boca de flor. La monté. Soltó un pequeño gemido. Para mí, era de puta madre. No creo que la diese más de veinte envites antes de correrme.

Después de un rato la oí levantarse y meterse en el baño. Lillian. Para cuando volvió yo le había dado la espalda y estaba ya prácticamente dormido.

Pasados unos 15 minutos salió de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Tengo que irme, he de llevar a mis hijos al colegio.

Lillian cerró la puerta y subió las escaleras.

Yo me levanté, entré en el baño y me quedé un rato mirando mi cara en el espejo.

A las diez de la mañana subí a tomar el desayuno. Me encontré con Pete y Selma. Selma tenía un aspecto magnífico. ¿Cómo se podía conseguir una Selma?

Los perros de este mundo nunca acababan con una Selma. Los perros sólo acababan con perros. Selma nos sirvió el desayuno. Era hermosa y un hombre la poseía, un profesor universitario. Eso de alguna manera no era justo. Arrebatadores garañones educados. La educación era la nueva divinidad, y los hombres educados los nuevos poderosos hacendados.

—Ha sido un desayuno condenadamente bueno —les dije—, muchas gracias.

—¿Qué tal estuvo Lilly? —me preguntó Pete.

—Lilly estuvo muy bien.

—Esta noche tienes que leer otra vez, ya sabes. Será en un colegio más pequeño, más conservador.

—De acuerdo, me andaré con cuidado.

—¿Qué vas a leer?

—Material viejo, supongo.

Acabamos nuestro café y fuimos a sentarnos en el salón. Sonó el teléfono. Pete lo cogió, habló, luego se volvió hacia mí.

—Un tío del periódico local quiere entrevistarte. ¿Qué le digo?

—Dile que sí.

Pete dio la respuesta, luego fue a coger mi último libro y una pluma.

—Pensé que a lo mejor quieres escribir algo aquí para Lilly.

Abrí el libro por la página de título. «Querida Lilly» escribí, «siempre serás parte de mi vida...

Henry Chinaski»

9

Lydia y yo estábamos siempre peleándonos. Lo nuestro era sólo un flirt y eso me irritaba. Cuando comíamos fuera estaba seguro de que le echaba el ojo a algún hombre que estuviera detrás mío. Cuando venían amigos a visitarme y Lydia estaba allí podía oír cómo su conversación se iba haciendo más íntima y sexual. Siempre se sentaba muy pegada a mis amigos, colocándose lo más cerca posible. En cuanto a ella, le irritaba sobre todo mi forma de beber. Ella amaba el sexo y la bebida se interponía a veces a la hora de hacer el amor.

—O bien estás demasiado borracho para hacerlo por la noche o bien demasiado enfermo para hacerlo por la mañana —decía. Lydia se ponía furiosa

con sólo verme beber una cerveza. Rompíamos «para siempre» por lo menos una vez a la semana, pero siempre nos las arreglábamos de algún modo para reconciliarnos. Había acabado de esculpir mi cabeza y me la había dado. Cuando rompíamos ponía la cabeza a mi lado en el asiento del coche, me iba conduciendo hasta su apartamento y la dejaba junto a su puerta en el porche. Luego iba a una cabina telefónica, la llamaba y le decía:

—¡Tu maldita cabeza está junto a tu puerta! —Aquella cabeza iba continuamente de un lado a otro...

Acabábamos de romper otra vez y yo me había deshecho de la cabeza. Estaba bebiendo, de nuevo era un hombre libre. Tenía un joven amigo, Bobby, un tío bastante blando que trabajaba en una librería perno y que también era fotógrafo. Vivía a un par de bloques de mi casa. Bobby tenía problemas consigo mismo y con su mujer, Valerie. Me llamó una noche y dijo que iba a traer a Valerie para que pasara la noche conmigo. Aquello sonaba bien. Valerie tenía 22 años, era absolutamente adorable, con largo cabello rubio, enloquecidos ojos azules y un bonito cuerpo. Como Lydia, también había pasado algún tiempo en un manicomio. Después de un rato les oí aparcar frente a mi casa. Valerie salió. Recordé cuando Bobby me había contado que, al presentar por primera vez a Valerie a sus padres, ellos habían apreciado mucho su vestido, que al parecer, les encantaba, y ella había dicho:

—Ya. ¿Y qué dicen del resto de mí? —subiéndose el vestido por encima de las caderas. Y no llevaba ropa interior.

Valerie llamó a la puerta. Oí a Bobby marcharse. La dejé entrar. Tenía muy buena pinta. Serví dos de escocés con agua. Ninguno de los dos habló. Bebimos aquello y serví dos más. Luego yo dije:

—Venga, vamos a algún bar.

Subimos a mi coche. La Máquina de Goma estaba a la vuelta de la esquina. Unos días antes me había excedido un poco allí, pero nadie dijo nada cuando entramos. Nos sentamos a una mesa y pedimos bebidas. Seguíamos sin hablar. Yo sólo me sumergía en aquellos locos ojos azules. Estábamos sentados juntos y la besé. Su boca estaba fresca y abierta. La besé otra vez y nuestras piernas se apretaron juntas. Bobby tenía una bonita mujer. Estaba loco dejándola por ahí.

Decidimos cenar. Pedimos cada uno un filete, bebimos y nos besamos mientras esperábamos. La camarera dijo:

—¡Oh, están enamorados! —y nos reímos.

Cuando llegaron los filetes Valerie dijo:

—No quiero comerme el mío.

—Tampoco yo quiero comerme el mío —dije yo.

Bebimos a lo largo de otra hora y entonces decidimos volver a mi casa. Mientras aparcaba el coche, vi a una mujer en la acera. Era Lydia. Llevaba algo

envuelto en la mano. Salí del coche con Valerie y Lydia nos miró.

—¿Quién es? —preguntó Valerie.

—La mujer que amo —le contesté.

—¿Quién es esta puta? —chilló Lydia.

Valerie se dio la vuelta y salió corriendo calle abajo. Pude oír sus tacones altos sonando en el pavimento.

—Vamos adentro —le dije a Lydia. Ella me siguió.

—Vine aquí a darte esta carta y parece que vine en el momento adecuado. ¿Quién era ésa?

—La mujer de Bobby. Sólo somos amigos.

—¿Ibas a jodértela, no?

—Mira, le dije que *te* amaba.

—¿Ibas a jodértela, no?

—Mira, nena...

De pronto me golpeó. Yo estaba delante de la mesita del café que estaba delante del sofá. Me caí hacia detrás por encima de la mesita cayendo en el espacio entre la mesa y el sofá. Oí un portazo. Y cuando me levanté oí el motor del coche de Lydia ponerse en marcha. Entonces se fue.

Hija de la gran puta, pensé, en un minuto tengo dos mujeres y al siguiente no tengo ninguna.

10

Quedé sorprendido a la mañana siguiente cuando April llamó a la puerta. April era la gorda pirada que había estado en la fiesta de Harry Ascot y que se había marchado con el tío anfetamínico. Eran las once de la mañana. April entró y se sentó.

—Siempre he admirado tu obra —dijo.

Le puse una cerveza y cogí otra para mí.

—Dios es un anzuelo en el cielo —dijo.

—*Muy bien* —dije yo.

April estaba rellena pero no demasiado gorda. Tenía grandes caderas y un enorme culo y le caía el pelo a todo lo largo. Había algo en su tamaño, bestial, como si pudiese manejar a un orangután. Su deficiencia mental me resultaba

atractiva porque no se ponía a hacer juegos. Cruzaba las piernas, mostrándome sus muslos blancos y descomunales.

—He plantado semillas de tomate en el sótano del edificio donde vivo —dijo.

—Probaré alguno cuando crezcan.

—Nunca he tenido carnet de conducir. Mi madre vive en Nueva Jersey.

—Mi madre está muerta —dijo yo. Me fui a sentar a su lado en el sofá. La abracé y la besé. Mientras la besaba, ella me miraba directamente a los ojos. Corté. —Vamos a joder —le dije.

—Tengo una infección —dijo April.

—¿Qué?

—Son una especie de hongos. Nada serio.

—¿Puedo cogerlos yo?

—Es una especie de descarga lechosa.

—¿Puedo cogerlos?

—No creo.

—Vamos a joder.

—No sé si me apetece joder.

—Te sentará bien. Vamos al dormitorio.

April entró en el dormitorio y comenzó a quitarse la ropa. Yo me quité también la mía. Nos metimos debajo de las sábanas. Empecé a jugar con sus partes y a besarla. La monté. Era muy extraño. Como si su coño se corriera de lado a lado. Yo sabía que estaba allí dentro, sentía como si estuviese dentro, pero se me resbalaba hacia los lados, hacia la izquierda. Seguí meneando. Era algo excitante. Acabé y me eché a un lado.

Más tarde la llevé a su apartamento y subimos. Hablamos durante largo rato y me marché después de haber apuntado el número del apartamento y la dirección. Mientras salía por el vestíbulo reconocí las cajas del correo del edificio. Había repartido muchas cartas allí, cuando era cartero. Llegué hasta mi coche y me fui.

11

Lydia tenía dos niños: Tonto, un niño de ocho años, y Lisa, la pequeñita de cinco que había interrumpido nuestro primer polvo. Una noche estábamos juntos

en la mesa cenando. Las cosas iban bien entre Lydia y yo y me quedaba a cenar casi todas las noches, luego dormía con Lydia y me iba hacia las once de la mañana a mi casa a leer el correo y a escribir. Los niños dormían en una cama de agua en la habitación de al lado. Era una casa antigua y pequeña que Lydia había alquilado a un ex luchador japonés jubilado. Obviamente él estaba interesado en Lydia. Me parecía bien. Era una bonita casa antigua.

—Tonto —dije mientras cenábamos— sabes que cuando tu madre da gritos por la noche yo no la estoy pegando. Sabes quién es *en verdad* el que tiene problemas.

—Sí, ya sé.

—¿Entonces por qué no vienes a ayudarme?

—Uh, uh, la conozco bien.

—Oye, Hank —dijo Lydia—, no pongas a mis hijos en contra mía.

—Es el hombre más feo del *mundo* —dijo Lisa.

Me gustaba Lisa. Algún día iba a llegar a ser una mujer espectacular. Espectacular y con personalidad.

Después de la cena Lydia y yo nos fuimos al dormitorio y nos tumbamos. A Lydia le encantaba reventarme los granos y las espinillas. Yo tenía una piel poco académica. Puso la lámpara cerca de mi cara y comenzó la tarea. A mí me gustaba. Me producía una especie de hormigueo que a veces conseguía ponérmela dura. Era algo muy íntimo. De vez en cuando entre apretón y apretón, Lydia me besaba. Siempre empezaba primero por mi cara y luego pasaba a mi espalda y pecho.

—¿Me quieres?

—Sí.

—¡Oooh, mira éste!

Era un punto negro con una larga cola amarilla.

—Es bonito —dije.

Estaba echada encima mío. Paró de reventarme granos y me miró.

—¡Te llevaré a la tumba, viejo cojón!

Me reí. Ella me besó.

—Te volveré a meter en el manicomio —le dije.

—Date la vuelta. Vamos a hacerte la espalda.

Me di la vuelta. Me apretó detrás del cuello.

—¡Oooh, aquí hay uno bueno! ¡Ha salido disparado! ¡Me ha pegado en el ojo!

—Deberías llevar gafas protectoras.

—¡Vamos a tener un pequeño *Henry*! ¡Piénsalo, un pequeño Henry Chinaski!

—Vamos a esperar un tiempo.

—¡Quiero un bebé *ahora*!

—Vamos a esperar.

—Todo lo que hacemos es dormir y comer y vagar y hacer el amor. Somos como babosas perezosas. Amor de babosa, lo llamaría yo.

—A mí me gusta.

—Antes solías venir a escribir aquí. Andabas ocupado. Traías tinta y hacías tus dibujos. Ahora te vas a casa y haces todas las cosas interesantes allí. Aquí sólo comes y duermes y luego te vas por la mañana. Es estúpido.

—A mí me gusta.

—¡No hemos ido a una fiesta desde hace meses! ¡A mí me gusta ver gente! ¡Me *aburro*! ¡Quiero hacer cosas! ¡Quiero BAILAR! ¡Quiero *vivir*!

—Oh, mierda.

—Eres demasiado viejo. Lo único que quieres es sentarte por ahí y criticar todo y a todo el mundo. No quieres hacer nada. ¡Nada es lo bastante bueno para ti!

Me salí de la cama y me puse de pie. Empecé a ponerme la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Me voy de aquí.

—¡Te marchas! En el momento en que las cosas no son como tú las quieres, saltas y te largas corriendo. Nunca quieres hablar de nada. Te vas a tu casa y te emborrachas y a la mañana siguiente estás tan enfermo que crees que te vas a morir. ¡*Entonces* me telefoneas!

—¡No me quedo un minuto más!

—¿Pero por qué?

—No quiero estar donde estoy de más. No quiero estar donde no me quieren.

Hubo una pausa. Luego Lydia dijo:

—De acuerdo. Vamos, échate aquí. Apagaremos la luz y seguiremos los dos juntos.

Hubo otra pausa. Luego yo dije:

—Bueno, está bien.

Me desnudé del todo y me metí debajo de las sábanas. Me pegué a Lydia. Estábamos los dos tumbados de espaldas. Podía oír los grillos. Era un barrio agradable. Pasaron unos pocos minutos. Entonces Lydia dijo:

—Yo voy a ser algo grande.

No contesté. Pasaron unos cuantos minutos más. Entonces Lydia saltó de la cama. Levantó las manos hacia el techo y dijo en voz alta:

—¡VOY A SER ALGO GRANDE! ¡VOY A SER VERDADERAMENTE GRANDE! ¡NADIE SABE LO GRANDE QUE VOY A LLEGAR A SER!

—Vale —dije—, pero mientras tanto vuelve a la cama.

Lydia volvió a la cama. No nos besamos. No íbamos a tener sexo. Me sentía fatigado. Escuché a los grillos. No sé por cuánto tiempo. Estaba casi dormido, no del todo, cuando Lydia de súbito se sentó en la cama y se puso a chillar. Era un chillido muy fuerte.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estate quieto.

Aguardé. Lydia siguió allí sentada, sin moverse, alrededor de unos diez minutos. Luego se dejó caer sobre su almohada.

—He visto a Dios —dijo—, acabo de ver a Dios.

—¡Escucha, perra, me vas a volver loco!

Me levanté y empecé a vestirme. Estaba frenético. No encontraba mis calzoncillos. Al diablo con ellos, pensé. Allá quedaron dondequiera que estuviesen. Tenía puesta toda mi ropa y estaba sentado en una silla poniéndome los zapatos en mis pies descalzos.

—¿Qué estás haciendo?

No pude contestar. Salí al salón. Mi abrigo estaba tirado sobre un sillón. Lo cogí y me lo puse. Lydia salió corriendo. Se había puesto su batín azul y un par de bragas. Iba descalza. Lydia tenía los tobillos anchos. Normalmente llevaba botas para ocultarlos.

—¡TU NO TE VAS DE AQUÍ! —me gritó.

—Mierda, me largo.

Saltó sobre mí. Normalmente me atacaba cuando estaba borracho. Ahora estaba sobrio. Me aparté y ella cayó al suelo, rodó y se quedó tumbada boca arriba. Pasé sobre ella camino hacia la puerta. Despedía rabia, gruñendo, sacando los dientes. Parecía una pantera. La miré. Me sentía a salvo viéndola en el suelo. Soltó una especie de rugido y cuando ya estaba a punto de salir se levantó abalanzándose contra mí, clavando sus uñas en la manga de mi abrigo, tirando y arrancándomela desde el hombro.

—Cristo —dije—, mira lo que le has hecho a mi abrigo nuevo. ¡Lo acababa de comprar!

Abrí la puerta y salté fuera con uno de los brazos desnudo. Acababa de abrir la puerta del coche cuando oí sus pies descalzos sonar en el asfalto detrás mío. Me metí de un salto dentro y cerré la puerta. Encendí el contacto.

—*¡Mataré a este coche!* —gritaba ella—. *¡Mataré a este coche!*

Sus puños golpeaban en el capó, en la puerta, en el parabrisas. Empecé a mover el coche con lentitud, para no herirla. Mi Mercury Comet del 62 había quedado fuera de combate y me había comprado recientemente un Volkswagen del 67. Lo tenía reluciente y encerado. Tenía incluso una gamuza especial en la guantera. Mientras andaba hacia delante Lydia seguía golpeando el coche con sus puños. Cuando la dejé atrás puse la segunda marcha. Miré por el retrovisor y la vi plantada de pie, solitaria a la luz de la luna, inmóvil con su batín azul y sus bragas. Se me empezaron a contraer las tripas. Me sentía enfermo, inútil, triste. Estaba enamorado de ella.

12

Fui a mi casa y empecé a beber. Conecté la radio y encontré algo de música clásica. Saqué mi linterna Coleman del armario. Apagué las luces y me senté con la linterna a oír música. Había juegos que podías hacer con una linterna Coleman. Como apagarla y luego encenderla de nuevo y contemplar la combustión de la mecha volviéndola a iluminar. También me gustaba bombear la linterna y subir la presión. Entonces era el simple placer de verla. Bebía y miraba la linterna y escuchaba la música y me fumaba un puro.

Sonó el teléfono. Era Lydia.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy aquí sentado.

—¡Estás ahí sentado bebiendo y oyendo música sinfónica y jugando con esa maldita linterna Coleman!

—Sí.

—¿Vas a volver?

—No.

—¡Muy bien, entonces bebe! ¡Bebe y revienta! Tú sabes que el alcohol por poco te mata una vez. ¿Te acuerdas del hospital?

—Nunca lo olvidaré.

—¡Muy bien, bebe, BEBE! ¡MATATE! ¡POR MI COMO SI TE CAGAS!

Lydia colgó y yo también. Algo me decía que ella no estaba tan preocupada por mi posible muerte como por su próximo polvo. Pero yo necesitaba unas vacaciones. Un descanso. A Lydia le gustaba joder cinco veces a la semana por lo menos. Yo prefería tres. Me levanté y me acerqué a la mesa de la cocina donde

estaba mi máquina de escribir. Encendí la luz, me senté y escribí a Lydia una carta de cuatro páginas. Luego fui al baño, cogí una cuchilla de afeitar, salí, me senté y me puse un buen trago. Cogí la cuchilla y me corté el dedo corazón de mi mano derecha. Corrió la sangre. Firmé la carta con sangre.

Bajé al buzón de la esquina y metí la carta.

El teléfono sonó en varias ocasiones. Era Lydia. Me gritaba cosas.

—¡Me voy a BAILAR! ¡No tengo por qué quedarme sentada mientras tú bebes!

—Te comportas como si beber fuera igual que irme con otra mujer —dije.

—¡Es peor!

Colgó.

Seguí bebiendo. No tenía sueño. Pronto fue medianoche, luego la una de la mañana, las dos. La linterna Coleman mantenía su llama...

A las tres y media de la madrugada sonó el teléfono. Otra vez Lydia.

—¿Todavía sigues bebiendo?

—¡Claro!

—¡Podrido hijo de puta!

—De hecho al sonar el teléfono estaba quitando el celofán de esta botella de Cutty Sark. Es hermoso. ¡Deberías verlo!

Colgó bruscamente. Me mezclé otro trago. Había buena música en la radio. Me eché hacia atrás. Me sentía muy bien.

La puerta se abrió de golpe y Lydia entró como una tromba. Se paró delante mío. La botella estaba en la mesita del café. La vio y la agarró. Yo salté y la agarré a ella. Cuando yo estaba borracho y Lydia fuera de sus casillas andábamos bastante igualados. Ella sostenía la botella en el aire, apartándola de mí, tratando de salir por la puerta con ella. Agarré el brazo que sostenía la botella e intenté quitársela.

—¡TU, ZORRA! ¡NO TIENES DERECHO! ¡DAME ESA JODIDA BOTELLA!

Entonces salimos al porche, forcejeando, tropezamos en el escalón y caímos al suelo. La botella chocó contra el cemento y se rompió. Ella se levantó y se fue. Oí cómo su coche se ponía en marcha. Me quedé tumbado y contemplé la botella rota. Estaba a medio metro de mí. Lydia se alejó en su automóvil. La luna seguía alta. En el culo de lo que quedaba de botella vi que aún se podía salvar un trago de escocés. Me estiré en el suelo, la cogí y me lo eché en la boca. Una larga punta de cristal casi se clavaba en uno de mis ojos mientras bebía lo que quedaba. Entonces me levanté y entré. Tenía una sed terrible. Empecé a ir de un lado a otro cogiendo cervezas y bebiendo lo poco que quedaba en cada una. Una vez me tragué un montón de cenizas por no acordarme que usaba muchas botellas como ceniceros. Eran las cuatro y cuarto de la mañana. Me senté a mirar el reloj. Era como si estuviera trabajando en la oficina de correos otra vez. El

tiempo no transcurría en tanto la existencia se iba transformando en algo insoportable. Aguardé. Aguardé. Aguardé. Aguardé. Finalmente se hicieron las seis de la mañana. Me acerqué hasta la tienda de licores de la esquina. El empleado la estaba abriendo. Me dejó entrar. Compré una nueva botella de Cutty Sark. Volví a casa, cerré la puerta con llave y llamé a Lydia.

—Tengo aquí una botellita de Cutty Sark a la que estoy quitando el celofán. Me voy a servir un trago. Y la tienda de licores va a estar ahora abierta durante veinte horas.

Ella colgó. Me tomé un trago y luego entré en el dormitorio, me tumbé en la cama y me puse a dormir sin quitarme la ropa.

13

Una semana más tarde iba conduciendo por Hollywood Boulevard con Lydia. Un semanario frívolo que por entonces se editaba en California me había pedido que escribiera un artículo sobre la vida del escritor en Los Ángeles. Lo había escrito e iba camino de la editorial a entregarlo. Aparcamos en el estacionamiento de Mosle Square. Mosle Square era una sección de bungalows caros utilizados como oficinas por las casas de discos, agentes, promotores y todas esas cosas. Los alquileres eran muy elevados.

Entramos en uno de esos bungalows. Había una guapa muchacha detrás de un escritorio, educada y fría.

—Soy Chinaski —dije— y aquí está mi artículo.

Lo dejé caer en el escritorio.

—¡Oh, señor Chinaski, siempre he admirado mucho su obra!

—¿Tienen algo de beber por aquí?

—Espere un momento...

Subió por una escalera tapizada y volvió a bajar con una botella de vino caro. Lo abrió y sacó unas copas de un bar escondido. Cómo me gustaría irme a la cama con ella, pensé. Pero no había manera. Sin embargo, alguien se iba a la cama con ella regularmente.

Nos sentamos y bebimos el vino.

—Le daremos muy pronto noticias sobre su artículo. Estoy segura de que lo aceptarán... Pero no es usted como yo me esperaba...

—¿Qué quiere decir?

—Su voz es tan fina. Parece muy educado.

Lydia se rió. Acabamos nuestro vino y nos fuimos. Mientras nos dirigíamos hacia el coche, oí una voz.

—¡Hank!

Miré a mi alrededor y allí sentada en un Mercedes nuevo estaba Dee Dee Bronson. Me acerqué a ella.

—¿Cómo te va, Dee Dee?

—Bastante bien. Dejé el empleo en Capital Records. Ahora estoy llevando aquello. —Señaló con el dedo. Era otra compañía musical, muy famosa con sus oficinas centrales en Londres. Dee Dee solía pasarse por mi casa con su novio cuando él y yo escribíamos sendas columnas en un periódico underground de Los Ángeles.

—Hostia, te lo estás haciendo bien —dije.

—Sí, excepto...

—¿Excepto qué?

—Excepto que necesito un hombre. Un buen hombre.

—Bueno, dame tu número de teléfono y veré si te encuentro uno.

—De acuerdo.

Dee Dee escribió su número de teléfono en un pedazo de papel y yo me lo guardé en la cartera. Lydia y yo nos fuimos hacia el coche y subimos en él.

—Vas a telefonarla —dijo Lydia—, vas a usar ese número

Puse en marcha el coche y salí a Hollywood Boulevard.

—Vas a usar ese número —siguió diciendo—. ¡Sé que vas a usar ese número!

—¡Corta el rollo! —le dije.

Parecía que se avecinaba otra mala noche.

14

Tuvimos otra disputa. Más tarde yo estaba en mi casa, pero no me sentía con ánimos de quedarme allí solo bebiendo. Había empezado la temporada de carreras nocturnas. Cogí una botella y me fui al hipódromo. Llegué pronto e hice juntas todas las apuestas. Para cuando finalizó la primera carrera, la mitad de la botella había desaparecido sorprendentemente.

Gané tres de las cuatro primeras carreras. Luego gané una apuesta exacta

y me saqué limpios 200 dólares para el final de la quinta carrera. Me fui al bar y contemplé el totalizador. Aquella noche me habían dado buenos dividendos. Lydia se hubiera cagado en toda mi familia si me hubiera podido ver manejando toda aquella pasta. Odiaba que yo ganara en las carreras, sobre todo, cuando ella iba perdiendo.

Seguí bebiendo y apostando. Al acabar la novena carrera llevaba ganados 950 dólares y estaba completamente ebrio. Me metí la cartera en uno de mis bolsillos y caminé lentamente hacia mi coche.

Me senté dentro y contemplé a los perdedores abandonando el aparcamiento. Seguí allí sentado hasta que todos los coches se fueron, entonces puse en marcha el motor. Justo a la salida del hipódromo había un supermercado. Vi una cabina telefónica con luz en un extremo del aparcamiento, entré allí, paré y salí. Me acerqué hasta el teléfono y marqué el número de Lydia.

—Escucha —dije—, escucha, perra. Fui a las carreras nocturnas y gané 950 pavos. ¡Soy un ganador! ¡Siempre seré un ganador! ¡Tú no me mereces, zorra! ¡Has estado jugando conmigo! ¡Bueno, se acabó! ¡Fuera! ¡No te necesito a ti ni a tus malditos juegos! ¡Eso es! ¿Entiendes? ¿Captas el mensaje? ¿O tienes la cabeza más amazotada que los tobillos?

—Hank...

—¿Sí?

—No soy Lydia. Soy Bonnie. Estoy cuidando a los niños. Ella salió esta noche.

Colgué y volví a mi coche.

15

Lydia me llamó por la mañana.

—Mientras te emborrachas —dijo—, yo salgo a bailar. Fui anoche al Red Umbrella y saqué a los hombres a bailar conmigo. Una mujer tiene derecho a hacer eso.

—Eres una zorra.

—¿Sí? Bueno, si hay algo peor que una zorra es un zopenco coñazo.

—Si hay algo peor que un coñazo es una zorra coñazo.

—Si no quieres mi coño —dijo ella—, se lo daré a algún otro.

—Eso es cosa tuya.

—Cuando acabé de bailar, fui a ver a Marvin. Quería saber la dirección de su novia para ir a visitarla. Francine. Tú mismo fuiste una noche a visitarla.

—Mira, nunca he jodido con ella. Simplemente estaba demasiado borracho para conducir hasta mi casa después de una fiesta. Ni siquiera nos besamos. Me dejó dormir en su sofá y a la mañana siguiente me fui a casa.

—De cualquier manera, cuando llegué al chalet de Marvin decidí no preguntar la dirección de Francine.

Los padres de Marvin tenían dinero. Tenía una casa junto a la playa. Escribía poesía, mejor que la mayoría. Me gustaba Marvin.

—Bueno, espero que te lo pasaras bien —dije, y colgué.

Apenas había dejado el teléfono cuando volvió a sonar otra vez. Era Marvin.

—Eh, ¿qué no sabes quién vino ayer a las tantas de la noche? Lydia. Llamó por la ventana y la dejé pasar. Consiguió ponérmela dura.

—Está bien, Marvin. Lo comprendo. No te culpo.

—¿No estás cabreado?

—No contigo.

—Vale entonces...

Cogí la cabeza esculpida y la metí en mi coche. Conduje hasta la casa de Lydia y dejé el busto en el quicio de su puerta. No llamé al timbre. Comencé a alejarme. Lydia salió.

—¿Por qué eres tan gilipollas? —me dijo.

Me volví.

—No eres selectiva. Te da lo mismo un hombre que otro. No tengo por qué estar comiéndome tu mierda.

—¡Yo tampoco tengo por qué comerme tu mierda! —gritó ella y cerró de un portazo.

Fui hasta mi coche, me metí y lo puse en marcha. Puse la primera. No se movió. Probé con la segunda. Nada. Luego volví a la primera. Me aseguré de que el freno estaba quitado. No se movía. Probé marcha atrás. El coche retrocedió. Frené y puse otra vez la primera. El coche no se movía. Todavía seguía furioso con Lydia. Pensé, bueno, me iré hasta casa marcha atrás. Entonces pensé en los policías parándome y preguntándome qué cojones estaba haciendo. Verán, oficiales, tuve una pelea con mi chica y ésta era la única manera de volver a casa.

El cabreo con Lydia se me acabó pasando. Salí y me dirigí hacia su puerta. Había metido dentro mi cabeza. Llamé.

Lydia abrió la puerta.

—¿Oye —le dije—, es que eres una bruja?

—No. Soy una puta ¿recuerdas?

—Tienes que llevarme a casa. Mi coche sólo funciona hacia atrás. El maldito cacharro se ha vuelto loco.

—¿Hablas en serio?

—Ven, te lo enseñaré.

Lydia me siguió hasta el coche.

—Las marchas funcionan bien. Pero de repente se ha puesto a funcionar sólo marcha atrás. Por un momento pensé en irme a casa de culo.

Entré.

—Ahora observa.

Lo puse en marcha y metí la primera, solté el embrague. Saltó hacia delante. Metí la segunda. Entró y fue más deprisa. Metí la tercera. Marchó con brío. Di una vuelta en redondo y aparqué al otro lado de la calle. Lydia se acercó.

—Mira —le dije—, tienes que creerme. Hace un momento el coche sólo marchaba hacia atrás. Ahora va bien. Por favor tienes que creerlo.

—Te creo —dijo ella—, fue obra de Dios. Yo creo en ese tipo de cosas.

—Debe tener algún significado.

—Lo tiene.

Salí del coche. Entramos en su casa.

—Quítate la camisa y los zapatos —dijo ella— y échate en la cama. Primero te voy a reventar las espinillas.

16

El ex luchador japonés jubilado vendió la casa de Lydia. Tuvo que mudarse. Eran Lydia, Tonto, Lisa y el perro, Bugbutt. En Los Ángeles la mayoría de los caseros cuelgan fuera el mismo cartel: SOLO ADULTOS. Con dos niños y un perro la cosa estaba realmente jodida. Sólo la buena pinta de Lydia podía ayudarla. Se necesitaba un casero del género macho caliente.

Los llevé por toda la ciudad. Fue inútil. Yo me quedaba fuera junto al coche bien a la vista. Ni así funcionaba. Mientras íbamos conduciendo Lydia se asomaba por la ventanilla gritando:

—¿Es que *nadie* en esta ciudad puede alquilarle un apartamento a una mujer con dos niños y un perro?

Inesperadamente había un apartamento vacante en mi edificio. Vi a la gente irse de allí y me fui rápidamente a hablar con la señora O'Keefe.

—Oiga —le dije—, mi novia necesita un sitio para vivir. Tiene dos niños y un perro pero todos se portan bien. ¿Les dejaría mudarse aquí?

—He visto a esa mujer —dijo la señora O'Keefe—. ¿No se ha fijado en sus ojos? Está loca.

—Ya sé que está loca. Pero yo respondo de ella. Tiene algunas buenas cualidades, de verdad.

—¡Es demasiado joven para usted! ¿Qué va a hacer usted con una chica joven como ella?

Me reí.

El señor O'Keefe salió y se quedó detrás de su esposa. Me miró desde la puerta de persiana.

—Está encoñado, eso es todo. Es muy simple, está encoñado.

—Bueno, ¿y qué? —dije yo.

—De acuerdo —dijo la señora O'Keefe—. Tráigala aquí...

Así que Lydia alquiló el apartamento y se mudó. Eran más que nada ropas, todas las cabezas que había esculpido y una gran lavadora.

—No me gusta la señora O'Keefe —me dijo—. Su marido parece buena persona pero ella no me gusta.

—Es una buena señora tipo católica, y tú necesitas un sitio donde vivir.

—No quiero que bebas con esa gente. Van a destruirte.

—Sólo pago 85 pavos de alquiler. Ellos me tratan como a un hijo. Tengo que tomarme una cerveza con ellos de vez en cuando.

—¡Como un hijo, *mierda*! Eres casi tan viejo como ellos.

Pasaron unas tres semanas. Era un sábado por la mañana. No había dormido aquella noche con Lydia. Me bañé y tomé una cerveza, me vestí. No me gustaban los fines de semana. Todo el mundo salía a la calle. Todo el mundo estaba jugando al ping-pong o segando el césped o encerando el coche o yendo al supermercado o a la playa o al parque. Multitudes en todas partes. El lunes era mi día favorito. Todo el mundo estaba de vuelta al trabajo y fuera de vista. Decidí ir al hipódromo a pesar de la muchedumbre. Eso me ayudaría a matar el sábado. Me comí un huevo duro, tomé otra cerveza, salí al porche y cerré la puerta. Lydia estaba fuera jugando con Bugbutt, el perro.

—Hola —me dijo.

—Hola —dije yo—, me voy a las carreras.

Lydia se vino hacia mí.

—Oye, ya sabes lo que te pasa con el hipódromo.

Se refería a que siempre me quedaba demasiado cansado para hacer el amor después de ir a las carreras.

—Anoche estabas borracho —continuó—, fue horrible. Asustaste a Lisa. Tuve que sacarte fuera.

—Me voy a las carreras.

—Muy bien, hala, vete a las carreras. Pero si te vas no esperes encontrarme aquí cuando vuelvas.

Subí a mi coche, que estaba aparcado junto al jardín. Bajé los cristales de las ventanillas y lo puse en marcha. Lydia estaba parada de pie en la acera. Le dije adiós con la mano y salí a la calle. Era un agradable día veraniego. Bajé hacia Hollywood Park. Tenía un nuevo sistema. Cada nuevo sistema me acercaba más y más a la fortuna definitiva. Era sólo cuestión de tiempo.

Perdí 40 dólares y volví a casa. Aparqué mi coche junto al césped y salí. Cuando me dirigía hacia el porche me salió por el camino la señora O'Keefe.

—¡Se ha ido!

—¿Qué?

—Su chica. Se ha mudado.

No contesté.

—Alquiló un camión de mudanzas y metió todo allí. Estaba como loca. ¿Sabe esa enorme lavadora?

—Sí.

—Bueno, es una cosa pesada. Yo no podría levantarla. Ella no dejó que el chico la ayudara. Levantó ella sola la cosa y la metió en el camión. Entonces sacó a los niños y el perro y se fueron. Se dejó el alquiler de una semana.

—Muy bien, señora O'Keefe. Gracias.

—¿Vendrá a beber con nosotros esta noche?

—No sé.

—A ver si puede.

Abrí la puerta y entré. Le había dejado un acondicionador de aire. El aparato estaba sobre una silla en la entrada. Había una nota y un par de pantys azules. La nota estaba garrapateada salvajemente:

«Bastardo, aquí está tu aire acondicionado. Me voy. Me voy para siempre ¡hijo de puta! Cuando te sientas solo puedes usar estos pantys para meneártela. Lydia.»

Fui a la nevera y cogí una cerveza. La bebí y luego me acerqué al aparato de aire acondicionado. Cogí los pantys y me quedé allí preguntándome si funcionaría la cosa. Entonces dije «¡Mierda!» y los arrojé al suelo.

Me acerqué al teléfono y marqué el número de Dee Dee Bronson. Estaba

en casa.

—¿Hola? —dijo.

—Dee Dee —dije yo—, soy Hank...

17

Dee Dee tenía una casa en Hollywood Hills. La compartía con una amiga, también ejecutiva, Blanca. Blanca se había quedado con el piso de arriba y Dee Dee con el de abajo. Llamé al timbre. Eran las 8:30 de la tarde cuando Dee Dee abrió la puerta. Dee Dee tenía unos cuarenta años, el pelo negro y corto, era judía, hipster, freaky. Tenía estilo neoyorkino, conocía todos los nombres: los editores adecuados, los mejores poetas, los dibujantes de más talento, los buenos revolucionarios, a cualquiera, a todo el mundo. Fumaba hierba continuamente y seguía actuando como si fueran los primeros años sesenta y el tiempo del Amor, cuando ella había sido medianamente famosa y mucho más hermosa.

Largas series de malos asuntos amorosos habían acabado acribillándola. Ahora yo estaba ante su puerta. En su cuerpo aún quedaba tela que cortar. Era menuda pero esbelta, y más de una joven hubiera deseado tener su figura.

La seguí adentro.

—¿Así que te dejó Lydia? —me preguntó.

—Creo que se fue a Utah. Las fiestas del 4 de Julio en Muleshead serán dentro de poco. Nunca se las pierde.

Me senté en la mesa de la cocina mientras Dee Dee descorchaba una botella de vino tinto.

—¿La echas de menos?

—Cristo, sí. Me entran ganas de llorar. Se me encogen las tripas. Puede que no consiga superarlo.

—Lo superarás. Te ayudaremos a pasar de Lydia. Te sacaremos del charco.

—¿Sabes cómo me siento?

—A todos nos ha ocurrido unas cuantas veces.

—Esa perra jamás se ha preocupado en experimentarlo.

—No, a ella también le pasa. Le está pasando ahora.

Decidí que era mejor estar ahí con Dee Dee en su magnífica casa de Hollywood Hills que estar sentado solo en mi apartamento bebiendo.

—Debe ser que no soy bueno con las mujeres.

—Eres lo bastante bueno con las mujeres —dijo Dee Dee—. Y eres un escritor excepcional.

—Preferiría ser bueno con las mujeres.

Dee Dee estaba encendiendo un cigarrillo. Aguardé a que acabara, entonces me acerqué a ella sobre la mesa y la besé.

—Me haces sentir bien. Lydia estaba siempre al ataque.

—Eso no significa lo que a ti te parece.

—Pero puede llegar a ser desagradable.

—Ya lo creo.

—¿Todavía no has encontrado novio?

—Todavía no.

—Me gusta este sitio, pero, ¿cómo consigues tenerlo tan limpio y cuidado?

—Tenemos una asistente.

—¿Ah sí?

—Te gustará. Es una negra enorme, acaba su trabajo lo más deprisa que puede cuando yo me voy. Entonces se tumba en la cama a ver la televisión y comer galletitas. Todas las noches encuentro migajas de galletas en mi cama. Mañana le diré que te prepare el desayuno después de que yo me vaya.

—Bueno.

—No, espera. Mañana es domingo. Yo no trabajo los domingos. Saldremos a comer fuera. Conozco un sitio. Te gustará.

—Está bien.

—Sabes, creo que siempre he estado enamorada de ti.

—¿Qué?

—Durante años. Sabes, cuando solía ir a visitarte, primero con Bernie y luego con Jack, te deseaba. Pero tú nunca te fijabas en mí. Estabas siempre chupando algún bote de cerveza o estabas obsesionado con algo.

—Majareta, supongo, cercano a la locura. La denuncia de la oficina de Correos. Siento no haberme fijado en ti.

—Te puedes fijar en mí ahora.

Dee Dee llenó otro vaso de vino. Buen vino. Ella me gustaba. Era bueno tener un sitio donde ir cuando las cosas iban mal. Recordé los viejos tiempos en que cuando las cosas iban mal no había ningún sitio donde ir. Tal vez aquello había sido bueno para mí. Entonces. Pero ahora no estaba interesado en lo que pudiera ser bueno para mí. Me interesaba sentirme bien y saber cómo parar de sentirme mal cuando las cosas anduvieran jodidas. Cómo volver a sentirme bien

otra vez.

—No quiero joderte, Dee Dee —dije yo—, a veces me porto mal con las mujeres.

—Te he dicho que te quiero.

—No lo hagas. No me quieras.

—De acuerdo —dijo ella—, no te quiero, *casi* te quiero. ¿Está bien así?

—Es bastante mejor que lo otro.

Acabamos nuestro vino y nos fuimos a la cama.

18

Por la mañana Dee Dee me llevó a Sunset Strip a desayunar. El Mercedes era negro y relucía bajo el sol. Pasamos los casinos y las salas de fiesta y los restaurantes de lujo. Me acomodé en mi asiento, tosiendo con mi cigarrillo. Bueno, pensé, otras veces me ha ido peor. Una o dos escenas vinieron como flashes a mi cabeza. Un invierno en Atlanta congelándome, era medianoche, no tenía dinero ni sitio donde dormir y subí las escaleras de una iglesia esperando poder entrar y calentarme. La puerta de la iglesia estaba cerrada. Otra vez en El Paso, durmiendo en un banco del parque, un policía me despertó por la mañana pegándome en las suelas de los zapatos con su porra. Seguía pensando todavía en Lydia. Las partes buenas de nuestra relación eran como una rata revolviéndose y mordiéndome en el estómago.

Dee Dee aparcó junto a un lujoso restaurante. Había un patio con sillas y mesas en el que la gente se sentaba a comer, charlando y bebiendo café. Pasamos junto a un hombre negro con botas, jeans y una gruesa cadena de plata alrededor del cuello. Su casco de motociclista, gafas y guantes estaban sobre la mesa. Estaba con una rubia delgadita vestida con un mono color menta, allí sentada chupándose el dedito. El sitio estaba repleto. Todo el mundo parecía joven, higiénico, blando. Nadie nos miró. Todo el mundo charlaba con calma.

Entramos dentro y un pálido muchacho de mínimas nalgas, con un ajustado pantalón plateado, un grueso cinturón remachado y una ligera blusa dorada nos sentó en una mesa. Tenía las orejas agujereadas y llevaba pequeños pendientes azules. Su finísimo bigotillo parecía púrpura.

—¿Qué pasa Dee Dee? —dijo.

—Desayuno, Donny.

—Una bebida, Donny —dije yo.

—Yo sé lo que necesita, Donny. Dale un Golden Flower doble.
Pedimos el desayuno y Dee Dee dijo:
—Tardarán un rato en traérmelo. Aquí cocinan todo lo que se pide.
—No te gastes mucho Dee Dee.
—Todo va a la cuenta de gastos de representación.
Sacó una libretita negra.
—Vamos a ver. ¿A quién he invitado a desayunar? ¿A Elton John?
—¿No está en África...?
—Ah, es verdad. Bueno, ¿qué tal Cat Stevens?
—¿Quién es ese?
—¿No lo conoces?
—No.
—Bueno, yo lo *descubrí*. Puedes ser Cat Stevens.

Donny trajo la bebida y se puso a hablar con Dee Dee. Parecían conocer a la misma gente. Yo no conocía a nadie. Costaba mucho lograr excitarme. No me importaba. No me gustaba Nueva York. No me gustaba Hollywood. No me gustaba el rock. No me gustaba nada. Quizás tuviese miedo. Eso era, sentía miedo. Quería sentarme solo en una habitación con las persianas bajadas. Me recreé un poco con ello. Yo era un chiflado. Un lunático. Y Lydia se había ido.

Acabé mi bebida y Dee Dee me pidió otra. Empecé a sentirme como un chulo mantenido y era magnífico. Ayudaba a mi melancolía. No hay nada peor que estar en la ruina y ser abandonado por tu mujer. Nada que beber, sin trabajo, sólo las paredes, sentarse allí mirando a las paredes y cavilando. Así es como vuelven las mujeres a ti, pero hace daño y a ellas también las debilita. O eso me gustaba creer.

El desayuno era bueno. Huevos guarnecidos con una variedad de frutas... piña, melocotones, peras... grandes nueces de temporada. Era un buen desayuno. Acabamos y Dee Dee me pidió otra copa. El pensamiento de Lydia todavía continuaba dentro de mí, pero Dee Dee me gustaba. Su conversación era inteligente y entretenida. Conseguía hacerme reír, que era lo que necesitaba. Mi risa estaba allí concentrada dentro de mí esperando a salir como un volcán: JA JA JAJÁ JA, oh dios mío oh JAJAJAJAJA. Me sentía muy bien cuando ocurría. Dee Dee sabía unas cuantas cosas acerca de la vida. Dee Dee sabía que lo que le pasaba a uno le pasaba a la mayoría de nosotros. Nuestras vidas no eran tan diferentes, aunque nos gustase pensar lo contrario.

El dolor es extraño. Un gato que mata a un pájaro, un coche accidentado, un incendio... llega el dolor, BANG, y allí está, se introduce en ti. Es real. Y para cualquiera que te vea, parecerás un imbécil. Como si te hubiese caído una idiotez

repentina. No hay cura para ello mientras no encuentres a alguien que comprenda cómo te sientes y sepa cómo ayudarte.

Volvimos a su coche.

—Conozco justo el lugar donde llevarte para que te animes —dijo Dee Dee. Yo no contesté. Me dejaba llevar como si fuera un inválido. Lo que era.

Le dije a Dee Dee que parase en un bar. Uno de los suyos. El camarero la conocía.

—Este —me dijo mientras entrábamos—, es el bar donde se dejan caer muchos escritores. Y también gente de teatro.

Todos me disgustaron inmediatamente, ahí sentados actuando como seres inteligentes y superiores. Tratando de anularse entre sí. La peor cosa para un escritor es conocer a otro escritor, y peor que eso, conocer a muchos escritores. Como moscas en la misma trampa.

—Vamos a coger una mesa —dije yo. Y allí estaba, un escritor de 65 dólares a la semana sentado en una sala con otros escritores, escritores de mil dólares a la semana. Lydia, pensé, estoy prosperando. Te arrepentirás. Algún día entraré en restaurantes de lujo y seré reconocido. Tendrán reservada una mesa especial para mí en el fondo, junto a la cocina.

Nos trajeron nuestras bebidas y Dee Dee me miró.

—Eres bueno con la lengua. Nunca nadie me lo ha comido tan bien.

—Lydia me enseñó. Luego yo le añadí algunos toques propios.

Un joven de piel oscura se levantó y se acercó hasta nuestra mesa. Dee Dee nos presentó. El chico era de Nueva York, escribía para el *Village Voice* y otras revistas de Nueva York. Dee Dee y él se entregaron por un rato al típico peloteo de nombres y entonces él preguntó:

—¿Qué hace tu marido?

—Tengo un gimnasio —dije—. Boxeadores. Cuatro buenos chicos mexicanos. Y un chaval negro, un verdadero bailarín. ¿Cuánto pesas tú?

—78 kilos. ¿Fuiste boxeador? Tu cara parece haber recibido buenas zurras.

—He recibido unas cuantas. Podemos meterte en los 70 kilos. Necesito un peso ligero sudaca.

—¿Cómo has sabido que yo era sudamericano?

—Estás sosteniendo el cigarrillo con la mano izquierda. Pásate por el gimnasio de Main Street. El lunes por la mañana. Empezaremos a entrenarte. Los cigarrillos fuera. ¡Puedes ir tirando ése!

—Oye, tío, yo soy escritor. Uso una máquina de escribir. ¿Nunca has leído nada mío?

—Yo sólo leo la página de sucesos... asesinatos, violaciones, peleas, estafas, accidentes y la columnita de Ann Landers.

—Dee Dee —dijo él—, tengo una entrevista con Rod Stewart dentro de treinta minutos. Tengo que irme. —Se fue.

Dee Dee pidió otro par de copas.

—¿Por qué no te puedes comportar decentemente con las personas? —me preguntó.

—Por miedo —dije yo.

—Ya estamos —dijo ella, y entró con el coche en el cementerio de Hollywood.

—Hermoso —dije yo—, realmente hermoso. Me había olvidado completamente de la muerte.

Dimos una vuelta con el coche. La mayoría de las tumbas estaban sobre tierra. Eran como pequeñas casitas, con pilares y escalones frontales. Y cada una tenía una puerta de hierro cerrada. Dee Dee aparcó y bajamos. Se puso a manipular una de las puertas. Contemplé su trasero mientras trabajaba con la puerta. Pensé en Nietzsche. Allí estábamos: un semental germánico y una yegua judía. Mi tierra natal me adoraría.

Volvimos al Mercedes y Dee Dee aparcó junto a la puerta de uno de los panteones más grandes. Allí todos estaban embutidos en las paredes y había filas y filas de ellos. Algunos tenían flores, en pequeñas vasijas, pero la mayoría estaban marchitas. La mayoría de los nichos no tenían flores. Algunos de ellos tenían al marido y la mujer juntos. En algunos casos el nicho estaba vacío y aguardando. En todos los casos el marido era el primero en morir.

Dee Dee me cogió de la mano y me hizo cruzar la esquina. Y allí estaba, cercano al fondo, Rodolfo Valentino. Muerto en 1926. No vivió mucho. Decidí que yo viviría hasta los 80. Pensé en tener 80 y joderme a una muchachita de 18 años. Si había algún modo de cachondearse del rollo de la muerte era ése.

Dee Dee cogió una de las macetillas para las flores y la metió en su bolsillo. Lo típico. Agarrar aquello que no estuviera atado. Todo pertenecía a todo el mundo. Salimos y Dee Dee dijo:

—Quiero sentarme en la tumba de Tyrone Power. Era mi actor favorito. ¡Le adoraba!

Fuimos y nos sentamos en la tumba de Tyrone, junto a su losa. Entonces nos levantamos y fuimos a ver la sepultura de Douglas Fairbanks padre. Muy buena. Con un foco reflector privado frente a la losa y un cuidado estanque. El estanque estaba lleno de nenúfares y flores acuáticas. Subimos por unas escaleras y detrás de la tumba había un sitio para sentarse. Nos sentamos. Vi una pequeña grieta en la pared de la tumba con hormiguitas rojas entrando y saliendo. Observé a las hormigas durante un rato, luego puse mi brazo alrededor de Dee Dee y la besé, un beso largo largo y bueno. íbamos a ser buenos amigos.

19

Dee Dee tenía que recoger a su hijo en el aeropuerto. Volvía de Inglaterra, donde había pasado las vacaciones. Tenía 17 años, me dijo ella, y su padre era un ex concertista de piano. Se había metido en las anfetaminas y la cocaína y más tarde se había quemado las manos en un accidente. No pudo seguir tocando el piano. Se habían divorciado tiempo atrás.

El hijo se llamaba Renny. Dee Dee le había hablado de mí en varias conferencias transatlánticas. Llegamos al aeropuerto cuando el avión de Renny acababa de aterrizar. Dee Dee y Renny se abrazaron. Era alto y delgado, bastante pálido. Un mechón de pelo le caía sobre uno de los ojos. Nos dimos la mano.

Fui a coger el equipaje mientras Renny y Dee Dee charlaban. El la llamaba «Mami». Cuando llegamos al coche saltó al asiento trasero y dijo:

—¿Mami, me compraste la bici?

—Ya la he encargado. La recogeremos mañana.

—¿Es una buena bici, Mami? Quiero una de diez velocidades con freno de mano y cordones en los pedales.

—Es una buena bici, Renny.

—¿Estás segura de que estará lista?

Regresamos. Yo me quedé a pasar la noche. Renny tenía su propio dormitorio.

Por la mañana nos sentamos todos juntos a la mesa de la cocina, esperando a que llegara la asistenta. Finalmente Dee Dee se levantó y nos preparó el desayuno. Renny dijo:

—¿Mami, cómo haces para romper un huevo?

Dee Dee me miró. Sabía lo que yo estaba pensando. Me quedé en silencio.

—Está bien, Renny, ven aquí y te lo enseñaré.

Renny se acercó hasta la cocina. Dee Dee cogió un huevo.

—¿Ves? Sólo tienes que romper la cáscara con el borde de la cazuela... así... y dejar caer el huevo fuera de la cáscara... así...

—Oh...

—Es muy simple.

—¿Y cómo lo cocinas?

—Lo freímos. En mantequilla.

—Mami, no puedo comerme ese huevo.

—¿Por qué?

—¡Porque has roto su refugio!

Dee Dee se dio la vuelta y me miró. Sus ojos decían: «Hank, no digas ni una puñetera palabra...»

Unas pocas mañanas más tarde estábamos otra vez todos a la mesa de la cocina. Estábamos comiendo mientras la asistente trabajaba. Dee Dee le dijo a Renny:

—Ahora ya tienes tu bicicleta. Quiero que hoy vayas a comprar una caja de latas de Coca Cola. Cuando vuelva a casa quiero tener algunas para beber.

—Pero Mami, ¡las Cocas pesan mucho! ¿No puedes traerlas tú?

—Renny, yo trabajo todo el día y acabo cansada. Compra esas Cocas.

—Pero Mami, hay una cuesta. Tengo que subir pedaleando la cuesta.

—No hay cuesta. ¿De qué cuesta hablas?

—Bueno, no puedes verla con *tus ojos*, pero está ahí...

—Renny, vas a comprar esas Cocas, ¿entiendes?

Renny se levantó, se fue a su dormitorio y cerró de un portazo.

Dee Dee miró hacia otro lado.

—Me está poniendo a prueba. Quiere saber si le quiero.

—Yo compraré las Cocas —dijo.

—No hace falta —dijo ella—, yo las traeré.

Al final no las compró ninguno de nosotros.

Unos días más tarde estábamos Dee Dee y yo en mi casa recogiendo el correo y echando un vistazo cuando sonó el teléfono. Era Lydia.

—Hola —dijo—, estoy en Utah.

—Encontré tu nota —dijo yo.

—¿Qué tal estás?

—Todo va bien.

—En Utah se está muy bien en verano. Deberías venirte por aquí. Iríamos de camping. Están todas mis hermanas.

—No puedo ir ahora.

—¿Por qué?

—Bueno, estoy con Dee Dee.

—¿Dee Dee?

—Bueno, sí...

—Sabía que utilizarías ese número de teléfono —dijo—. ¡Te dije que usarías ese número!

Dee Dee estaba junto a mí.

—Por favor —me dijo—, dile que me deje hasta septiembre.

—Olvídate de ella —dijo Lydia—. Al infierno con ella. Vente aquí a verme.

—No puedo abandonarlo todo sólo porque tú me llames. Además —dije—, voy a quedarme con Dee Dee hasta septiembre.

—¿Septiembre?

—Sí.

Lydia aulló. Fue un aullido largo y potente. Luego colgó.

Después de aquello. Dee Dee me mantuvo alejado de mi casa. Una vez, cuando estábamos allí recogiendo mi correo, me di cuenta de que el cable del teléfono estaba desenchufado.

—Jamás vuelvas a hacer esto —le dije.

Dee Dee me llevaba a largas excursiones costa arriba y costa abajo. Hacíamos viajes a las montañas. íbamos a subastas, a ver películas, conciertos de rock, iglesias, amigos, a cenas y almuerzos, shows de magia, picnics y circos. Sus amigos nos fotografiaban juntos.

El viaje a Catalina fue horrible. Esperé con Dee Dee en la sala de pasajeros. Tenía una resaca de campeonato. Dee Dee me consiguió un Alka-Seltzer y un vaso de agua. La única cosa que ayudaba era una muchachita sentada enfrente nuestro. Tenía un hermoso cuerpo, largas piernas magníficas y llevaba una minifalda. Con la minifalda llevaba calcetines largos, un cinturón claveteado y llevaba bragas rosas debajo de la falda roja. Llevaba incluso zapatos de tacón alto.

—Te la estás comiendo con los ojos, ¿no? —dijo Dee Dee.

—No puedo parar.

—Es una putilla.

—Seguramente.

La putilla se levantó y se puso a jugar al pinball, meneando el culo para ayudar al movimiento de las bolas. Luego se sentó otra vez, enseñando más que nunca.

El hidroavión amerizó, descargó y luego nosotros aguardamos en el muelle a poder embarcar. El aeroplano era rojo, construido en 1936, tenía dos hélices, un piloto y 8 o 10 asientos.

Si no me estrello con este avión, habré engañado al mundo, pensé.

La chica de la minifalda no subió.

¿Por qué siempre que veías una mujer como ésa tenías que estar con otra mujer?

Entramos y tratamos de acomodarnos.

—Oh —dijo Dee Dee—. ¡Estoy tan excitada! ¡Me voy a sentar junto al piloto!

Así que despegamos y Dee Dee iba sentada con el piloto. Los vi conversando. Ella disfrutaba la vida, o por lo menos eso parecía. Más tarde aquello no significaría mucho para mí, me refiero a su excitada y feliz reacción ante la vida, de alguna manera me acabaría irritando, dejándome sin ningún sentimiento. Ni siquiera me aburría.

Volamos y luego amerizamos, muy rudamente, haciendo vuelo raso sobre las olas y luego chocando con el agua dando botes, levantando salpicaduras. Era parecido a ir en una motora. Después arribamos a otro muelle y Dee Dee se acercó a mí y me contó todo absolutamente sobre el hidroavión y el piloto, y su conversación. Había una gran pieza rajada en el techo y ella le había preguntado al piloto «¿No es esto peligroso?» y él le había contestado «Carajo sí lo sé».

Dee Dee había reservado una habitación en un hotel junto a la playa, en el piso de arriba. No había refrigerador, así que ella consiguió una neverita de plástico y la llenó de hielo para mi cerveza. Había un televisor en blanco y negro y un baño. Mucha clase.

Fuimos a dar un paseo por la playa. Los turistas eran de dos tipos; o muy jóvenes o muy viejos. Los viejos andaban por pares, hombre y mujer, con sus sandalias y gafas de sol y sombreros de paja y pantalones cortos y camisas de colores salvajes. Eran gordos y pálidos con venas azules en las piernas y sus caras estaban hinchadas y blancas bajo el sol. Se derretían por todas partes, pliegues y bolsas de piel colgaban de sus mejillas y barbillas.

Los jóvenes eran esbeltos y parecían estar hechos de goma. Las chicas no tenían tetas y sus traseros eran pequeñitos, y los chicos tenían caras tiernas y blandas y sonreían y se ruborizaban y se reían. Y todos ellos parecían contentos, los chavalines y los viejos. No tenían mucho que hacer, pero deambulaban bajo el sol y parecían satisfechos.

Dee Dee entraba en las tiendas. Estaba encantada con las tiendas, comprando collarcitos, ceniceros, perros de juguete, postales, pañuelos, figurines, y parecía feliz con todo.

—¡Oooh, *mira!*

Hablaba con los dueños de las tiendas. Parecía que le agradaban. Le prometió a una señora que le escribiría cuando volviese a casa. Tenían un amigo mutuo, un tío que tocaba la batería en una banda de rock.

Dee Dee compró una jaula con dos periquitos y regresamos al hotel. Abrí una cerveza y puse la televisión. No había mucha elección posible.

—Vamos a dar otro paseo —dijo Dee Dee—. Se está tan bien afuera.

—Yo me voy a quedar aquí a descansar.

—¿No te importa si me voy sola?

—Me parece bien.

Me besó y se fue. Apagué la televisión y abrí otra cerveza. No había otra cosa que hacer en aquella isla salvo emborracharme. Me acerqué a la ventana. En la playa de abajo Dee Dee estaba sentada junto a un tío joven, hablando alegremente, sonriendo y gesticulando con las manos. El tío le sonreía a su vez. Me sentía bien no formando parte de aquello. Me alegraba de no estar enamorado, de no ser feliz con el mundo. Me gustaba estar en desacuerdo con todo. La gente enamorada a menudo se ponía cortante, peligrosa. Perdían su sentido de la perspectiva. Perdían su sentido del humor. Se ponían nerviosos, psicóticos, aburridos. Incluso se convertían en asesinos.

Dee Dee estuvo fuera dos o tres horas. Miré un poco la tele y escribí dos o tres poemas en una máquina de escribir portátil. Poemas de amor, sobre Lydia. Los escondí en mi maleta. Bebí algo más de cerveza.

Entonces llamó Dee Dee y entró:

—¡Oh, he pasado un rato de lo más *maravilloso*! Primero subí a la barca de suelo de cristal. ¡Pudimos ver todos los diferentes tipos de peces, todo! Luego encontré otra barca que lleva a la gente a sus yates. Este chico me dejó montar durante horas ¡por un dólar! Tenía la espalda quemada por el sol y yo se la froté con una loción. Estaba *terriblemente* quemado. Llevamos a la gente a sus yates. ¡Y deberías haber visto a la gente en aquellos yates! La mayoría hombres, viejos verdes decrepitos con jovencitas. Las muchachitas llevaban todas botas y estaban borrachas y drogadas, por los suelos, gimiendo y suspirando. Algunos de los viejos tenían también muchachitos, pero la mayoría prefería a las chicas, algunas veces tenían dos o tres o cuatro a su lado. Todos los yates apestaban a droga y alcohol y lujuria. ¡Era maravilloso!

—Suenas bien. Me gustaría tener tu habilidad para encontrar gente interesante.

—Puedes venir mañana. Podrás montar todo el día por un dólar.

—Paso.

—¿Has escrito algo?

—Un poco.

—¿Es bueno?

—Nunca se sabe hasta dieciocho días más tarde.

Dee Dee se acercó a ver a los periquitos, habló con ellos. Era una mujer buena. Me gustaba. Se interesaba de verdad por mí, quería que yo hiciera las cosas bien, que escribiera bien, que follara bien, que luciera bien. Yo lo notaba. No estaba mal. Quizás algún día volásemos juntos a Hawai. Me levanté y me acerqué

por detrás a darle un beso en la oreja derecha, justo debajo del lóbulo.

—Oh, *Hank* —dijo ella.

De vuelta en Los Ángeles después de nuestra semana en Catalina, una noche estábamos en mi casa, lo cual era poco usual. Ya era entrada la madrugada. Estábamos tumbados en la cama, desnudos, cuando sonó el teléfono en la habitación de al lado.

Era Lydia.

—¿Hank?

—¿Sí?

—¿Dónde has estado?

—En Catalina.

—¿Con ella?

—Sí.

—Escucha, después de que me hablaras de ella me volví loca. Tuve un asunto. Fue con un homosexual. Algo asqueroso.

—Te he echado de menos, Lydia.

—Quiero volver a Los Ángeles.

—Eso estaría bien.

—¿Si vuelvo contigo la dejarás?

—Es una buena mujer, pero si vuelves la dejaré.

—Voy a volver. Te quiero, vejestorio.

—Yo también te quiero.

Seguimos hablando. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando. Cuando acabamos volví al dormitorio. Dee Dee parecía dormida.

—¿Dee Dee? —le dije.

Levanté uno de sus brazos. Estaba inerte. La carne parecía de goma.

—Deja de bromear, Dee Dee, sé que no estás dormida.

No se movía. Miré alrededor y descubrí que su frasco de somníferos estaba vacío. Antes estaba lleno. Yo había probado aquellas píldoras. Una sola te dejaba dormido, sólo que era como si te noquearan y te enterraran bajo tierra.

—Te has tomado las píldoras...

—No... me... importa... que vuelvas con ella... No me... importa...

Fui corriendo a la cocina y cogí un cubo, volví y lo dejé en el suelo bajo la cama. Entonces cogí la cabeza de Dee Dee y haciéndola asomar fuera de la cama

metí mis dedos en su garganta. Vomitó. Le levanté la cabeza y dejé que respirara un momento luego repetí el proceso. Lo hice una y otra vez. Dee Dee siguió vomitando. Una de las veces, al levantarle la cabeza, se le cayeron los dientes. Se quedaron allí sobre la sábana, los de arriba y los de abajo.

—Ooooh... mis dientes —dijo, o intentó decir.

—No te preocupes por tus dientes. Volví a meterle los dedos en la garganta. Luego la volví a levantar.

—No quiedo —dijo ella— que veaf mif dienddes...

—Están bien, Dee Dee. La verdad es que no son feos.

—Ooooooh...

Revivió lo suficiente para volverse a colocar sus dientes.

—Llévame a casa —dijo—, quiero irme a casa.

—Me quedaré contigo. No quiero dejarte sola esta noche.

—¿Pero al final me dejarás?

—Vamos a vestirnos —dije.

Valentino habría conservado a las dos, Lydia y Dee Dee. Por eso murió tan joven.

20

Lydia regresó y encontró un bonito apartamento en el Burbank. Parecía tenerme más afecto que antes de marcharse.

—Mi marido tenía una enorme picha, pero era lo único que tenía. No tenía personalidad ni vibraciones. Sólo una enorme polla y pensaba que era lo único que había que tener. ¡Pero Cristo, era un imbécil! Contigo recibo continuamente vibraciones... una carga eléctrica que nunca para.

Estábamos juntos en la cama.

—Y yo ni siquiera sabía que su polla era enorme porque era

66

la primera que había visto en mi vida —se puso a examinarme de cerca—. Pensaba que todas serían iguales.

—Lydia...

—¿Qué pasa?

—Tengo que decirte una cosa.

—¿El qué?

—Tengo que ir a ver a Dee Dee.

—¿Ir a ver a Dee Dee? —preguntó con retintín.

—No seas graciosa. Hay una razón.

—Dijiste que todo se había terminado.

—Así es. Pero no quiero dejarla caer sin contemplaciones. Quiero explicarle lo que ocurrió. La gente es muy insensible para con su prójimo. No quiero volver con ella, sólo quiero tratar de explicar lo que ocurrió para que pueda comprenderlo.

—Quieres follártela.

—No, no quiero follármela. Ni siquiera tenía grandes deseos de follármela cuando salía con ella. Sólo quiero darle alguna explicación.

—No me gusta. Me suena ...a truco.

—Déjame hacerlo, por favor. Sólo quiero dejar las cosas claras. Volveré pronto.

—Muy bien, pero vuelve bien pronto.

Subí al Volks, doblé hacia Fountain, subí unas cuantas millas, luego cogí hacia el norte en Bronson y me metí por el barrio de altos alquileres. Aparqué en el exterior y salí. Subí el largo trecho de escaleras y llamé al timbre. Blanca abrió la puerta. Me acordé de una noche que me había abierto la puerta desnuda y yo la había abrazado y mientras estábamos besándonos había aparecido Dee Dee diciendo «¿Qué demonios está pasando aquí?».

Esta vez no fue así. Blanca dijo:

—¿Qué quieres?

—Quiero ver a Dee Dee. Quiero hablar con ella.

—Está jodida, jodida de verdad. No creo que debieras verla después del modo en que la has tratado. Verdaderamente eres un hijo de puta de primera.

—Sólo quiero hablar con ella un rato, explicarle una serie de cosas.

—De acuerdo. Está en el dormitorio.

Atravesé el salón hasta el dormitorio. Dee Dee estaba en la cama sólo con las bragas puestas. Tenía un brazo tapándose los ojos. Sus tetas tenían buena pinta. Había una botella vacía de whisky en la cama y una palangana en el suelo. La palangana apestaba a vómito y alcohol.

—Dee Dee...

Ella levantó el brazo.

—¿Qué? ¿Hank, has vuelto?

—No, espera, sólo quiero hablar contigo.

—Oh, Hank, te he echado de menos de una forma horrible. He estado a punto de volverme loca, el sufrimiento ha sido insoportable...

—Quiero hacerlo más fácil. Es por lo que he vuelto. Quizá sea estúpido, pero no me gusta la crueldad innecesaria...

—No sabes lo que he pasado...

—Lo sé. Lo he sentido muchas veces.

—¿Quieres algo de beber? —apuntó a la botella.

Cogí la botella y con tristeza la volví a dejar.

—Hay demasiada frialdad en el mundo —le dije—. Si la gente simplemente hablase junta de las cosas ayudaría bastante.

—Quédate conmigo. Hank. No vuelvas con ella, por favor. Por favor. He vivido lo bastante para saber cómo ser una buena mujer. Sabes que he sido buena contigo y para ti.

—Lydia me tiene enganchado. No puedo explicarlo.

—Es un flirt. Es impulsiva. Te acabará abandonando.

—Quizás ahí esté parte de la atracción.

—Quieres una puta. Le tienes miedo al amor.

—A lo mejor tienes razón.

—Sólo bésame. ¿Sería demasiado pedirte que me beses?

—No.

Me arrimé a ella. Nos abrazamos. Su boca olía a vómito. Me besó, nos besamos y ella se aferró a mí. Me separé lo más amablemente que pude.

—Hank —dijo—. ¡Quédate conmigo! ¡No vuelvas con ella! ¡Mira, *tengo unas buenas piernas!*

Dee Dee levantó una de sus piernas y me la enseñó.

—¡Y también tengo buenos tobillos! ¡Mira!

Me enseñó los tobillos.

Yo estaba sentado en el borde de la cama.

—No puedo quedarme contigo, Dee Dee...

Se incorporó y empezó a pegarme. Sus puños eran duros como rocas. Lanzaba puñetazos con ambas manos. Yo seguí sentado mientras ella me pegaba puñetazos. Me alcanzó debajo del ojo, en el ojo, en la frente y en las mejillas. Recibí uno hasta en la garganta.

—¡Oh, hijo de puta! ¡Hijoputa, hijoputa, hijoputa! ¡TE ODIO!

La agarré de las muñecas.

—Está bien, Dee Dee, ya es suficiente.

Se derrumbó sobre la cama mientras yo me levantaba y salía por el salón hacia la puerta.

Cuando volví, Lydia estaba sentada en un sillón. Tenía un aire oscuro en la cara.

—Has estado fuera mucho tiempo. ¡Mírame! ¿Te la has tirado, no?

—No.

—Has estado fuera mucho rato. ¡Mira, te ha dejado arañada la cara!

—Te digo que no pasó nada.

—Quítate la camisa. ¡Quiero ver tu espalda!

—Oh, mierda, Lydia.

—Quítate la camisa y la camiseta.

Me las quitó. Se dio una vuelta mirándome la espalda.

—¿Qué es ese arañazo en tu espalda?

—¿Qué arañazo?

—Hay ahí uno bien largo... de uñas de mujer.

—Si está ahí, tú lo pusiste.

—Muy bien. Sólo hay una manera de comprobarlo.

—¿Cómo?

—Vamos a la cama.

—¡Está *bien*!

Pasé el examen, pero luego pensé: ¿cómo puede un hombre comprobar la infidelidad de una mujer? No parecía justo.

21

Recibía continuamente cartas de una mujer que vivía sólo a una milla o así de mi casa. Firmaba Nicole. Decía que había leído algunos de mis libros y le habían gustado. Contesté a una de sus cartas y ella me respondió con una invitación a visitarla. Una tarde, sin decirle nada a Lydia, subí al Volkswagen y fui

hasta allí. Tenía un piso en un edificio del Bulevar Santa Mónica. Su puerta daba a la calle y pude ver una escalera detrás del cristal. Llamé al timbre.

—¿Quién es? —se oyó una voz de mujer saliendo de un pequeño interfono.

—Soy Chinaski —dije. Sonó un zumbido y abrí la puerta.

Nicole me esperó en lo alto de las escaleras observándome mientras subía. Tenía una cara cultivada, casi teatral y llevaba un largo vestido verde de ancho escote. Su cuerpo parecía tener buen aspecto. Me miró con unos grandes ojos marrón oscuro. Alrededor de sus ojos había muchas arruguitas, quizás de mucho beber o de mucho llorar.

—¿Estás sola? —le pregunté.

—Sí —me sonrió—, entra.

Entré. Era espacioso, dos dormitorios, con muy poco mobiliario. Descubrí una pequeña librería y unos cuantos discos clásicos. Me senté en el sofá. Ella se sentó junto a mí.

—Acabo de leer —me dijo— *La vida de Picasso*.

Había muchos ejemplares del *New Yorker* en la mesilla.

—¿Te preparo algo de té? —me preguntó.

—Saldré y traeré algo de beber.

—No es necesario. Yo tengo alguna cosa.

—¿Qué?

—¿Un poco de buen vino tinto?

—Me gustaría.

Nicole se levantó y entró en la cocina. La contemplé moverse. Siempre me habían gustado las mujeres con vestidos largos. Se movían graciosamente. Ella parecía tener mucha clase. Volvió con dos copas y una botella de vino y sirvió. Me ofreció un Benson and Hedges. Lo encendí.

—¿Lees el *New Yorker*? —me preguntó—. Sacan buenas historias.

—No estoy de acuerdo.

—¿Cuál es la razón?

—Son demasiado educadas.

—A mí me gustan.

—Bueno, mierda.

Seguimos bebiendo y fumando.

—¿Te gusta mi apartamento?

—Sí, es muy agradable.

—Me recuerda a algunos de los sitios donde viví en Europa. Me gusta el

espacio, la luz.

—¿Europa, eh?

—Sí, Grecia, Italia... Grecia sobre todo.

—¿París?

—Oh, sí, me gustó París. Londres no.

Entonces me habló de ella misma. Su familia había vivido en Nueva York. Su padre era un comunista, su madre una sastra en una modistería. Su madre había manejado la primera máquina de coser, era la número uno, la mejor de todas. Resistente y agradable. Nicole se había educado ella sola, había crecido en Nueva York, conocido a un famoso doctor, se había casado con él, viviendo juntos diez años y luego divorciándose. Ahora sólo recibía una pensión de 400 dólares al mes y era difícil administrarlo. No podía mantener su apartamento pero le gustaba demasiado para abandonarlo.

—Tu escritura —me dijo— es tan cruda. Es como un martillo de carnicero, pero aun así tiene humor y ternura...

—Sí —dije.

Dejé mi copa y la miré. La cogí de la barbilla y la atraje hacia mí, le di un ligerísimo beso.

Nicole continuó hablando. Me contó algunas historias bastante interesantes, de las que decidí utilizar más de una como cuentos o poemas. Observé sus tetas mientras se inclinaba a servir bebidas. Es como una película, pensé, como una jodida película. Resultaba gracioso. Me sentía como si nos estuviesen filmando. Me gustaba. Era mejor que el hipódromo, era mejor que los combates de boxeo. Seguimos bebiendo. Nicole abrió otra botella. Hablaba. Escucharla era fácil. Había sabiduría y algo de risa en sus relatos. Nicole me estaba impresionando más de lo que ella creía. Eso me preocupaba, en cierto modo.

Salimos al balcón con nuestras copas y contemplamos el tráfico de media tarde. Ella hablaba de Huxley y de Lawrence en Italia. Vaya mierda. Le dije que Knut Hamsun había sido el escritor más grande del mundo. Ella me miró, atónita de que yo hubiera oído hablar de él, luego me dio la razón. Nos besamos en el balcón y pude oler el humo de los automóviles que pasaban abajo en la calle. Mi cuerpo se sentía bien junto a su cuerpo. Sabía que no íbamos a joder aquella misma noche, pero también sabía que iba a volver por allí. Nicole también lo sabía.

Ángela, la hermana de Lydia, vino desde Utah a ver la nueva casa de Lydia. Esta había pagado la entrada de una casita y los plazos mensuales eran muy bajos. Había sido una compra muy buena. El tío que le había vendido la casa creía que se iba a morir y la había dejado muy barata, demasiado. Había un dormitorio en el piso de arriba para los niños, y un inmenso jardín trasero lleno de árboles y cañas de bambú.

Ángela era la mayor de las hermanas, la más sensible, con el mejor cuerpo, y era la más realista. Vendía seguros. Pero había un problema, no había lugar donde alojarla. Lydia sugirió la casa de Marvin.

—¿Marvin? —dije yo.

—Sí, Marvin —dijo Lydia.

—Bueno, vamos —dije yo.

Subimos todos en la Cosa anaranjada de Lydia. La Cosa. Así es como llamábamos a su coche. Parecía como un tanque, muy viejo y feo. Era ya tarde. Antes habíamos llamado a Marvin. Nos dijo que iba a estar en casa toda la noche.

Fuimos hasta la playa y divisamos su casita al borde del mar.

—Oh —dijo Ángela—, qué casa tan bonita.

—Además es rico —dijo Lydia.

—Y escribe buena poesía —dije yo.

Salimos del coche. Marvin estaba allí, con sus acuarios de peces marinos y sus pinturas. Pintaba bastante bien. Para ser un niño rico había sobrevivido decentemente, lo había superado con buen arte. Hice las presentaciones. Ángela dio una vuelta contemplando los cuadros de Marvin.

—Son muy bonitos. —Ángela también pintaba, pero no era muy buena.

Yo había comprado algo de cerveza y tenía una botella de whisky escondida en el bolsillo de mi abrigo de la que echaba mano de vez en cuando. Marvin sacó más cerveza y comenzó un ligero flirteo entre él y Ángela. Marvin parecía lo bastante dispuesto, pero Ángela parecía más inclinada a reírse de él. A ella le gustaba Marvin, pero todavía no lo bastante para acostarse con él de primeras. Charlamos y bebimos. Marvin tenía unos bongos, un piano y algo de hierba. Tenía una casa buena y confortable. En una casa como ésta podría escribir mejor, pensé yo, mi suerte mejoraría. Podías oír el océano y no había vecinos para quejarse del ruido de la máquina de escribir.

Seguí echando traguitos al whisky. Estuvimos dos o tres horas, luego nos fuimos. Lydia cogió la autopista de vuelta.

—Lydia —le dije—, te jodiste a Marvin, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

—La noche que te presentaste en su casa, sola.

—¡Maldita sea, no quiero oír hablar de eso!

—Bien, es verdad. ¡Te lo jodiste!

—¡Mira, si continuas con eso no me voy a quedar escuchándolo!

—Te lo jodiste.

Ángela parecía asustada. Lydia se metió en el arcén de la autopista, paró y abrió la puerta de mi lado de un empujón.

—¡Sal! —me dijo.

Salí. El coche se alejó. Caminé por el arcén. Saqué la botella y eche un trago. Anduve unos cinco minutos cuando la Cosa vino a pararse junto a mí. Lydia abrió la puerta.

—Sube.

Subí.

—No digas una palabra.

—Te lo jodiste. Lo sé.

—¡Oh, Cristo!

Lydia volvió a parar en el arcén y a abrir la puerta.

—¡Fuera!

Salí. Caminé por el arcén. Entonces llegué a un descampado que daba a una calle desierta. Atravesé el descampado y llegué a la calle. Estaba muy oscuro. Miré por las ventanas de algunas de las casas. Al parecer estaba en un distrito negro. Vi algunas luces en un cruce más adelante. Había un bar de perritos calientes. Entré. Había un negro detrás de la barra. No había nadie más. Pedí un café.

—Malditas mujeres —le dije—, están más allá de toda razón. Mi chica me dejó en mitad de la autopista. ¿Quieres un trago?

—Claro —dijo él.

Pegó un buen trago y me devolvió la botella.

—¿Tienes un teléfono? —le pregunté—. Te pagaré.

—¿Es una llamada local?

—Sí.

—No hace falta que pagues.

Sacó un teléfono de debajo del mostrador y me lo alcanzó. Eché un trago y le pasé la botella. Tomó otro.

Llamé a la compañía Yellow Cab de taxis, les di mi localización. Mi amigo

tenía una cara agradable e inteligente. La bondad podía encontrarse a veces en el centro del infierno. Nos fuimos pasando la botella mientras yo esperaba al taxi. Cuando llegó el taxi subí al asiento trasero y le di al taxista la dirección de Nicole.

23

A partir de ahí todo se borra. Supongo que había bebido más whisky del que pensaba. No recuerdo cómo llegué a casa de Nicole. Me desperté por la mañana dándole la espalda a alguien en una cama extraña. Miré a la pared que me daba la cara y vi una gran letra decorativa colgando, una enorme «N». Era por «Nicole». Me sentía mal. Fui al baño. Usé el cepillo de dientes de Nicole, vomité. Me lavé la cara, me peiné, cagué y meé, me lavé las manos y bebí gran cantidad de agua del grifo del lavabo. Luego volví a la cama. Nicole se levantó, se aseó y volvió. Empezamos a besarnos y acariciarnos.

Soy inocente en mi comportamiento, Lydia, pensé, te sigo siendo fiel.

Nada de sexo oral. Tenía el estómago demasiado revuelto. Monté a la ex mujer del famoso doctor. La culta viajera mundana. Tenía a las hermanas Brontë en su biblioteca. A los dos nos gustaba Carson McCullers. *El corazón es un cazador solitario*. Le di tres o cuatro embestidas particularmente salvajes y ella gimió. Ahora sabía lo que valía un puño de escritor. No un escritor muy conocido, por supuesto, pero me las arreglaba para pagar el alquiler, lo que era ya insólito. Un día ella saldría en uno de mis libros. Me estaba tirando a una perra de la cultura. Me sentí cercano al clímax. Empujé mi lengua dentro de su boca, la besé y me corrí. Me eché a un lado sintiéndome un poco idiota. La mantuve un rato abrazada, entonces se levantó y se fue al baño. Seguramente hubiera sido un polvo mucho mejor en Grecia, quizás América era un lugar mierdoso para joder.

Después de aquello visitaba a Nicole dos o tres veces por semana a media tarde. Bebíamos vino, charlábamos, y de vez en cuando hacíamos el amor. Descubrí que no estaba particularmente interesado en ella, era solamente algo que hacer. Lydia y yo teníamos siempre bronca al día siguiente. Ella me preguntaba dónde había estado la tarde anterior.

—Fui al supermercado —le decía yo, y era verdad. Solía ir al supermercado antes.

—Nunca te había visto pasar tanto tiempo en el supermercado.

Una noche me emborraché y le mencioné a Lydia que conocía a una tal Nicole. Le dije dónde vivía, pero que «no ocurría gran cosa entre nosotros». Por qué se lo dije, no lo tengo muy claro, pero cuando uno bebe a veces piensa de

modo poco claro...

Una tarde venía de la tienda de licores y acababa de llegar a la casa de Nicole. Llevaba dos paquetes de seis cervezas y una pinta de whisky. Lydia y yo acabábamos de tener otra reciente pelea y había decidido pasar la noche con Nicole. Estaba entrando, ya un punto intoxicado, cuando oí a alguien subir corriendo detrás mío. Me di la vuelta. Era Lydia.

—¡Ja! —dijo—. ¡Ja!

Agarró la bolsa de licores de un zarpazo y empezó a sacar las botellas de cerveza. Las arrojó contra el suelo una a una. Producían amplias explosiones. El Bulevar Santa Mónica tiene mucho ajetreo. El tráfico vespertino estaba empezando a congestionarse. Todo esto estaba ocurriendo justo en la puerta del edificio de Nicole. Entonces Lydia sacó la botella de whisky. La alzó y me gritó:

—¡Ja! ¡Ibais a beberos esto y luego te la ibas a JODER! —Arrojó la botella contra el cemento.

La puerta de Nicole estaba abierta y Lydia subió corriendo por las escaleras. Nicole estaba quieta en lo alto. Lydia empezó a atizarla con su gran bolso. Tenía largas correas y ella lo lanzaba tan fuertemente como podía.

—¡Es *mi* hombre! ¡Es *mi* hombre! ¡Mantente apartada de mi hombre!

Entonces Lydia bajó corriendo, pasó junto a mí y salió por la puerta desapareciendo en la calle.

—Dios mío —dijo Nicole—. ¿Qué fue eso?

—Era Lydia. Déjame una escoba y una bolsa.

Bajé a la calle y empecé a recoger los cristales rotos metiéndolos en una bolsa marrón de papel. Esta perra ha ido demasiado lejos esta vez, pensé. Iré a comprar más bebida y pasaré la noche con Nicole, quizás un par de noches.

Estaba inclinado recogiendo los cristales cuando oí un extraño sonido detrás mío. Miré a mi alrededor. Era Lydia en la Cosa. Había subido a la acera y venía directamente hacia mí a unos 50 kilómetros por hora. Me eché a un lado de un salto y el coche pasó junto a mí, no pillándome por unos centímetros. Corrió hasta el final de la manzana, botó al caer a la calzada, continuó por la calle, dobló luego por la siguiente esquina y desapareció.

Volví a recoger cristales. Lo barrí todo y me lo llevé. Entonces eché un vistazo en el interior de la bolsa de papel y encontré una botella de cerveza intacta. Tenía muy buena pinta. Realmente la necesitaba. Iba a quitarle la chapa cuando alguien me la arrebató de la mano. Era Lydia otra vez. Corrió con la botella hasta la puerta de Nicole y la arrojó contra el cristal. La lanzó con tal velocidad que atravesó el vidrio como si fuera una bala, sin romper la ventana entera, sólo dejando un limpio agujero.

Lydia se fue corriendo y yo subí las escaleras. Nicole seguía allí de pie.

—Por Dios, Chinaski, llévatela antes de que mate a todo el mundo.

Me di la vuelta y bajé las escaleras. Lydia estaba sentada en su coche junto a la acera con el motor en marcha. Abrí la puerta y subí. Ella arrancó. Ninguno de los dos dijo una palabra.

24

Empecé a recibir cartas de una chica de Nueva York. Se llamaba Mindy. Había leído un par de mis libros, pero lo mejor de las cartas era que raramente mencionaba la escritura excepto para decirme que ella no era escritora. Me hablaba de las cosas en general y de hombres y sexo en particular. Mindy tenía 25 años, me escribía a mano y su caligrafía era estable, sensible, sus cartas estaban llenas de humor. Yo contestaba a mi vez y siempre me alegraba de encontrar una carta suya en mi buzón. La mayoría de la gente es mucho mejor explicando cosas en cartas que conversando, y hay gente que puede escribir cartas artísticas y llenas de inventiva, pero cuando tratan de escribir un poema o un cuento, se convierten en pretenciosos.

Entonces Mindy me mandó algunas fotografías. Si eran fieles, ella era muy guapa. Nos escribimos unas cuantas semanas más y llegó un día en que ella mencionó que iba a tener unas vacaciones de dos semanas.

—¿Por qué no te vienes por aquí? —sugerí yo.

—Muy bien —me contestó.

Empezamos a telefonarnos. Finalmente me avisó su hora de llegada al aeropuerto de Los Ángeles.

Estaré allí, le dije, nada podrá impedírmelo.

25

Mantuve los datos en la cabeza. Nunca había problema para romper con Lydia. Yo era por naturaleza un solitario, me contentaba simplemente con vivir con una mujer, comer con ella, dormir con ella y dar algún paseo con ella. No quería conversación, ni ir a ninguna parte que no fueran el hipódromo o los combates de boxeo. No entendía la televisión. Me resultaba estúpido pagar para ir a ver una película o al teatro y sentarme junto a otra gente para compartir sus emociones. Las fiestas me ponían enfermo. Odiaba la comedia, el juego sucio, el flirteo, los

borrachos aficionados, los coñazos. Pero las fiestas, el baile, la cháchara, estimulaban a Lydia. Se consideraba a sí misma una bomba sexy. Pero era demasiado obvia. Así que nuestras discusiones solían surgir de mi deseo de nada-de-gente-para-nada contra su deseo de toda-la-gente-tan-a-menudo-como-sea-posible.

Un par de días antes de la llegada de Mindy comencé mi táctica. Estábamos juntos en la cama.

—Lydia, cojones, ¿por qué eres tan estúpida? ¿No te das cuenta de que yo soy un solitario? ¿Un recluso? Tengo que ser así para escribir.

—¿Cómo puedes aprender nada de la gente si no tratas a nadie?

—Ya lo sé todo acerca de ella.

—Incluso cuando salimos a comer en un restaurante, te quedas con la cabeza gacha, no *miras* a nadie.

—¿Para qué ponerme malo?

—Yo *observo* a la gente —dijo ella—, la estudio.

—¡Mierda!

—¡Le tienes miedo a la gente!

—Los odio.

—¿Cómo puedes ser un escritor? ¡No *observas*!

—De acuerdo, no miro a la gente, pero pago el alquiler gracias a mis escritos. Es mejor que cuidar ovejas.

—No vas a durar mucho. Nunca lo conseguirás. Lo haces todo al revés.

—*Por eso lo hago.*

—¿*Hacer*? ¿Quién coño sabe quién eres tú? ¿Eres famoso como *Mailer*? ¿Como *Capote*?

—Esos no saben escribir.

—¡Y *tú* puedes! ¡Sólo tú, Chinaski, puedes escribir!

—Sí, así me parece.

—¿Eres famoso? ¿Si fueras a Nueva York, te conocería alguien?

—Mira, eso no me preocupa. Sólo quiero seguir escribiendo. No necesito ningún resonar de trompetas.

—Tú cogerías todas las trompetas que pudieras.

—Puede ser.

—Te gusta pretender que eres ya famoso.

—Siempre he actuado de la misma manera, incluso antes de escribir.

—Tú eres el hombre famoso más desconocido que jamás he visto.

—Simplemente no soy ambicioso.

—Lo eres, pero eres perezoso. Lo quieres todo a cambio de nada. ¿Cuándo escribes, de todos modos? ¿Cuándo lo haces? Siempre estás en la cama o borracho o en las carreras.

—No sé. No es importante.

—¿Qué es importante entonces?

—Dímelo tú.

—¡Bien, te voy a decir qué es importante! No hemos ido a una fiesta desde hace mucho tiempo. ¡No he visto a nadie desde hace mucho! ¡A mí me GUSTA la gente! Mis hermanas ADORAN las fiestas. ¡Pueden conducir miles de kilómetros para ir a una fiesta! ¡Así nos criamos en Utah! No hay nada malo en las fiestas. ¡Es sólo gente DEJÁNDOSE IR y pasando un buen rato! ¡Tienes esta idea chiflada en la cabeza. Crees que divertirse conduce a *joder*! ¡Cristo, la gente es *decente*! ¡Lo que a ti te pasa es que no sabes cómo pasar un buen rato!

—No me gusta la gente.

Lydia saltó fuera de la cama.

—Coño, me pones *enferma*.

—Vale, entonces te dejaré algo de espacio.

Saqué las piernas de la cama y empecé a ponerme los zapatos.

—¿Algo de espacio? —preguntó Lydia—. ¿Qué quieres decir con eso de «algo de espacio»?

—¡Quiero decir que me largo de aquí!

—Muy bien, pero escucha esto: ¡Si sales por esa puerta no volverás a verme!

—Es una perspectiva agradable.

Me levanté, me dirigí hacia la puerta, la abrí, la cerré y bajé hasta el Volks. Puse en marcha el motor y me fui. Había hecho algo de espacio para Mindy.

26

Me senté en el aeropuerto y esperé. Con las fotos nunca sabías. Nunca podías estar seguro. Estaba nervioso. Sentía ganas de vomitar. Encendí un cigarrillo y gargajeé. ¿Por qué hacía estas cosas? Ahora no quería nada con ella. Y Mindy estaba volando todo ese trecho desde Nueva York. Yo conocía a muchas mujeres. ¿Por qué siempre más mujeres? ¿Qué intentaba hacer? Los nuevos

ligues eran excitantes, pero también eran un trabajo duro. El primer beso, el primer polvo, tenían algo de teatro. La gente era interesante al principio. Luego más tarde, lenta pero firmemente, toda la mala leche y chifladura se ponían de manifiesto. Yo iba significando menos y menos para ellas; ellas iban significando menos y menos para mí.

Era viejo y feo. Quizás por eso era tan agradable trincársela dentro a jovencitas. Yo era King Kong y ellas eran frágiles y tiernas. ¿Estaba tratando de penetrar por un camino que me alejase de la muerte? ¿Estando con chicas jóvenes esperaba no hacerme viejo, no sentirme viejo? Solamente no quería envejecer de mala manera, quería simplemente cortar, estar muerto antes de que llegara la muerte.

El avión de Mindy aterrizó y se estacionó. Me sentí en peligro. Las mujeres me conocían previamente porque habían leído mis libros. Yo había expuesto mis entresijos. En cambio, yo no sabía nada de ellas. Yo era el verdadero jugador. Podía ser asesinado, podían cortarme las pelotas. Chinaski sin pelotas. *Poemas de amor de un eunuco*.

Me planté esperando a Mindy. Los pasajeros fueron entrando por la verja.

Oh, espero que no sea ésa.

O ésa.

O sobre todo ésa.

¡Oye, ésa estaría bien! Mira esas piernas, ese trasero, esos ojos...

Una de ellas vino hacia mí. Deseé que fuera ella. Era la mejor de todo el maldito lote. No podía ser tan afortunado. Llegó junto a mí y me sonrió.

—Soy Mindy.

—Me alegro de que seas Mindy.

—Me alegro de que seas Chinaski.

—¿Tienes que esperar tu equipaje?

—Sí. ¡Me he traído bastante para una larga estancia!

—Vamos a esperar en el bar.

Entramos y encontramos una mesa. Mindy pidió un vodka con tónica. Yo un vodka con 7-Up. Ah, casi en armonía. Encendí su cigarrillo. Tenía muy buen aspecto. Casi virginal. Era difícil de creer. Era pequeña, rubia y con todo colocado a la perfección. Era más natural que sofisticada. Me resultó fácil mirarla a los ojos, de un azulado verdoso. Llevaba dos pequeños pendientes. Y tacones altos. Yo le había dicho que me excitaban los tacones altos.

—Bueno —dijo ella—. ¿Estás asustado?

—Ya no tanto. Me gustas.

—Tú tienes mejor aspecto que en las fotos. Creo que no eres del todo feo.

—Gracias.

—Oh, no quiero decir que seas guapo, no tal como entiende la gente la belleza. Tu rostro es atrayente. Y tus ojos... son hermosos. Son salvajes, enloquecidos, como los de un animal escapando de un bosque incendiado. Hostia, algo así. No me manejo muy bien con las palabras.

—Yo creo que eres hermosa —dije yo—, y muy simpática. Me siento bien junto a ti. Creo que es bueno que estemos juntos. Bebe. Necesitamos otro más. Eres igual que tus cartas.

Tomamos una segunda copa y fuimos a buscar el equipaje. Me sentía orgulloso de estar con Mindy. Caminaba con estilo. Había tantas mujeres con buenos cuerpos que simplemente se arrastraban como criaturas sobrecargadas. Mindy flotaba.

Yo pensaba; esto es demasiado bueno. Sencillamente no es posible.

De vuelta a mi casa, Mindy se dio un baño y cambió de ropa. Salió con un ligero vestido azul. Se había cambiado de peinado, un poco. Nos sentamos juntos en el sofá con el vodka y el vodka mezclado.

—Bueno —dije—, sigo todavía asustado. Me da que voy a acabar un poco borracho.

—Tu casa es exactamente igual como me la imaginaba —dijo ella.

Me estaba mirando, sonriéndome. Me incliné y la toqué justo detrás del cuello, me la acerqué y le di un suave beso.

Sonó el teléfono. Era Lydia.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy con una persona.

—¿Es una mujer, no?

—Lydia, se acabó nuestra relación. Ya lo sabes.

—¿ES UNA MUJER, NO?

—Sí.

—Bueno, muy bien.

—Muy bien. Adiós.

—Adiós —dijo ella.

El tono de Lydia se había calmado súbitamente. Me sentí mejor. Su violencia me acojonaba. Ella siempre decía que yo era el celoso, y yo a menudo lo era, pero cuando veía las cosas ir en contra mía, simplemente me disgustaba y deprimía. Lydia era diferente. Reaccionaba. Era la cabeza de ataque en el juego de la violencia.

Pero por su tono supe que había claudicado. No estaba furiosa. Conocía bien su voz.

—Era mi ex —le dije a Mindy.

—¿Se acabó todo?

—Sí.

—¿Te ama ella todavía?

—Creo que sí.

—Entonces no se acabó.

—Se acabó.

—¿Me puedo quedar?

—Claro. Por favor.

—¿No estarás simplemente utilizándome? He leído todos esos poemas de amor... a Lydia.

—*Estaba* enamorado. No estoy utilizándote.

Mindy se apretó contra mí y me besó. Fue un largo beso. Se me empalmó la polla. Últimamente había estado tomando mucha vitamina E. Yo tenía mis propias ideas sobre el sexo. Estaba constantemente cachondo y me masturbaba continuamente. Le hacía el amor a Lydia y luego por la mañana volvía a mi casa y me masturbaba. El pensamiento del sexo como algo prohibido me excitaba más allá de toda razón. Era como un animal aplastando a otro hasta la sumisión.

Cuando me corría sentía como si fuera en la cara de todo lo decente, blanca esperma resbalando por las cabezas y almas de mis padres muertos. Si hubiera nacido mujer seguro que hubiera sido una prostituta. Como había nacido hombre, anhelaba constantemente mujeres, cuanto más guarras mejor. Y sin embargo las mujeres, las buenas mujeres, me daban miedo porque a veces querían tu alma, y lo poco que quedaba de la mía, quería conservarlo para mí. Básicamente deseaba prostitutas, porque eran duras, sin esperanzas, y no pedían nada personal. Nada se perdía cuando ellas se iban. Pero al mismo tiempo soñaba con una mujer buena y cariñosa, a pesar de lo que me pudiera costar. De cualquier manera estaba perdido. Un hombre fuerte pasaría de ambos tipos. Yo no era fuerte. Así que continuaba bregando con las mujeres, con la idea de las mujeres.

Mindy y yo acabamos la botella y nos fuimos a la cama. La besé durante un rato, luego pedí disculpas y me eché a un lado. Estaba demasiado borracho para actuar. Vaya una mierda de gran amante. Le prometí muchas experiencias magníficas en un futuro inmediato y entonces me quedé dormido, con su cuerpo apretado junto al mío.

Por la mañana me desperté, resacoso. Observé a Mindy, desnuda a mi lado. Incluso entonces, después de toda la borrachera, parecía un milagro. No

había conocido nunca una joven tan hermosa y al mismo tiempo tan inteligente y comprensiva. ¿Dónde estaban sus hombres? ¿En qué habían fallado?

Fui al baño y traté de asearme un poco. Hice gárgaras. Me afeité y me di una loción. Me mojé el pelo y lo peiné. Me acerqué a la nevera, cogí un 7-Up y lo bebí de un trago.

Volví a meterme en la cama. Mindy estaba caliente, su cuerpo estaba caliente. Parecía estar dormida. Me gustaba. Rocé mis labios con los suyos, suavemente. Se me puso dura. Sentí sus tetas contra mí. Cogí una y la chupé. Sentí endurecerse el pezón. Mindy empezó a moverse. Bajé acariciándole el vientre hasta el coño. Comencé a tocarlo, con calma.

Es como abrir un capullo de rosa, pensé. Esto tiene un significado. Es algo bueno. Es como dos insectos en un jardín acercándose lentamente el uno al otro. El macho desplegando su magia sin prisas. La hembra abriéndose despacio. Me gusta, me gusta. Dos bichos. Mindy se está abriendo, se está humedeciendo. Es hermosa. Entonces la monté. Me deslicé en su interior, con mi boca pegada a la suya.

27

Bebimos todo el día y por la noche intenté otra vez hacerle el amor a Mindy. Me quedé atónito y desalentado al descubrir que tenía un coño grande. Un coño extra grande. No me había dado cuenta la noche anterior. Era una tragedia. El peor pecado de una mujer. Yo le daba y le daba. Mindy en mis brazos como si estuviera disfrutando. Deseé que así fuera. Empecé a sudar. Me dolía la espalda. Estaba mareado, enfermo. Su coño parecía agrandarse. Yo no sentía nada. Era como intentar joderse una gran bolsa de papel llena de aire. Apenas me sentía tocar las paredes de su coño. Era una agonía, trabajo inútil sin la menor recompensa. Me sentí condenado. No quería herir sus sentimientos. Deseaba desesperadamente correrme. No era sólo la bebida. Solía funcionar mejor de lo normal cuando bebía adecuadamente. Oía mi corazón. Sentía mi corazón. Lo sentía dentro de mi pecho. Lo sentía en mi garganta. Lo sentía en mi cabeza. No pude aguantar más. Me eché a un lado con un suspiro angustiado.

—Lo siento, Mindy, Cristo, lo siento.

—No pasa nada, Hank —dijo ella.

Rodé por la cama. Estaba empapado en sudor. Me levanté y serví dos bebidas. Nos sentamos en la cama y bebimos al lado el uno del otro. No podía entender cómo me las había arreglado para correrme la primera vez. Teníamos un problema. Toda la belleza, toda aquella gentileza, toda aquella maravilla, y teníamos un problema. Era incapaz de decirle a Mindy lo que pasaba. No sabía

cómo decirle que tenía el coño grande. Quizás nadie se lo había dicho nunca.

—Será mejor cuando no beba tanto —le dije.

—Por favor. Hank, no te preocupes.

—De acuerdo.

Nos pusimos a dormir o pretendimos hacerlo. Finalmente lo conseguí...

28

Mindy se quedó cerca de una semana. La presenté a mis amigos. Fuimos a sitios. Pero no se resolvió nada. Yo no conseguía correrme. Ella no parecía darse por enterada. Era extraño.

Una noche, hacia las 10:45, Mindy estaba sentada en la sala leyendo una revista y yo estaba tumbado en la cama en calzoncillos, bebido, fumando, con una copa sobre la silla. Estaba mirando el techo azul, sin sentir ni pensar nada.

Se oyó llamar a la puerta.

—¿Abro? —dijo Mindy.

—Sí —dije yo—, abre.

Oí a Mindy abrir la puerta. Entonces escuché la voz de Lydia.

—Sólo me he acercado a conocer a mi competidora.

Oh, pensé, esto es *cojonudo*. Voy a levantarme y les serviré a las dos un trago, beberemos todos juntos y charlaremos. Me gusta que mis mujeres se entiendan entre sí.

Entonces escuché a Lydia decir:

—¿Eres una *cosita* muy *mona*, verdad?

Entonces oí gritar a Mindy. Y a Lydia gritar. Oí forcejeos, gruñidos, cuerpos volando. Los muebles cayéndose. Mindy gritó otra vez, el grito de alguien siendo atacado. Lydia gritó, la tigresa ejecutando. Yo salté de la cama. Iba a separarlas. Corrí en calzoncillos hasta la puerta. Era una escena frenética de tirones de pelo, escupitajos y arañazos. Corrí a separarlas. Tropecé con uno de mis zapatos en la alfombra y caí pesadamente. Mindy salió despavorida a la calle con Lydia detrás. Corrieron por el camino hacia la calle. Oí otro chillido. Pasaron unos cuantos minutos. Me levanté y cerré la puerta. Evidentemente Mindy había huido porque de repente se presentó Lydia. Se sentó en una silla junto a la puerta. Me miró.

—Lo siento. Me he meado.

Era cierto. Había una mancha oscura en su ingle y una de sus medias

estaba empapada.

—Está bien —dije.

Le serví un trago y ella se quedó allí sentada sosteniéndolo. Yo no podía sostener el mío. Nadie hablaba. Un poco más tarde se oyó llamar a la puerta. Me levanté en calzoncillos y la abrí. Mi tripa gorda, blanca, fofa, colgaba por encima de los calzones. Delante mío había plantados dos policías.

—Hola —dije.

—Estamos atendiendo una llamada por escándalo público.

—Sólo una pequeña discusión en familia —dije yo.

—Tenemos algunos detalles —dijo el poli más cercano a mí—. Había dos mujeres.

—Suele ocurrir.

—Muy bien —dijo el primer poli—, sólo quiero hacerle una pregunta.

—Vale.

—¿Cuál de las dos mujeres quiere?

—Me quedaré con ésta —señalé a Lydia, sentada en la silla, toda meada.

—De acuerdo, señor. ¿Está seguro?

—Seguro.

Los policías se fueron y yo estaba otra vez con Lydia.

29

A la mañana siguiente sonó el teléfono. Lydia había vuelto a su casa. Era Bobby, el chico que vivía en la casa de al lado y que trabajaba en una tienda de material porno.

—Mindy está aquí. Quiere que vengas y hablar contigo.

—Bueno.

Me acerqué con tres botellas de cerveza. Mindy estaba con tacones altos y un traje negro transparente de Frederick's. Parecía un vestido de muñeca, y podías ver sus pantys negros. No llevaba sujetador. Valerie no estaba. Me senté y quité las chapas a las botellas, las pasé.

—¿Vas a volver con Lydia, Hank? —me preguntó Mindy.

—Lo siento, pero sí.

—Fue algo asqueroso, lo que ocurrió. Yo creía que tú y Lydia habíais terminado.

—Yo también lo creía. Estas cosas son extrañas.

—Toda mi ropa está en tu casa. Tengo que pasar a recogerla.

—Claro

—¿Estás seguro de que se ha ido?

—Sí.

—Se porta como un toro esta mujer, es como un dique.

—No creo que lo sea.

Mindy se levantó y fue al baño. Bobby me miró.

—Me la tiré —dijo—. No la culpes. No tenía otro sitio donde ir.

—No la culpo.

—Valerie la llevó a Frederick's para que se alegrara un poco. Le compró un vestido nuevo.

Mindy salió del baño. Había estado llorando.

—Mindy —dije—, tengo que irme.

—Pasaré más tarde a por mi ropa.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Mindy me siguió.

—Abrazame —dijo.

La abracé. Estaba llorando.

—¡Nunca me has de olvidar... *nunca!*

Volví a mi casa, pensando ¿se la tiró Bobby de verdad? Bobby y Valerie hacían cantidad de cosas nuevas y extrañas. No me importaba la ausencia de sentimiento común entre ellos. Lo que me dejaba mosca era el *modo* en que lo hacían todo, sin mostrar la más mínima emoción. Igual que cualquier otra persona podría bostezar o cocer una patata.

30

Para hacer las paces con Lydia accedí a ir a Muleshead. Su hermana estaba acampada en las montañas. Las hermanas poseían muchas tierras. Las habían heredado de su padre. Glendoline, una de ellas, tenía una tienda de campaña montada en mitad del bosque. Estaba escribiendo una novela. *La mujer*

salvaje de las montañas. Las otras hermanas iban a caer por allí algún día. Lydia llegó la primera, conmigo. Teníamos una minitienda. Nos apretujamos allí la primera noche y los mosquitos se apretujaron con nosotros. Era terrible.

A la mañana siguiente nos sentamos alrededor del fuego. Glendoline y Lydia prepararon el desayuno. Yo había comprado 40 pavos de provisiones que incluían varios paquetes de cervezas. Las había metido a refrescar en un arroyuelo. Acabamos el desayuno. Ayudé a limpiar los platos y luego Glendoline sacó su novela y empezó a leérnosla. No era del todo mala, pero era muy poco profesional y necesitaba mucha corrección. Glendoline suponía que el lector tenía que quedarse tan fascinado por su vida como ella misma lo estaba, lo cual era un error mortífero. Los demás errores mortíferos en que había caído eran demasiado numerosos para ser mencionados.

Fui hasta el arroyo y regresé con tres botellas de cerveza. Las chicas dijeron que no, no querían. Las dos eran muy anti-cerveza. Comentamos la novela de Glendoline. Yo pensaba que cualquiera que leía su novela en voz alta para otros tenía que ser necesariamente sospechoso. Si aquello no era el viejo beso de la muerte, nada lo era.

Acabó la conversación y las chicas empezaron a chismorrear sobre hombres, fiestas, bailes y sexo. Glendoline tenía una voz potente y excitada, y se reía continuamente, nerviosamente. Tenía cuarenta y tantos años, era bastante gorda y muy blandorra. Aparte de eso, igual que yo, era fea.

Glendoline se debió pasar hablando sin parar cerca de una hora, enteramente acerca del sexo. Empecé a marearme. Ella saltó y empezó a agitar los brazos por encima de su cabeza:

—¡SOY LA MUJER SALVAJE DE LAS MONTAÑAS! ¿OH, DONDE, OH, DONDE ESTA EL HOMBRE, EL HOMBRE DE VERDAD QUE TENGA EL VALOR DE TOMARME?

Bueno, ciertamente no está aquí, pensé yo.

Miré a Lydia.

—Vamos a dar un paseo.

—No —dijo ella—, quiero leer este libro. —Se titulaba *Amor y orgasmo: Una guía revolucionaria para la plenitud sexual*.

—Muy bien —dije—, entonces me iré a pasear solo.

Fui subiendo por el arroyuelo. Cogí una cerveza, la abrí y me senté un rato. Estaba atrapado entre montañas y bosques con dos mujeres chifladas. Sacaban todo el disfrute de joder por medio de hablar de ello todo el tiempo. A mí también me gustaba joder, pero para mí no era una religión. Había en ello demasiadas cosas ridículas y trágicas. La gente parecía no saber cómo controlarlo. Así que lo convertían en un juguete. Un juguete que acababa destruyéndoles.

Lo principal, pensé, era encontrar la mujer adecuada. ¿Pero, cómo? Me había traído un cuadernito y un bolígrafo. Escribí un poema meditativo. Luego subí

hasta el lago. Vastos pastos, se llamaba el sitio. Las hermanitas eran dueñas de casi todo. Tenía ganas de echar una cagada. Me bajé los pantalones y obré entre los hierbajos con moscas y mosquitos. Me quedaba con las ventajas de la ciudad, como fuera. Me tuve que limpiar con hojas. Me acerqué al lago y metí un pie en el agua. Estaba como un témpano.

Sé un hombre, vejete. Entra.

Mi piel estaba blanca como la harina. Me sentía muy viejo, muy blandorro. Fui metiéndome en las gélidas aguas. Entré hasta la cintura, luego respiré fuerte y seguí hacia delante. ¡Estaba completamente metido! El fango se removió del fondo y se metió por mis orejas y boca, entre mi pelo. Me quedé allí, en el agua embarrada, tiritando.

Esperé un buen rato a que se aclarara el agua. Entonces salí. Me vestí y me fui andando por la orilla del lago. Cuando llegué al final del lago oí un sonido como de una cascada. Penetré en el bosque, siguiendo el ruido. Tuve que escalar unas rocas en un barranco. El sonido cada vez se hacía más cercano. Las moscas y mosquitos se multiplicaban por todo mi cuerpo. Las moscas eran grandes y rabiosas y hambrientas, mucho mayores que las moscas de la ciudad, y sabían distinguir un buen bocado en cuanto lo veían.

Me abrí paso a través de un arbusto y allí estaba: mi primera catarata real y sin trucos. El agua caía de las montañas desde un borde rocoso. Era hermoso. Caía continuamente, caía. Aquel agua provenía de alguna parte. E iba hacia alguna parte. Había tres o cuatro corrientes que seguramente iban a parar al lago.

Finalmente me cansé de contemplar la cosa y decidí volver. Decidí también coger una ruta diferente de regreso, un atajo. Bajé hacia el otro lado del lago para llegar directamente al campamento. Tenía una cierta idea de dónde estaba. Todavía llevaba mi cuadernito rojo. Me paré a escribir otro poema, menos meditativo, luego seguí. Anduve. El campamento no aparecía. Anduve más. Busqué el lago con la vista. No pude ver el lago, no sabía por qué lado estaba. De repente me di cuenta: estaba PERDIDO. Aquellas zorras calentorras me habían sacado de quicio y ahora estaba PERDIDO. Miré a mi alrededor. Se veían al fondo las montañas y por todas partes árboles y maleza. No había centro, ni puntos de referencia, ni ninguna conexión entre nada. Sentí miedo, verdadero miedo. ¿Por qué había dejado que me sacaran de mi ciudad, de mi Los Ángeles? Allí un hombre podía coger un taxi, podía utilizar el teléfono. Había soluciones razonables a problemas razonables.

Los vastos pastos se extendían a mi alrededor millas y millas. Arrojé mi cuadernillo. ¡Vaya una manera de morir para un escritor! Ya lo veía en los periódicos:

**HENRY CHINASKI, POETA DE
SEGUNDA FILA, HALLADO MUERTO EN
UN BOSQUE DE UTAH.**

Henry Chinaski, antiguo empleado de

correos convertido en escritor, fue hallado en avanzado estado de descomposición por el guarda forestal W. K. Brooks Jr. En las proximidades se encontró también un pequeño cuaderno rojo que evidentemente contenía los últimos escritos del señor Chinaski.

Seguí andando. Entré en una zona semipantanososa llena de agua. Cada dos por tres una de mis piernas se hundía hasta la rodilla en el fango y tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para sacarla.

Llegué a una valla alambrada. Inmediatamente supe que no debía saltarla. Sabía que sería un error, pero no tenía otra alternativa. Trepé por la valla y desde arriba grité «¡LYDIA!».

No hubo respuesta.

Probé de nuevo, «¡LYDIA!».

Mi voz sonaba plañidera. La voz de un cobarde.

Salté. Sería hermoso, pensé, volver con las hermanitas, oírlas reírse hablando del sexo y los hombres y los bailes y las fiestas. Sería tan maravilloso oír la voz de Glendoline. Y pasar mi mano por la cabellera de Lydia. La llevaría encantado a todas las fiestas de la ciudad. Hasta bailarían con todo el mundo y haría chistes brillantes acerca de todo. Soportaría todos los rollos mierdosos con una sonrisa. Me podía ver a mí mismo diciendo: —«¡Hey, qué marcha más *fenomenal* para bailar! ¿Quién quiere *irse*? ¿Bailamos un buen *despelote*?»

Continué andando por el fango. Finalmente llegué a terreno seco. Salí a una carretera. No era más que una vieja y polvorienta carretera, pero a mí me parecía cojonuda. Vi marcas de neumáticos, huellas de ganado. Incluso había cables eléctricos por encima que conducían a algún sitio. Todo lo que tenía que hacer era seguir esos cables. Fui por la carretera. El sol estaba alto, debía ser mediodía. Anduve sintiéndome un idiota.

Llegué a una verja cerrada que cruzaba la carretera. ¿Qué significaba aquello? Había una pequeña entrada por un lado. Evidentemente era la entrada de una finca, ¿pero dónde estaba la finca? ¿Dónde el dueño de la finca? Tal vez sólo se pasase por allí cada medio año.

Algo me empezó a doler en la cabeza. Me llevé allí la mano y noté la cicatriz de hacía treinta años, cuando me rompieron la crisma en un bar de Filadelfia. Todavía quedaba algo de costra, que se había cocido con el sol y se había levantado. Se alzaba como un pequeño cuerno. Rompí un pedazo y lo tiré a la carretera.

Anduve otra hora, entonces decidí dar la vuelta. Aquello significaba tener que desandar todo lo andado, pero me parecía que era lo mejor que podía hacer. Me quité la camisa y me la enrollé en la cabeza. Me detuve una o dos veces y

grité «¡LYDIA!», sin obtener respuesta.

Un poco más tarde llegué a la verja. Todo lo que tenía que hacer era rodearla, pero había algo en el camino. Estaba parado en frente de la verja, a unos siete metros de mí. Era un pequeño cervatillo, un gamo, algo así.

Me fui acercando a él lentamente. No se movió. ¿Iba a dejarme llegar junto a él? No parecía asustarse. Supuse que se daba cuenta de mi confusión, mi cobardía. Me aproximé más y más. No se apartaba del camino. Tenía unos grandes y hermosos ojos marrones, más bellos que los de cualquier mujer que hubiera visto en mi vida. No podía creerlo. Estaba a un metro escaso de él, sin saber qué hacer, cuando se apartó de un salto. Se fue corriendo por la carretera y desapareció en el bosque. Estaba en una forma excelente, eso sí que era correr.

Continué por la carretera y entonces oí el sonido de agua corriendo. Necesitaba agua. No podía vivir mucho tiempo sin agua. Dejé la carretera y me guíé por el sonido. Había un pequeño montículo cubierto de hierba, subí a lo alto y allí estaba: agua cayendo de varias tuberías de cemento en una alberca desde una especie de depósito. Me senté al borde de la alberca, me quité zapatos y calcetines, me remangué los pantalones y metí las piernas en el agua. Luego me eché agua por la cabeza. Luego bebí, no mucho ni muy rápido, como había visto hacerlo en las películas.

Después de recobrarme un poco, vi un camino de cemento que rodeaba el depósito. Caminé por él y llegué a una cabina metálica levantada al borde. Estaba cerrada con un candado. ¡Y allí probablemente habría un teléfono! ¡Podía llamar pidiendo ayuda!

Busqué una piedra y comencé a golpear con ella el candado. Pero no cedía. ¿Qué demonios habría hecho Jack London? ¿Y Hemingway? ¿O Jean Genet?

Seguí dándole con la piedra. A veces fallaba y golpeaba el candado con la mano. Piel desgarrada, la sangre empezó a correr. Saqué fuerzas de flaqueza y le di un último golpe. Se abrió. Quité el candado y abrí la puerta. No había teléfono. Había una serie de interruptores y pesados cables. Me acerqué, toqué un cable y recibí una terrible sacudida. Luego le di a un interruptor. Oí un fragor de agua. Fuera, tres o cuatro de las salidas del depósito estaban soltando gigantescos chorros blancos de agua. Le di a otro interruptor. Tres o cuatro salidas más se abrieron, dejando caer toneladas de agua. Accioné un tercer interruptor y toda la maldita cosa se abrió. Me quedé allí contemplando el agua salir disparada. A lo mejor podía provocar una inundación y alguna policía montada vendría a salvarme en caballos o en camionetas. Podía ver los titulares:

**HENRY CHINASKI, POETA DE
SEGUNDA FILA, INUNDA LOS
BOSQUES DE UTAH PARA SALVAR SU
BLANDO CULO DE LOS ÁNGELES.**

Decidí evitarlo. Volví a cerrar todos los interruptores y la cabina metálica y colgué el candado roto en la cerradura.

Dejé el depósito, encontré otra carretera más arriba y seguí por ella. Parecía más transitada que la anterior. Anduve. Nunca había estado tan cansado. Apenas podía ver. De repente apareció una niña de unos cinco años caminando hacia mí. Llevaba un pequeño vestido azul y zapatos blancos. Cuando me vio pareció asustarse. Traté de parecer amable y simpático mientras me aproximaba a ella.

—Niñita, no te vayas. No voy a hacerte daño. ¡ME HE PERDIDO! ¿Dónde están tus *papas*? ¡Niñita, llévame a donde están tus papas!

La niña señaló con el dedo. Vi un coche y un remolque aparcados más arriba.

—¡EH, me he PERDIDO! —grité—. CRISTO, ME ALEGRO DE VERLES.

Lydia apareció a un lado del remolque, tenía el pelo enrollado en rulos rojos.

—Vamos, chico de ciudad —me dijo—, sígueme a casa.

—¡Cómo me alegro de verte, nena, bésame!

—No, sígueme.

Salió corriendo unos diez metros por delante de mí. Era difícil seguirla.

—Le pregunté a aquella gente si habían visto a un chico de ciudad por los alrededores. Me dijeron que no.

—¡Lydia, te *quiero*!

—¡Vamos! ¡Eres un lentorro!

—¡Espera, Lydia, *espera*!

Saltó una pequeña valla de alambre. Yo no pude hacerlo. Tropecé y me quedé enganchado. No podía moverme. Era como una vaca atrapada.

—¡LYDIA!

Volvió con sus rulos rojos y me ayudó a incorporarme.

—Seguí tu rastro. Encontré tu cuadernito rojo. Te perdiste deliberadamente porque estabas enfadado.

—No, me perdí por ignorancia y por miedo. No soy una persona completa, soy la caricatura urbana de un hombre. Más o menos una fallida escultura de mierda sin nada absolutamente que ofrecer.

—Cristo —dijo ella—. ¿Crees que no lo sé?

Me liberó del último gancho. Me arrastré tras ella. Otra vez estaba con Lydia.

Ocurrió tres o cuatro días antes de que tuviera que volar a Houston para una lectura de poemas. Fui al hipódromo, bebí en el hipódromo y luego me pasé por un bar de Hollywood Boulevard. Volví a casa a las nueve o las diez de la noche. Cuando atravesaba el dormitorio para ir al baño, tropecé con el cable del teléfono. Me caí sobre el pico de la cama, un borde de acero afilado como la hoja de un cuchillo. Cuando me levanté vi que tenía un profundo tajo justo debajo del tobillo. La sangre caía sobre la alfombra y fui dejando un rastro aparatoso hasta el baño. La sangre caía sobre las baldosas y dejé las huellas de mis pies teñidas de rojo mientras andaba.

Oí llamar a la puerta y dejé entrar a Bobby.

—Hostia, tío, ¿qué te ha pasado?

—Es la MUERTE —dije yo—. Me estoy desangrando hasta morir...

—Tío, mejor que te cures de algún modo esa pierna.

Llamó Valerie. La dejé entrar. Gritó. Serví bebidas para todos. Sonó el teléfono. Era Lydia.

—¡Lydia, chiquita, me estoy desangrando!

—¿Ya estás con otro de tus rollos dramáticos?

—No, me estoy desangrando de verdad. Pregúntaselo a Valerie.

Valerie cogió el teléfono.

—Es verdad, tiene un corte espantoso en el tobillo. Hay sangre por todas partes y no hace nada para detenerla. Será mejor que vengas...

Cuando llegó Lydia yo estaba sentado en el sofá.

—Mira, Lydia: ¡MUERTE! —Pequeñas venas colgaban fuera de la herida como spaghetti. Tiré de ellas. Cogí mi cigarrillo y eché cenizas en el tajo—. ¡Soy un HOMBRE! ¡Cojones, soy un HOMBRE!

Lydia trajo algo de agua oxigenada y me la vertió sobre la herida. Era bonito. Empezó a salir una espuma blanca. Burbujeaba y gorgoteaba. Lydia echó más.

—Sería mejor que fueras a un hospital —dijo Bobby.

—No necesito para nada ningún jodido hospital —dije yo—, ya se curará solo.

A la mañana siguiente la herida tenía un aspecto horrible. Estaba todavía abierta y se había formado una espesa costra. Fui a la farmacia a por más agua oxigenada, vendas y sales cicatrizantes. Llené la bañera con agua caliente y las sales y me metí dentro. Empecé a imaginarme viviendo sin una pierna. Había

algunas ventajas:

**HENRY CHINASKI ES, SIN DUDA, EL
MEJOR POETA CON UNA SOLA PIERNA
EN TODO EL MUNDO.**

Bobby volvió al mediodía.

—¿Sabes cuánto cuesta amputarte una pierna?

—12.000 dólares.

Después de que se fuera Bobby llamé a mi médico.

Llegué a Houston con una pierna aparatosamente vendada. Tomaba continuamente píldoras antibióticas para curar la infección. Mi médico me avisó de que cualquier tipo de bebida alcohólica anularía todo el efecto benéfico de los antibióticos.

Durante el recital, en el museo de arte moderno, yo estaba sobrio. Después de leer algunos poemas, alguien del público me preguntó:

—¿Cómo es que no estás borracho?

—Henry Chinaski no pudo venir —dije—, yo soy su hermano gemelo, Efram.

Leí después otro poema y entonces confesé lo de los antibióticos. También les informé, por si no lo sabían, que beber en actos oficiales estaba en contra de las reglas del museo. Alguien del público me trajo una cerveza. Me la bebí y leí un poco más.

Alguien salió con otra cerveza. Luego las cervezas empezaron a volar. Los poemas se oyeron mejor.

Después hubo una fiesta y antes una cena en un café. Casi en frente mío estaba una chica que sin necesidad de dudas era la más hermosa mujer que había visto en mi vida. Parecía una Katherine Hepburn joven, arrebatadora. Tenía unos 22 años, e irradiaba belleza. Traté como pude de hacer bromas simpáticas, llamándole Katherine Hepburn. Parecía que le gustaba. Yo no esperaba que surgiese nada especial. Ella estaba con una amiga. Cuando llegó la hora de marcharse le dije al director del museo, o directora, una chica o señora llamada Nana, en cuya casa me alojaba:

—Creo que la voy a echar de menos. Era demasiado bueno para poder creerse.

—Viene a casa con nosotros.

—No me lo puedo creer.

...Pero algo más tarde allí estaba, en casa de Nana, en el dormitorio conmigo. Llevaba puesto un delicado camisón y estaba sentada al borde de la

cama peinándose su larguísima cabellera y sonriéndome.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Laura.

—Bueno, oye, Laura, yo te voy a llamar Katherine.

—Muy bien.

Su pelo era de un castaño cobrizo, muy largo. Era pequeña pero bien proporcionada. Su rostro era lo más hermoso de todo su ser.

—¿Te sirvo algo de beber? —le dije.

—Oh, no, no bebo. No me gusta.

A decir verdad, me asustaba. No podía comprender qué hacía ella con un tipo como yo. No tenía pinta de *groupie*. Fui al baño, salí y apagué la luz. Noté cómo ella se metía en la cama conmigo. La cogí en mis brazos y empezamos a besarnos. No podía dar crédito a mi suerte. ¿Qué derecho tenía yo? ¿Cómo podían unos pocos libros conseguir estas cosas? No había manera de entenderlo. Ciertamente no iba a desperdiciarlo. Empecé a excitarme. De repente, ella bajó y cogió mi polla con su boca. Contemplé el lento movimiento de su cuerpo y cabeza a la luz de la luna. No era demasiado buena haciéndolo, pero era el simple hecho de que *ella* lo hiciera lo que lo convertía en asombroso. Justo cuando me fui a correr hundí mi mano en aquella mata de maravilloso cabello, levantándolo a la luz de la luna al tiempo que me venía en la boca de Katherine,

32

Lydia fue a recibirme al aeropuerto. Estaba tan caliente como de costumbre.

—¡Cristo —dijo—, estoy *cachonda*! Me he estado masturbando, pero no he logrado gran cosa.

íbamos conduciendo hacia mi casa.

—Lydia, mi pierna está todavía en muy mal estado. No sé si podré hacerlo con la pierna así.

—¿Qué?

—Es verdad. No creo que pueda joder con la pierna como está.

—¿Qué coño puedes hacer bien, entonces?

—Bueno, puedo freír huevos y hacer juegos de manos.

—No te hagas el gracioso. Te estoy preguntando qué cojones vas a poder

hacer bien.

—La pierna se curará. Si no me la cortan. Ten paciencia.

—Si no hubieras estado borracho no te hubieras caído, ni hecho ese corte. ¡Siempre tiene la culpa la botella!

—No es siempre la botella, Lydia. Jodemos unas cuatro veces por semana. Para mi edad ya es bastante.

—A veces me parece que ni siquiera lo disfrutas.

—¡Lydia, el sexo no lo es *todo*! Estás obsesionada. Por Dios, dame un descanso.

—¿Un descanso hasta que se cure tu pierna? ¿Cómo me lo voy a hacer entretanto?

—Jugaré contigo al parchís.

Lydia gritó. El coche empezó a irse de un lado a otro por toda la calle.

—¡HIJO DE PUTA! ¡TE VOY A MATAR!

Cruzó la doble raya amarilla a toda velocidad, directamente contra el tráfico en sentido contrario. Sonaron las bocinas y derraparon los automóviles. Marchamos en contra de la avalancha de coches que pasaban a escasos milímetros por ambos lados. Entonces, igual de abruptamente, Lydia volvió a cruzar las rayas amarillas hacia nuestro carril.

¿Dónde está la policía?, pensé. ¿Por qué cuando Lydia hace alguna locura la policía desaparece del mapa?

—Muy bien —dijo ella—, te voy a llevar a casa y se acabó. Ya he tenido bastante. Voy a vender mi casa y me largo para Phoenix. Mis hermanas ya me advirtieron que no viviera con un jodido viejo como tú.

Hicimos el resto del camino sin hablar. Cuando llegamos a mi casa cogí mi maleta, miré a Lydia y dije adiós. Ella estaba llorando sin dejar escapar un solo sonido, toda su cara estaba húmeda. De repente salió a toda velocidad hacia Western Avenue. Entré por el patio. De vuelta de otra lectura...

Miré el correo y luego telefoneé a Katherine, que vivía en Austin, Tejas. Pareció alegrarse bastante de oír mi voz, y para mí era desde luego algo cojonudo escuchar aquel acento lejano, aquella risa sonora. Le dije que me gustaría que viniera a visitarme, que le pagaría el billete de avión de ida y vuelta. Iríamos a las carreras, iríamos a Malibú, iríamos a...donde ella quisiera.

—¿Pero Hank, no tienes una novia?

—No, ninguna, soy un recluso.

—Pero siempre estás escribiendo sobre mujeres en tus poemas.

—Eso es el pasado. Esto es el presente.

—¿Pero qué pasa con Lydia?

—¿Lydia?

—Sí, me hablaste de ella.

—¿Qué te conté?

—Me dijiste que ya había zurrado a otras dos mujeres. ¿Dejarías que me pegase? No soy muy fuerte, ya sabes.

—No puede ocurrir. Se ha ido a Phoenix. Ya te contaré. Katherine, tú eres la mujer excepcional que siempre he buscado. Por favor, confía en mí.

—Tendré que hacer preparativos. Tengo que buscar a alguien que cuide de mi gato.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas que todo está despejado por aquí.

—Pero Hank, no te olvides de lo que me dijiste acerca de tus mujeres.

—¿Qué te dije?

—Dijiste: «Siempre vuelven».

—Es sólo fanfarronería de macho.

—Iré —dijo—, tan pronto como arregle las cosas por aquí haré una reserva y ya te avisaré.

Durante mi estancia en Tejas, Katherine me había hablado de su vida. Yo era sólo el tercer hombre con quien se había acostado. Antes habían sido su ex marido, Arnold, y un famoso músico alcohólico. Arnold estaba metido en el mundo del espectáculo y las artes. No sé exactamente en lo que trabajaba. Estaba continuamente firmando contratos con famosas estrellas del rock, pintores y gente así. Debía 60.000 dólares, pero el negocio florecía. Era uno de estos casos en que cuanto más debes, más categoría alcanzas.

No sé qué ocurrió con el músico. Se esfumaría, supongo. Entonces Arnold empezó con la coca. La coca le cambió de la noche a la mañana. Katherine me dijo que se convirtió en una persona distinta de la que ella conocía. Era terrible. Viajes en ambulancia a los hospitales. Y luego él volvía por las mañanas a la oficina como si nada ocurriese. Entonces entró en escena Joanna Dover. Una semimillonaria alta y mundana. Educada y chiflada. Ella y Arnold comenzaron a hacer negocios juntos. Joanna Dover comerciaba con el arte como otras personas comercian con cereales. Descubría artistas desconocidos, prometedores, les compraba sus obras a bajo precio y lo vendía luego todo por mucho dinero cuando se hacían conocidos. Tenía buen ojo. Y un cuerpo magnífico de uno noventa. Empezó a ver mucho a Arnold. Una noche vino a recogerle vestida con un lujoso traje largo ajustado. Entonces Katherine comprendió que Joanna significaba realmente buenos negocios. Así que, luego de aquello, ella iba allí donde Joanna y Arnold fuesen. Eran un trío. Arnold era *muy* apagado sexualmente, no era eso lo que a Katherine le preocupaba. Le preocupaban los negocios. Luego Joanna salió de escena y Arnold se metió más y más en la coca. Más y más viajes en ambulancia, Katherine finalmente se divorció de él. De todas maneras, seguían viéndose. Ella llevaba todas las mañanas a las diez y media el café para el

personal de la oficina y Arnold la tenía incluida en nómina. Esto le permitía mantener el piso. Los dos cenaban juntos de vez en cuando, pero sin percances sexuales de por medio. El todavía la necesitaba y ella se sentía amparadora. Katherine era también devota de la alimentación natural y la única carne que comía era de pollo o pescado. Era, ante todo, una hermosa mujer.

33

Pasados un par de días, hacia la una de la tarde oí una llamada en mi puerta. Era un pintor, Monty Riff, o algo así me dijo. También me contó que yo solía emborracharme junto a él cuando tenía mi casa en la avenida De Longpre.

—No me acuerdo de ti —le dije.

—Dee Dee me llevaba a menudo.

—¿Ah sí? Bueno, entra. —Monty traía con él un paquete de 6 cervezas y una mujer muy alta.

—Esta es Joanna Dover —me presentó.

—Me perdí tu recital en Houston —me dijo.

—Laura Stanley me habló ampliamente de ti —le dije yo.

—¿La conoces?

—Sí, pero la he rebautizado como Katherine, en voto a Katherine Hepburn.

—¿La *conoces* de verdad?

—En buena medida.

—¿Cómo en qué medida?

—Dentro de un día o dos va a venir en avión a visitarme.

—¿En serio?

—Sí.

Acabamos las cervezas y yo salí a por más. Cuando regresé Monty se había ido. Joanna me explicó que había acudido a una cita. Empezamos los dos a hablar de pintura y yo saqué algunas cosas mías. Les echó un vistazo y decidió comprarme dos.

—¿Cuánto? —me preguntó.

—Bueno, 40 dólares por el pequeño y 60 por el grande.

Joanna me firmó un talón por 100 dólares, luego me dijo:

—Quiero que vivas conmigo.

—¿Qué? Es demasiado repentino.

—Saldría bien. Tengo dinero. No me preguntes cuánto. He estado pensando en unas cuantas razones por las que deberíamos vivir juntos. ¿Quieres oírlas?

—No.

—Por ejemplo una: si viviéramos juntos, te llevaría a París.

—Aborrezco los viajes.

—Te enseñaría un París que te gustaría de veras.

—Déjame pensarlo.

Me aproximé y le di un beso. Luego la besé de nuevo, esta vez por más tiempo.

—Mierda —dije—, vámonos a la cama.

—Muy bien —replicó Joanna Dover.

Nos desvestimos y nos acostamos. Medía casi uno noventa. Yo siempre había estado con mujeres pequeñas. Era extraño... por todas partes me salían más y más mujeres. Nos calentamos. Le di tres o cuatro minutos de sexo oral, luego la monté. Era buena, era realmente buena. Después nos aseamos, nos vestimos y me llevó a cenar a Malibú. Me dijo que vivía en Galveston, Texas. Me dio su número de teléfono y dirección y me invitó a que fuera a visitarla. Le dije que lo haría. Me dijo que hablaba en serio respecto a lo de París y lo demás. Había sido un buen polvo y la cena fue también excelente.

34

Al día siguiente me llamó Katherine. Me dijo que tenía ya el billete y que aterrizaría en el aeropuerto internacional de Los Ángeles a las 2:30 de la tarde.

—Katherine —le dije—, hay algo que tengo que decirte.

—¿Es que no quieres verme, Hank?

—Eres la persona que más deseos tengo de ver en estos momentos.

—¿Entonces qué pasa?

—Bueno, tú conoces a Joanna Dover...

—¿Joanna Dover?

—Aquella... ya sabes... con tu marido...

—¿Qué pasa con ella. Hank?

—Verás, vino a verme aquí.

—¿Quieres decir que fue a tu casa?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—Charlamos. Me compró dos de mis pinturas.

—¿Ocurrió algo más?

—Sí.

Katherine mostró calma, entonces dijo:

—Hank, ahora no sé si quiero verte.

—Lo comprendo. Mira, ¿por qué no lo piensas y me vuelves a llamar más tarde? Lo siento, Katherine, siento mucho lo ocurrido. Es todo lo que puedo decir.

Ella colgó. No volverá a llamar, pensé. La mejor mujer que había conocido jamás y había dejado que se esfumase. Me merecía la derrota, merecía morir solo en un asilo mental.

Me quedé sentado junto al teléfono. Leí el periódico, la sección de deportes, la sección financiera, las tiras cómicas. Sonó el teléfono. Era Katherine.

—¡QUE SE JODA Joanna Dover! —exclamó riendo. Nunca había oído a Katherine hablar de esa forma.

—¿Entonces vienes?

—Sí. ¿Sabes la hora de llegada?

—Lo tengo todo. Estaré allí.

Nos dijimos adiós. Katherine iba a venir, iba a venir para quedarse por lo menos una semana con aquella cara, aquel cuerpo, aquella cabellera, aquellos ojos, aquella risa...

35

Salí de la cafetería y observé el panel de llegadas. El avión llegaba a su hora. Katherine estaba en el cielo viniendo hacia mí. Me senté y aguardé. Enfrente mío había una mujer de muy buena catadura leyendo un periódico. Su vestido se le quedaba bastante subido alrededor de los muslos, enseñando toda aquella ijada, aquella pierna espléndida envuelta en nylon. ¿Por qué insistía en hacer eso? Yo estaba con un periódico, y espiaba por encima, subiendo por su vestido.

Tenía unos muslos de fábula. ¿Quién estaría beneficiándose de aquellos muslos? Me sentía como un idiota fisgando de aquel modo, pero no podía remediarlo. Era un monumento. Una vez había sido una niña, algún día estaría muerta, pero ahora me estaba enseñando la cima de sus piernas. La maldita calientapollas, le daría un centenar de embestidas. ¡Le daría veinticinco centímetros de púrpura palpitante! Cruzó sus piernas y el vestido se retrayó más aún. Levantó la vista de su periódico. Sus ojos se clavaron en los míos que miraban asomados por encima de mi periódico. Su expresión era de indiferencia. Abrió su bolso y sacó una barra de chicle, quitó la envoltura y se lo metió en la boca. Chicle verde. Empezó a mascar el chicle verde y yo contemplé su boca. No se bajaba la falda. Sabía sin embargo que yo estaba mirando. No había nada que yo pudiera hacer. Abrí mi cartera y saqué dos billetes de cincuenta dólares. Ella levantó la vista, miró los billetes y volvió a lo suyo. Entonces un gordo cayó como un bombazo a sentarse junto a mí. Tenía una cara muy roja y una nariz masiva. Llevaba un traje marrón claro que olía a charcutería. Se tiró un pedo. La dama se bajó el vestido y yo metí los billetes en mi cartera. Se reblandeció mi polla, me levanté y fui a la fuentecilla de agua.

Afuera en la pista el avión de Katherine estaba tomando tierra. Me puse a esperar en la puerta. Katherine, te adoro.

Apareció Katherine, perfecta, con su pelo marrón rojizo, su ligezo cuerpo, con un traje azul que volaba mientras ella andaba, zapatos blancos, finos y tiernos tobillos, juventud. Llevaba un sombrero blanco de ala ancha caída hacia abajo hasta el punto justo. Sus ojos miraban al mundo desde debajo del ala, amplios, marrones y risueños. Tenía clase. Nunca andaría enseñando el culo en los asientos del área de espera de un aeropuerto.

Y allí estaba yo, con casi cien kilos de peso, perpetuamente confuso y perdido, con piernas cortas, tronco de simio, todo pecho, sin cuello, cabeza demasiado grande, ojos embotados, pelo despeinado, metro noventa de carne petrificada esperándola.

Katherine vino hacia mí. Toda aquella limpia cabellera marrón rojiza. Las mujeres de Texas eran tan relajadas, tan naturales. La besé y pregunté por su equipaje. Sugerí hacer una parada en el bar. Las camareras llevaban unos vestidos cortos de color rojo que enseñaban sus bragas blancas de encaje. Los escotes eran muy bajos para mostrar las tetas. Se ganaban de verdad el sueldo, se ganaban las propinas, hasta el último céntimo. Vivían en los suburbios y odiaban a los hombres. Vivían con sus madres y hermanos y estaban enamoradas de sus psiquiatras.

Acabamos nuestras bebidas y salimos a por el equipaje de Katherine. Unos cuantos hombres trataron de llamar su atención, pero ella caminaba pegada a mí, cogida de mi brazo. Pocas mujeres hermosas deseaban mostrar en público que pertenecían a algún hombre. Había conocido a bastantes mujeres para poder asegurarlo. Yo las aceptaba por lo que eran, y el amor venía difícilmente y muy raras veces. Cuando ocurría era normalmente por razones equivocadas. Uno simplemente se cansaba de estar manteniendo apartado al amor y lo dejaba venir

porque a algún lado tenía que ir. Entonces, normalmente, venían muchos problemas.

En mi casa, Katherine abrió su maleta y sacó un par de guantes de goma. Se rió.

—¿Qué es eso? —pregunté yo.

—Darlene, mi mejor amiga, me vio haciendo el equipaje y me preguntó «¿Qué estás *haciendo*?». Y yo le dije: ¡No he visto nunca la casa de Hank, pero sé que antes de poder cocinar, vivir y dormir allí, tendré que limpiarlo todo de un extremo al otro!

Entonces Katherine soltó una de aquellas felices carcajadas tejanas. Entró en el baño, se puso un par de vaqueros y una blusa naranja, salió descalza y fue hacia la cocina con sus guantes de goma.

Yo entré en el baño y también me cambié de ropa. Decidí que si Lydia osaba acercarse por allí, jamás permitiría que ni siquiera rozara un pelo de Katherine. ¿Lydia? ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo?

Envié una pequeña oración a los dioses que vigilaban mis pasos: Por favor, mantened a Lydia bien lejos. Dejad que chupe cornamentas de cowboys y que baile hasta las tres de la madrugada, pero por favor, mantenedla lejos...

Cuando entré, Katherine estaba de rodillas raspando una acumulación de grasa de dos años en el suelo de mi cocina.

—Katherine —dije—, vamos a salir a dar una vuelta por la ciudad. Vamos a cenar. Esta no es manera de empezar.

—De acuerdo. Hank, pero tengo que acabar con este suelo antes. Entonces nos iremos.

Me senté a esperar. Entonces ella salió. Se inclinó hacia mí y me besó, riéndose:

—¡De verdad eres un viejo guarro! —luego se fue hacia el dormitorio. De nuevo estaba enamorado. Estaba en problemas...

36

Después de cenar volvimos a casa y charlamos. Ella era una adicta de la comida natural y no comía carne a excepción de pollo o pescado. La verdad es que le sentaba muy bien.

—Hank —me dijo—, mañana voy a limpiarte el baño.

—Muy bien —dije por encima de mi copa.

—Y tengo que hacer mis ejercicios todos los días. ¿Te molesta?

—No, no.

—¿Podrás escribir mientras yo estoy enredando por aquí?

—No hay problema.

—Puedo salir a pasear.

—No, sola no, en este barrio.

—No quiero interferir en tu escritura.

—No hay manera de que yo pare de escribir, es una forma de locura.

Katherine se acercó y se sentó a mi lado en el sofá. Parecía más una niña que una mujer. Dejé mi bebida y la besé, un beso largo. Sus labios estaban frescos y blandos. Su pelo marrón rojizo cegaba mi atención. Me aparté y volví a echar un trago. Ella me aturdía. Yo estaba acostumbrado a viles zorras borrachas.

Charlamos durante otra hora.

—Vámonos a dormir —le dije—, estoy cansado.

—Muy bien. Antes voy a prepararme —dijo ella.

Me quedé sentado bebiendo. Necesitaba beber más. Ella era simplemente demasiado.

—Hank —dijo ella—, estoy en la cama.

—Bien.

Entré en el baño y me desnudé, me lavé los dientes, la cara y las manos. Había recorrido todo el camino desde Texas en un avión para verme y ahora estaba en mi cama, esperándome.

Yo no tenía pijama. Me dirigí a la cama. Ella llevaba un fino camisón.

—Hank —me dijo—, tenemos unos seis días en los que no habrá peligro, luego tendremos que pensar en alguna otra cosa.

Entré en la cama con ella. La pequeña niña-mujer estaba lista. La atraje hacia mí. La suerte estaba otra vez de mi lado, los dioses me sonreían. Los besos se hicieron más intensos. Puse su mano en mi verga y luego le subí el camisón. Empecé a jugar con su coño. ¿Katherine con un coño? Se erigió el clítoris y lo acaricié con ternura, una y otra vez. Finalmente, la monté. Mi verga entró hasta la mitad. Era muy estrecha. Moví hacia delante y detrás y luego empujé. El resto de mi verga penetró. Era glorioso. Ella me apretó. Me moví y seguía apretado. Traté de controlarme. Cesé las sacudidas y esperé a enfriarme un poco. La besé, abriendo sus labios, chupando su labio superior. Vi su cabellera desparramada por toda la almohada. Entonces desistí de intentar complacerla y simplemente la jodí, poseyéndola viciosamente. Era como un asesinato. No me importaba, mi polla se había vuelto loca. Todo aquel pelo, su cara núbil y hermosa. Era como violar a la

Virgen María. Me corrí. Me corrí en su interior, agonizando, sintiendo cómo mi esperma se introducía en su cuerpo. Ella estaba indefensa y yo disparé mi éxtasis al interior último de su ser, cuerpo y alma, una y otra vez...

Más tarde nos dormimos. O Katherine se durmió. Yo la abrazaba por detrás. Por primera vez pensé en casarme. Sabía que indudablemente había todavía tachas en ella que no habían salido a la superficie. El comienzo de una relación siempre era lo más fácil. Después era cuando comenzaba el desenmascaramiento, que ya no para nunca. Era igual, seguí pensando en el matrimonio. Pensé en un hogar, un perro y un gato, la compra en el supermercado. Henry Chinaski estaba perdiendo los cojones. Y no importaba.

Finalmente me dormí. Cuando me desperté por la mañana, Katherine estaba sentada en el borde de la cama cepillándose toda aquella extensión de cabello marrón rojizo. Sus grandes ojos oscuros me observaron al despertarme.

—Katherine —dije—. ¿Te quieres casar conmigo?

—No, por favor —dijo ella—. No me gustan esas cosas.

—Lo digo en serio.

—¡Oh, *mierda*, Hank!

—¿Qué?

—He dicho «mierda» y si sigues hablando de esas cosas cojo el primer avión que salga.

—Está bien.

—¿Hank?

—¿Sí?

Miré a Katherine. Ella seguía cepillándose el pelo. Sus grandes ojos oscuros me miraron, estaba sonriendo. Dijo:

—¡Es solamente sexo, Hank, *solamente sexo*!

Entonces se rió a carcajadas. No era una risa sardónica, sino feliz. Se cepillaba el pelo y yo puse mi brazo alrededor de su cintura y dejé descansar mi cabeza sobre su pierna. No estaba bastante seguro de nada.

37

Yo a las mujeres las llevaba bien a los combates de boxeo, bien al hipódromo. Aquel jueves por la noche llevé a Katherine a una velada boxística en el Olympic. Nunca había asistido a un combate en vivo. Llegamos allí antes del

primer combate y nos sentamos en primera fila de ring. Yo bebía cerveza, fumaba y esperaba.

—Es extraño —le dije—, toda esta gente sentada aquí esperando a que dos hombres suban ahí a ese ring a tratar de noquear al otro a golpes.

—Parece algo desagradable.

—Este sitio fue construido hace mucho tiempo —le dije mientras ella contemplaba el viejo foro—. Hay sólo dos servicios. Uno para los hombres y otro para las mujeres, y son minúsculos. Así que intenta ir antes o después de los descansos.

—Muy bien.

El Olympic era frecuentado sobre todo por latinos y trabajadores blancos de medio pelo, junto a unas pocas estrellas de cine y celebridades. Había muchos boxeadores mexicanos muy buenos, que peleaban con todo su corazón. Las únicas malas peleas eran cuando boxeaban negros o blancos, especialmente los pesos pesados.

Estar allí con Katherine era algo extraño. Las relaciones humanas eran extrañas. Quiero decir que pasabas un tiempo con una persona, comiendo, durmiendo y viviendo con ella, amándola, hablando con ella, yendo a los sitios juntos y, de repente, todo cesaba. Luego había un corto período de tiempo durante el cual no estabas con nadie, pero entonces otra mujer aparecía y tú comías con ella y jodían con ella y todo parecía-tan normal como si hubieses estado esperando a que llegara y ella hubiese estado esperándote a ti. A mí nunca me parecía bien estar solo, algunas veces no me sentía mal, pero nunca me parecía bien.

La primera pelea fue una de las buenas, con mucha sangre y coraje. Un escritor tenía mucho que aprender en los combates de boxeo o en el hipódromo. El mensaje no era del todo claro pero a mí me ayudaba. Esto era lo principal: el mensaje no era definible. Era inexpresable, como una casa ardiendo, o un terremoto, o una inundación, o una mujer saliendo de un coche mostrando sus piernas. Yo no sabía lo que otros escritores podrían necesitar; no me importaba, de cualquier modo era incapaz de leerlos. Estaba encerrado en mis propios hábitos, mis propios prejuicios. No era malo ser un bobo si la ignorancia era todo lo que tenías. Sabía que algún día escribiría sobre Katherine y que sería duro. Era fácil escribir sobre zorras, pero escribir sobre una mujer de excepción era mucho más difícil.

La segunda pelea también fue buena. La muchedumbre rugía y se desgañitaba y trasegaba cerveza. Habían escapado temporalmente de fábricas, almacenes, mataderos, garajes de limpieza de coches... volverían a la cautividad al siguiente día, pero *ahora* estaban fuera, enardecidos por la libertad. No estaban pensando en la esclavitud de la pobreza, ni en la esclavitud de la beneficencia y los sellos de comida. El resto de nosotros viviría tranquilo hasta que los pobres aprendiesen a construir bombas atómicas en sus sótanos.

Todos los combates fueron buenos. Me levanté y fui al retrete. Cuando

volví, Katherine estaba muy seria. Más parecía que estuviese presenciando un ballet o un concierto. Parecía tan delicada y aun así tenía un polvo tan maravilloso.

Yo seguí bebiendo y Katherine me agarraba de la mano cada vez que una pelea se hacía excepcionalmente brutal. La multitud adoraba los noqueamientos. Prorrumpían en salvajes ovaciones cada vez que uno de los combatientes abandonaba el mundo de las luces. *Ellos* propinaban aquellos golpes. Tal vez estaban zurrando a sus patrones o a sus mujeres. ¿Quién podía saberlo? ¿A quién le importaba? Más cerveza.

Sugerí a Katherine que nos fuéramos antes del final. Yo ya tenía bastante.

—De acuerdo —dijo ella.

Subimos por el estrecho pasillo, con el aire azul de humo. No se produjeron silbidos ni gestos obscenos. Mi cara triturada y llena de cicatrices era a veces una garantía de tranquilidad.

Bajamos al pequeño aparcamiento debajo de la autopista. El Volkswagen no estaba allí. El modelo del 67 era el último buen Volkswagen, y los jovencuelos lo sabían.

—Hepburn, nos han robado el jodido coche.

—Oh, Hank, seguramente no.

—Ha desaparecido. Estaba aquí aparcado —señalé—, y ahora ya no está.

—Hank, ¿qué vamos a hacer?

—Cogeremos un taxi. Me siento mal de verdad.

—¿Por qué hace la gente estas cosas?

—Tienen que hacerlo. Es su manera de escapar.

Entramos en un café y llamé un taxi por teléfono. Pedimos un café y unas rosquillas. Mientras presenciábamos los combates alguien había estado abriendo la cerradura y haciendo un puente en mi coche. Yo tenía un dicho: «Llevaros a mi mujer, pero dejar mi coche». Nunca mataría a un hombre que se llevara a mi mujer; mataría sin contemplaciones a aquel que se llevara mi coche.

Vino el taxi. En mi casa, afortunadamente, había cerveza y algo de vodka. Había desistido de toda esperanza de mantenerme lo suficientemente sobrio para poder hacer el amor. Katherine lo sabía. Estuve dando vueltas de un lado a otro hablando de mi Volkswagen azul del 67. El último modelo bueno. Ni siquiera podía llamar a la policía. Estaba demasiado borracho. Tenía que esperar hasta por la mañana, hasta mediodía.

—Hepburn —le dije—, no es culpa tuya, *tú* no lo robaste.

—Ojalá hubiera sido así. Ahora lo tendrías.

Pensé en dos o tres jovencitos corriendo mi angelito azul por toda la autopista de la costa, fumando droga, riéndose, descapotándolo. Luego pensé en todas las chatarrerías de la avenida Santa Fe. Montañas de parachoques,

parabrisas, portezuelas, piezas de motor, neumáticos, ruedas, volantes, llantas, asientos, frenos, radios, pistones, válvulas, carburadores, palancas de cambio, transmisiones, ejes... mi coche pronto iba a ser sólo una pila de accesorios.

Aquella noche dormí pegado a Katherine, pero mi corazón estaba entristecido y frío.

38

Por suerte tenía un seguro de automóvil que te pagaba un coche de alquiler. Llevé a Katherine en él al hipódromo. Nos sentamos en las tribunas de sol de Hollywood Park cercanos a la curva. Katherine dijo que no quería apostar, pero la llevé dentro y le enseñé el panel totalizador y las ventanillas de apuestas.

Yo puse 5 a ganador a un ejemplar a 7 a 2 de estirón temprano, mi tipo favorito de caballo. Yo siempre pensaba que si ibas a perder era igual perder yendo en cabeza; tenías la carrera ganada hasta que otro venía a quitártela. El caballo se mantuvo de punta por los palos y al final consiguió llegar. Pagaron a 9,40 dólares y yo conseguí 17,50 limpios.

A la siguiente carrera ella se quedó en su asiento mientras yo iba a apostar. Cuando regresé ella me señaló a un hombre sentado dos filas más abajo.

—¿Ves a ese hombre?

—Sí.

—Me ha dicho que ganó 2.000 dólares ayer y que hoy lleva ya ganados 25.000.

—¿No quieres apostar? Quizás todos podamos ganar.

—Oh, no, no sé nada de esto.

—Es muy simple: tú les das un dólar y ellos te devuelven 84 centavos. Lo llaman «el porcentaje». El estado y el hipódromo se lo reparten. No les importa *quién* gane la carrera, su porcentaje está fuera del total en juego.

En la segunda carrera, mi caballo, un favorito a 8 a 5, quedó segundo. Un rematador lo había superado por un hocico en la llegada. Pagó 48,50 dólares.

El hombre dos filas más abajo se volvió y miró a Katherine.

—Lo llevaba apostado —le dijo—. Había puesto diez a ese hocico.

—Oooh —le dijo ella, sonriendo—, eso está bien.

Estudié la tercera carrera, una prueba para potros y potrancas de dos años. A cinco minutos de cerrar examiné el totalizador y fui a apostar. Mientras bajaba vi

de reojo cómo el hombre dos filas más abajo se daba la vuelta y comenzaba a hablar con Katherine. Siempre había por lo menos una docena de ellos todos los días en el hipódromo, contando a las mujeres atractivas lo grandes ganadores que eran, con la esperanza de lograr de algún modo acabar en la cama con ellas. Quizás ni siquiera esperasen tanto; puede que sólo esperaran vagamente algo sin estar muy seguros de qué. Estaban poseídos y enloquecidos por el vértigo, ¿quién podía odiarles? Grandes ganadores, pero si les veías apostar, siempre estaban en las ventanillas de 2 dólares, con sus zapatos desgastados por las suelas y su vestimenta sucia. Lo más bajo de la escoria.

Me decidí por lo más fácil y aposté al favorito, que ganó por 6 cuerpos y pagó a 4 dólares, pero yo le había puesto diez a ganador. El tipo se volvió y le dijo a Katherine:

—Lo tenía. 100 dólares a ganador.

Katherine no contestó. Estaba empezando a comprender. Los ganadores no abrían nunca la boca. Tenían miedo de ser asesinados en el patio de estacionamiento.

Después de la cuarta carrera, con un ganador a 22,80 dólares, se dio otra vez la vuelta y le dijo a Katherine:

—Ese lo llevaba, diez a tocateja.

Ella me miró:

—Tiene la cara amarilla. Hank. ¿Has visto sus ojos? Está enfermo,

—Está enfermo en el sueño. Todos estamos metidos en la enfermedad del sueño, por eso estamos aquí.

—Hank, vámonos.

—De acuerdo.

Aquella noche ella se bebió media botella de vino tinto, buen vino, y la vi triste y calmada. Supe que me estaba conectando con la gente del hipódromo y la multitud del boxeo, y era verdad, yo estaba con ellos, era uno de ellos. Katherine sabía que había algo en mí que pasaba de todo lo que podía considerarse saludable. Yo estaba sumergido en todas las cosas supuestamente malas: me gustaba beber, era un vago, no tenía dios ni conciencia política, ideas, ideales. Estaba metido en la inanidad más completa; una especie de no-ser, y lo aceptaba. Eso no podía hacerme una persona muy interesante. Yo no quería ser interesante, de todos modos, era algo muy duro. Lo único que quería realmente era un lugar blando e impreciso donde poder vivir y donde me dejaran tranquilo. Por otro lado, cuando me emborrachaba pegaba gritos, me volvía loco, perdía todo tipo de control. Un comportamiento no pegaba mucho con el otro. No me importaba. Aquella noche el sexo estuvo muy bien, pero fue la noche que la perdí. No había nada que pudiera hacer para remediarlo. Me eché a un lado y me limpié con la sábana mientras ella se iba al baño. Arriba, un helicóptero de la policía sobrevolaba Hollywood.

La noche siguiente vinieron Bobby y Valerie. Se habían mudado recientemente a mi bloque de apartamentos y ahora vivían cruzado el patio. Bobby llevaba su niki ajustado. Siempre le quedaba toda la ropa perfectamente ajustada, los pantalones cómodos y con la largura exacta, los zapatos a juego y el pelo bien peinado. Valerie también vestía bien pero no tan conscientemente. La gente los llamaba «Los muñequitos Barbie». Valerie estaba muy bien cuando te quedabas con ella a solas, era inteligente, muy energética y de lo más honesto. Bobby, también, era mucho más humano cuando nos quedábamos a solas él y yo, pero cuando una mujer nueva andaba alrededor se volvía estúpido y muy obvio. Dirigía toda su atención y conversación hacia esa mujer, como si su presencia fuera una cosa interesante y maravillosa, pero su conversación se hacía predecible e idiota. Me preguntaba cómo se lo tomaría Katherine.

Se sentaron. Yo estaba en un sillón cerca de la ventana y Valerie se sentó entre Bobby y Katherine en el sofá. Bobby empezó. Se inclinó hacia delante e ignorando a Valerie dirigió su atención a Katherine.

—¿Te gusta Los Ángeles? —preguntó.

—Está bien —contestó Katherine.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Un tiempo.

—¿Eres de Texas?

—Sí.

—¿Tus padres son de Texas?

—Sí.

—¿Hay algo interesante en la televisión por allí?

—Más o menos lo mismo.

—Yo tengo un tío en Texas.

—Oh.

—Sí, vive en Dallas.

Katherine no contestó. Entonces dijo:

—Perdona, voy a hacer un sandwich. ¿Quiere alguien algo?

Dijimos que no queríamos. Katherine se levantó y fue a la cocina. Bobby se levantó y la siguió. No se podía oír muy bien lo que decían, pero se podía asegurar que le estaba haciendo más preguntas, Valerie miraba al suelo. Katherine y Bobby pasaron mucho tiempo en la cocina. De repente Valerie levantó la cabeza y comenzó a hablarme. Hablaba muy rápido y de modo nervioso.

—Valerie —interrumpí—, no necesitamos hablar, no tenemos por qué hablar.

Volvió a bajar la cabeza.

Entonces dije:

—Eh, tíos, lleváis ahí un buen rato. ¿Estáis encerando el suelo?

Bobby se rió y empezó a zapatear en el suelo con ritmo.

Finalmente Katherine salió, seguida por Bobby. Se acercó a mí y me enseñó su sandwich: mantequilla de cacahuete sobre copos de trigo con plátano en rodajas y semillas de sésamo.

—Tiene buena pinta —le dije.

Se sentó y comenzó a comerse el sandwich. Todo estaba tranquilo. Siguió tranquilo. Entonces Bobby dijo:

—Bueno, creo que mejor nos vamos...

Se fueron. Después de que se cerrara la puerta Katherine me miró y dijo:

—No pienses nada, Hank. Sólo estaba tratando de impresionarme.

—Lo ha hecho con todas las mujeres que he conocido desde que le conozco.

Sonó el teléfono. Era Bobby.

—Hey, tío. ¿Qué le has hecho a mi mujer?

—¿Qué pasa?

—Está ahí *sentada*, está completamente deprimida. ¡No quiere hablar!

—Yo no le he hecho nada a tu mujer.

—¡No lo entiendo!

—Buenas noches, Bobby.

Colgué.

—Era Bobby —le dije a Katherine—, su mujer está deprimida.

—¿De verdad?

—Eso parece.

—¿Seguro que no quieres un sandwich?

—¿Puedes hacerme uno igual que el tuyo?

—Oh, sí.

—Eso tomaré.

40

Katherine se quedó cuatro o cinco días más. Había llegado el tiempo del mes en que joder le resultaba arriesgado. Yo no podía soportar los condones. Katherine compró algo de crema anticonceptiva. Mientras tanto, la policía había recuperado mi Volkswagen. Fuimos adonde estaba depositado. Estaba intacto y con buen aspecto a excepción de la batería, que estaba descargada. Lo dejé en un taller de Hollywood donde lo pusieron a punto. Después de un largo adiós en la cama, llevé a Katherine al aeropuerto en el Volks azul. Vuelo TRV n.º 469.

No fue un día feliz para mí. No nos dijimos gran cosa. Llamaron a su vuelo y nos besamos.

—Eh, que va a ver todo el mundo a esta jovencita besando a este viejo.

—No me importa un carajo...

Katherine me besó otra vez.

—Vas a perder tu vuelo —dije.

—Ven a verme, Hank. Tengo una bonita casa. Vivo sola. Ven a verme.

—Lo haré.

—¡Escribe!

—Lo haré.

Katherine se fue por el túnel de embarque y desapareció. Volví al aparcamiento, subí al Volkswagen y pensé, todavía tengo esto. Qué coño, no lo he perdido todo. Puse en marcha el motor.

41

Aquella noche empecé a beber. No iba a ser fácil estar sin Katherine. Encontré algunas cosas que se había dejado, pendientes, una pulsera.

Tengo que volver a la máquina de escribir, pensé. El arte exige disciplina. Cualquier gilipollas puede perder el culo por una falda. Bebí, pensando en ello.

A las dos y diez de la madrugada sonó el teléfono. Estaba bebiendo mi última cerveza.

—¿Hola?

—Hola —era la voz de una mujer, joven.

—¿Sí?

—¿Eres Henry Chinaski?

—Sí.

—Mi amiga es una admiradora tuya. Es su cumpleaños y le dije que te telefonaría. Nos sorprendió encontrar tu número en la guía.

—Estoy en ella.

—Bueno, es su cumpleaños y pensé que estaría bien si pudiéramos ir a verte.

—De acuerdo.

—Le dije a Arlene que probablemente tendrás alguna mujer en tu casa.

—Soy un anacoreta.

—¿Entonces podemos pasarnos?

Les di mi dirección.

—Sólo una cosa. Me he quedado sin cerveza.

—Conseguiremos algo de cerveza. Yo me llamo Tammie.

—Son más de las dos de la madrugada.

—Conseguiremos cerveza. Una raja puede conseguir maravillas.

Llegaron veinte minutos más tarde con las rajadas pero sin la cerveza.

—Ese hijo de puta —dijo Arlene—. Antes siempre nos las había dado. Esta vez parece que se acojonó.

—Que le den por el culo —dijo Tammie.

Se sentaron las dos y proclamaron sus edades.

—Yo tengo 32 —dijo Arlene.

—Yo tengo 23 —dijo Tammie.

—Juntad vuestras edades y tendréis la mía —dijo yo.

El pelo de Arlene era largo y negro. Se sentó en el sillón junto a la ventana y se puso a peinarse y a maquillarse, mirándose en un gran espejo plateado y hablando sin parar. Obviamente estaba colocada con pastillas. Tammie tenía un cuerpo cercano a la perfección y una larga cabellera pelirroja natural. También iba de pastillas, pero no estaba tan colocada.

—El polvo te costará cien dólares —dijo Tammie.

—Paso.

Tammie era como muchas mujeres a los veintipocos años. Su cara tenía aire de tiburón. Entonces me gustó poco.

Se fueron hacia las tres y media de la mañana y yo me fui a la cama solo.

Dos días más tarde, a las cuatro de la madrugada alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Una gatita pelirroja.

Dejé entrar a Tammie. Se sentó y yo abrí un par de cervezas.

—Tengo mal aliento, tengo estos dos dientes jodidos. No puedes besarme.

—Está bien.

Hablamos. Bueno, yo escuché. Tammie estaba en anfetamina. Escuché y contemplé su larga cabellera roja y cuando ella se distraía yo miraba y miraba aquel cuerpo. Pugnaba por salir del vestido, pidiendo respirar fuera. Ella habló y habló. Yo no la toqué.

A las seis de la mañana Tammie me dio su dirección y número de teléfono.

—Tengo que irme —dijo.

—Te acompaño hasta el coche.

Era un Camaro de color rojo intenso, completamente abollado por todos lados. La parte delantera estaba hundida, un lado levantado y faltaban las ventanas. Dentro había trapos y blusas y cajas de kleenex y periódicos y cartones de leche y botellas de Coca-Cola y alambres y cuerdas y servilletas de papel y revistas y tazas de papel y zapatos y pajas de beber de múltiples colores. Esta masa de material estaba apilada por encima del nivel de los asientos y llegaba a cubrirlos. Sólo la zona del conductor tenía algo de espacio libre.

Tammie sacó la cabeza por la ventanilla y nos besamos.

Luego se puso en marcha y cuando llegó a la esquina ya iba a unos 70 kilómetros por hora. Pegó un pisotón a los frenos y el Camaro se bamboleó arriba y abajo. Volví a entrar en casa.

Me fui a la cama y pensé en su pelo. Nunca había conocido a una pelirroja de verdad. Era como fuego.

Como luz celestial, pensé.

De alguna manera su cara no me parecía ya tan recia...

43

La llamé por teléfono. Era la una de la mañana. Fui hasta su casa.

Tammie vivía en un pequeño bungalow detrás de un edificio.

Me abrió la puerta.

—Ten cuidado, no despiertes a Dancy. Es mi hija. Tiene seis años y está en el dormitorio.

Yo llevaba un paquete de seis cervezas. Tammie las puso en el refrigerador y salió con dos botellas.

—Mi hija no debe ver nada. Sigo con los dos dientes malos que me dejan mal aliento. No podemos besarnos.

—Muy bien.

La puerta del dormitorio estaba cerrada.

—Oye —dijo ella—, tengo que tomar vitamina B. Voy a tener que bajarme los pantalones y pincharme en el culo. Mira hacia otro lado.

—De acuerdo.

La vi meter el líquido en la jeringa. Miré hacia otro lado.

—Tengo que metérmelo todo —dijo ella.

Cuando acabó encendió una pequeña radio roja.

—Tienes una casa muy agradable.

—Llevo un mes de retraso en el alquiler.

—Oh...

—No importa. El casero vive en el piso de arriba y lo sé manejar.

—Bien.

—Está casado, el viejo bribón, ¿y sabes qué?

—No sé.

—El otro día su mujer se fue a no sé dónde y el viejo cabrón me pidió que subiera. ¿Y sabes qué?

—Se la sacó fuera.

—No, puso películas verdes. Pensó que aquella mierda me pondría cachonda.

—¿No te puso?

—Dije: «Señor Miller, tengo que irme. Debo recoger a Dancy en la escuela.»

Tammie me dio un estimulante. Hablamos y hablamos. Bebimos cerveza.

A las seis de la mañana Tammie abrió el sofá en el que habíamos estado sentados. Había una sábana. Nos quitamos los zapatos y nos subimos encima vestidos. La abracé por la espalda, con todo aquel pelo rojo junto a mi cara. Se me puso dura. Se la pegué en el culo, a través de la ropa. Oí cómo arañaba y rascaba el borde del sofá.

—Tengo que irme —dije.

—Oye, todo lo que tengo que hacer es prepararle a Dancy el desayuno y llevarla a la escuela. No importa si te ve. Sólo espera aquí hasta que yo vuelva.

—Me voy.

Me fui conduciendo a casa, borracho. El sol estaba muy alto, doloroso y dorado...

44

Había estado durmiendo durante muchos años en un colchón terrible con todos los muelles sueltos clavándose sobre mí de forma inmisericorde. Aquella tarde cuando me desperté quité el colchón de la cama, lo saqué fuera y lo tiré a la basura.

Volví a entrar dejando la puerta abierta.

Eran las dos de la tarde y hacía calor.

Tammie entró y se sentó en el sofá.

—Tengo que irme —le dije—, he de comprar un colchón.

—¿Un colchón? Bueno, entonces me voy.

—No, Tammie, espera. Por favor. Todo no me llevará más de quince minutos. Espera aquí y tómate una cerveza.

—Muy bien —dijo ella...

Había una tienda de colchones unas tres manzanas más abajo hacia el oeste. Aparqué enfrente y entré corriendo por la puerta.

—¡Tíos necesito un colchón... DEPRISA!

—¿Para qué tipo de cama?

—Doble.

—Tenemos éste por 35 dólares.

—Me lo llevo.

—¿Le cabrá en el coche?

—Tengo un Volkswagen.

—Está bien, se lo llevaremos a su casa. ¿Dirección?

Tammie estaba todavía allí cuando regresé.

—¿Dónde está el colchón?

—En camino. Tómame otra cerveza. ¿Tienes alguna pastilla?

Me dio una. La luz atravesaba su roja cabellera.

Tammie había sido elegida Miss Sol Salero en la feria de Orange County en 1973. Habían pasado cuatro años, pero seguía en forma. Estaba bien repartida en todos los sitios correctos.

El repartidor estaba en la puerta con el colchón.

—Déjeme ayudarlo.

Era un tío decente. Me ayudó a ponerlo en la cama. Entonces vio a Tammie sentada en el sofá. Sonrió.

—Hola —le dijo.

—Muchas gracias —le dije. Le di tres dólares y se fue.

Entré en el dormitorio y contemplé el colchón. Tammie vino detrás. Estaba envuelto en celofán. Empecé a rasgarlo. Tammie me ayudó.

—Míralo. Es bonito —dijo ella.

—Sí, lo es.

Era brillante y colorido. Rosas, tallos, hojas, fluctuantes enredaderas. Parecía el jardín del Edén, y por 35 dólares.

Tammie lo observaba.

—Este colchón me pone cachonda. Quiero estrenarlo. Quiero ser la primera mujer que joda contigo en este colchón.

—Me pregunto, ¿quién será la segunda?

Tammie entró en el baño. Hubo un momento de silencio. Entonces oí la ducha. Puse sábanas y fundas de almohada limpias, me desnudé y subí a la cama. Tammie salió, joven y mojada, centelleante. Su pelo púbico era del mismo color que el de su cabeza: rojo, como el fuego.

Se paró frente al espejo y encogió el estómago. Aquellas fantásticas tetas se alzaron en el cristal. La pude ver de frente y por detrás simultáneamente.

Vino y se metió bajo la sábana.

Empezamos con calma.

Fuimos hasta el final, con todo aquel pelo rojo sobre la almohada, mientras afuera ululaban las sirenas y los perros ladraban.

45

Tammie vino por la noche. Parecía ir colocada de anfeta.

—Quiero champagne —dijo.

—Muy bien —dije yo.

Le di un billete de veinte.

—Vuelvo ahora —dijo, saliendo por la puerta.

Entonces sonó el teléfono. Era Lydia.

—Quería saber qué tal estabas...

—Todo va bien.

—Aquí no. Estoy preñada.

—¿Qué?

—Y no sé quién es el padre.

—¿Eh?

—¿Conoces a Dutch, el tío que anda por el bar donde ahora trabajo?

—Sí, el viejo calvete.

—Bueno, la verdad es que es un tío majo. Está enamorado de mí. Me trae flores y dulces. Quiere casarse conmigo. Es encantador. Y una noche fui a casa con él. Lo hicimos.

—Vale.

—Luego está Barney. Está casado pero me gusta. De todos los tíos del bar es el único que nunca trataba de meterme mano. Me fascinaba. Bueno, ya sabes, estoy tratando de vender mi casa. Así que vino una tarde. Sólo se pasó a verla. Dijo que quería verla para un amigo suyo. Bueno, vino justo en el momento adecuado. Los niños estaban en el colegio, así que le dejé hacer... Luego también una noche apareció aquel tipo extraño en el bar a última hora. Me pidió que le acompañara a su casa. Le dije que no. Entonces me dijo que sólo quería sentarse un rato en el coche conmigo, hablarme. Dije que bueno. Nos sentamos en el coche y hablamos. Entonces lió un porro. Luego me besó. Aquel beso tuvo la culpa. Si no me hubiera besado, no lo hubiéramos hecho. Ahora estoy preñada y no sé de quién. Tendré que esperar y ver a quién se parece el niño.

—Muy bien, Lydia, te deseo mucha suerte.
—Gracias.
Colgué. Pasó un minuto y volvió a sonar el teléfono. Era Lydia.
—Oh —dijo—, te había llamado para saber cómo estabas *tú*.
—Igual que siempre, con los caballos y el frasco.
—¿Entonces todo te va bien?
—No del todo.
—¿Qué pasa?
—Bueno, mandé a esta mujer a por champagne...
—¿Mujer?
—Bueno, una chica, la verdad...
—¿Una chica?
—La mandé con veinte dólares a por champagne y no ha vuelto. Creo me ha timado.
—Chinaski, no quiero *oír hablar* de tus mujeres. ¿Entiendes?
—De acuerdo.
Lydia colgó. Se oyó una llamada en la puerta. Era Tammie. Había vuelto con el champagne y con el cambio.

46

Al mediodía siguiente sonó el teléfono. Era Lydia de nuevo.
—¿Bueno, volvió con el champagne?
—¿Quién?
—Tu puta.
—Sí, volvió.
—¿Luego qué ocurrió?
—Nos bebimos el champagne. Era del bueno.
—¿Qué ocurrió después?
—Bueno, ya sabes, mierda...
Oí un largo y demencial aullido, como el de una loba en mitad del hielo

ártico, herida y abandonada para morir sola... Colgó.

Dormí la mayor parte de la tarde y aquella noche fui a las carreras nocturnas.

Perdí 32 dólares, subí al Volks y regresé. Aparqué, atravesé el porche y metí la llave en la cerradura. Todas las luces estaban dadas. Miré alrededor mío. Todos los muebles estaban patas arriba, las cubiertas de la cama por los suelos. Todos mis libros faltaban de los estantes, incluyendo los libros que había escrito, 20 o así. Y había desaparecido mi máquina de escribir y mi tostadora y mi radio y mis pinturas.

Lydia, pensé.

Lo único que había dejado era la televisión porque sabía que nunca la veía.

Salí fuera y allí estaba el coche de Lydia, pero ella no estaba en él.

—¡Lydia —dije—, eh, nena!

Anduve por la calle de un lado a otro y entonces vi sus pies, los dos, saliendo de detrás de un árbol junto a la pared de una casa de apartamentos. Me acerqué al árbol y dije:

—¿Oye, qué coño pasa contigo?

Lydia se quedó allí quieta. Tenía dos bolsas de compra llenas con mis libros y una carpeta con mis pinturas.

—Mira, me tienes que devolver mis libros y pinturas. Me pertenecen.

Lydia salió de detrás del árbol, gritando. Sacó las pinturas fuera y comenzó a despedazarlas. Lanzó los pedazos por el aire y luego los pisoteó cuando cayeron al suelo. Llevaba sus botas vaqueras.

Luego sacó mis libros y empezó a lanzarlos por la calle, por la hierba, por todas partes.

—¡Aquí están tus pinturas! ¡Aquí están tus libros! ¡Y NO ME HABLES DE TUS MUJERES! ¡NO ME HABLES DE TUS MUJERES!

Luego se fue corriendo hacia mi patio con un libro mío en su mano, el más reciente. *Obras selectas de Henry Chinaski*. Chilló:

—¿Así que quieres que te devuelva tus libros? ¡Aquí están tus malditos libros! ¡Y NO ME HABLES DE TUS MUJERES! ¡NO QUIERO OÍR HABLAR DE TUS MUJERES!

Empezó a golpear los paneles de cristal de mi puerta. Cogió las *Obras selectas de Henry Chinaski* y fue rompiendo panel por panel gritando;

—¿Quieres que te devuelva tus libros? ¡Aquí están tus malditos libros! ¡Y NO ME HABLES DE TUS MUJERES!

Yo me quedé allí parado mientras ella chillaba y rompía cristales.

¿Dónde estará la policía? me preguntaba. ¿Dónde?

Entonces Lydia bajó corriendo por el camino del patio, dobló rápidamente a la izquierda entre los cubos de basura y fue por la acera hasta la siguiente casa de apartamentos. Detrás de un pequeño arbusto estaban mi máquina de escribir, mi tostadora y mi radio.

Lydia cogió mi máquina de escribir y fue corriendo con ella hasta el centro de la calle. Era una pesada y antigua máquina modelo estándar. Lydia la levantó por encima de su cabeza con las dos manos y la estampó contra la calzada. El rodillo y varias otras piezas salieron volando. Volvió a levantarla otra vez, la alzó por encima de su cabeza y gritó:

—¡NO ME HABLES DE TUS MUJERES! —estampándola otra vez contra la calzada.

Luego subió de un salto en su coche y se fue.

Quince minutos más tarde apareció un coche de policía.

—Es un Volkswagen naranja. Se le conoce como la COSA, parece un tanque. No recuerdo el número de la matrícula, pero las letras son HZY, ¿vale?

—¿Dirección?

Les di su dirección...

Fue suficiente, la trajeron. La oí maldiciendo en el asiento trasero mientras llegaban.

—¡QUIETA AHÍ! —dijo uno de los policías al salir. Vino conmigo hasta mi casa. Entró pisando algo de cristal roto. Por alguna razón enfocó su linterna hacia el techo y las esquinas del techo.

—¿Quiere presentar cargos? —me preguntó.

—No. Ella tiene hijos. No quiero que los pierda. Su ex marido está tratando de quitárselos. Pero *por favor*, díganle que se supone que la gente no debe andar por ahí haciendo estas cosas.

—De acuerdo —dijo él—, firme esto.

Escribió en un pequeño cuaderno con papel a rayas. Firmé que yo, Henry Chinaski, no iba a presentar cargos contra Lydia Vanee.

Se fue. Cerré lo que quedaba de la puerta, me fui a la cama y traté de dormir.

Tras una hora o así sonó el teléfono. Era Lydia. Había vuelto a su casa.

—TU, HIJO-DE-PUTA: ¡COMO ME VUELVAS A HABLAR DE TUS MUJERES HARÉ OTRA VEZ LO MISMO!

Colgó.

47

Dos noches más tarde fui a casa de Tammie en Rustic Court. Llamé a la puerta. Las luces estaban apagadas. Parecía vacío. Miré su buzón. Había cartas dentro. Escribí una nota: «Tammie, he estado tratando de telefonearte. He venido y no estabas. ¿Estás bien? Llámame... Hank».

Volví a las once de la mañana siguiente. Su coche no estaba. Mi nota estaba todavía en la puerta. Llamé de todos modos al timbre. Las cartas seguían en el buzón. Dejé una nota en el buzón: «¿Tammie, dónde coño estás? Ponte en contacto conmigo... Hank».

Di vueltas por todo el vecindario buscando el Camaro rojo.

Volví aquella noche. Estaba lloviendo. Mis notas estaban empapadas. Había más correo en el buzón. Le dejé un libro de mis poemas dedicado. Luego volví a mi Volks. Tenía una cruz maltesa colgando de mi espejo retrovisor. Quité la cruz, volví a su casa y la até en su puerta.

No sabía dónde vivían sus amigos, dónde vivía su madre, dónde vivían sus amantes.

Regresé a mi casa y escribí algunos poemas de amor.

48

Estaba sentado con un anarquista de Beverly Hills, Ben Solvnag, que estaba escribiendo mi biografía cuando oí sus pasos por la vereda. Conocía el sonido. Eran siempre rápidos y frenéticos y sexys, aquellos piecitos. Yo vivía casi al fondo del patio. Mi puerta estaba abierta. Tammie entró corriendo.

Caímos el uno en los brazos del otro, acariciándonos y besándonos.

Ben Solvnag dijo adiós y se fue.

—Esos hijos de puta me han confiscado mis cosas. ¡Todo! ¡No pude pagar el alquiler! ¡Ese sucio hijo de perra!

—Iré allí y le partiré la cara. Recuperaremos tus cosas.

—¡No, tiene pistolas! ¡Todo tipo de pistolas!

—Oh.

—Mi hija está con mi madre.

—¿Qué te parece tomar una copa?

—Muy bien.

—¿Qué?

—Champagne extra seco.

—Vale.

La puerta estaba todavía abierta y la luz de la tarde se filtraba por su pelo. Era tan largo y tan rojo que ardía.

—¿Puedo darme un baño? —me preguntó.

—Por supuesto.

—Espérame.

Por la mañana hablamos de sus finanzas. Tenía algo de dinero en camino: el mantenimiento de los niños más un par de cheques de desempleo.

—La casa de detrás está libre.

—¿Cuánto es el alquiler?

—105 dólares con la mitad de los servicios pagados.

—Oh, coño, eso lo puedo conseguir. ¿Admiten niños? ¿Una niña?

—Lo harán, tengo influencias. Conozco a los administradores.

Para el domingo ya estaba instalada. Estaba justo detrás de mí, podía asomarse a mi cocina y verme mecanografiar mis cosas en la mesa del desayuno.

49

La noche de aquel martes estábamos sentados en mi casa bebiendo; Tammie, su hermano Jay y yo. Sonó el teléfono. Era Bobby.

—Louie y su mujer están aquí y quieren verte.

Louie era el tío que acababa de dejar libre el apartamento de Tammie. Tocaba en grupos de jazz en pequeños clubs y no tenía mucha suerte, pero era un hombre interesante.

—Mejor olvidarlo, Bobby.

—Louie se sentirá herido si no vienes.

—Está bien, Bobby, pero voy a llevar un par de amigos.

Nos pasamos y se hicieron las presentaciones. Luego Bobby sacó algo de su cerveza casera. Había música de estéreo y estaba muy fuerte.

—Leí tu relato en *Knight* —dijo Louie—, era muy extraño. ¿Tú nunca te has jodido una mujer muerta, verdad?

—Algunas de ellas lo parecían.

—Sé a lo que te refieres.

—Odio esa música —dijo Tammie.

—¿Cómo te va la música, Louie?

—Bueno, ahora tengo un grupo nuevo. Si conseguimos seguir durante un tiempo juntos puede que logremos algo.

—¡Creo que voy a chupársela a alguien —dijo Tammie—, creo que se la voy a chupar a Bobby, creo que se la voy a chupar a Louie, creo que se la voy a chupar a mi hermano!

Tammie llevaba un vestido largo que parecía una mezcla de traje de noche y camisón.

Valerie, la mujer de Bobby, estaba fuera trabajando. Trabajaba dos noches a la semana como camarera en un bar. Louie, su mujer, Paula, y Bobby habían estado bebiendo desde hacía rato.

Louie tomó un trago de la cerveza casera, empezó a ponerse malo, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Tammie se levantó también y salió detrás de él. Después de un rato volvieron a entrar juntos.

—Vámonos de aquí —le dijo Louie a Paula.

—De acuerdo —dijo ella.

Se levantaron y se fueron.

Bobby sacó más cerveza. Jay y yo hablamos un rato sobre algo. Entonces oí a Bobby:

—¡No me culpes! ¡Hey, tío, no tengo la culpa!

Miré. Tammie tenía su cabeza en el regazo de Bobby y tenía su mano puesta en los huevos de él, luego la subió hacia arriba y agarró su polla, sosteniéndola, y todo el tiempo sus ojos me miraban directamente.

Tomé un trago de mi cerveza, la dejé, me levanté y me fui.

50

Vi a Bobby en la puerta de su casa a la mañana siguiente cuando fui a comprar el periódico.

—Llamó Louie por teléfono —me dijo—, me contó lo que le pasó.

—¿Sí?

—Salió corriendo a vomitar y Tammie le agarró la polla mientras estaba vomitando y le dijo «Vente arriba y te la chupo. Luego clavaremos tu picha en un huevo de pascua». El dijo que no y ella dijo «¿Qué pasa? ¿No eres un hombre? ¿No puedes aguantar tu licor? Ven arriba y te la chuparé».

Bajé hasta la esquina a comprar el periódico. Regresé y leí los resultados de las carreras, los atracos, las violaciones, los asesinatos.

Oí llamar a la puerta. Abrí. Era Tammie. Entró y se sentó.

—Mira —me dijo—, lo siento si te hago daño actuando así, pero si te pido disculpas es sólo por eso. El resto es sólo cosa mía.

—Está bien —dije yo—, pero heriste a Paula cuando corriste detrás de Louie. Están juntos, ya lo sabes.

—¡MIERDA! —me gritó—. ¡PAULA ME LA SUDA!

51

Aquella noche llevé a Tammie a las carreras nocturnas. Subimos al segundo piso de tribunas y nos sentamos. Le compré un programa y ella se quedó un rato mirándolo. (En las carreras nocturnas, las llegadas de las últimas carreras están impresas en fotografía en el programa.)

—Oye —me dijo—, voy de pastillas, y cuando tomo pastillas a veces me flipo y me pierdo. No me pierdas de vista.

—Está bien. Tengo que ir a apostar. ¿Quieres unos pavos para apostar tú?

—No.

—De acuerdo. Ahora vuelvo.

Fui a las ventanillas y puse cinco a ganador al caballo n.º 7.

Cuando regresé, Tammie no estaba. Habrá ido a los lavabos, pensé.

Me senté y vi la carrera. Ganó el 7 y pagó 5 a 1. Iba ganando 25 dólares.

Tammie no había vuelto todavía. Salieron los caballos para la próxima carrera. Decidí no apostar. Me puse a buscar a Tammie.

Primero subí al piso superior y desde allí observé todas las tribunas, el patio, el bar. No pude verla.

Comenzó la segunda carrera y todo el mundo fue a verla. Oí el clamor de

los apostantes durante la recta final mientras bajaba al piso de abajo. Miré por todas partes en busca de aquel maravilloso cuerpo y aquel pelo rojo. No pude encontrarla.

Me acerqué a la oficina de auxilios de emergencia. Un hombre estaba allí fumando un puro. Le pregunté:

—¿Tienen aquí a una joven pelirroja? Puede que se desmayara... ha estado enferma.

—No tengo ninguna pelirroja aquí, señor.

Tenía los pies cansados. Volví a la segunda tribuna y empecé a pensar en la tercera carrera.

Para el final de la octava carrera llevaba ganados 132 dólares. Iba a poner 50 a ganador al caballo n.º 4 en la última. Me fui a apostar y entonces vi a Tammie en la puerta de un cuarto de servicio. Estaba entre un hombre de la limpieza negro con una fregona y otro negro que iba muy bien vestido. Parecía una starlet de cine. Sonrió y me saludó con la mano.

Me acerqué.

—Te estaba buscando. Pensé que tal vez llevases una sobredosis.

—No, estoy bien, perfectamente.

—Bueno, me alegro. Buenas noches, rojita.

Me fui hacia la ventanilla de apuestas. La oí correr detrás mío.

—Hey, ¿dónde coño vas?

—Quiero apostar al n.º 4.

Lo aposté. El 4 perdió por un morro. Acabaron las carreras. Tammie y yo salimos al aparcamiento. Su cadera iba rebotando en mí mientras andábamos.

—Me tuviste preocupado —dije.

Encontramos el coche y subimos. Tammie fumó seis o siete cigarrillos en el camino de vuelta, fumándolos a medias y luego despachurrándolos en el cenicero. Puso la radio. Subía y bajaba el volumen, cambiando emisoras y chasqueando con los dedos al ritmo de la música.

Cuando llegamos al bloque, corrió por el patio hacia su casa, entró y cerró la puerta.

52

La mujer de Bobby trabajaba dos noches a la semana, y cuando ella se iba,

él agarraba el teléfono. Yo sabía que los martes y jueves se quedaba solo.

Era un martes por la noche cuando sonó el teléfono. Era Bobby.

—Eh, tío, ¿te importa si me paso por ahí y tomamos unas cervezas?

—Está bien, Bobby.

Yo estaba sentado en un sillón enfrente de Tammie, que estaba sentada en el sofá. Bobby llegó y se sentó en el sofá. Le abrí una cerveza. Bobby empezó a hablar con Tammie. La conversación era tan inane que desconecté mi antena. Pero de vez en cuando me venía algo.

—Por la mañana —dijo Bobby—, tomo una ducha fría. Realmente me despierta.

—Yo por las mañanas también me doy una ducha fría —dijo Tammie.

—Yo me doy una ducha fría y después me envuelvo en una toalla —continuó Bobby—, luego leo una revista o cualquier cosa. Tras esto estoy listo para afrontar el día.

—Yo tomo la ducha fría, pero no me seco —dijo Tammie—, simplemente dejo estar todas las gotitas por mi cuerpo.

—A veces me doy un verdadero baño *caliente*. El agua está tan caliente que tengo que meterme con mucha lentitud —dijo Bobby.

Entonces Bobby se levantó y demostró cómo se metía en el baño caliente de verdad.

La conversación se fue hacia las películas y la televisión. Los dos parecían adorar las películas y los programas de televisión

Hablaron durante dos o tres horas sin parar.

Entonces Bobby se levantó.

—Bueno —dijo—, tengo que irme.

—Oh, por favor, no te vayas, Bobby —dijo Tammie.

—No. Tengo que irme.

Valerie había vuelto a casa.

53

La noche del jueves Bobby telefoneó otra vez.

—Eh, tío, ¿qué estás haciendo?

—Nada importante.

—¿Te importa si me paso a tomar una cerveza?

—Preferiría no tener visitantes esta noche.

—Oh, vamos, hombre, sólo me quedaré para un par de cervezas...

—No, mejor no.

—¡BUENO, PUES QUE TE JODAN! —gritó.

Colgué y fui a la otra habitación.

—¿Quién era? —preguntó Tammie.

—Solamente alguien que quería venir aquí,

—Era Bobby ¿no?

—Sí.

—Le tratas mal. Se siente solo cuando su mujer está en el trabajo. ¿Qué coño pasa contigo?

Tammie se levantó de un salto y entró corriendo en el dormitorio. La oí marcando un número. Le acababa de comprar una botella de champagne. No la había abierto. La cogí y la escondí en el armario de la limpieza.

—Bobby —dijo por el teléfono—, soy Tammie. ¿Acabas de telefonear? ¿Dónde está tu mujer? Oye, me paso ahora por ahí.

Colgó y salió del dormitorio.

—¿Dónde está el champagne?

—Te jodes —dije yo—, no vas a ir ahí a bebértelo con él.

—Quiero ese champagne. ¿Dónde está?

—Que lo compre él.

Tammie cogió un paquete de cigarrillos de la mesa y salió corriendo.

Saqué el champagne, lo descorché y me serví una copa. Ya no escribía poemas de amor. De hecho, no escribía nada. No estaba con ganas de escribir.

El champagne entraba con facilidad. Bebí copa tras copa.

Luego me quité los zapatos y me acerqué al apartamento de Bobby. Miré por la ventana. Estaban sentados muy juntos en el sofá, charlando.

Regresé. Acabé con el champagne y empecé con la cerveza.

Sonó el teléfono. Era Bobby.

—Oye, ¿por qué no te vienes para aquí y te tomas una cerveza con Tammie y conmigo?

Colgué.

Bebí algo más de cerveza y fumé un par de puros baratos, Me fui poniendo

cada vez más borracho. Fui al apartamento de Bobby. Llamé a la puerta. Me abrió.

Tammie estaba al fondo sentada en el sofá esnifando coca usando una cucharadita de McDonalds. Bobby puso una cerveza en mi mano.

—El problema —me dijo— es que eres inseguro, te falta confianza en ti mismo.

Chupé de la cerveza.

—Tienes razón, Bobby —dijo Tammie.

—Algo en mi interior me produce dolor.

—Solamente es que eres inseguro —dijo Bobby—, es muy simple.

Tenía dos números de teléfono de Joanna Dover. Probé en el de Galveston. Contestó.

—Soy yo, Henry.

—Se te oye bebido.

—Lo estoy. Quiero ir a verte.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—De acuerdo.

—¿Me esperarás en el aeropuerto?

—Claro, nene.

—Reservaré un vuelo y te llamaré después.

Cogí el vuelo 707, que salía del internacional de Los Ángeles al día siguiente a las 12:15. Le pasé la información a Joanna Dover. Dijo que estaría allí.

Sonó el teléfono. Era Lydia.

—Pensé que debía decirte que he vendido la casa. Me voy a Phoenix. Salgo mañana por la mañana.

—Muy bien, Lydia. Buena suerte.

—Tuve un aborto. Casi me muero, fue horrible. Perdí mucha sangre. No quiero molestarte con ello.

—¿Estás bien ahora?

—Estoy bien. Sólo quiero salir de esta ciudad, estoy harta de esta ciudad.

Nos despedimos.

Abrí otra cerveza. Se abrió la puerta y Tammie entró. Empezó a dar vueltas salvajemente, mirándome.

—¿Ha vuelto Valerie a casa? —pregunté—. ¿Le curaste la soledad a Bobby?

Tammie siguió dando vueltas. Tenía muy buena pinta con su vestido largo, se la hubiesen jodido o no.

—Vete de aquí —dije.

Dio una vuelta más y se fue corriendo a su casa.

No pude dormir. Afortunadamente, tenía algo más de cerveza. Seguí bebiendo y acabé la última cerveza a las 4:30 de la madrugada. Me senté a esperar a que se hicieran las seis, entonces salí a por más.

El tiempo pasó lentamente. Di vueltas por toda la casa. No me sentía bien, pero empecé a cantar canciones. Cantaba y rondaba de un lado a otro, del baño al dormitorio al salón a la cocina y de vuelta, canturreando canciones.

Miré el reloj. Las once y cuarto. El aeropuerto estaba a una hora de mi casa. Estaba vestido. Llevaba zapatos pero no calcetines. Todo lo que cogí fue un par de gafas de leer que metí en el bolsillo de mi camisa. Salí por la puerta sin equipaje.

El Volks estaba enfrente. Subí. La luz del sol era muy fuerte. Puse mi cabeza sobre el volante un momento. Oí una voz desde el patio.

—¿Dónde se cree que va así?

Puse en marcha el coche, encendí la radio y salí. Tenía problemas para conducir. Continuamente me salía del carril cruzando la raya amarilla y yéndome contra el tráfico contrario. Tocaban la bocina y yo volvía a mi sitio.

Llegué al aeropuerto. Faltaban quince minutos. Me había pasado discos en rojo, signos de stop, había excedido el límite de velocidad, fuertemente, durante todo el camino. Tenía catorce minutos. El parking estaba lleno. No pude encontrar un hueco. Entonces vi un sitio enfrente de un ascensor. Un cartel decía, NO APARCAR. Aparqué. Mientras cerraba el coche, mis gafas cayeron del bolsillo y se rompieron contra el suelo.

Bajé corriendo por las escaleras hasta el mostrador de reservas. Hacía calor. El sudor me corría por todo el cuerpo.

—Reserva para Henry Chinaski... —el empleado relleno el ticket y yo pagué el importe.

—Por cierto —dijo el empleado—, he leído sus libros.

Corrí por el control de seguridad. Sonó la alarma. Demasiada calderilla, siete llaves y mi cortaplumas. Lo puse todo en el plato y lo atravesé otra vez.

Cinco minutos. Puerta 42.

Todo el mundo había embarcado. Subí. Tres minutos. Encontré mi asiento,

me hundí en él. El capitán estaba hablando por el micrófono.

Corrimos por la pista, nos elevamos por el aire. Hicimos un giro sobre el océano y nos pusimos en dirección a Texas.

54

Salí el último del avión y allí estaba Joanna Dover.

—¡Dios mío! —se rió—. ¡Tienes un aspecto *espantoso*!

—Joanna, vamos a tomar un Bloody Mary mientras esperamos mi equipaje. Oh, demonio, no *traigo* nada de equipaje. Pero vamos a tomar un bloody mary de todos modos.

Entramos en el bar y nos sentamos.

—Nunca triunfarás en París de esta manera.

—Los franchutes no me vuelven loco. Nací en Alemania, ya lo sabes.

—Espero que te guste mi casa. Es sencilla. Dos pisos y mucho espacio.

—Mientras estemos en la misma cama.

—Tengo pinturas.

—¿Pinturas?

—Quiero decir que puedes pintar si quieres.

—Mierda, pero gracias de todos modos. ¿Interrumpo algo?

—No. Estaba con un mecánico, un chico de un garaje, pero se botó. No podía aguantar la marcha.

—Sé buena conmigo, Joanna, chupar y joder no lo son todo

—Por eso te he comprado las pinturas. Para cuando descanses.

—Eres mucha mujer, incluso olvidando tu estatura.

—Cristo, como si no lo supiera.

Me gustó su casa. Había cortinas en todas las ventanas, amplias y enormes ventanas. No había alfombras en el suelo. Había dos baños, muebles viejos y muchas mesas por todas partes, de todos los tamaños. Era sencillo y funcional.

—Date una ducha —dijo Joanna.

Me reí.

—Esta es toda la ropa que tengo. La que llevo.

—Te conseguiremos ropa nueva mañana. Después de que te duches saldremos a tomar una buena comida a base de marisco. Conozco un buen sitio.

—¿Sirven bebidas?

—Imbécil.

No tomé una ducha. Me di un baño.

Fuimos conduciendo un buen rato. No sabía que Galveston era una isla.

—Hace días que los traficantes de droga están secuestrando las barcas de pesca de camarones. Matan a toda la tripulación y luego se quedan con el cargamento. Esa es una de las razones por las que el precio del camarón está subiendo, su pesca se está convirtiendo en una ocupación peligrosa. ¿Qué tal van tus ocupaciones?

—No he estado escribiendo. Creo que se acabó para mí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Seis o siete días.

—Este es el sitio...

Joanna entró en el aparcamiento. Conducía muy rápido, pero sin llegar a tanto como para infringir la ley. Conducía velozmente como si fuera por derecho propio. Había una diferencia que no me pasó desapercibida.

Cogimos una mesa apartada de la gente. El sitio era fresco, tranquilo y oscuro. Me gustaba. Me decidí por la langosta. Joanna pidió algo extraño. Lo dijo en francés. Era sofisticada, mundana. En cierto sentido, a pesar de lo que me disgustaba, la educación ayudaba cuando estabas mirando un menú o buscando un trabajo, especialmente cuando mirabas un menú. Siempre me sentía inferior a los camareros. Había llegado demasiado tarde con demasiado poco. Todos los camareros leían a Truman Capote. Yo leía los resultados de las carreras.

La cena fue buena y afuera en el golfo estaban las barcas del camarón, las barcas patrulleras y los piratas. La langosta tenía buen sabor en mi boca, y la echaba para abajo con un vino excelente. Buena chica. Siempre me gustaste dentro de tu concha sonrojada, peligrosa y lenta.

De vuelta en casa de Joanna Dover teníamos esperando una deliciosa botella de vino tinto. Nos sentamos en la oscuridad contemplando los escasos coches que pasaban por la calle. Estábamos en calma. Entonces Joanna habló.

—¿Hank?

—¿Sí?

—¿Fue alguna mujer la que te ha conducido hasta aquí?

—Sí.

—¿Has acabado con ella?

—Me gustaría pensar que sí, pero si digo «no»...

—¿Entonces no sabes?
—No, la verdad.
—¿Lo sabe alguien alguna vez?
—No creo.
—Eso es lo que lo hace todo tan podrido.
—Sí, todo podrido.
—Vamos a joder.
—He bebido demasiado.
—Vámonos a la cama.
—Quiero beber un poco más.
—No vas a ser capaz de...
—Lo sé. Espero que me dejes estar cuatro o cinco días.
—Dependerá de tus actuaciones.
—Buena medida.

Para cuando acabamos el vino a duras penas pude llegar a la cama. Estaba ya dormido cuando ella salió del baño.

55

Cuando me desperté, me levanté y usé el cepillo de dientes de Joanna, bebí un par de vasos de agua, me lavé la cara y las manos y volví a la cama. Joanna se dio la vuelta y mi boca encontró la suya. Mi polla comenzó a empalmarse. Puse su mano en mi polla. La agarré del pelo, tirando su cabeza hacia atrás, besándola salvajemente. Jugué con su coño. Acaricié su clítoris durante largo rato. Estaba muy húmeda. La monté, hundiéndosela hasta el fondo. La mantuve dentro. La sentí responder. Conseguí aguantar bastante tiempo. Finalmente no pude seguir más. Estaba empapado de sudor y mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo.

—No estoy en muy buena forma —le dije.
—Me gustó. Vamos a hacer un canuto.
Sacó un porro ya liado. Nos lo fuimos pasando.
—Joanna —le dije—, todavía tengo sueño. Me gustaría dormir otra hora.
—Claro, en cuanto acabemos este porro.

Acabamos el porro y nos tumbamos de nuevo en la cama. Me dormí.

56

Aquella noche después de cenar Joanna sacó algo de mezcalina.

—¿La has probado alguna vez?

—No.

—¿Quieres probarla?

—Bueno.

Joanna había puesto algunas pinturas y pinceles junto a papel abundante sobre la mesa. Entonces me acordé de que era coleccionista de arte y que me había comprado un par de cuadros, habíamos estado bebiendo Heinekens la mayor parte de la tarde, pero estábamos todavía sobrios.

—Esto es muy potente.

—¿Qué te hace?

—Te da una extraña forma de subida. Puede que te pongas mal al principio. Cuando vomitas te sube más, pero yo prefiero no vomitar, así que le pongo un poco de levadura. Creo que la característica principal de la mezcalina es que te hace sentir terror.

—Puedo sentirlo sin necesidad de tomar nada.

Empecé a pintar. Joanna puso el estéreo. Era una música muy extraña, pero me gustaba. Miré a mi alrededor y Joanna no estaba. No me importaba. Pinté un hombre que acababa de suicidarse, se había colgado de las vigas con una cuerda. Utilicé muchos amarillos, el muerto estaba luminoso y precioso. Entonces algo dijo:

—Hank... Fue justo detrás mío. Me levanté de un salto de la silla.

—¡CRISTO Y LA VIRGEN! ¡CRISTO, LA MIERDA Y LA VIRGEN!

Pequeñas burbujitas heladas corrían desde mis muñecas a los hombros y bajaban por mi espalda. Me estremecí de escalofrío. Miré a mi alrededor. Joanna estaba allí de pie.

—Nunca me vuelvas a hacer esto —le dije—. ¡Nunca te escabullas de mí de esa manera o te mato!

—Hank, solamente he ido a por unos cigarrillos.

—Mira esta pintura.

—Oh, es magnífica —dijo—. ¡Me encanta!

—Es la mezcalina, supongo.

—Sí, sí lo es.

—Bien, dame un cigarrillo, señora mía.

Joanna se rió y encendió dos.

Empecé a pintar de nuevo. Esta vez sí que lo conseguí: un enorme lobo verde jodiéndose a una pelirroja. Su roja cabellera desparramada hacia atrás mientras el lobo verde se la hincaba sin compasión a través de sus piernas separadas. Ella estaba indefensa y sumisa. El lobo la aserraba y sobre su cabeza la noche ardía, era exterior, y estrellas de largas puntas y la luna los contemplaban. Era caliente, caliente y lleno de color.

—Hank...

Me levanté de un salto y me di la vuelta. Joanna estaba detrás mío. La cogí del cuello.

—¡Te dije, maldita sea, que *no te escabulleras*...!

57

Me quedé cinco días con sus noches. Entonces ya no se me pudo levantar más. Joanna me llevó al aeropuerto. Me había comprado una maleta nueva y abundante ropa. Odiaba aquel aeropuerto del fuerte de Dallas. Era el aeropuerto más inhumano de los Estados Unidos.

Joanna me despidió con la mano y me elevé por los aires...

El viaje a Los Ángeles transcurrió sin incidentes. Desembarqué preguntándome qué habría sido del Volks. Subí en el ascensor al aparcamiento y no lo vi. Me figuré que se lo habría llevado la grúa. Caminé hacia el otro lado y allí estaba. Todo lo que tenía era un ticket de aparcamiento.

Conduje hasta casa. El apartamento parecía igual que siempre, botellas y basura por todas partes. Tenía que limpiarlo un poco. Si alguien lo veía así me acabarían encerrando.

Oí una llamada. Abrí la puerta. Era Tammie.

—¡Hola! —dijo.

—Hola.

—Debías tener mucha prisa cuando te fuiste. Todas las puertas estaban abiertas. Oye, ¿me prometes que no lo dirás si te cuento una cosa?

—De acuerdo.

—Arlene vino y utilizó tu teléfono, larga distancia.

—Vale.

—Traté de detenerla pero no pude. Iba cargada de pastillas.

—Está bien.

—¿Dónde has estado?

—En Galveston.

—¿Por qué te vas volando de esa manera? Estás chalado.

—Tengo que irme otra vez el sábado.

—¿Sábado? ¿Qué es hoy?

—Jueves.

—¿Adonde vas?

—A Nueva York.

—¿Por qué?

—Una lectura. Enviaron los tickets hace dos semanas y me llevo un porcentaje de la recaudación.

—¡Oh, llévame *contigo*! Dejaré a Dancy con mi madre. ¡Quiero ir!

—No puedo permitirme llevarte. Se comería todo mi capital. He tenido fuertes gastos últimamente.

—¡Seré *buena*! ¡Seré *muy buena*! ¡Nunca me iré de tu lado! Te he echado mucho de menos.

—No puedo hacerlo, Tammie.

Se fue a la nevera y cogió una cerveza.

—No te importo un pijo. Todos esos poemas de amor no eran en serio.

—Hablabas en serio cuando los escribí.

Sonó el teléfono. Era mi editor.

—¿Dónde has estado?

—En Galveston. Descansando.

—He oído que das una lectura en Nueva York este sábado.

—Sí, Tammie quiere ir, es mi chica.

—¿La vas a llevar?

—No, no puedo pagarlo.

—¿Cuánto es?

—316 dólares ida y vuelta.

—¿Quieres llevarla de verdad?

—Sí, creo que sí.

—Está bien, adelante. Te mandaré un cheque.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—No sé qué decir...

—Olvidalo. Sólo acuérdate de Dylan Thomas.

—A *mí* no me conseguirán matar.

Nos despedimos. Tammie estaba morreando su cerveza.

—De acuerdo —dije—, tienes dos o tres días para hacer el equipaje.

—¿Quieres decir que voy?

—Sí, mi editor te paga el viaje.

Tammie se levantó de un salto y me abrazó. Me besó, me agarró las pelotas, tiró de mi polla.

—¡Eres el más apetitoso de los viejos verdes!

Nueva York. Aparte de Dallas, Houston, Charleston y Atlanta era el peor sitio que había conocido. Tammie se pegó a mí y se me empalmó la polla. Joanna Dover no se había quedado con todo...

58

Salíamos de Los Ángeles aquel sábado a las 3:30 de la tarde. A las 2 fui a llamar a la puerta de Tammie. No estaba. Volví a mi casa y me senté. Sonó el teléfono. Era Tammie.

—Mira —le dije—, tenemos que pensar en irnos. Tengo gente esperándome en el aeropuerto Kennedy. ¿Dónde estás?

—Me faltan seis dólares para una receta. Quiero comprar unos Quaaludes.

—¿Dónde estás?

—Estoy justo debajo del Bulevar Santa Mónica y la Avenida Oeste, a una manzana. Es un drugstore Búho. No tiene pérdida.

Colgué, subí al Volks y conduje hasta allí. Aparqué una manzana por debajo del Bulevar Santa Mónica y la Oeste, salí y miré a mi alrededor. No había ninguna farmacia.

Volví al Volks y di unas vueltas buscando el Camaro rojo. Entonces lo vi, cinco manzanas más abajo. Aparqué y entré. Tammie estaba sentada en una silla. Dancy salió corriendo y me hizo una mueca.

—No podemos llevarnos a la niña.

—Ya lo sé. La dejaremos en casa de mi madre.

—¿En casa de tu madre? Está a tres millas en la otra dirección.

—Está camino del aeropuerto.

—No, es en la otra dirección.

—¿Tienes los seis pavos?

Se los di.

—Te espero en tu casa. ¿Has hecho el equipaje?

—Sí. Lo tengo todo listo.

Fui a su casa y esperé. Entonces las oí.

—¡Mamá! —dijo Dancy—. ¡Quiero un Ding-Dong!

Subieron las escaleras. Esperé a que bajaran. No bajaron. Subí. Tammie tenía el equipaje, pero estaba de rodillas abriendo y cerrando la cremallera de la maleta.

—Oye —dije—, iré bajando el resto de tus cosas al coche.

Tenía dos grandes bolsas de papel llenas a rebosar y tres vestidos en perchas. Todo esto aparte de su maleta.

Bajé las bolsas y los vestidos al coche. Cuando regresé todavía estaba abriendo y cerrando la maleta.

—Tammie, vámonos.

—Espera un minuto.

Siguió allí de rodillas abriendo y cerrando la cremallera. No miraba el interior, sólo corría la cremallera de un lado a otro.

—Mamá —dijo Dancy—, quiero un Ding-Dong.

—Venga, Tammie, vámonos.

—Oh, está bien.

Cogí la maleta y ellas me siguieron.

Fui detrás del Camaro rojo hasta casa de su madre. Entramos. Tammie fue al vestidor de su madre y empezó a abrir cajones, sacándolos y metiéndolos. Cada vez que abría uno empezaba a revolverlo todo. Luego lo metía de un golpe y se iba a por el siguiente a lo mismo.

—Tammie, el avión está a punto de salir.

—Oh, no, tenemos tiempo de sobra. Odio andar esperando en los aeropuertos.

—¿Qué vas a hacer con Dancy?

—La voy a dejar aquí hasta que vuelva mi madre del trabajo.

Dancy dejó escapar un sollozo. Finalmente comprendió y sollozó y se le escaparon las lágrimas. Luego paró, cerró los puños y gritó:

—¡QUIERO UN DING-DONG!

—Oye, Tammie, te espero en el coche.

Salí y esperé. Esperé cinco minutos y entonces volví a entrar. Tammie seguía abriendo y cerrando cajones.

—¡Por favor, Tammie, vámonos!

—Está bien.

Se volvió hacia Dancy.

—Oye, te vas a quedar aquí quieta hasta que vuelva la abuelita. ¡Ten la puerta cerrada y no dejes entrar a *nadie* hasta que vuelva la abuelita!

Dancy sollozó otra vez. Entonces gritó:

—¡TE ODIO!

Tammie me siguió y subimos al Volks. Puse en marcha el motor. Ella abrió la puerta y se fue.

—¡TENGO QUE COGER UNA COSA DE MI COCHE!

Tammie fue corriendo hasta el Camaro.

—¡Mierda, lo cerré y no llevo la llave! ¿Tienes una percha de abrigo?

—¡No —grité—, *no tengo* una percha de abrigo!

—¡Vuelvo *ahora* mismo!

Tammie volvió corriendo a casa de su madre. Oí abrirse la puerta. Dancy sollozó y berreó. Luego oí la puerta cerrarse de un portazo y Tammie volvió con una percha de abrigo. Fue hasta el Camaro y abrió la puerta haciendo palanca.

Me acerqué hasta el coche. Tammie había subido al asiento trasero y estaba rebuscando entre aquel increíble batiburrillo... ropas, bolsas de papel, vasos de papel, periódicos, botellas de cerveza, cajas de cartón, allí apilados. Entonces la encontró: su cámara, la Polaroid que yo le había regalado por su cumpleaños.

Nos pusimos en camino, corriendo el Volks como si estuviera en las 500

millas, Tammie se inclinó hacia mí.

—¿Me quieres de verdad, no?

—Sí.

—Cuando lleguemos a Nueva York te voy a joder como *nunca* se te han jodido antes.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Me cogió de la polla y se echó a mi lado.

Mi primera y única pelirroja. Tenía suerte...

59

Subimos corriendo por la rampa. Yo llevaba sus vestidos y las bolsas de papel.

En el ascensor, Tammie vio la máquina de seguro de vuelo.

—Por favor —dije yo—, sólo tenemos cinco minutos antes de que despegue.

—Quiero que le quede dinero a Dancy.

—De acuerdo.

—¿Tienes dos cuartos?

Le di los dos cuartos. Los metió y una tarjeta salió de la máquina.

—¿Tienes un bolígrafo?

Tammie rellenó la tarjeta y luego la metió en un sobre. Entonces trató de meterla por la ranura.

—¡Esta cosa no entra!

—Vamos a perder el avión.

Siguió tratando de meter el sobre por la ranura. No entraba.

Se paró allí luchando por meterlo. Ahora el sobre estaba completamente doblado por la mitad y los bordes.

—Me estoy volviendo loco —le dije—, no puedo *soportarlo*.

Presionó unas cuantas veces más. No entraba. Me miró.

—De acuerdo, vámonos.

Subimos en el ascensor con sus vestidos y las bolsas de papel.

Encontramos la puerta de embarque. Subimos y cogimos dos asientos cerca de la cola. Nos acomodamos.

—¿Ves? —dijo ella—, te dije que teníamos tiempo de sobra. Miré mi reloj. El avión empezó a andar.

60

Llevábamos veinte minutos en el aire cuando ella sacó un espejo de su bolso y empezó a maquillarse la cara, sobre todo los ojos. Empezó a trabajarse los ojos con un cepillito, concentrándose en las pestañas. Mientras hacía esto, abría los ojos mucho y mantenía la boca abierta. La miré y se me empezó a empalmar.

Su boca era tan llena y redonda y abierta y ella seguía arreglándose los ojos. Pedí dos bebidas.

Un jovencito a nuestra derecha empezó a toquetearse. Tammie siguió mirándose al espejo, con la boca abierta. Parecía como si pudiera de verdad chupar con esa boca.

Continuó durante una hora, luego dejó el espejo y el cepillito, se echó junto a mí y se puso a dormir.

Había una señora en el asiento a nuestra izquierda. Tendría unos cuarenta y tantos años. Tammie dormía junto a mí.

La mujer me miró.

—¿Cuántos años tiene?

De repente se hizo un gran silencio en aquel jet. Todo el mundo cerca nuestro estaba escuchando.

—Veintitrés.

—Aparenta diecisiete.

—Tiene veintitrés.

—Se pasa dos horas arreglándose la cara y luego se pone a dormir.

—No fue más de una hora.

—¿Van a Nueva York?

—Sí.

—¿Es su hija?

—No, no soy su padre o abuelo. No estoy emparentado con ella para nada.

Es mi novia y vamos a Nueva York. Podía ver en sus ojos los titulares:

Monstruo del este de Hollywood droga a una chica de 17 años, y se la lleva a Nueva York, donde abusa sexualmente de ella y luego vende su cuerpo a numerosos vagabundos.

La señora fisgona se dio por vencida. Se echó en su asiento y cerró los ojos. Su cabeza se inclinó hacia mí. Estaba casi en mi hombro. Sosteniendo a Tammie, vigilaba aquella cabeza. Me preguntaba si le importaría que cruzara sus labios con un beso salvaje. Se me empalmó otra vez.

Estábamos a punto de aterrizar. Tammie parecía muy dormida. Me preocupaba. La intenté despertar.

—¡Tammie, estamos en *Nueva York*! ¡Vamos a *aterrizar*!. ¡Tammie, despierta!

No hubo respuesta.

¿Una sobredosis?

Le tomé el pulso. No logré sentir nada.

Miré sus enormes pechos. Busqué algún signo de respiración. No se movían. Me levanté y llamé a la azafata.

—Por favor, señor, siéntese. Vamos a aterrizar.

—Oiga, estoy preocupado. Mi novia no se despierta.

—¿Cree que estará muerta? —susurró ella.

—No sé —contesté también susurrando.

—Está bien, señor. Tan pronto como aterricemos volveré aquí.

El avión estaba empezando a descender. Fui al retrete y mojé algunas toallas de papel. Volví, me senté junto a Tammie y se las restregué por la cara. Todo aquel maquillaje, perdido. Tammie no respondía.

—¡Tú, zorra, despiértate!

Bajé con las toallas hasta sus pechos. Nada. Ningún movimiento. Me di por vencido.

Tendría que mandar su cuerpo de vuelta, de algún modo. Tendría que darle explicaciones a su madre. Su madre me odiaría.

Aterrizamos. La gente se levantó y se puso en fila esperando a salir. Yo me quedé sentado. Sacudí a Tammie y la pellizqué.

—Es Nueva York, zanahoria. La manzana podrida. Venga, corta el rollo.

La azafata volvió y movió a Tammie.

—¿Preciosa, qué te pasa?

Tammie comenzó a responder. Se movió. Entonces sus ojos se abrieron. Sólo fue cuestión de una voz *nueva*. Nadie prestaba atención a una vieja voz. Las viejas voces se hacían parte de uno mismo, como una uña.

Tammie sacó el espejo y empezó a peinarse. La azafata le acariciaba el hombro. Me levanté y saqué los vestidos de la repisa de arriba. Las bolsas estaban allí también. Tammie siguió mirándose en el espejo y peinándose.

—Tammie, estamos en Nueva York, vamos a salir de aquí.

Se movió velozmente. Yo llevaba las dos bolsas de papel y los vestidos. Salió por la portezuela agitando las nalgas. Yo la seguí.

61

Allí estaba esperándonos nuestro hombre, Gary Benson. También escribía poesía y conducía un taxi. Era muy gordo y por lo menos no tenía pinta de poeta, no tenía aspecto de North Beach o del East Village o de profesor inglés, y eso ayudaba porque aquel día hacía un calor espantoso en Nueva York, cerca de los 40 grados. Cogimos el equipaje y subimos en su coche, mejor dicho su taxi, y nos explicó por qué era prácticamente inútil tener un coche en Nueva York. Por eso había tantos taxis. Nos sacó del aeropuerto y empezó a charlar mientras conducía, y los conductores de Nueva York eran igual que Nueva York —nadie cedía un pelo. No había compasión ni cortesía, los parachoques iban pegados a los parachoques. Lo comprendí: cualquiera que cediera un solo centímetro provocaría un colapso de tráfico, una catástrofe, un crimen. El tráfico fluía inacabable como una procesionaria. Era maravilloso verlo. Ninguno de los conductores iba furioso, simplemente se resignaban a los hechos.

Pero a Gary le *gustaba* hablar.

—Si estás de acuerdo, me gustaría grabar una entrevista contigo para un programa de radio.

—De acuerdo, Gary, digamos mañana después del recital.

—Voy a llevarte ahora a ver al coordinador de poesía. Lo tiene todo organizado. Te dirá dónde te tienes que alojar y todo eso. Se llama Marshall Benchly y no digas que te lo he dicho, pero no lo puedo tragar.

Llegamos allí y entonces vimos a Marshall Benchly de pie delante de una placa conmemorativa. No había aparcamiento. Subió al coche y Gary se puso en

marcha. Benchly tenía pinta de poeta, un poeta de buena familia que jamás hubiera trabajado para comer; eso parecía. Era afectado y blando, un guijarro.

—Te llevaremos a donde te hospedas —dijo.

Orgullosamente recitó la lista de personajes que habían estado en mi hotel. Salimos. Gary dijo:

—Nos vemos en la lectura, y no te olvides de lo de mañana.

Marshall nos llevó dentro y nos acercamos al mostrador del conserje. El hotel Chelsea, la verdad, no era gran cosa. Tal vez de ahí venía su encanto y su fama. Me alcanzó la llave.

—Es la habitación 1010, la antigua de Janis Joplin.

—Gracias.

—Muchos grandes artistas han dormido en la 1010.

Nos llevó hasta el minúsculo ascensor.

—La lectura es a las 8. Os recogeré a las 7:30. Tenemos todas las entradas vendidas desde hace dos semanas. Estamos vendiendo algunas entradas de pie, pero hemos de tener cuidado por las normas de incendios.

—¿Marshall, dónde está la tienda de licores más cercana?

—Bajando a la derecha.

Nos despedimos y subimos en el ascensor.

62

Hacía calor aquella noche en la lectura, que iba a ser en la iglesia de Saint Mark (conocido centro de lecturas poéticas). Tammie y yo nos sentamos en lo que se usaba como vestidor. Tammie encontró un espejo de cuerpo entero apoyado contra una pared y empezó a peinarse. Marshall me sacó al patio de la iglesia. Tenían unas cuantas tumbas. Pequeñas lápidas se levantaban sobre la tierra, y sobre las lápidas había inscripciones grabadas. Marshall me llevó de un lado a otro mostrándome las inscripciones. Siempre me ponía nervioso antes de una lectura, muy tenso y desasosegado. Casi siempre vomitaba. Entonces lo hice. Vomité sobre una de las tumbas.

—Acabas de vomitar sobre Peter Stuyvesant —dijo Marshall.

Regresé al vestidor. Tammie seguía mirándose en el espejo. Se miraba el

rostro y el cuerpo, pero sobre todo se preocupaba por el pelo. Se lo levantaba por encima de la cabeza, lo observaba así y luego lo dejaba caer.

Marshall asomó la cabeza.

—¡Vamos, están esperando!

—Tammie no está preparada —le dije.

Entonces ella se levantó otra vez la cabellera y se miró. Luego la dejó caer. Luego se pegó al espejo y se miró los ojos.

Marshall llamó a la puerta, entró.

—¡Venga, Chinaski!

—Venga, Tammie, vamos a salir.

—Está bien.

Salí con Tammie cogida del brazo. Empezaron a aplaudir. El viejo rollo Chinaski estaba funcionando. Tammie bajó con la multitud y yo empecé a leer. Tenía muchas cervezas en una neverita con hielo. Tenía viejos poemas y nuevos poemas. No podía perder. Tenía a San Marcos cogido por la cruz.

63

Regresamos a la 1010. Tenía mi cheque. Había dejado dicho que no nos molestasen. Tammie y yo empezamos a beber. Había leído cinco o seis poemas sobre ella.

—Sabían quién era yo —me dijo—, algunas veces me entraba la risa. Era embarazoso.

Habían sabido acertadamente quién era ella. Refulgía de sexo. Incluso las cucarachas y las hormigas y las moscas querían jodérsela.

Alguien llamó a la puerta. Se colaron dos personas, un poeta y su mujer. El poeta era Morse Jenkins, de Vermont. Su mujer era Sadie Everet. Tenían cuatro botellas de cerveza.

El llevaba sandalias y unos jeans gastados; brazaletes turquesa; una cadena alrededor de la garganta; una barba y larga melena; blusa naranja. Hablaba sin parar y daba vueltas por la habitación.

Hay un problema con los escritores. Si lo que había escrito un escritor se publicaba y vendía mucho, muchos ejemplares, el escritor pensaba que era magnífico. Si lo que había escrito un escritor se publicaba y vendía un número aceptable de ejemplares, el escritor pensaba que era magnífico. Si lo que había

escrito se publicaba y vendía poco, pensaba que era magnífico. Si lo que había escrito nunca se publicaba y no tenía dinero suficiente para publicárselo él mismo, entonces pensaba que era, más que magnífico, genial. La verdad, sin embargo, es que había muy poca magnificencia. Era prácticamente inexistente, invisible. Pero podías estar seguro de que los peores escritores eran los que más confiaban en sí mismos, los que menos dudas tenían. De cualquier manera, los escritores eran seres que había que evitar, y yo trataba de evitarlos, pero era casi imposible. Pretendían que existiera una especie de hermandad, de unidad. Ninguno de ellos tenía nada que hacer con la literatura, ninguno podía ayudar a la máquina de escribir.

—Yo hacía de sparring con Clay antes de que se convirtiese en Alí —dijo Morse. Morse saltó y fintó, danzando—. Era bastante bueno, pero le di castaña alguna vez.

Morse hizo boxeo de sombra por la habitación.

—¡Mirad mis piernas —dijo—, tengo unas piernas fantásticas!

—Hank tiene mejores piernas que tú —dijo Tammie.

Siendo un hombre de piernas, asentí.

Morse se sentó. Apuntó con la botella de cerveza a Sadie.

—Trabaja de enfermera. Me mantiene. Pero algún día lo voy a conseguir. ¡Todos me van a oír!

Morse nunca iba a necesitar un micrófono en sus lecturas.

Me miró.

—Chinaski, tú eres uno de los dos o tres mejores poetas vivos. Lo estás haciendo de verdad. Escribes con un par de cojones. ¡Pero aquí vengo yo también! Deja que te lea mi mierda. Sadie, pásame mis poemas.

—No —dije—. ¡Espera! No quiero oírlos.

—¿Por qué no, tío? ¿Por qué no?

—Ya he tenido demasiada poesía esta noche, Morse. Sólo quiero tumbarme y olvidarlo.

—Bueno, está bien... Oye, nunca contestas mis cartas.

—No soy un snob, Morse, pero recibo 75 cartas al mes. Si las contestase todas, eso es todo lo que haría.

—Apuesto a que contestas a las mujeres.

—Eso depende...

—Está bien, tío, no soy rencoroso. Me siguen gustando tus cosas. Quizás yo nunca llegue a ser famoso, pero yo creo que lo conseguiré y que te alegrarás de haberme conocido. Vamos, Sadie, larguémonos...

Les acompañé hasta la puerta. Morse agarró mi mano. No la estrechó ni la

sacudió, y ninguno de los dos miró al otro.

—Eres un buen viejo —dijo.

—Gracias, Morse...

Y se fueron.

64

A la mañana siguiente Tammie encontró una receta en su bolso.

—Voy a aprovechar esto —me dijo—, mira.

Estaba arrugada y con la tinta corrida.

—¿Qué pasó?

—Bueno, ya conoces a mi hermano, es un pirado de las pastillas.

—Conozco a tu hermano, me debe veinte pavos.

—Bueno, trató de quitarme esta receta. Trató de estrangularme. Yo me metí la receta en la boca y me la tragué. O *pretendí* que me la había tragado. El no estaba seguro. Fue la vez que te llamé por teléfono y te pedí que vinieras a romperle la cara a hostias. Al final se dio por vencido, pero yo tenía aún la receta en mi boca. No la he usado todavía, pero puedo aprovecharla aquí. Por probar nada se pierde.

—Muy bien.

Bajamos en el ascensor a la calle. Hacía un calor insoportable. Apenas me podía mover. Tammie empezó a andar y yo la seguí mientras cruzaba de un lado a otro de la calle.

—¡Vamos! —decía ella—. ¡Animo!

Iba colocada de algo, al parecer barbitúricos. Se le iba el cuerpo. Tammie se acercó a un quiosco y empezó a mirar una revista. Creo que era un *Variety*. Se quedó allí quieta y se siguió quieta. Yo me quedé aguardando a unos metros. Era aburrido y sin sentido. Simplemente miraba fijamente el *Variety*.

—Oiga, hermana, ¡si no compra la maldita revista lárguese! —le dijo el hombre del quiosco.

Tammie se movió.

—¡Dios mío, Nueva York es un sitio horrible! ¡Sólo quería ver si decía algo interesante!

Tammie siguió andando, meneándolo, basculando de un lado del

pavimento al otro. En Hollywood, los coches se hubieran subido a la acera, los negros hubieran silbado oberturas, ella habría sido abordada, seguida, ovacionada. Nueva York era diferente; estaba mustia y fatigada y desdeñaba la carne.

Estábamos en un barrio negro. Nos observaron al pasar: la pelirroja de larga cabellera, totalmente pasada, y el viejo de la barba gris caminando a su lado. Los observé, sentados en sus escalones; tenían buenos rostros. Me gustaban. Me gustaban más de lo que me gustaba ella.

Seguí a Tammie calle abajo. Había una tienda de muebles, y en la puerta de la calle una silla de escritorio rota. Tammie se acercó a la silla y empezó a mirarla. Parecía hipnotizada. Se quedó con la mirada fija en la silla de escritorio. La tocó con un dedo. Pasaron los minutos. Entonces se sentó en ella.

—Oye —le dije—, yo me vuelvo al hotel. Haz lo que te venga en gana.

Tammie ni siquiera levantó la vista. Deslizó sus manos a lo largo de los brazos de la silla. Estaba metida en su rollo particular. Me di la vuelta y regresé al hotel Chelsea.

Conseguí algo de cerveza y subí en el ascensor. Me desnudé, me di una ducha, puse un par de almohadas contra la cabecera de la cama y me tumbé a beber la cerveza. Las lecturas me disminuían. Te chupaban el alma. Acabé una cerveza y empecé otra. Las lecturas a veces te proporcionaban un buen culo. Las estrellas de rock conseguían culos; los buenos boxeadores conseguían culos; los grandes toreros conseguían vírgenes. De alguna manera, sólo los toreros se lo merecían de verdad.

Alguien llamó a la puerta. Me levanté y entreabrí la puerta. Era Tammie. Empujó la puerta y entró.

—Me encontré con este sucio judío hijo de puta. Me pedía doce dólares para rellenarme la receta. ¡Cuesta seis pavos en la Costa! Le dije que sólo tenía seis. No me hizo caso. ¡Un sucio judío viviendo en Harlem! ¿Puedo tomar una cerveza?

Tammie cogió una cerveza y se sentó junto a la ventana, con una pierna fuera, un brazo fuera, una pierna dentro sujetándose al borde.

—Quiero ver la estatua de la Libertad, quiero ver Coney Island.

Me abrí otra cerveza.

—¡Oh, se está bien aquí afuera! ¡Es agradable y fresco!

Tammie se inclinó hacia fuera, mirando.

Entonces soltó un grito.

La mano que había estado sujetándose al borde resbaló. Vi casi todo su cuerpo yéndose por la ventana. Entonces volvió. No sé cómo, se había vuelto a meter dentro. Se quedó allí sentada, anonadada.

—Esa estuvo cerca —le dije—, hubiera hecho un buen poema. He perdido

mujeres de muchas maneras, pero ésta hubiera sido una nueva forma.

Tammie se fue a la cama. Se quedó tumbada boca abajo. Vi que estaba todavía colocada. Entonces se deslizó fuera de la cama. Se quedó tumbada de espaldas en el suelo. Me acerqué, la levanté y la tumbé en la cama. La agarré del pelo y la besé viciosamente.

—Eh... ¿Qué estás haciendo?

Recordé que me había prometido una buena ración de culo. Le di la vuelta y la puse de espaldas, le subí el vestido, bajé las bragas. Me eché encima de ella y embestí, tratando de encontrar el coño. Exploré y exploré. Entró. Fue deslizándose entrando más y más. La tenía bien cogida. Ella dejaba escapar pequeños sonidos. Entonces sonó el teléfono. La saqué, me levanté y lo cogí. Era Gary Benson.

—Voy a pasarme con la grabadora para la entrevista de la radio.

—¿Cuándo?

—En tres cuartos de hora.

Colgué y volví a Tammie. Seguía empalmado. Agarré su pelo y le di otro violento beso. Sus ojos estaban cerrados, su boca sin vida. La monté de nuevo. Afuera, la gente estaba sentada en las salidas de incendio. Cuando el sol empezaba a irse y aparecía algo de sombra, salían a refrescarse. La gente de Nueva York se sentaba allí fuera a beber cerveza y soda y agua helada. Pensaban en las musarañas y fumaban cigarrillos. Sólo seguir vivos era ya una victoria. Decoraban sus salidas de incendio con plantas. El jardín del edén en la puerta del infierno.

Empecé a darle duro a Tammie. A lo perro. Los perros sabían lo que era bueno. Acometí con euforia. Era bueno estar fuera de la oficina de correos. Apisoné y taladré su cuerpo. A pesar de las píldoras, ella trataba de hablar.

—Hank... —dijo.

Me corrí, finalmente, entonces reposé sobre ella. Estábamos los dos empapados en sudor. Me aparté, me levanté y fui a la ducha. Una vez más me había jodido a esta pelirroja 32 años más joven que yo. Me sentí bien en la ducha. Esperaba llegar a los 80 para poder joderme a una niña de 18 años. El aire acondicionado no funcionaba, pero la ducha sí. Sentaba de maravilla. Estaba listo para mi entrevista de radio.

65

De vuelta en Los Ángeles, hubo casi una semana en paz. Entonces sonó el

teléfono. Era el dueño de un club nocturno de Manhattan Beach, Marty Seavers. Yo había leído poemas allí un par de veces. El club se llamaba Smack-Hi.

—Chinaski, quiero que leas la noche del viernes. Te llevarás unos 450 dólares.

—De acuerdo.

Allí tocaban grupos de rock. Era una audiencia diferente de la de las universidades. Eran tan salvajes como yo y nos insultábamos mutuamente entre poema y poema. Los prefería.

—Chinaski —me dijo Marty—, te crees que tú tienes problemas con las mujeres. Deja que te cuente. Con la que voy ahora tiene la manía de colarse por las ventanas. Estoy durmiendo y de repente aparece a las tres o las cuatro de la mañana. Me sacude. Me pega unos sustos de muerte. Se queda allí de pie y dice: «¡Sólo quería asegurarme de que estabas durmiendo solo!».

—Muerte y transfiguración.

—La otra noche, estoy sentado y oigo llamar a la puerta. Sé que es ella. Abro y no hay nadie. Son las once de la noche y estoy en calzoncillos. He estado bebiendo y estoy preocupado. Salgo corriendo en calzoncillos. Le había regalado vestidos por valor de 400 dólares por su cumpleaños. Salgo corriendo y allí están los vestidos, sobre el capó de mi coche nuevo, y se están quemando, ¡están ardiendo! Corro a apartarlos y ella aparece de un salto de detrás de un arbusto y empieza a chillar. Los vecinos se asoman y allí estoy yo en calzoncillos, quemándome las manos, apartando los vestidos del capó,

—Parece una historia de las mías —le digo.

—Sí. Así que pensé que habíamos terminado. Pero dos noches más tarde estoy sentado, tenía que trabajar luego en el club, estoy sentado aquí a las tres de la mañana bebido y otra vez en calzoncillos. Oigo una llamada en la puerta. Es su llamada. Abro y no está allí. Salgo hasta donde mi coche y hay más vestidos empapados en gasolina ardiendo. Había guardado algunos. Sólo que esta vez están ardiendo sobre la portezuela de atrás. Ella sale de un salto de alguna parte y comienza a chillar. Los vecinos se asoman. Allí estoy yo otra vez en calzoncillos tratando de apartar los trajes ardiendo de la parte de atrás del automóvil.

—Es fantástico, me gustaría que me hubiera ocurrido a mí.

—Deberías ver mi coche nuevo. Está lleno de quemaduras en la pintura por el capó y la parte trasera.

—¿Dónde está ella ahora?

—Volvemos a estar juntos. Va a venir dentro de media hora. ¿Puedo contar contigo para las lecturas?

—Claro

—Tú anulas a los grupos de rock. Jamás había visto nada igual. Me gustaría traerte todos los viernes y sábados por la noche.

—No funcionaría, Marty. Puedes tocar una canción una y otra vez, pero con los poemas siempre quieren algo nuevo.

Marty se rió y colgó.

66

Recogí a Tammie. Llegamos allí un poco temprano y nos fuimos a un bar que había cruzada la calle. Nos sentamos a una mesa.

—Ahora no bebas demasiado. Hank. Ya sabes cómo se te traban las palabras y pierdes el control cuando te pones muy borracho.

—Por fin —dije— hablas con sentido.

—¿Tienes miedo del público, no?

—Sí, pero no es miedo de escenario. Es que estoy ahí de fante. Les gusta verme comer mi propia mierda. Pero eso me paga la cuenta de la luz y me ayuda a ir al hipódromo. No tengo demasiadas excusas para hacerlo.

—Yo quiero un Stinger —dijo Tammie.

Le dije a la chica que nos trajera un Stinger y un Bud.

—Estaré bien esta noche —dijo ella—, no te preocupes por mí.

Tammie se bebió el Stinger.

—Estos Stingers parece que son muy pequeños. Tomaré otro.

Tomamos otro Stinger y otro Bud.

—La verdad —dijo ella—, me parece que no ponen nada en estas bebidas. Creo que tomaré otro.

Tammie se tomó cinco Stingers en 40 minutos.

Llamamos a la puerta trasera del Smack-Hi. Uno de los enormes guardaespaldas de Marty nos abrió. Tenía a estos tipos con disfunción de tiroides trabajando para él para mantener la ley y el orden cuando los saltimbanquis adolescentes, los freaks peludos, los esnifadores de pegamento, las cabezas en ácido, los fumados, los alcohólicos, todos los miserables, los condenados, los aburridos y los hipócritas, perdían el control.

Estaba ya a punto de vomitar y lo hice. Esta vez encontré un cubo de basura y allí fue todo. La última vez lo había echado justo en la puerta de la oficina de Marty. Le agradó esta vez el cambio.

—¿Queréis beber algo? —dijo Marty.

—Tomaré una cerveza —dije yo.

—Yo tomaré un Stinger —dijo Tammie.

—Busca un asiento para ella —le dije a Marty.

—Está bien, la colocaremos en algún sitio. Todo está lleno a rebosar. Hemos tenido que devolver dinero de entradas. Falta media hora para que salgas.

—Quiero presentarle Chinaski a la audiencia —dijo Tammie.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Marty.

—De acuerdo.

Fuera tenían a un chaval con una guitarra, Dinky Summers, y la muchedumbre le estaba sacando las tripas. Ocho años atrás Dinky había conseguido un disco de oro, pero desde entonces nada más.

Marty cogió un telefonillo y dijo:

—¿Oye, suena tan mal ese tío como parece desde aquí?

Oímos una voz femenina por el telefonillo:

—Es terrible.

Marty colgó.

—¡Queremos a Chinaski! —aullaban.

—Está bien —oímos a Dinky—, Chinaski viene ahora.

Empezó a cantar otra vez. Estaban borrachos. Abuchearon y silbaron. Dinky siguió cantando. Acabó y se fue del escenario. Uno nunca sabía. Algunos días era mejor no salir de la cama.

Se oyó una llamada en la puerta. Era Dinky con sus zapatillas de tenis rojas, blancas y azules, su camiseta blanca, collares y un sombrero marrón de fieltro. El sombrero reposaba sobre una masa de rizos rubios. En la camiseta ponía: «Dios es Amor».

Dinky nos miró.

—¿Estuve *realmente* tan mal? Quiero saberlo. ¿Estuve *realmente* tan mal?

Nadie contestó.

Dinky me miró.

—¿Hank, estuve tan mal?

—La tropa está borracha. Es carnaval.

—Quiero saber si estuve mal o no.

—Tómate un trago.

—Tengo que ir a buscar a mi chica —dijo Dinky—, está ahí fuera sola.

—Bueno —dije—, vamos para el ruedo.

—Muy bien —dijo Marty—, entra ya.

—Yo lo presento —dijo Tammie.

Salí con ella. Mientras nos acercábamos al escenario nos vieron y empezaron a gritar y a desgañitarse. Las botellas se cayeron de las mesas. Hubo una primera pelea. Los chicos de la oficina de correos nunca lo hubieran creído.

Tammie se acercó al micrófono.

—Señoras y caballeros —dijo—, Henry Chinaski no ha podido venir esta noche...

Hubo un silencio.

Entonces dijo:

—Señoras y caballeros, ¡Henry Chinaski!

Me acerqué. Me ovacionaron. Todavía no había hecho nada. Cogí el micrófono:

—Hola, soy Henry Chinaski.

El lugar tembló con el fragor. Yo no tenía que hacer nada. Ellos lo hacían todo. Pero tenías que andarte con cuidado. Bebidos como estaban podían inmediatamente detectar cualquier gesto falso, cualquier palabra falsa. Nunca podías desestimar a un público. Habían pagado para entrar; habían pagado las bebidas; querían obtener *algo* a cambio, y si no se lo dabas te correrían a leches hasta el océano.

Había una nevera en el escenario. La abrí. Debía haber por lo menos 40 botellas de cerveza. Me incliné y cogí una, quité la chapa y pegué un trago.

Entonces alguien de abajo soltó un bramido:

—¡Hey, Chinaski, nosotros estamos *pagando* las bebidas!

Era un tío gordo de la primera fila con traje de cartero.

Me acerqué a la nevera y saqué una cerveza. Fui hasta allí y se la alcancé. Luego volví a por más cervezas y se las pasé a la gente de la primera fila.

—Eh, ¿y nosotros qué? —se oyó una voz por atrás.

Cogí una botella y la lancé por el aire. Tiré unas cuantas más. Eran buenos. Las cazaban todas. Entonces una se me escapó de la mano y se fue volando. Oí un sonido de cristales rotos. Decidí dejarlo. Ya veía la denuncia: rotura de cráneo.

Quedaban unas veinte botellas.

—Ahora, ¡el resto son *mías*!

—¿Vas a leer toda la noche?

—Voy a beber toda la noche.

Aplausos, silbidos, gritos...

—¡TU, JODIDA PLASTA DE MIERDA! —gritó alguien.

—Gracias, tía Pepita —contesté.

Me senté, ajusté el micro y empecé con el primer poema. Vino la calma. Estaba ahora solo en el ruedo frente al toro. Sentí algo de terror. Pero yo había escrito los poemas. Los leí. Era mejor abrir con algo fácil, un poema burlón. Acabé y las paredes temblaron. Cuatro o cinco personas estaban peleando durante los aplausos. Iba a tener suerte. Todo lo que tenía que hacer era seguir allí.

No podías menospreciarlos y tampoco podías lamerles el culo. Había que encontrar el punto medio.

Leí más poemas, bebí cerveza. Me puse más borracho. Las palabras se iban haciendo más difíciles de leer. Perdía líneas, se me caían poemas al suelo. Entonces paré y me quedé sentado sólo bebiendo.

—Esto está bien —les dije—, pagáis para verme beber.

Hice un esfuerzo y leí algunos poemas más. Finalmente les leí unos cuantos poemas obscenos y acabé.

—Esto es todo —dije.

Pidieron más a gritos.

Los chicos del matadero, los chicos de Sears Roebuck, todos los chicos de todos los almacenes y fábricas donde había trabajado desde que era un chaval, nunca se lo hubieran creído.

En la oficina había más bebidas y varios gruesos porros, como bombas. Marty habló por el telefonillo para que cerraran las verjas.

Tammie miró a Marty.

—No me gustas —dijo—, no me gustan tus ojos.

—No te preocupes por sus ojos —dije yo—, vamos a coger el dinero y nos vamos.

Marty hizo el cheque y me lo entregó.

—Aquí tienes —dijo—, doscientos dólares...

—¡Doscientos! —gritó Tammie—. ¡Podrido hijo de puta!

Miré el cheque.

—Está bromeando —le dije—, cálmate.

Me ignoró.

—Doscientos —le dijo a Marty—, tú, jodido...

—Tammie —le dije—, son cuatrocientos...

—Firma el cheque —dijo Marty— y te lo daré en metálico.

—Cogí una buena borrachera ahí fuera —me dijo Tammie—, le dije a este tío, «¿Puedo apoyarme en tu cuerpo?», y él dijo que sí.

Firmé y Marty me dio un fajo de billetes. Los metí en mi bolsillo.

—Oye, Marty, creo que mejor nos vamos.

—Aborrezco tus ojos —le dijo Tammie a Marty.

—¿Por qué no os quedáis y charlamos un rato? —me preguntó Marty.

—No, debemos irnos.

Tammie se puso de pie.

—Tengo que ir al lavabo.

Se fue.

Marty y yo nos quedamos allí sentados. Pasaron diez minutos. Marty se levanto y me dijo:

—Espera, ahora vuelvo.

Me quedé sentado y esperé, cinco minutos, diez minutos. Salí de la oficina y me fui hacia la calle. Llegué hasta el aparcamiento y me senté en mi Volkswagen. Pasaron quince minutos, 20:25.

Le voy a dar cinco minutos más y me largo, pensé.

Justo en ese momento Marty y Tammie salieron por la puerta trasera al callejón.

Marty señaló:

—Allí está.

Tammie se acercó. Su ropa estaba toda desabrochada y revuelta. Se subió en el asiento trasero y cayó redonda.

Me perdí dos o tres veces en la autopista. Finalmente llegué a casa. Desperté a Tammie. Se levantó, salió corriendo hacia su apartamento y cerró fuertemente la puerta.

Eran las doce y media de un miércoles por la noche y yo estaba muy enfermo. Mi estómago estaba escocido pero me las arreglaba para ir metiéndome

algunas cervezas. Tammie estaba conmigo y parecía de buen humor, Dancy estaba en casa de su abuela.

Aunque me sentía enfermo parecía, finalmente, que habían llegado buenos tiempos, simplemente dos personas sintiéndose juntas.

Se oyó una llamada en la puerta. La abrí. Era el hermano de Tammie, Jay, con otro joven, Filbert, un puertorriqueño bajito. Se sentaron y les di a cada uno una cerveza.

—Vamos a una película porno —dijo Jay.

Filbert se quedó allí quieto. Tenía un bigote negro muy cuidadosamente cortado y su cara era bastante inexpresiva. No despedía ningún tipo de rayos. Pensé en términos tales como *vacío*, *tabla*, *muerte* y cosas así.

—¿Por qué no dices nada, Filbert? —preguntó Tammie.

Él no abrió la boca.

Me levanté, fui a la cocina y vomité en el fregadero. Regresé y me senté. Tomé otra cerveza. Era muy cabreante no poder aguantar ni la cerveza. Simplemente me había pasado borracho demasiados días y noches seguidos. Necesitaba un descanso. Y necesitaba un trago. Sólo cerveza. Yo creía que podría tragar bien la cerveza. Me eché un buen trago.

La cerveza no se quedaba. Fui al baño. Tammie llamó a la puerta.

—¿Hank, estás bien?

Me lavé la boca y abrí la puerta.

—Estoy malo, eso es todo.

—¿Quieres que me deshaga de ellos?

—Claro.

Volvió con ellos.

—Oíd, chicos, ¿por qué no subimos a mi casa?

Yo no me esperaba eso.

Tammie se había olvidado de pagar la cuenta de la luz, o no había querido, y se fueron a sentar con luz de velas. Se llevó una botella llena de cóctel Margarita ya mezclado que yo había comprado para ella aquel día.

Me senté a beber solo. La siguiente cerveza se quedó dentro.

Los pude oír hablando, al lado.

Entonces el hermano de Tammie se fue. Le vi pasar camino de su coche a la luz de la luna...

Tammie y Filbert se quedaron solos, a la luz de las velas.

Me quedé allí sentado con las luces apagadas, bebiendo. Pasó una hora. Pude ver los reflejos de las velas en la oscuridad. Miré a mi alrededor. Tammie se

había dejado los zapatos. Cogí los zapatos y me acerqué hasta su apartamento. Su puerta estaba abierta. Le oí decirle a Filbert...

—Bueno, de cualquier modo lo que quiero decir es que...

Me oyó acercarme.

—¿Henry, eres tú?

Le lancé sus zapatos. Se quedaron tirados junto a la puerta.

—Te olvidaste los zapatos —dije.

—Oh, Dios te bendiga —dijo ella.

Hacia las diez y media de la mañana siguiente, Tammie llamó a la puerta. Le abrí.

—Tú, maldita puta jodida.

—No me hables así —dijo ella.

—¿Quieres una cerveza?

—Bueno.

Se sentó.

—Bien, nos bebimos la botella de Margarita. Entonces mi hermano se fue. Filbert es un chico encantador. Se quedó allí quieto y apenas hablaba. «¿Cómo vas a volver a casa?», le pregunté, «¿Tienes coche?», y no tenía. Sólo se quedó allí sentado mirándome, entonces yo dije, «Bueno, yo tengo coche, te llevaré a casa». Así que le llevé a casa. La cosa es que como ya estaba allí me fui a la cama con él. Yo estaba muy borracha, pero él no me tocó. Dijo que tenía que levantarse temprano a la mañana siguiente para ir a trabajar. —Tammie se rió—. En un momento durante la noche trató de aproximárseme. Puse la almohada encima de mi cabeza y me entró la risa. El desistió. Después de que se fuera a trabajar fui a casa de mi madre y llevé a Dancy al colegio. Y ahora aquí estoy...

Al día siguiente, Tammie iba cargada de estimulantes. No paraba de entrar y salir de casa a toda velocidad. Finalmente me dijo:

—Volveré esta noche. ¡Te veo por la noche!

—Olvidalo.

—¿Qué pasa contigo? Muchos hombres estarían contentos de verme esta noche.

Tammie cerró de un portazo. Había una gata preñada durmiendo en mi porche.

—¡Largo de aquí, zanahoria!

Cogí la gata preñada y se la lancé. Fallé por un pelo y la gata cayó en un arbusto cercano.

La siguiente noche Tammie iba llena de anfetamina. Yo estaba borracho. Tammie y Dancy se pusieron a gritarme desde la ventana.

—¡Vete a comer cagarrutas, so cagoncio! ¡JAJAJA!

—¡Vete a comer cagarrutas, cagoncio!

—¡Ah, balonazos! —contesté yo—. ¡Tetona de balones!

—¡Vete a comer tripas de rata, cagoncio!

—¡Cagoncio, cagoncio, cagoncio! ¡JAJAJAJA!

—¡Sesos de chorlito —respondí—, chuparme las pelusas del ombligo!

—Tú... —empezó Tammie.

De repente se oyeron varios disparos cercanos, en la calle o en el patio o en algún apartamento. Muy cerca. Era un barrio pobre con mucha prostitución y drogas, y ocasionalmente algún asesinato.

Dancy empezó a gritar desde la ventana:

—¡HANK! ¡HANK! ¡VEN AQUÍ, HANK! ¡HANK, HANK, HANK! ¡DATE PRISA, HANK!

Fui corriendo. Tammie estaba en el suelo, con todo aquel pelo glorioso desparramado. Me vio.

—Me han disparado —dijo débilmente—, me han disparado.

Señaló una mancha roja en sus pantalones. Ya no estaba bromeando. Estaba aterrorizada.

Parecía una mancha de sangre, pero estaba seca. A Tammie le gustaba utilizar mis pinturas. Me incliné y toqué la mancha. No le pasaba nada, excepto que había tomado muchas pastillas.

—Escucha —le dije—, estás bien, no te preocupes...

Mientras salía por la puerta vino corriendo Bobby.

—Tammie, Tammie. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Bobby evidentemente había tenido que vestirse, lo que explicaba la demora.

Cuando pasó junto a mí le dije rápidamente:

—Tío, eres la hostia, siempre estás en mi vida.

Entró corriendo en el apartamento de Tammie seguido por el vecino de al lado, un vendedor de coches usados, chiflado declarado.

Tammie vino unos días más tarde con un sobre.

—Hank, el casero me ha dado un anuncio de expulsión.

Me lo enseñó.

Lo leí con cuidado.

—Parece que va en serio —le dije.

—Le dije que le pagaría los atrasos, pero me dijo «¡Queremos que te vayas de aquí, Tammie!».

—No puedes atrasarte tanto en el alquiler.

—Mira, tengo el dinero, sólo que no me gusta pagar.

Tammie siempre iba a la contra. Su coche no estaba registrado, la licencia le había expirado hacía mucho, y conducía sin carnet. Dejaba el coche aparcado durante días en zonas amarillas, zonas rojas, zonas blancas, aparcamientos reservados... Cuando la policía la paraba borracha o colocada o sin su carnet de identidad, les hablaba y siempre la dejaban ir. Tiraba los tickets de aparcamiento dondequiera que se los diesen.

—Conseguiré el teléfono del dueño. No pueden echarme a patadas de aquí. ¿Tienes su teléfono?

—No.

En ese momento Irv, que tenía una casa de putas y que también era el matón de una casa de masajes, pasó por allí. Medía cerca de dos metros. También tenía mejor cabeza que los primeros 3.000 tíos que pudieras cruzarte por la calle.

Tammie salió corriendo:

—¡Irv! ¡Irv!

El se paró y se dio la vuelta. Tammie le plantó delante las tetas:

—¿Irv, tienes el número de teléfono del dueño de los apartamentos?

—No, no lo tengo.

—Irv, necesito el teléfono del dueño. ¡Dame su número y te la chupo!

—No tengo el número.

Fue hasta su puerta y puso la llave en la cerradura.

—¡Vamos, Irv, te hago una mamada si me lo dices!

—¿Lo dices en serio? —preguntó él, dubitativo, mirándola.

Entonces abrió la puerta, entró y la cerró.

Tammie se fue corriendo a otra puerta y llamó. Richard abrió cautelosamente, con la cadena puesta. Era calvo, vivía solo, era religioso, tenía unos 45 años y veía la televisión continuamente. Era rosado y limpio como una mujer. Se quejaba continuamente de los ruidos de mi apartamento. No podía dormir, decía. El casero le dijo que se mudara. El me odiaba. Ahora una de mis mujeres estaba en su puerta. Mantuvo puesta la cadena.

—¿Qué quieres? —farfulló.

—Mira, cielo, quiero el número de teléfono del dueño de los apartamentos... Tú has vivido aquí muchos años. Sé que tienes ese número. Lo necesito.

—Lárgate —dijo él.

—Escucha, cielo, seré buena contigo... Un beso, te daré un enorme beso todo para ti.

—¡Ramera! —dijo él—. ¡Buscona!

Richard cerró de un portazo. Tammie volvió a entrar en mi apartamento.

—¿Hank?

—¿Sí?

—¿Qué es una ramera? Sé lo que es una rama, ¿pero qué es una ramera?

—Una ramera, querida mía, es una puta.

—¡Cómo se atreve ese sucio hijo de puta!

Tammie salió y continuó llamando a las puertas de los otros apartamentos. O bien no estaban o no contestaban.

—¡No es justo! ¿Por qué quieren echarme de aquí? ¿Qué les he hecho?

—No sé. Trata de recordar. Quizás salga algo.

—No puedo pensar en nada.

—Vente a vivir conmigo.

—No aguantarías a la niña.

—Tienes razón.

Pasaron los días. El dueño seguía sin dejarse ver, no le gustaba tratar con los inquilinos. El administrador estaba detrás de su aviso de expulsión. Incluso Bobby se hizo menos visible, tragando televisión, fumando su hierba y

escuchando su estéreo.

—¡Hey, tío —me dijo—, me empieza a disgustar tu chica! Está jodiendo nuestra amistad.

—Tienes razón, Bobby.

69

Aquella noche sonó el teléfono. Era Mercedes. La había conocido después de una lectura poética que di en Venice Beach. Tenía unos 28 años, un buen cuerpo, piernas superiores y rostro interesante. Era una rubia más bien bajita, con ojos azules. Su pelo era largo y un poco ondulado. Fumaba continuamente. Su conversación era boba, y su risa sonora y falsa la mayor parte de las veces.

Había ido a su casa tras la lectura. Yo había tocado el piano y ella los bongos. Había una botella de Red Mountain. Había porros. Me emborraché demasiado para poder irme. Me había quedado a dormir allí yéndome luego por la mañana.

—Oye —me dijo Mercedes—, ahora trabajo en este barrio. Podré ir a verte a menudo.

—Muy bien.

Colgué. Sonó otra vez el teléfono. Era Tammie.

—Mira, he decidido irme. Tendré casa en un par de días. Saca mí vestido amarillo del apartamento, ese que te gusta, y mis zapatos verdes. Todo el resto es basura. Déjalo.

—Está bien.

—Oye, estoy en la ruina. No tengo ni para comer.

—Te enviaré cuarenta pavos para mañana por la Western Union,

—Eres un cielo...

Colgué. Quince minutos más tarde apareció Mercedes. Llevaba una falda muy corta, sandalias y una blusa por encima del ombligo. También unos pequeños pendientes azules.

—¿Quieres un poco de hierba? —preguntó.

—Claro.

Sacó la hierba y los papelillos de su bolso y empezó a liar unos porros. Yo saqué cerveza y nos sentamos en el sofá a beber y a charlar.

No hablamos mucho. Jugué un poco con sus piernas y bebimos y fumamos

durante un buen rato.

Finalmente nos desnudamos y nos fuimos a la cama, primero Mercedes y luego yo. Empezamos a besarnos y le trabajé el coño. Ella me agarró la polla. La monté. Mercedes la guió dentro. Tenía una buena agarradera allí abajo. Muy estrecha. Jugué un rato con ella, sacándola casi toda y moviendo la cabeza adelante y atrás. Entonces la metí hasta el fondo, lentamente, en plan perezoso. Luego de repente le di cuatro o cinco sacudidas salvajes y su cabeza cayó sobre la almohada de golpe.

—Arrrrggg... —dijo. Yo seguí con la marcha.

Era una noche muy calurosa y los dos sudábamos. Mercedes estaba colocada con los porros y la cerveza. Decidí acabar con alguna floritura. Enseñarle un par de cosas.

Bombeé una y otra vez. Cinco minutos. Diez minutos más. No podía correrme. Empecé a fallar, se me iba quedando blanda.

Mercedes se preocupó.

—¡Hazlo! —pidió—. ¡Oh, *hazlo*, querido!

No sirvió de mucho. Me eché a un lado.

Era una noche insoportablemente calurosa. Cogí la sábana y me limpié el sudor. Podía oír mi corazón latiendo a rebato. Sonaba triste. Me preguntaba qué pensaría Mercedes.

Agonicé allí tumbado, con el badajo flaccido.

Mercedes giró su cabeza hacia mí. La besé. Besarse es más íntimo que joder. Por eso nunca me gustaba que mis novias besaran a los hombres. Hubiera preferido que se los jodiesen.

Seguí besando a Mercedes y mientras sentía estas cosas se me puso otra vez dura. Subí encima de ella, besándola como si fuera lo último que fuera a hacer en esta vida.

Mi polla penetró.

Esta vez supe que iba a conseguirlo. Podía sentir el milagro de ello.

Me iba a correr en su coño, la perra. Iba a verter mis jugos en su interior y no había nada que ella pudiera hacer para impedirlo.

Era mía. Yo era un ejército conquistador, era un violador, era su dueño, era la muerte.

Ella estaba indefensa. Su cabeza se debatía, me agarraba y gemía haciendo sonidos.

—¡Arrrrggg, uuggg, oh, oh... oooff... ooooooh!

Mi verga se alimentaba con ello.

Hice un extraño sonido y luego me corrí.

Cinco minutos más tarde ella estaba roncando. Los dos estábamos roncando.

Por la mañana nos duchamos y vestimos,

—Te llevaré a desayunar —dije yo.

—Vale —dijo Mercedes—. Por cierto, ¿hemos jodido esta noche?

—*¡Por Dios!* ¿No te acuerdas? ¡Debimos estar jodiendo por lo menos una hora!

No me lo podía creer. Mercedes parecía poco convencida.

Fuimos a un sitio pasada la esquina. Pedí huevos con bacon, café y una tostada. Mercedes pidió tortitas con jamón y café.

La camarera nos lo trajo. Tomé un poco de huevo. Mercedes echó salsa a sus tortitas.

—Tienes razón —me dijo—, me has debido joder. Siento el semen cayéndome por la pierna.

Decidí no volver a verla.

70

Fui al apartamento de Tammie con unas cajas de cartón. Primero cogí las cosas que me había pedido. Luego encontré otras cosas, más vestidos y blusas, zapatos, una plancha, un secador, ropa de Dancy, platos y cubiertos, un álbum de fotos. Había una aparatosa silla de hierro que era suya. Llevé todas las cosas a mi casa. Tenía ocho o diez cajas repletas. Las apilé junto a la pared de mi sala.

Al día siguiente fui hasta la estación a recoger a Tammie y Dancy.

—Tienes buen aspecto —me dijo Tammie.

—Gracias.

—Vamos a vivir en casa de mi madre. Podrías llevarnos allí. Ya no puedo luchar contra la expulsión. Además, ¿quién quiere vivir donde no se le quiere?

—Tammie, saqué la mayoría de tus cosas. Están en cajas de cartón en mi casa.

—Muy bien. ¿Las puedo dejar allí un tiempo?

—Claro.

La madre de Tammie se fue a Denver a ver a una hermana y aquella noche me pasé por casa de Tammie a emborracharme. Tammie estaba cargada de pastillas. Yo no tomé ninguna. Cuando empecé con el cuarto paquete de seis cervezas dije:

—Tammie, no sé lo que ves en Bobby. No existe.

Ella cruzó las piernas y balanceó el pie de un lado a otro.

—El cree que su limitada charla es arrebatadora.

Ella siguió balanceando el pie.

—Películas, televisión, hierba, tebeos, fotos porno, ése es su combustible.

Tammie movió el pie con más fuerza.

—¿Te importa realmente?

Siguió agitando el pie.

—¡Jodida zorra! —dije.

Fui hasta la puerta, la cerré fuertemente tras de mí y subí al Volks. Corrí entre el tráfico, colándome entre los huecos, destrozando el embrague y el cambio de marchas.

Llegué a mi casa y metí los cajones con sus cosas en mi coche. También discos, sábanas y juguetes. El Volks, por supuesto, no daba mucho de sí.

Volví a toda velocidad a casa de Tammie. Aparqué en doble fila y puse las luces rojas de prevención. Saqué las cajas del coche y las apilé en el porche. Las cubrí con sábanas y juguetes, llamé al timbre y me largué.

Cuando volví con el segundo cargamento el primero ya no estaba. Hice otra pila, llamé al timbre y me fui como un misil.

Cuando regresé con el tercer cargamento el segundo ya no estaba. Hice una nueva pila y llamé al timbre. Luego me fui otra vez mientras empezaba a amanecer.

Cuando volví a mi casa me tomé un vodka con agua y miré lo que quedaba. Estaba la silla de hierro y el secador de peluquería. Sólo podía hacer un viaje más. Tenía que decidir entre la silla o el secador. Las dos cosas no cabían en el Volks.

Me decidí por la silla. Eran las cuatro de la mañana. Estaba aparcado en doble fila con las luces puestas. Acabé el vodka con agua. Me sentía cada vez más borracho y débil. Agarré el sillón. Era muy pesado, lo llevé a mi coche. Lo dejé en el suelo y abrí la puerta derecha. Metí la silla. Luego traté de cerrar la puerta. Parte de la silla quedaba fuera. Traté de sacarla, pero había quedado

trabada. Maldije y la empujé para dentro. Una de las patas fue a atravesar el parabrisas y se quedó asomada apuntando al cielo. La puerta seguía sin cerrarse. Ni siquiera se aproximaba a la cerradura. Traté de empujar la pata a través del parabrisas. No se movía. Estaba absolutamente acoplada. Traté de tirar para fuera. Nada. Desesperadamente tiré y empujé, tiré y empujé. Si venía la policía, estaba acabado. Después de un rato me di por vencido. Subí al asiento del conductor. No había sitio para aparcar en toda la calle. Bajé hasta el parking de la pizzeria, con la puerta abierta yéndose de un lado a otro. Lo dejé con la puerta abierta, con el sol ya bien alto. El parabrisas estaba roto, con la pata de la silla asomada. La escena entera era indecente, demencial. Era la imagen misma del crimen y el asesinato. Mi hermoso coche.

Subí por la calle de vuelta a mi casa. Me serví otro vodka con agua y telefoneé a Tammie.

—Oye, nena, estoy en un aprieto. Tengo tu silla atravesada en mi parabrisas y no la puedo sacar ni meter y la puerta no se cierra. El parabrisas está roto. ¿Qué puedo hacer? ¡Ayúdame, por Dios!

—Ya pensarás en algo, Hank.

Colgó.

Marqué otra vez.

—Nena...

Colgó. La siguiente vez el teléfono estaba desconectado: *bzzzz, bzzzz, bzzzz...*

Me tumbé en la cama. Sonó el teléfono.

—Tammie...

—Hank, soy Valerie, acabo de llegar a casa. Quiero decirte que tu coche está en el parking de la pizzería con la puerta abierta.

—Gracias, Valerie, pero es que no puedo cerrar la puerta. Hay una silla de hierro encajada con el parabrisas.

—Oh, no me he dado cuenta de eso.

—Gracias por la llamada.

Me dormí. Fue un sueño inquieto. Me iba a caer la papeleta.

Me desperté a las seis y veinte, me vestí y anduve hasta la pizzería. El coche seguía allí. Lucía el sol.

Me acerqué y cogí la silla. Seguía sin moverse. Estaba furioso, empecé a tirar y a sacudirla, maldiciendo. Cuanto más imposible parecía, más frenético me ponía. De repente se oyó un chasquido. Una pieza se quedó en mis manos. La tiré al suelo. Estaba inspirado, enérgico. Volví a mi tarea. Algo más se rompió. Los días en las fábricas, los días de descargar camiones, los días de sacar cajas de pescado congelado, los días de cargar terneras muertas sobre mis hombros estaban pagando su deuda. Yo siempre había sido tan fuerte como vago. Ahora

estaba descuartizando la silla en pedazos. Finalmente salió del coche. Recogí las piezas sueltas y lo eché todo en el césped de un jardín.

Subí al Volks y encontré un sitio donde aparcar junto a mi casa. Todo lo que tenía ya que hacer era ir a un cementerio de coches de la Avenida Santa Fe y comprarme un parabrisas nuevo.

No había prisa. Entré, me bebí dos vasos de agua helada y me fui a la cama.

71

Pasaron cuatro o cinco días. Sonó el teléfono. Era Tammie.

—¿Qué quieres? —le dije.

—Oye, Hank, ¿conoces ese pequeño almacén que cruzas con tu coche cuando vienes a casa de mi madre?

—Sí.

—Bueno, pues ahora están de saldos. Entré y vi esta máquina de escribir. Sólo cuesta 20 pavos y funciona bien. ¡Por favor, cómpramela, Hank!

—¿Para qué quieres una máquina de escribir?

—Bueno, nunca te lo he dicho, pero siempre he querido ser escritora.

—Tammie...

—Por favor, Hank es la última vez que te pido algo. Seré toda la vida tu amiga.

—No.

—Hank...

—Oh, mierda, está bien.

—Te veré dentro de quince minutos en el puente. Quiero darme prisa antes de que alguien la compre. He encontrado un nuevo apartamento y Filbert y mi hermano me están ayudando a mudarme...

Pasados 15 o 25 minutos, Tammie no estaba en el puente. Volví a subir en el Volks y fui hasta el apartamento de su madre. Filbert estaba cargando cajas de cartón en el coche de Tammie. No me vio. Aparqué a media manzana de allí.

Tammie salió y vio mi coche. Filbert estaba subiendo en su coche. Tenía también un Volks, de color amarillo. Tammie le despidió con la mano y dijo:

—¡Hasta luego!

Entonces vino andando por la calle hasta donde yo estaba.

Cuando llegó al lado de mi coche se tumbó en la calle y se quedó allí quieta. Yo esperé. Entonces se levantó y subió en mi coche.

Arranqué. Filbert estaba sentado en su coche. Al pasar a su lado le saludé con la mano. El no me devolvió el saludo. Sus ojos reflejaban tristeza. Sólo estaba empezando para él.

—¿Sabes? —dijo Tammie—. Ahora estoy con Filbert.

Se me escapó una carcajada. No pude contenerme.

—Mejor que nos demos prisa. Tal vez se hayan llevado la máquina de escribir.

—¿Por qué no te compra Filbert la jodida máquina?

—¡Mira, si no quieres comprarla sólo tienes que parar y dejarme salir!

Paré el coche y abrí la puerta.

—¡Oye, hijo de puta, me *dijiste* que me ibas a comprar esa máquina! ¡Si no me la compras voy a empezar a gritar y a romperte las ventanas!

—Está bien. La máquina es tuya.

Fuimos hasta el sitio. La máquina estaba allí.

—Esta máquina ha pasado toda su vida en un asilo para enfermos mentales —nos dijo la señora.

—Va a la persona adecuada —dije yo.

Le di a la señora los veinte y regresamos. Filbert se había ido.

—¿No quieres entrar un rato? —me preguntó Tammie.

—No, tengo que irme.

Fue capaz de entrar la máquina sin necesidad de ayuda. Era portátil.

72

Bebí toda la semana siguiente. Bebí día y noche y escribí 25 o 30 pesarosos poemas sobre amores perdidos.

El viernes por la noche sonó el teléfono. Era Mercedes:

—Me he casado —dijo—, con el pequeño Jack. Tú lo conociste en la fiesta tras la lectura que diste en Venice. Es un buen chico y tiene dinero. Nos mudamos al Valle.

—Muy bien, Mercedes, que tengas suerte.

—Pero echo de menos el beber y charlar contigo. ¿Qué te parecería si me pasara por ahí esta noche?

—De acuerdo.

En quince minutos estaba allí, liando canutos y bebiéndose mi cerveza.

—El pequeño Jack es muy buen chico. Somos felices los dos juntos.

Mamé mi cerveza.

—No quiero joder —dijo ella—, estoy cansada de abortos, estoy realmente cansada de abortos...

—Inventaremos otra cosa.

—Sólo quiero fumar, charlar y beber.

—Eso no es bastante para mí.

—Todo lo que los tíos queréis es joder.

—A mí me gusta.

—Bueno, yo no puedo joder, no quiero joder.

—Relájate.

Sentados en el sofá, no nos besamos. Mercedes no era una buena conversadora. No tenía el menor interés. Pero tenía sus piernas, su culo, su cabello y su juventud. Yo había conocido algunas mujeres interesantes. Dios lo sabe, pero Mercedes no estaba muy alta en la lista.

Corrió la cerveza y circularon los porros. Mercedes todavía tenía el mismo trabajo en el Instituto de Relaciones Humanas de Hollywood. Tenía problemas con su coche. El pequeño Jack tenía una picha gorda y corta. Estaba leyendo *Grapefruit* de Yoko Ono. Estaba cansada de abortos. El Valle era agradable, pero echaba de menos Venice. Añoraba sus paseos en bicicleta por las aceras.

No sé cuánto tiempo hablamos, o *ella* habló, pero mucho, mucho más tarde dijo que estaba demasiado borracha para conducir hasta su casa.

—Quítate la ropa y vete a la cama —le dije.

—Pero sin joder —dijo ella.

—No te tocaré el coño.

Se desnudó y se metió en la cama. Yo me desvestí y entré en el baño. Me vio salir con un tarro de vaselina.

—¿Qué vas a hacer?

—Tranquila, nena, tranquila.

Me puse vaselina en la polla. Luego apagué la luz y me metí en la cama.

—Ponte de espaldas —le dije.

Le pasé un brazo por debajo y jugué con una teta, el otro lo pasé por encima y jugué con la otra teta. Me gustaba poner mi cara en medio de su pelo. Se me empalmó y la dirigí a su culo. La cogí de la cintura y me apreté contra el culo, duramente, entrando en ella.

—Ooooooooooh —dijo ella.

Empecé a trabajar. La metí más hondo. Sus nalgas eran grandes y blandas. Mientras la embestía empecé a sudar. La agarré del estómago y la clavé aún más hondo. Se iba haciendo más estrecho. Alcancé el final de su colon y ella gritó.

—¡Cállate, condenada!

Era muy estrecha. La metí lo más que pude. Hacía una presa increíble. Mientras atacaba, sentí de repente un tirón en un costado, un dolor terrible y abrasador, pero continué. La estaba partiendo en dos, justo por la espina dorsal. Rugí como un loco y me corrí.

Luego caí sobre ella agotado. El dolor en el costado era criminal. Ella estaba llorando.

—Maldita sea —le dije—. ¿Qué pasa contigo? No te he tocado el coño.

Me eché a un lado.

Por la mañana, Mercedes habló muy poco, se vistió y se fue a su trabajo.

Bueno, pensé, otra más.

73

La semana siguiente bebí menos. Iba al hipódromo a respirar aire puro, tomar el sol y caminar. Por la noche bebía, preguntándome por qué seguía todavía vivo, cómo funcionaba el destino. Pensé en Katherine, en Lydia, en Tammie. No me sentía muy bien.

La noche del viernes sonó el teléfono. Era Mercedes.

—Hank, me gustaría pasarme por allí, pero sólo para charlar y fumar unos

porros. Nada más.

—Ven si quieres.

Mercedes estaba allí media hora más tarde. Tenía un aspecto sorprendente. Nunca había visto una minifalda tan corta como la que llevaba y sus piernas tenían una pinta espléndida. La besé con alegría. Ella se separó.

—No pude andar durante dos días después de la última. No me desgarras el pendón otra vez.

—De acuerdo, prometo que no lo volveré a hacer.

Fue más o menos lo mismo. Nos sentamos en el sofá con la radio puesta, charlamos, bebimos y fumamos. La besé una y otra vez. No podía parar. Ella actuaba como si lo desease, aunque insistía en que no. El pequeño Jack la amaba, el amor significaba mucho en este mundo.

—Ya lo creo que sí —dije yo.

—Tú no me amas.

—Eres una mujer casada.

—Yo no amo al pequeño Jack, pero me preocupo mucho por él y él me ama.

—Me parece muy bien.

—¿Has estado alguna vez enamorado?

—Cuatro veces.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde están ahora?

—Una está muerta. Las otras tres están con otros hombres.

Hablamos mucho aquella noche y fumamos buena cantidad de porros. Hacia las dos de la mañana Mercedes dijo:

—Estoy demasiado pasada para conducir hasta casa. Destrozaría el coche.

—Quítate la ropa y vente a la cama.

—Está bien, pero tengo una idea.

—¿El qué?

—¡Quiero verte sacudirte esa cosa! ¡Quiera verla estallar a chorros!

—De acuerdo, eso está bien. Es un trato.

Mercedes se desnudó y fuimos a la cama. Yo me desnudé y me quedé de pie al borde de la cama.

—Siéntate para que lo puedas ver mejor.

Mercedes se sentó en el borde. Escupí en mi palma y empecé a frotarme la polla.

—¡Oh —dijo Mercedes—, está *creciendo*!

—Uh huh...

—¡Se está haciendo grande!

—Uh huh...

—Oh, es toda *púrpura* con venas enormes! ¡Cómo *late*! ¡Es *horrible*!

—Ya.

Mientras me cascaba la polla la aproximé a su cara. Ella la observaba. Justo cuando me iba a correr paré.

—Oh —dijo ella.

—Oye, tengo una idea mejor...

—¿Qué?

—Menéamela tú.

—Vale.

Empezó.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Un poco más fuerte. Y escupe en tu mano. Frótala toda, no sólo por la cabeza.

—Muy bien... Oh, Dios, *mírala*... ¡Quiero verla chorreando *jugo*!

—¡Sigue así, Mercedes! ¡OH, DIOS MIÓ!

Estaba a punto de correrme. Le aparté la mano de la polla.

—¡Oh, *maldito*! —dijo Mercedes.

Se inclinó y la metió en su boca. Empezó a chupar y succionar, moviendo la lengua por todo lo largo de mi verga mientras sorbía.

—¡Oh, maldita *zorra*!

Entonces quitó la boca de mi polla.

—¿Qué haces? ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Acáballo!

—¡No!

—¡Bueno, pues jódete entonces!

La eché en la cama y salté sobre ella. La besé viciosamente y conduje mi polla a su interior. Ataqué con violencia, bombeando una y otra vez. Rugí y me derramé. Lo vertí todo, sintiéndolo entrar, sintiéndolo humear dentro suyo.

Tuve que volar a Illinois a dar una lectura en la universidad. Odiaba las lecturas, pero ayudaban con el alquiler y quizás servían para vender libros. Me sacaron de East Hollywood, me lanzaron al aire con los ejecutivos y las azafatas y las bebidas heladas y las servilletitas y los cacahuetes para estropear el aliento.

Iba a encontrarme con el poeta William Keesing con el que había mantenido correspondencia desde 1966. Había visto por primera vez sus trabajos en las páginas de *Bull*, editado por Doug Fazzick, una de las primeras revistas en mimeografía y probablemente la cabecilla de la revolución mimeográfica. Ninguno de nosotros era literato en el sentido típico: Fazzick trabajaba en una fábrica de caucho, Keesing era un ex marine veterano de Corea que no hacía nada y lo mantenía su mujer, Cecilia. Yo trabajaba once horas por noche en una oficina de correos. Fue también por aquel entonces cuando apareció en escena Marvin con sus extraños poemas sobre demonios. Marvin Woodman era el mejor escritor demoníaco de América. Tal vez también de España y Perú. Yo en aquel tiempo estaba con la manía de las cartas. Me daba por escribir cartas de cuatro y cinco páginas a todo el mundo, pintando los sobres y papeles salvajemente con ceras. Fue cuando empecé a escribirme con William Keesing, ex marine, ex presidiario y drogadicto (le pegaba sobre todo a la codeína).

Ahora, años más tarde, William Keesing había conseguido un trabajo temporal en la universidad. Se las arreglaba para dar un par de clases alternándolas con la droga. Le dije que era un trabajo peligroso para cualquiera que deseara escribir. Pero por lo menos enseñaba en su clase un montón de Chinaski.

Keesing y su mujer estaban esperándome en el aeropuerto. Llevaba mi equipaje conmigo y nos fuimos directamente al coche.

—Dios —dijo Keesing—, jamás había visto en mi vida bajar alguien de un avión con esta pinta.

Llevaba el abrigo de mi difunto padre, que era demasiado grande. Mis pantalones eran demasiado largos, los bajos caían sobre los zapatos y eso estaba bien porque llevaba los calcetines rotos y los tacones desgastados. Odiaba a los peluqueros, así que me cortaba el pelo yo solo cuando no tenía una mujer que me lo hiciera. No me gustaba afeitarme y tampoco me gustaban las barbas largas, así que me cortaba la mía con tijeras cada dos o tres semanas. Tenía mal la vista pero no me gustaban las gafas, así que sólo me las ponía para leer. Tenía mis propios dientes pero no los tenía todos. Mi cara y mi nariz eran rojas de beber y la luz me hería los ojos, así que miraba a través de pequeñas rendijas entre mis párpados. Podría haber encajado en cualquier barrio de chabolas.

Nos alejamos en el coche.

—Esperábamos a alguien diferente —dijo Cecilia.

—¿Oh?

—Me refiero a que tu voz es tan suave, y pareces muy educado. Bill esperaba que salieras del avión borracho y blasfemando, metiendo mano a las señoras...

—Nunca voy exhibiendo mi vulgaridad. Espero a que aparezca en su momento.

—Lees mañana por la noche —dijo Bill.

—Muy bien, nos divertiremos esta noche y nos olvidaremos de todo.

Seguimos conduciendo.

Aquella noche Keesing se mostró tan interesante como sus cartas y poemas. Tuvo el buen sentido de no hablar de literatura excepto alguna vez de pasada. Hablamos de otras cosas. Yo no solía tener mucha suerte en el trato directo con los poetas, aunque sus poemas y cartas fueran buenos. Había conocido a Douglas Fazzick con resultados más que frustrantes. Era mejor mantenerse alejado de los otros escritores y simplemente hacer tu trabajo, o no hacerlo.

Cecilia se retiró temprano. Tenía que ir a trabajar por la mañana.

—Cecilia se va a divorciar de mí —me dijo Bill—. No la culpo, está harta de mis drogas, mis vómitos, mi todo. Ha aguantado durante años. Ahora ya no puede continuar. No puedo hacerle el amor más que muy de vez en cuando. Ella se va con un adolescente. No la puedo culpar. Me he cambiado a otra habitación. Podemos ir ahí y dormir o puedo irme y dormir y tú te puedes quedar aquí o los dos nos podemos quedar aquí, a mí me da igual.

Keesing sacó un par de píldoras y se las tomó.

—Vamos a quedarnos aquí —dije yo.

—Realmente sabes echarte bebidas para adentro.

—No hay otra cosa que hacer.

—Debes tener unas tripas de acero.

—No del todo. Me reventaron una vez. Pero cuando esos agujeros cicatrizan dicen que son más resistentes que la mejor soldadura.

—¿Cuánto crees que durarás?

—Lo tengo todo planeado. Moriré en el año 2000, cuando tenga 80.

—Es extraño, ése es el año en que voy a morir yo, el 2000. He tenido incluso sueños sobre ello. Hasta soñé el día y la hora de mi muerte. De cualquier modo, en el año 2000.

—Es un bonito número redondo. Me gusta.

Bebimos una hora o dos más. Yo me fui al dormitorio extra. Keesing durmió en el sofá. Cecilia aparentemente iba en serio en lo de sacárselo de encima.

A la mañana siguiente me desperté a las diez y media. Quedaba algo de cerveza. Empecé con una. Iba por la segunda cuando entró Keesing.

—Cristo, ¿cómo lo haces? Amaneces como una rosa, ni que tuvieras dieciocho años.

—Tengo algunas mañanas malas. Esta no es una de ellas, simplemente.

—A la una tengo clase de literatura. Tengo que ponerme firme.

—Tómate una blanca.

—Necesito algo de comida en el estómago.

—Cómete dos huevos pasados por agua. Ponles un toque de polvo de chile o pimentón.

—¿Te cuezo un par?

—Sí, gracias.

Sonó el teléfono. Era Cecilia. Bill habló un rato, luego colgó.

—Se aproxima un tornado. Uno de los mayores en la historia del estado. Puede que pase por aquí.

—Siempre ocurre algo cuando doy una lectura.

Vi que el cielo empezaba a oscurecerse.

—Tal vez cancelen la clase. Es difícil de saber. Mejor como algo.

Bill puso los huevos.

—No te entiendo —dijo—, ni siquiera pareces resacoso.

—Tengo resaca todas las mañanas. Es normal. Estoy ya ajustado.

—De todos modos sigues escribiendo buena mierda, a pesar de todo el bebistrajo.

—No entremos en eso. Quizás sea la variación de coños. No hiervas demasiado los huevos.

Fui al baño y eché una cagada. El estreñimiento no era uno de mis problemas. Salía cuando oí a Bill gritar:

—¡Chinaski!

Luego lo oí en el patio, vomitando. Volvió a entrar.

El pobre estaba realmente malo.

—Toma un poco de levadura. ¿Tienes un Valium?

—No.

—Entonces espera diez minutos después de la levadura y te tomas una cerveza caliente. Ponla en un vaso ahora para que coja aire.

—Tengo una benzedrina.

—Tómatela.

Cada vez se iba nublando más. Quince minutos después de la benzedrina, Bill se dio una ducha. Cuando salió tenía buen aspecto. Se comió un sándwich de mantequilla de cacahuete con rodajas de plátano. Iba a conseguirlo.

—Todavía quieres a tu mujer, ¿verdad? —le dije.

—Cristo, sí.

—Sé que no ayuda mucho, pero trata de pensar que a todos nos ha pasado alguna vez.

—No ayuda.

—Una vez que una mujer te da la espalda, olvídala. Te aman y de repente algo se da vuelta. Te pueden ver muriéndote en una cuneta, atropellado por un coche y pasarán a tu lado escupiéndote.

—Cecilia es una mujer maravillosa.

Se iba haciendo más oscuro.

—Vamos a beber más cerveza —dije.

Nos sentamos y bebimos cerveza. Se puso muy oscuro y el viento empezó a arreciar. No hablábamos mucho. Yo estaba contento de haberle conocido. Había en él muy poca palabrería falsa. Estaba cansado, quizás eso ayudase. Nunca había tenido suerte con sus poemas en USA. En Australia le adoraban, en cambio. Tal vez algún día lo descubrirían aquí. Puede que en el año 2000. Era un tío pequeño, duro y tenaz, sabías que era grande, sabías que había estado allí. A mí me gustaba.

Bebimos con calma, entonces sonó el teléfono. Era otra vez Cecilia. El tornado había pasado de largo, o algo así. Bill se iba a dar su clase. Yo iba a leer aquella noche. Bravo. Todo estaba en funcionamiento. Todos con empleo a tiempo completo.

Hacia mediodía, Bill metió su cuaderno y todo lo necesario en una cartera, cogió su bicicleta y se fue pedaleando a la universidad.

Cecilia llegó a casa un poco más tarde.

—¿Salió Bill bien al trabajo?

—Sí, se fue en la bicicleta. Tenía buen aspecto.

—¿Cómo de bueno? ¿Iba pirado?

—Qué va. Comió y todo.

—Todavía le quiero. Hank. Sólo que no puedo seguir por más tiempo.

—Entiendo.

—No sabes lo mucho que tenerte aquí significa para él. Solía leerme tus cartas una y otra vez.

—¿Eran sucias, eh?

—No, divertidas. Nos hacían reír.

—Vamos a joder, Cecilia.

—Hank, ahora estás haciendo tu número.

—Eres una cosita maciza. Déjame metértela.

—Estás borracho. Hank.

—Tienes razón, olvídalo.

75

Aquella noche di otra mala lectura. No me importaba. A ellos no les importaba. Si John Cage podía conseguir mil dólares por comerse una manzana, yo aceptaba quinientos más el billete de avión por ser un limón.

Después fue lo mismo. Los pequeños cipotillos y pequeñas nínfulas se acercaron con sus jóvenes cuerpos calientes y ojos de luz de piloto a que les firmase libros. Me hubiera gustado joderme una noche a cinco de ellas y sacarlas de mi vida para siempre.

Un par de profesores se acercaron y me sonrieron por ser tan gilipollas. Les hizo sentirse mejor, ahora se sentían como si tuviesen una oportunidad con la máquina de escribir.

Cogí el cheque y me fui. Iba a haber una pequeña reunión *selecta* en casa de Cecilia algo más tarde. Eso era parte del contrato no escrito. Cuantas más chicas mejor, pero en casa de Cecilia tenía muy pocas oportunidades. Lo sabía. Y seguro que a la mañana siguiente me despertaría en la cama solo.

Bill estaba otra vez enfermo a la mañana siguiente. Tenía clase a la una y antes de irse dijo:

—Cecilia te llevará al aeropuerto. Yo me voy ya. Nada de despedidas pesarasas.

—Está bien.

Bill cogió su cartera, se la puso a la espalda y fue a coger la bicicleta.

76

Llevaba en Los Ángeles cerca de una semana y media. Era por la noche. Sonó el teléfono. Era Cecilia, estaba sollozando.

—Hank, Bill ha muerto. Eres el primero a quien llamo.

—Cristo, Cecilia, no sé qué decir.

—Te estoy tan agradecida de que vinieras. Bill no hizo otra cosa que hablar de ti después de que te fueras. No sabes lo que tu visita significó para él.

—¿Qué ocurrió?

—Se quejó de que se sentía muy mal y le llevamos a un hospital. Pasadas dos horas estaba muerto. Sé que la gente va a pensar que fue una sobredosis, pero no había tomado nada. Aunque me fuera a divorciar de él, yo le amaba.

—Te creo.

—No quiero molestarte con todo esto.

—No pasa nada, Bill lo comprendería. Me ocurre que no sé qué decir para ayudarte. Estoy como en una especie de shock. Deja que te llame más tarde para ver qué tal te sientes.

—¿Lo harás?

—Seguro.

Ese es el problema con la bebida, pensé, mientras me servía un trago. Si ocurre algo malo, bebes para olvidarlo; si ocurre algo bueno, bebes para celebrarlo; y si no pasa nada, bebes para que pase algo.

Aun enfermo y desgraciado como estaba, Bill no tenía el aspecto de alguien que fuera a morir. Había muchas muertes como aquella y aunque conocíamos la muerte y pensábamos en ella casi todos los días, cuando ocurría una muerte inesperada, y cuando la persona era un excepcional y adorable ser humano, era duro, mucho, sin importar cuánta otra gente hubiera muerto con anterioridad, buena, mala o desconocida.

Llamé a Cecilia aquella noche, y la llamé otra vez la noche siguiente, y, una vez más, luego dejé de telefonear.

Pasó un mes. R. A. Dwight, el editor de Dogbite Press me escribió pidiéndome que hiciese un prólogo a los «Poemas selectos» de Keesing. Gracias a su muerte, Keesing estaba logrando al fin ser reconocido fuera de Australia.

Entonces llamó Cecilia.

—Hank, voy a ir a San Francisco a ver a R. A. Dwight. Tengo algunas fotos de Bill y algunos manuscritos inéditos. Voy a hablar con Dwight para decidir lo que se publica. Pero antes quiero hacer una parada en Los Ángeles por un día o dos. ¿Puedes recogerme en el aeropuerto?

—Claro. Puedes quedarte en mi casa, Cecilia.

—Muchas gracias.

Me dio su hora de llegada y yo me fui a limpiar el retrete, restregar la bañera y cambiar las sábanas y fundas de almohada de mi cama.

Cecilia llegó en el vuelo de las diez de la mañana, para mí fue un infierno conseguir llegar, pero ella tenía una pinta estupenda, maciza, un poco rellena, llena de curvas, un aspecto del medio oeste, resplandeciente. Los hombres la miraban, tenía una peculiar manera de menear el trasero; parecía potente, ofensiva y sexy.

Esperamos el equipaje en el bar. Cecilia no bebió más que un zumo de naranja.

—Me encantan los aeropuertos y los pasajeros de aeropuerto, ¿a ti no?

—No.

—La gente parece tan interesante.

—Tienen más dinero que la gente que viaja en tren o autobús.

—Pasamos por encima del Gran Cañón durante el viaje.

—Sí, pillas de camino.

—¡Estas camareras llevan unas faldas cortísimas! Mira, puedes verles las bragas.

—Se llevan buenas propinas. Todas viven en barrios de lujo y conducen MGs.

—¡Todo el mundo en el avión fue tan agradable! El señor que iba sentado a mi lado me quiso invitar a una copa.

—Vamos a por tu equipaje.

—R. A. me telefoneó diciéndome que había recibido tu prólogo para el libro de Bill. Me leyó un fragmento. Era precioso. Quiero darte las gracias.

—Olvidalo.

—No sé cómo devolverte el favor.

—¿Estás *segura* de que no quieres una copa?

—Muy pocas veces bebo. Quizás más tarde.

—¿Qué es lo que más te gusta? Compraré algo para cuando vayamos a mi casa. Quiero que te sientas cómoda y relajada.

—Estoy segura de que Bill nos está viendo ahora y de que se siente feliz.

—¿Eso crees?

—Sí.

Cogimos el equipaje y fuimos al aparcamiento.

78

Aquella noche me las arreglé para meterle dos o tres copas a Cecilia. Se olvidó de sí misma, cruzó altas las piernas y yo pude ver buena cantidad de flanco. Buen género. Duradero. Una ternera de mujer, con tetas y ojos de ternera. Había donde agarrar. Keesing había tenido buen ojo.

Ella estaba en contra de matar animales, no comía carne. Supongo que tenía bastante carne consigo misma. Todo era hermoso, me contaba, teníamos toda esta belleza en el mundo y todo lo que teníamos que hacer era inclinarnos y tocarla, estaba toda allí y era toda nuestra para tomarla.

—Tienes razón, Cecilia —dije yo—, tómate otra copa.

—No, me mareo.

—¿Qué hay de malo en marearse un poco?

Cecilia cruzó otra vez las piernas y sus muslos refulgieron. Se escapaban de la falda relampagueando.

Bill, no puedes usarla ahora. Eras un buen poeta, Bill, pero qué coño, dejaste tras de ti algo más que la poesía. Y tu poesía nunca tenía muslos y caderas como ésta.

Cecilia se tomó otra copa, luego lo dejó. Yo seguí.

¿De dónde venían las mujeres? La reserva era inacabable. Cada una de ellas era individual, diferente. Sus chochos eran diferentes, sus besos eran diferentes, sus pechos eran diferentes, pero ningún hombre podía bebérselas todas, eran demasiadas, cruzando sus piernas, volviendo locos a los hombres. ¡Vaya un festín!

—Quiero ir a la playa. ¿Me vas a llevar a la playa. Hank?

—¿Esta noche?

—No, no esta noche, pero sí antes de que me vaya.

—De acuerdo.

Cecilia habló de cómo habían abusado del indio americano. Luego me dijo que escribía, pero que nunca había querido publicar. Lo tenía todo en un cuaderno. Bill la había animado y ayudado con algunas de sus cosas. Ella le había ayudado a trasegar con la universidad. Por supuesto, sus conocimientos también habían ayudado. Y nunca faltaba codeína, siempre había estado enganchado con la codeína. Ella había amenazado con abandonarle una y otra vez, pero no consiguió nada. Ahora...

—Bébetelo, Cecilia —dije yo—, te ayudará a olvidar.

Le serví uno bien grande.

—¡Oh, no puedo beber todo eso!

—Cruza las piernas más alto. Déjame ver más tus piernas.

—Bill nunca me hablaba así.

Seguí bebiendo. Cecilia siguió hablando. Pasado un rato dejé de escuchar. Vino la medianoche y se fue. Llegó la madrugada.

—Oye, Cecilia, vámonos a la cama. Estoy trompa.

Entré en el dormitorio, me desnudé y me metí bajo las sábanas. La oí entrar y meterse en el baño. Apagué la luz del dormitorio. Ella salió pronto y sentí cómo se metía por el otro lado de la cama.

—Buenas noches, Cecilia —dije.

La atraje hacia mí. Estaba desnuda. Jesús, pensé. Nos besamos. Besaba muy bien. Fue un beso largo y cálido. Acabamos.

—Cecilia.

—¿Sí?

—Joderemos otro día. Me eché a un lado y me puse a dormir.

79

Bobby y Valerie vinieron y yo los presenté.

—Valerie y yo vamos a coger unas vacaciones y alquilar unas habitaciones junto al mar en Manhattan Beach —dijo Bobby—. ¿Por qué no os venís vosotros?

Podemos partirnos el alquiler. Hay dos dormitorios.

—No, Bobby, creo que no.

—¡Oh, Hank, *por favor!* —dijo Cecilia—. ¡Adoro el mar! Hank, si vamos allí, hasta beberé contigo. ¡Lo prometo!

—De acuerdo, Cecilia.

—Fantástico —dijo Bobby—, nos vamos esta tarde. Os recogeremos hacia las seis. Cenaremos juntos.

—Eso suena bien —dijo Cecilia.

—Es divertido comer con Hank —dijo Valerie—. La última vez que salimos con él fuimos a este sitio de lujo y nada más entrar le dijo al maître: «¡Quiero una ensalada de col y patatas fritas para mis amigos aquí al momento! Doble de cada. ¡Y no le eche agua a las bebidas o me quedo con su chaquetilla y corbata!»

—¡No puedo *esperar!* —dijo Cecilia.

Cecilia quiso dar un paseo alrededor de las dos. Atravesamos el patio. Vio las caléndulas. Se dirigió a una mata y metió la cara entre las flores, acariciándolas con los dedos.

—¡Oh, son tan *bonitas!*

—Se están *muriendo*, Cecilia. ¿No ves lo mustias que están? La contaminación las está matando.

Caminamos bajo las palmeras.

—¡Hay pájaros por todas partes! ¡Centenares de pájaros, Hank!

—Y docenas de gatos.

Fuimos hasta Manhattan Beach con Bobby y Valerie, nos instalamos en nuestro apartamento frente al mar y salimos a cenar. La cena estuvo bien. Cecilia se tomó una copa durante la cena y explicó su vegetarianismo. Tomó sopa, ensalada y yogurt; los demás tomamos filetes, patatas fritas, pan francés y ensalada. Bobby y Valerie robaron los frascos de la sal y la pimienta, dos cuchillos para carne y la propina que yo le había dejado al camarero.

Hicimos una parada para comprar licor, hielo y cigarrillos, luego regresamos al apartamento. Su única copa había puesto a Cecilia soltando risas y hablando sin parar. Ahora estaba explicándonos que los animales también tenían alma. Nadie se lo discutió. Era posible, lo sabíamos. De lo que no estábamos seguros era de si la teníamos nosotros.

Continuamos bebiendo. Cecilia tomó sólo una más y paró.

—Quiero salir a contemplar la luna y las estrellas —dijo—. ¡Es todo tan hermoso ahí afuera!

—Está bien, Cecilia.

Salió junto a la piscina y se sentó en una silla de mimbre.

—Ahora sé por qué murió Bill —dijo—. Murió desamparado, hambriento. Esta tipa no se enrolla para nada.

—Ella dijo algo parecido de ti durante la cena, cuando estabas en el lavabo —dijo Valerie—. Dijo: «Oh, los poemas de Hank están tan llenos de pasión, pero como persona no llega a tanto».

—Dios y yo no siempre elegimos el mismo caballo.

—¿Ya te la has jodido? —me preguntó Bobby.

—No.

—¿Cómo era Keesing?

—Estupendo. Pero me pregunto cómo pudo aguantar con ella. Quizás la codeína y las píldoras ayudasen. Tal vez era como una especie de superenfermera para él.

—Que se joda —dijo Bobby—, vamos a beber.

—Sí. Si tuviese que elegir entre beber y joder, creo que dejaría de joder.

—El joder causa problemas —dijo Valerie.

—Cuando mi mujer está fuera jodiéndose a algún otro, yo me pongo mi pijama, me echo las colchas encima y me pongo a dormir —dijo Bobby.

—Es un tío frío —dijo Valerie.

—Ninguno de nosotros sabe bien cómo usar del sexo, qué hacer con él —dije yo—. Para la mayoría de la gente el sexo es sólo un juguete, para echarlo a correr.

—¿Qué hay del amor? —preguntó Valerie.

—El amor está bien para aquellos que pueden soportar una sobrecarga psíquica. Es como tratar de llevar sobre tus espaldas un cubo lleno de basura a través de una enorme riada de orina.

—¡Oh, no es *tan* malo!

—El amor es una forma de prejuicio. Tengo muchos otros prejuicios.

Valerie se acercó a la ventana.

—La gente está de juerga, tirándose en pelotas a la piscina, y ella está ahí sentada contemplando la luna.

—Su hombre acaba de morir —dijo Bobby—, dale un respiro.

Cogí mi botella y me fui al dormitorio. Me quité los calzones y me eché en la cama. Nada estaba en armonía. La gente sólo abrazaba a ciegas lo que se le pusiese delante: comunismo, comida natural, zen, surfing, ballet, hipnotismo, terapia de grupo, orgías, paseos en bicicleta, hierbas, catolicismo, adelgazamiento, viajes, psicodelia, vegetarianismo, la India, pintar, escribir, esculpir, componer, conducir, yoga, copular, apostar, beber, andar por ahí, yogurt helado, Beethoven, Bach, Buda, Cristo, jugo de zanahorias, suicidio, trajes hechos a mano, viajes en jet, Nueva York, y de repente todo ello se evaporaba y se perdía. La gente tenía que encontrar cosas que hacer mientras esperaba la muerte. Supongo que estaba bien poder elegir.

Yo hice mi elección. Cogí la botella de vodka y me pegué un buen trago. Los rusos conocían el tema.

Se abrió la puerta y entró Cecilia. Tenía buena pinta con su cuerpo compacto. La mayoría de las mujeres americanas eran o bien muy delgadas o elefantiásicas. Si les dabas fuerte, algo se les rompía y se convertían en neuróticas y sus hombres en deportistas o alcohólicos u obsesos por los coches. Los noruegos, los islandeses, los finlandeses sabían cómo debía estar construida una mujer: amplia y sólida, con un gran trasero, grandes caderas, grandes flancos blancos, grandes cabezas, grandes bocas, grandes tetas, mucho pelo, grandes ojos, grandes agujeros de nariz, y abajo en el centro, lo bastante grande y lo bastante pequeño.

—Hola, Cecilia, ven a la cama.

—Se está muy bien ahí fuera por la noche.

—Supongo que sí. Ven a decirme hola.

Entró en el baño. Apagué la luz del dormitorio.

Salió pasado un rato. La sentí subir a la cama. Estaba oscuro, pero algo de luz pasaba a través de las cortinas. Cogí la botella, se la pasé. Tomé un pequeño sorbo, luego me la devolvió. Estábamos sentados, apoyados con las almohadas en la cabecera. Nuestros muslos estaban pegados.

—Hank, la luz era como una tenue pincelada. Pero las estrellas eran brillantes y hermosas. Te hace pensar, ¿no crees?

—Sí.

—Algunas de esas estrellas llevan muertas millones de años luz y todavía podemos verlas.

Me acerqué a ella y atraje su cabeza. Su boca se abrió. Estaba húmeda y fresca.

—Cecilia, vamos a joder.

—No quiero.

En cierto modo yo tampoco quería. Creo que lo había dicho por eso.

—¿No quieres? ¿Entonces por qué besas así?

—Creo que la gente debe esperar a conocerse.

—Algunas veces no hace falta mucho tiempo.

—No quiero hacerlo.

Salté de la cama, me puse mis calzones y llamé a la puerta de Bobby y Valerie.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby.

—No quiere joder conmigo.

—¿Y qué?

—Vamos a nadar un poco.

—Es tarde. La piscina está cerrada.

—¿Cerrada? Hay agua, ¿no?

—Me refiero a que están apagadas las luces.

—Me parece bien, ella no quiere joder conmigo.

—No tienes traje de baño.

—Tengo mis calzones.

—Muy bien, espera un momento...

Bobby y Valerie salieron con unos bonitos trajes de baño perfectamente ajustados. Bobby me pasó un porro de colombiana y yo le di una calada.

—¿Qué pasa con Cecilia?

—Química cristiana.

Fuimos a la piscina. Era verdad, las luces estaban apagadas. Bobby y Valerie se tiraron juntos a la piscina. Yo me senté al borde, con las piernas metidas, bebiendo a morro de la botella de vodka.

Bobby y Valerie salieron juntos a la superficie. Bobby se vino nadando hasta el borde de la piscina. Tiró de uno de mis tobillos.

—¡Vamos, so mierda! ¡Muestra tus cojones! ¡ÉCHATE!

Tomé otro trago de vodka, luego dejé la botella. No me tiré. Entré con cuidado poco a poco. Luego me solté. Era extraña la sensación del agua a oscuras. Me sumergí lentamente hacia el fondo. Medía uno noventa y pesaba más de cien kilos. Esperé a tocar el fondo y entonces subir dándome impulso. ¿Dónde

estaba el fondo? Allí estaba, y a mí apenas me quedaba oxígeno. Me impulsé. Subí lentamente. Finalmente rompí la superficie.

—¡Que se mueran todas las putas que me han tenido entre sus piernas! — grité.

Se abrió una puerta y un hombre salió corriendo de un apartamento de la planta baja. Era el administrador.

—¡Hey, no se permite nadar a estas horas de la noche! ¡Las luces de la piscina están apagadas!

Nadé hasta donde él estaba, llegué al borde de la piscina y le miré.

—Oye, mamón, me bebo dos barriles de cerveza diarios y soy luchador profesional. Soy por naturaleza un ser *amable*, ¡pero pienso nadar a estas horas y quiero esas luces ENCENDIDAS! ¡AHORA! ¡Sólo te lo voy a decir una vez!

Me alejé nadando.

Las luces se encendieron. La piscina se iluminó brillantemente. Era mágico. Me acerqué hasta donde estaba el vodka, lo agarré y tomé un buen trago. La botella estaba ya casi vacía. Miré hacia abajo y vi a Valerie y Bobby nadando en círculos entre sí bajo el agua. Eran buenos haciendo esas cosas, ligeros y ágiles. Qué raro que todo el mundo fuera más joven que yo.

Acabamos con la piscina. Me dirigí a la puerta del administrador con mis calzones mojados y llamé. Abrió la puerta. Me gustaba.

—Eh, colega, ya puedes quitar las luces. He acabado de nadar. Eres un buen tipo, hombre, un buen tipo.

Regresamos al apartamento.

—Tómate una copa con nosotros —dijo Bobby—, sé que estás algo jodido.

Entré y me tomé dos.

Valerie dijo:

—¡Mira, Hank, tú y tus *mujeres*! No puedes jodértelas a todas, ¿lo sabes?

—¡Victoria o muerte!

—Duérmela, Hank.

—Buenas noches, chicos, y gracias...

Volví a mi dormitorio. Cecilia estaba tumbada boca arriba y estaba roncando, «Gzzzz, gzzzz, ggzzzz»...

Me pareció *gorda*. Me quité los calzones húmedos, subí a la cama y le sacudí el hombro.

—Cecilia, ¡estás RONCANDO!

—Oooh, oooh... lo siento.

—Está bien, Cecilia. Es igual que si estuviésemos casados. Ya te cogeré por la mañana cuando esté más fresco.

81

Un ruido me despertó. Todavía no había mucha luz. Cecilia estaba de pie, vistiéndose.

Miré mi reloj.

—Son las cinco de la mañana. ¿Qué estás haciendo?

—Quiero ver salir el sol. ¡Adoro las salidas de sol!

—Se nota que no bebes.

—Volveré. Desayunaremos juntos.

—No he sido capaz de tomar un desayuno durante cuarenta años.

—Voy a ver el amanecer, Hank.

Encontré una botella de cerveza sin abrir. Estaba caliente. La abrí y me la bebí. Luego me dormí.

A las 10:30 de la mañana, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Eran Bobby, Valerie y Cecilia.

—Acabamos de desayunar —dijo Bobby.

—Ahora Cecilia quiere ir a dar un paseo por la playa con los pies descalzos —dijo Valerie.

—Nunca había visto el Océano Pacífico, Hank. ¡Es *tan* bonito!

—Me vestiré...

Caminamos por la playa. Cecilia parecía feliz. Cuando las olas llegaban hasta sus pies gritaba.

—Seguid vosotros —les dije—, yo voy a buscar un bar.

—Voy contigo —dijo Bobby.

—Yo vigilaré a Cecilia —dijo Valerie...

Encontramos un bar cercano. Había sólo dos sitios vacíos. Nos sentamos. Bobby tenía a su lado un hombre. Yo, una mujer. Pedimos nuestras bebidas.

La mujer que estaba junto a mí tendría unos 26 o 27 años. Algo la había desgastado, sus ojos y boca parecían cansados, pero a pesar de ello mantenía una expresión firme. Su pelo era oscuro y bien peinado. Llevaba una falda y tenía buenas piernas. Su alma era puro topacio y podías verlo en sus ojos. Pegué mi pierna a la suya. Ella no la apartó. Acabé mi bebida.

—Invítame a una copa —le dije.

Ella llamó al camarero.

—Un vodka-7 para el caballero —le dijo.

—Gracias...

—Babette.

—Gracias, Babette. Me llamo Henry Chinaski, escritor alcohólico.

—Nunca he oído hablar de ti.

—Lo mismo da.

—Tengo una tienda junto a la playa. Joyas y baratijas. Sobre todo baratijas y porquerías.

—En eso nos parecemos. Yo escribo muchas porquerías.

—¿Si eres tan mal escritor, por qué no lo dejas?

—Necesito comida, refugio y ropa. Invítame a otra copa.

Babette hizo un gesto al camarero y recibí una nueva copa.

Apretamos juntas nuestras piernas.

—Soy una rata —le dije—, estoy estreñado y no se me levanta.

—No sé nada de tus intestinos, pero eres una rata y sí se te levanta.

—¿Cuál es tu número de teléfono?

Babette buscó una pluma dentro de su bolso.

Entonces entraron Cecilia y Valerie.

—Oh —dijo Valerie—, aquí están estos cabritos. Te lo *dije*. ¡En el bar más cercano!

Babette se deslizó de su asiento. Salió por la puerta. La vi a través de la luna. Se alejaba por la acera y tenía todo un cuerpo. Era elástico y esbelto. Resbalaba contra el viento. Luego desapareció.

Cecilia estaba sentada viéndonos beber. Comprendí que la repelía. Yo comía carne. No tenía dios. Me gustaba joder. La naturaleza no me interesaba. Nunca votaba. Me gustaban las guerras. El espacio exterior me aburría. El béisbol me aburría. La Historia me aburría. Los zoos me aburrían.

—Hank —dijo—, voy a salir un rato.

—¿Qué ocurre fuera?

—Me gusta ver cómo la gente nada en la piscina. Me gusta ver cómo se divierten.

Cecilia se levantó y salió.

Valerie se rió, Bobby se rió.

—Muy bien, así no voy a pasar por sus bragas.

—¿Lo deseas? —preguntó Bobby.

—No es mi deseo sexual lo que se ha ofendido, es mi ego.

—Y no te olvides de tu edad —dijo Bobby.

—No hay nada peor que un viejo cerdo orgulloso —dije yo.

Bebimos en silencio.

Cerca de una hora más tarde volvió Cecilia.

—Hank, quiero irme.

—¿Adonde?

—Al aeropuerto. Quiero volar a San Francisco. Tengo todo el equipaje listo.

—Por mí está bien. Pero vinimos en el coche de Bobby y Valerie. Tal vez ellos no quieran irse todavía.

—La llevaremos a Los Ángeles —dijo Bobby.

Pagamos la cuenta y subimos al coche, con Bobby al volante, Valerie a su lado y Cecilia y yo en el asiento trasero. Cecilia se apartó de mí todo lo que pudo.

Bobby puso el magnetófono. La música sacudió el asiento trasero como una ola. Bob Dylan.

Valerie pasó un porro. Le di una calada y traté de pasárselo a Cecilia. Se

echó hacia el otro lado. Yo me incliné y le acaricié una rodilla, le di un apretón. Ella me apartó la mano.

—¿Eh, qué tal vais ahí detrás? —preguntó Bobby.

—Es el amor —le dije.

Conducimos cerca de una hora.

—Aquí está el aeropuerto —dijo Bobby.

—Te quedan dos horas —le dije a Cecilia—. Podemos ir a mi casa y esperar.

—No importa —dijo Cecilia—, quiero ir ahora.

—¿Pero qué vas a hacer dos horas en el aeropuerto? —pregunté.

—Oh —dijo ella—. ¡Me encantan los aeropuertos!

Paramos delante de la terminal. Salí y saqué su equipaje. Estábamos juntos de pie. Entonces ella se me acercó y me dio un beso en la mejilla. La dejé irse sola.

83

Había accedido a dar una lectura en el Norte. Era la tarde anterior al recital y yo estaba sentado en un apartamento en el Holiday Inn bebiendo cerveza con Joe Washington, el promotor, y el poeta local Dudley Barry, junto a su novio, Paul. Dudley había salido fuera del armario y había proclamado que era homosexual. Era nervioso, gordo y ambicioso. Se desplazaba de un lado a otro.

—¿Vas a dar una buena lectura?

—No sé.

—Mueves a las multitudes, ¿Jesús, cómo lo haces? La cola da la vuelta a la manzana.-

—Les gustan las sangrías.

Dudley agarró a Paul por las nalgas.

—¡Voy a empalarte, nene! ¡Luego me empalarás tú a mí!

Joe Washington estaba junto a la ventana.

—Eh, mira, por ahí viene William Burroughs. Está en el apartamento vecino al tuyo. Va a leer mañana por la noche.

Me acerqué a la ventana. Sí, era Burroughs. Me di la vuelta y abrí otra cerveza. Estábamos en el segundo piso. Burroughs subió por las escaleras, pasó

junto a mi apartamento, abrió su puerta y entró.

—¿Quieres ir a verle? —me preguntó Joe.

—No.

—Voy a ir a verle un momento.

—Muy bien.

Dudley y Paul estaban jugando a cogerse el culo. Dudley estaba riendo a carcajadas y Paul soltando risitas y ruborizándose.

—¿Por qué no os lo hacéis en privado, tíos?

—¿No es encantador? —dijo Dudley—. ¡Me encantan los chicos jóvenes!

—A mí me interesan más las hembras.

—No sabes lo que te pierdes.

—Es cosa mía.

—Jack Mitchell se lo hace con travestís. Escribe poemas sobre ellos.

—Por lo menos tienen aspecto de mujer.

—Algunos de ellos tienen mejor aspecto que muchas mujeres.

Bebí en silencio.

Joe Washington volvió.

—Le dije a Burroughs que estabas en el apartamento de al lado. Le dije: «Burroughs, Henry Chinaski está en el apartamento de al lado». Y él dijo: «¿Oh, de verdad?». Le pregunté si quería verte. El dijo: «No».

—Deberían poner neveras en estos sitios —dijo—, la jodida cerveza se está quedando caliente.

Salí a buscar una máquina de hielo. Al pasar por la habitación de Burroughs le vi sentado en un sillón junto a la ventana. Me miró con indiferencia.

Encontré la máquina de hielo y regresé con hielo suficiente para llenar el lavabo y meter allí las cervezas.

—No querrás entromparte mucho —dijo Joe—. Empiezas a trabarte con las palabras.

—A ellos no les importa. Sólo quieren verme clavado en la cruz.

—¿500 dólares por una hora de trabajo? —dijo Dudley—. ¿Llamas a eso una cruz?

—Sí.

—¡Menudo Cristo!

Dudley y Paul se fueron y Joe y yo nos fuimos a uno de los cafés del barrio donde se podía comer y beber. Encontramos una mesa. Lo primero que vimos fue a desconocidos viniendo a sentarse con nosotros. Todos hombres. Vaya mierda. Había algunas chicas bonitas, pero sólo sonreían y miraban, o no miraban ni sonreían. Me figuré que las que no sonreían me odiaban por mi actitud hacia las mujeres. Que se jodieran.

Estaban allí Jack Mitchell y Mike Tufts, ambos poetas. Ninguno trabajaba para vivir a pesar de que su poesía no les daba ni para pipas. Vivían de herencias y préstamos. Mitchell realmente era un buen poeta, pero no tenía mucha suerte. Se merecía algo mejor. Entonces apareció Blast Grimly, el cantante. Blast estaba siempre borracho. Yo nunca lo había visto sobrio. Había unos cuantos más en la mesa que no conocía.

—¿Señor Chinaski?

Era una cosita dulce con un corto vestido verde.

—¿Sí?

Era un antiguo libro de poemas que había escrito mientras estaba en la oficina de correos, *Corre alrededor de la habitación y mío*. Se lo firmé e hice un dibujo, luego se lo devolví.

—¡Oh, muchas gracias!

Se marchó. Todos los cabrones que había alrededor mío habían asesinado toda probabilidad de acción.

Pronto había cuatro o cinco jarras de cerveza en la mesa. Pedí un sándwich. Bebimos durante dos o tres horas, luego volví al apartamento. Acabé con las cervezas que quedaban en el lavabo y me fui a dormir.

No recuerdo gran cosa de la lectura, pero me desperté al día siguiente solo. Joe Washington llamó a la puerta a las once de la mañana.

—¡Eh, tío, fue uno de tus *mejores* recitales!

—¿De verdad? ¿No te estás burlando de mí?

—No, tú estabas allí. Aquí está el cheque.

—Gracias, Joe.

—¿Estás seguro de que no quieres ver a Burroughs?

—Seguro.

—Lee esta noche. ¿Te vas a quedar a oírle?

—Voy a volver a Los Ángeles, Joe.

—¿Le has oído leer alguna vez?

—Joe, quiero darme una ducha y salir de aquí. ¿Me llevarás al aeropuerto?

—Claro.

Cuando nos fuimos. Burroughs estaba sentado en su sillón junto a la ventana. No hizo el menor gesto de haberme visto. Yo le miré y seguí mi camino. Tenía mi cheque. Estaba ansioso por pasarme por el hipódromo.

84

Había estado teniendo correspondencia con una mujer de San Francisco durante varios meses. Se llamaba Liza Weston y se ganaba la vida dando clases de danza, incluido ballet, en su propio estudio. Tenía 32 años, había estado casada una vez y todas sus cartas eran largas y mecanografiadas impecablemente en papel rosado. Escribía bien, con inteligencia y sin exageración. Me gustaban sus cartas y le contestaba. Liza se apartaba de la literatura, se apartaba de los llamados grandes temas. Me escribía acerca de pequeños acontecimientos ordinarios, pero los describía con agudeza y humor. Un día me escribió diciéndome que iba a venir a Los Ángeles a comprar algo de ropa de baile y que si me gustaría conocerla. Le contesté que me apetecía bastante, y que se podía quedar en mi casa, pero que debido a la diferencia de edad, *ella* tendría que dormir en el sofá y yo en la cama. Te llamaré por teléfono cuando llegue, me respondió.

Tres o cuatro días más tarde sonó el teléfono. Era Liza.

—Estoy en la ciudad —me dijo.

—¿Estás en el aeropuerto? Te recogeré.

—Cogeré un taxi.

—Cuesta mucho.

—Será lo más fácil.

—¿Qué te gusta beber?

—No bebo mucho. Lo que tú quieras...

Me senté y la esperé. Siempre me ponía nervioso en estas situaciones. Cuando finalmente llegaban casi no quería que ocurriese. Liza había mencionado

que era guapa, pero no había visto ninguna foto suya. Yo una vez me había casado con una mujer. Le había prometido matrimonio sin conocerla más que por cartas. También escribía cartas inteligentes, pero mis dos años y medio de vida de casado demostraron ser un desastre. La gente solía ser mucho mejor en sus cartas que en la realidad. En esto se parecían a los poetas.

Di vueltas por la habitación. Entonces oí pasos por el camino del patio. Atisbé entre las cortinas. No estaba mal. Pelo moreno, un vestido desenfadado y *chic*, con una falda larga que le llegaba hasta los tobillos. Caminaba con gracia, manteniendo alta la cabeza. Una bonita nariz, boca ordinaria. Me gustaban las mujeres con trajes, me recordaban tiempos pasados. Llevaba una pequeña bolsa. Llamó a la puerta.

—Entra —le dije abriendo la puerta.

Liza dejó la bolsa en el suelo.

—Siéntate.

Llevaba muy poco maquillaje. Era guapa. Su pelo era estilizado y corto.

Le puse un vodka-7 y me preparé otro para mí. Parecía tranquila. Había un toque de sufrimiento en su rostro, había pasado por uno o dos períodos difíciles en su vida. Igual que yo.

Mañana voy a comprar algunos trajes. Hay una tienda en Los Ángeles que tiene cosas muy insólitas.

—Me gusta ese traje que llevas. Una mujer completamente cubierta es excitante, pienso yo. Por supuesto, es difícil juzgar así su figura, pero te puedes hacer una idea.

—Eres tal como pensaba. No estás asustado.

—Gracias.

—No eres demasiado tímido.

—Voy por mi tercera copa.

—¿Qué pasa después de la cuarta?

—No gran cosa. La bebo y espero la quinta.

Salí a comprar el periódico. Cuando volví Liza tenía su larga falda recogida a la altura de las rodillas. Tenía buena pinta. Tenía finas rodillas y buenas piernas. El día (en verdad, la noche) se me estaba iluminando. Por sus cartas sabía que era una adicta de la comida natural como Cecilia. Sólo que no actuaba como Cecilia. O por lo menos no lo parecía. Yo estaba sentado en el otro lado del sofá y lanzaba continuamente miradas a sus piernas. Siempre había sido un hombre de piernas.

—Tienes unas piernas muy bonitas —le dije.

—¿Te gustan?

Subió un poco más su falda. Era enloquecedor. Toda aquella pierna

fabulosa saliendo de la ropa. Era mucho mejor que una minifalda.

Después de la siguiente copa me puse a su lado.

—Deberías venir a ver mi estudio de danza —dijo ella.

—No sé bailar.

—Claro que puedes bailar. Yo te enseñaré.

—¿Gratis?

—Claro. Eres muy ligero de pies para ser tan grandón. Puedo asegurar por tu manera de andar que serías un buen bailarín.

—Es un trato. Yo dormiré en *tu* sofá.

—Tengo un apartamento bonito, pero todo lo que tengo es una cama de agua.

—Muy bien.

—Pero me tienes que dejar que cocine para ti. Buena comida.

—Suená bien.

Miré sus piernas. Entonces acaricié una de sus rodillas. La besé. Ella respondió como una mujer solitaria.

—¿Me encuentras atractiva? —me preguntó.

—Sí, por supuesto. Pero lo que más me gusta es tu estilo. Tienes un tono inusual.

—Sabes ser galante, Chinaski.

—Tengo que serlo. Casi tengo 60 años,

—Parece que tuvieras 40.

—Tú también sabes ser galante, Liza.

—Tengo que serlo. Tengo 32.

—Me alegro de que no tengas 22.

—Y yo me alegro de que tú no tengas 32.

—Esta es una buena noche —dije.

Ambos trasegamos nuestras copas.

—¿Qué piensas de las mujeres? —preguntó ella.

—No soy un pensador. Cada mujer es diferente. Básicamente parece que sean una combinación de lo mejor y lo peor, lo mágico y lo terrible. Estoy contento de que existan, de todas maneras.

—¿Cómo las tratas?

—Son- mejores conmigo que yo con ellas.

—¿Piensas que eso está bien?

—No está bien, pero así es.

—Eres honesto.

—No mucho.

—Después de que compre esos trajes mañana, quiero probármelos. Tú puedes decirme el que más te gusta.

—Claro. Pero a mí me gusta el típico traje largo. Con clase.

—Compro de todos tipos.

—Yo no compro ropa hasta que se me cae en pedazos.

—Tu forma de vida es diferente.

—Liza, después de esta copa me voy a la cama. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

Le había puesto su ropa de cama en el suelo.

—¿Tendrás sábanas suficientes?

—Sí.

—¿Está bien la almohada?

—Seguro que sí.

Acabé mi copa, me levanté y cerré con llave la puerta principal.

—No te estoy encerrando. Confía.

—Lo hago...

Entré en el dormitorio, me desvestí, apagué la luz y me metí en la cama.

—Ya ves —le dije—, no te he violado.

—Oh —contestó ella—, mala suerte.

No acabé de creérmelo pero fue bueno oírlo. Me había hecho un número de cortesía. Liza no se iba a ir todavía.

Cuando me desperté la oí en el baño. ¿Debería quizás haberla cogido por banda? ¿Un hombre cómo podía saberlo? Generalmente, decidí, era mejor esperar, si importaban los sentimientos personales. Si las odiabas de primeras, era mejor jodértelas de entrada; si no, era mejor esperar, luego jodértelas y odiarlas más tarde.

Liza salió del baño con un vestido rojo de longitud media. Le sentaba bien. Era esbelta y distinguida. Se plantó frente al espejo de mi dormitorio, peinándose.

—Hank, voy a ir a comprar la ropa. Quédate en la cama. Probablemente te

sentirás mal después de toda aquella bebida.

—¿Por qué? Los dos bebimos lo mismo.

—Te oí vomitando en la cocina. ¿Qué te ocurrió?

—Estaba asustado, supongo.

—¿Tú? ¿Asustado? Pensé que eras el enorme, rudo, bebedor y jodedor de mujeres.

—¿Te hice algo?

—No.

—Estaba asustado. Mi arte es mi temor. De ahí lo arranco.

—Voy a comprar la ropa. Hank.

—Estás enfadada. Te sientes humillada.

—Desde luego que no. Volveré.

—¿Dónde está la tienda?

—En la calle 87.

—¿La calle 87? ¡Hostia santa, eso es *Watts*!

—Tienen los mejores trajes de la costa.

—¡Es un barrio *negro*!

—¿Eres anti-negros?

—Yo soy anti-todo.

—Cogeré un taxi. Volveré dentro de tres horas.

—¿Esta es tu idea de venganza?

—He dicho que volveré. Dejo mis cosas.

—No volverás nunca.

—Volveré. Sé arreglármelas sola.

—Está bien, pero oye... no cojas un taxi.

Me levanté y cogí mis vaqueros, encontré las llaves de mi coche.

—Toma, coge mi Volks. La matrícula es TRV 469, está justo ahí fuera. Pero ten cuidado con el embrague, y la segunda salta, especialmente al reducir, rasca.

Cogió las llaves y yo me volví a meter en la cama tapándome con las sábanas. Liza se inclinó sobre mí. La abracé, la besé en el cuello. Mi aliento apestaba.

—Animo —me dijo—. Confía. Lo celebraremos esta noche y habrá un desfile de modas.

—No puedo esperar.

—Ya verás.

—La llave plateada abre la puerta del conductor. La dorada es la llave de contacto.

Se fue con su vestido rojo. Oí cerrarse la puerta. Miré a mi alrededor. Su bolsa estaba allí todavía. Y había un par de zapatos suyos sobre la alfombra.

85

Cuando me desperté era la una y media de la tarde. Me di un baño y me vestí y revisé el correo. Había una carta de un joven de Glendale. «Querido señor Chinaski: Soy un joven escritor y creo que soy bueno, pero siempre me devuelven mis poemas. (¿Cómo entra uno en este juego? ¿Cuál es el secreto? ¿Quién se lo ha enseñado? Admiro mucho sus escritos y me gustaría pasarme por su casa y conversar con usted. Llevaría unos paquetes de cervezas y podríamos charlar. También me gustaría leerle algunos de mis poemas...».

El pobre gilipollas no tenía un orinal. Tiré su carta a la papelera.

Cerca de una hora más tarde regresó Liza.

— ¡Oh, he encontrado unos vestidos maravillosos!

Venía cargada de trajes. Entró en el dormitorio. Pasó un rato, entonces salió. Llevaba un traje largo de cuello alto y dio vueltas delante mío. Se le ajustaba al culo de forma gloriosa. Era dorado y negro, y llevaba zapatos negros. Hizo una especie de baile.

—¿Te gusta?

—Oh, sí... —Me senté y esperé.

Liza volvió al dormitorio. Luego salió con ano verde y rojo con reflejos plateados. Era éste un traje con la falda abierta y el ombligo al descubierto. Mientras desfilaba delante mío tenía una forma especial de mirarme a los ojos. No era coqueta ni sexy, era perfecta.

No recuerdo cuántos vestidos me enseñó, pero el último era desde luego fabuloso. Se le ajustaba a todo el cuerpo y llevaba aberturas en ambos lados de la falda. Mientras andaba, primero le salía una pierna fuera y luego la otra. El vestido era negro, relucía y tenía el escote bajo.

Me levanté mientras ella danzaba por la habitación y la agarré. La besé con vicio, doblándola hacia atrás. Seguí besándola y subiéndole la falda. Subí toda la parte de atrás de su falda y vi sus bragas, amarillas. Subí la parte delantera y empecé a empujar mi polla contra ella. Su lengua se metió en mi boca, estaba tan fría como si acabase de estar bebiendo agua helada. La fui empujando hasta el

dormitorio, la eché en la cama y salté encima. Le quité las bragas amarillas y me quité mis propios calzones. Dejé ir a mi imaginación. Sus piernas estaban sobre mi cuello mientras yo la miraba. Aparté sus piernas, me fui para arriba y se la metí. Jugué un poco, usando diferentes velocidades y luego empecé con embestidas furiosas, embestidas de amor, embestidas lujuriosas, embestidas brutales. A veces se me salía, pero empezaba otra vez. Finalmente me dejé ir, le di unas pocas sacudidas más, me corrí y caí junto a ella. Liza continuó besándome. No estaba seguro si ella había llegado o no. Yo sí.

Cenamos en un sitio francés que servía también buena comida americana a precios razonables. Estaba siempre repleto, lo que nos dio tiempo para conocer el bar. Aquella noche dejé mi nombre como Lancelot Lovejoy, y estuve lo bastante sobrio como para reconocer la llamada 45 minutos más tarde.

Pedimos una botella de vino. Decidimos retrasar un poco la cena. No había mejor manera de beber que en una pequeña mesa cubierta con un mantel junto a una mujer estupenda.

—Jodes —me dijo Liza— con el entusiasmo de un hombre que jode por primera vez y aun así jodes con un montón de inventiva.

—¿Puedo escribir eso en mi servilleta?

—Claro.

—Puede que lo use alguna vez.

—Simplemente no me uses a mí, es todo lo que te pido. No quiero ser sólo otra de tus mujeres.

No contesté.

—Mi hermana te odia —dijo—, dice que todo lo que harás es utilizarme.

—¿Qué ha pasado con tu clase, Liza? Estás hablando como cualquier otra.

Cuando volvimos a casa bebimos un poco más. Me gustaba cantidad. Empecé a abusar un poco de ella, verbalmente. Se mostró sorprendida, sus ojos se llenaron de lágrimas. Corrió a meterse en el baño, estuvo unos diez minutos y luego salió.

—Mi hermana tenía razón. ¡Eres un bastardo hijo de puta!

—Vámonos a la cama, Liza.

Nos desvestimos y nos metimos en la cama. La monté, sin preámbulos era mucho más difícil, pero finalmente entró. Empecé a trabajar. Le di y le di. Era otra noche de calor. Era como un mal sueño repetitivo. Empecé a sudar. Me contorsionaba y bombeaba. No avanzaba, no iba a conseguirlo. Le di una y otra

vez. Finalmente me eché a un lado.

—Lo siento, nena, demasiada bebida.

Liza deslizó lentamente su cabeza por mi pecho, por mi estómago, bajó y la cogió. Empezó a lamer y lamer y lamer, luego se la metió en la boca y fue a por ello...

Volví a San Francisco con Liza. Tenía un apartamento en lo alto de una colina. Era agradable. La primera cosa que hice fue cagar. Entré en el baño y me senté. Baldosas verdes por todas partes. Vaya una guarida. Me gustaba. Cuando salí, Liza me sentó en unos grandes almohadones, puso música de Mozart y me sirvió vino. Era la hora de comer y ella se metió en la cocina. De vez en cuando me servía otro vino. Yo siempre disfrutaba más estando en casas de mujeres que cuando ellas estaban en mi casa. Cuando estaba en sus casas siempre me podía marchar.

Me llamó a comer. Había una ensalada, té helado y un guiso de pollo. Estaba muy bueno. Yo era un cocinero pésimo. Sólo sabía freír filetes, aunque hacía un buen estofado de vaca, especialmente cuando estaba borracho. Me gustaba jugar con mis estofados de vaca. Les ponía de todo, y a veces realmente me pasaba.

Después de comer fuimos a dar una vuelta por el muelle del Pescador. Liza llevaba su coche con mucha cautela. Me ponía nervioso. Se paraba en un cruce y miraba en ambas direcciones. Aunque no viniese nadie se quedaba allí parada. Yo esperaba.

—Liza, mierda, vamos. No viene nadie.

Entonces arrancaba. Así ocurría siempre con la gente. Cuanto más la conocías, más conocías sus excentricidades. Algunas veces sus excentricidades eran divertidas, al principio.

Caminamos por el muelle, luego fuimos a sentarnos en la arena. No se puede decir que hubiera mucha playa.

Me dijo que no había tenido un amante desde hacía tiempo. Cuando los hombres que conocía le hablaban de lo que era importante para ellos, lo encontraba incomprensible.

—Las mujeres son muy parecidas —le dije—. Cuando preguntaron a Richard Burton qué era lo primero que él miraba en una mujer, respondió: «Que tenga más de 30 años».

Empezó a oscurecer y regresamos a su apartamento. Liza sacó vino y nos sentamos en los almohadones. Abrió las persianas y contemplamos la noche. Empezamos a besarnos. Luego bebimos y nos besamos algo más.

—¿Cuándo vas a volver a trabajar? —le pregunté.

—¿Quieres que trabaje?

—No, pero tienes que vivir.

—Pero tú no estás trabajando.

—En cierto modo, sí.

—¿Te refieres a que vives sólo para escribir?

—No, simplemente existo. Luego más tarde trato de recordar y escribo lo que me sale.

—Yo sólo abro mi estudio de danza tres días a la semana.

—¿Así te las arreglas?

—Como en un baile.

Nos enrollamos más con los besos. Ella no bebió tanto como yo. Nos fuimos a la cama de agua, nos desnudamos y subimos. Había oído hablar de los polvos en camas de agua. Se suponía que eran grandiosos. Yo lo encontré dificultoso. El agua se movía y agitaba bajo nosotros, y mientras yo me iba para abajo, el agua se iba hacia los lados. En vez de atraerme a ella, la alejaba de mí. Quizás necesitase práctica. Comencé con mi rutina salvaje, tirándola del pelo, atacándola como si fuera una violación. A ella le gustaba, o eso parecía, haciendo pequeños sonidos de placer. La atacué un poco más, entonces de repente pareció llegar al clímax, haciendo todos los sonidos adecuados. Eso me excitó y me corrí justo cuando acabó ella.

Nos lavamos y volvimos a los almohadones y el vino. Liza se quedó dormida con la cabeza en mi regazo. Me quedé allí sentado una hora o así. Luego me tumbé y aquella noche dormimos sobre aquellos almohadones.

Al día siguiente Liza me llevó a su estudio de danza. Compramos unos sandwiches y bebidas y los llevamos al estudio y los comimos. Era una sala muy amplia en un segundo piso. No había más que suelo vacío, un equipo de estéreo, unas cuantas sillas y unas cuerdas que colgaban del techo. Yo no sabía lo que nada de eso significaba.

—¿Te enseño a bailar? —me preguntó.

—No tengo muchas ganas —dije.

Los días siguientes fue parecido. Ni mal ni bien. Aprendí a arreglármelas algo mejor en la cama de agua, pero seguía prefiriendo una cama normal para joder.

Me quedé tres o cuatro días más, luego volví a Los Ángeles.

Seguimos escribiéndonos.

Un mes más tarde volvió a Los Ángeles. Esta vez, cuando llegó a mi puerta

llevaba pantalones. Parecía diferente, no podía decir por qué, pero parecía diferente. No me apetecía estar sentado con ella y la llevé al hipódromo, al cine, a los combates de boxeo, a todos los sitios donde iba con las mujeres que me gustaban, pero algo se estaba perdiendo. Todavía había sexo, pero ya no era tan excitante. Me sentí como si estuviéramos casados.

Pasados cinco días Liza estaba sentada en el sofá y yo estaba leyendo el periódico cuando ella dijo;

—Hank, esto no funciona ¿verdad?

—No.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé.

—Me voy a ir. No quiero estar aquí.

—Tranquila, no es *tan* malo.

—No lo entiendo.

Yo no contesté.

—Hank, llévame al local de Women's Liberation. ¿Sabes dónde está?

—Sí, está en el distrito de Westlake, donde antes estaba la escuela de arte.

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez llevé allí a otra mujer.

—Cerdo asqueroso.

—Bien, y ahora...

—Tengo una amiga que trabaja allí. No sé dónde está su apartamento ni la encuentro en la guía telefónica. Pero sé que trabaja en el edificio del Women's Lib. Me quedaré con ella un par de días. No quiero volver a San Francisco sintiéndome así...

Liza recogió sus cosas y las metió en la maleta. Salimos a coger el coche y la llevé a Westlake. Había llevado a Lydia una vez allí a una exposición de mujeres donde ella había presentado algunas de sus esculturas.

Aparqué fuera.

—Esperaré a que te asegures de que tu amiga está ahí.

—No hay problema, te puedes ir.

—Esperaré.

Esperé. Liza salió, me despidió con la mano. Yo me despedí, puse en marcha el motor y me fui.

Estaba sentado en calzoncillos una noche una semana más tarde. Se oyó una ligera llamada en la puerta.

—Un momento —dije. Me puse una bata y abrí la puerta.

—Somos dos chicas de Alemania. Hemos leído tus libros.

Una parecía tener 19 años, la otra quizás 22.

Tenía dos o tres libros traducidos en Alemania en ediciones reducidas. Yo había nacido en Alemania en 1920, en Andernach. La casa donde había vivido de niño era ahora un burdel. No sabía hablar alemán, pero ellas hablaban inglés.

—Entrad.

Se sentaron en el sofá.

—Yo me llamo Hilda —dijo la de 19 años.

—Yo Gertrude —dijo la de 22.

—Yo Hank.

—Pensamos que tus libros son muy tristes y muy divertidos —dijo Gertrude.

—Gracias.

—Preparé tres vodkas-7. Se bebieron lo suyo y yo lo mío.

—Vamos de camino a Nueva York. Pensamos que podíamos hacer una parada —dijo Gertrude.

Dijeron que habían estado en México. Hablaban bien el inglés. Gertrude era más pesada, casi una bola de manteca; era todo tetas y culo. Hilda era flaca, parecía como si estuviese apretada... estreñida y rara, pero atractiva.

Mientras bebía, crucé las piernas. Se apartó mi bata.

—¡Oh —dijo Gertrude—, tienes unas piernas muy sexy!

—Sí —dijo Hilda.

—Ya lo sé —dije yo.

Las chicas siguieron mi ritmo de bebida. Preparé tres más. Cuando me volví a sentar me aseguré de que la bata me cubriera convenientemente.

—Chicas, os podéis quedar aquí unos días, descansad.

No contestaron.

—O no tenéis por qué quedaros —dije—, no hay problema. Podemos charlar un rato. No quiero exigiros nada.

—Apuesto a que conoces a un montón de mujeres —dijo Hilda—. Hemos

leído tus libros.

—Escribo ficción.

—¿Qué es ficción?

—La ficción es una mejora de la realidad.

—¿Quieres decir que mientes? —preguntó Gertrude.

—Un poco. No mucho.

—¿Tienes novia? —preguntó Hilda.

—No, ahora no.

—Nos quedaremos.

—Sólo hay una cama.

—Vale.

—Sólo una cosa...

-¿Qué?

—Yo tengo que dormir en el medio.

—Muy bien.

Seguí sirviendo bebidas y pronto nos disparamos. Llamé al almacén de licores.

—Quiero...

—Espere, amigo —dijo él—, no hacemos repartos a estas horas.

—¿De verdad? Meto doscientos dólares al mes por tu tragadera.

—¿Quién es?

—Chinaski.

—Oh, *Chinaski*... ¿Qué es lo que quería?

Se lo dije.

—¿Sabe cómo venir?

—Oh, sí.

Llegó en ocho minutos. Era el australiano gordo que estaba siempre sudando. Cogí los dos paquetes y los puse en una silla.

—Hola, señoritas —dijo el barrigón. Ellas no contestaron.

—¿Cuánto es, Arbuckle?

—Bueno, son 17.94 dólares.

Le di uno de veinte. Empezó a rebuscar el cambio. —No hagas comedia. Cómprate una casa nueva.

—¡Gracias, señor!

Entonces se inclinó hacia mí y me preguntó en voz baja: «Dios mío, ¿cómo lo consigue?».

—Mecanografiando.

—¿Mecanografiando?

—Sí, unas 18 palabras por minuto. Le saqué fuera y cerré la puerta.

Aquella noche me fui a la cama con ellas. Yo en medio. Estábamos todos borrachos y primero agarré una, besándola y acariciándola, luego me volví y agarré a la otra. Fui de un lado a otro y era muy gratificador. Más tarde me concentré durante largo rato en una, luego me volví hacia la otra. Cada una aguardaba pacientemente. Yo estaba confuso. Gertrude era más caliente, Hilda era más joven. Dudaba, me ponía encima de cada una de ellas pero no se la metía. Finalmente me decidí por Gertrude. Pero no lo conseguí. Estaba demasiado borracho. Nos quedamos dormidos, con su mano agarrándome la polla y mis manos en sus tetas. Mi polla se bajó, sus tetas siguieron firmes.

Hacía calor al día siguiente y bebimos más. Llamé pidiendo comida. Puse el ventilador. No hablamos mucho. A estas alemanas les gustaba beber. Salieron y se sentaron en el viejo banco de mi porche. Hilda en shorts y sujetador y Gertrude en una ligera combinación rosada, sin sujetador ni bragas. Max, el cartero, llegó a casa. Gertrude recogió mi correo. El pobre Max por poco se desmaya. Pude ver la envidia y la incredulidad en sus ojos. Pero, por lo menos, él tenía seguro social...

Hacia las dos de la tarde Hilda dijo que iba a dar un paseo. Gertrude y yo entramos. Finalmente sucedió. Estábamos en la cama y nos desnudamos. Después de un rato nos metimos en ello. La monté y se la metí. Pero se fue bruscamente hacia la izquierda, como si hubiese una curva cerrada. Sólo recordaba una mujer igual, pero aquello había estado muy bien. Entonces empecé a pensar, me está engañando, no la tiene metida. Así que la saqué y se la volví a meter. Entró y de nuevo hizo un fuerte giro a la izquierda. Vaya mierda. O bien tenía un coño jodidamente extraño o no la estaba penetrando. Bombeé y sacudí mientras se me doblaba en aquel rudo giro.

Trabajé y trabajé. Entonces sentí como si estuviese tocando hueso. Era chocante. Me di por vencido y lo dejé.

—Lo siento —dije—, parece que no es mi día.

Gertrude no contestó.

Nos levantamos y vestimos. Salimos a la sala, nos sentamos y esperamos a Hilda. Bebimos y esperamos. Hilda tardó un buen rato. Largo, largo rato. Finalmente llegó.

—Hola —dije.

—¿Quiénes son todos estos negros de tu barrio? —me preguntó.

—No sé quiénes son.

—Me dijeron que podía sacarme dos mil dólares por semana,

—¿Haciendo qué?

—No me lo dijeron.

Las alemanas se quedaron dos o tres días más. A mí se me seguía doblando hacia la izquierda con Gertrude aun cuando estaba sobrio. Hilda me dijo que estaba con Tampax, así que no era de gran ayuda.

Finalmente recogieron sus cosas y las llevé en mi coche. Llevaban grandes mochilas de lona que cargaban sobre sus espaldas. Híppies alemanas. Seguí sus instrucciones. Gira por aquí, gira por allí. Subimos más y más a las colinas de Hollywood. Estábamos en territorio rico. Había olvidado que había gente que vivía fabulosamente mientras la mayoría de los otros se desayunaban con su propia mierda. Cuando vivías donde yo vivía empezabas a creer que cualquier otro sitio era como tu propio cuchitril.

—Aquí es —dijo Gertrude.

El coche estaba al comienzo de un largo camino privado. Arriba había una casa, una casa grande, grande, con todas las cosas en ella y a su alrededor que suelen tener estas casas.

—Mejor nos dejas que vayamos andando—dijo Gertrude.

—Sí —dije yo.

Salieron. Di la vuelta al Volks. Ellas se quedaron en la entrada despidiéndome, con sus mochilas en la espalda. Yo les dije adiós, luego me fui, puse punto muerto, y me dejé deslizar montaña abajo.

Me pidieron que diera una lectura en un famoso club, el Lancer, en Hollywood Boulevard. Accedí a leer dos noches. Iba a ir después de un grupo de rock, *Los violadores*. Me estaba metiendo vampirizado en el mogollón del show business. Me dieron algunos tickets y llamé a Tammie preguntándole si quería venir. Ella dijo que sí, así que la primera noche la llevé conmigo. Hice que la pusieran en primera fila. Nos sentamos en el bar esperando a que llegase mi turno. La actuación de Tammie fue similar a la mía. Se emborrachó pronto y empezó a ir de un lado a otro del bar hablando con la gente.

Cuando estaba a punto de salir yo, Tammie se iba cayendo sobre las mesas. Encontré a su hermano y le dije:

—Hostia, *llévatela* de aquí, ¿quieres?

La sacó. Yo estaba también borracho, y más tarde me olvidé de que había pedido que la sacaran.

No di una buena lectura. El público estaba estrictamente metido en el rock y se perdían líneas y significados. Pero en parte yo también tenía la culpa. A veces tenía suerte con muchedumbres rockeras, pero no aquella noche. Me sentía a disgusto por la ausencia de Tammie, creo. Cuando volví a casa marqué su número de teléfono. Contestó su madre.

—¡Su hija —le dije— es una ESCORIA!

—Hank, no quiero oír esas cosas.

Colgó.

A la noche siguiente fui solo. Me senté en una mesa del bar y bebí. Una digna dama de cierta edad se acercó a mi mesa y se presentó. Enseñaba literatura inglesa y traía con ella a una de sus pupilas, una bola de manteca llamada Nancy Freeze. Nancy parecía estar pasando calor. Querían saber si yo accedería a responder a unas preguntas para la clase.

—Disparen.

—¿Quién es su autor favorito?

—Fante.

—¿Quién?

—John F-a-n-t-e. *Pregunta al polvo. Espera a la primavera, Bandini.*

—¿Dónde podemos encontrar sus libros?

—Yo los encontré en la biblioteca central. Entre la quinta y la calle Olive.

—¿Por qué le gusta?

—Emoción total. Un hombre muy bravo.

—¿Quién más?

—Celine.

—¿Por qué?

—Le rajaron las tripas y se rió, y les hizo reír también. Un hombre muy bravo.

—¿Cree usted en la bravura?

—Me gusta verla donde sea, en animales, pájaros, reptiles, humanos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Me hace sentir bien. Es una cuestión de estilo frente a algo sin arreglo.

—¿Hemingway?

—No.

—¿Por qué?

—Demasiada basura, demasiada seriedad. Un buen escritor, finas sentencias. Pero para él la vida era siempre una guerra total. Nunca se dejaba, nunca bailaba.

Cerraron sus cuadernillos y se fueron. Demasiado mal. Tenía que haberles dicho que mis *verdaderas* influencias eran Gable, Cagney, Bogart y Errol Flynn.

La siguiente cosa que supe es que estaba sentado con tres guapas mujeres, Sara, Cassie y Debra. Sara tenía 32 años, una figura con clase, buen estilo y todo un corazón. Tenía un pelo rubio rojizo que le caía sobre los hombros, y unos ojos salvajes, ligeramente chiflados. También arrastraba una sobrecarga de compasión que era realmente excesiva y que obviamente pagaba por ella. Debra era judía con grandes ojos marrones y una boca generosa, muy cargada de carmín. Su boca destelleaba y me hipnotizaba. Supuse que tendría entre 30 y 35 años, y me recordaba a mi madre en 1935 (aunque mi madre había sido mucho más bella). Cassie era alta, con una larga cabellera rubia, muy joven, vestida con ropa cara, a la moda, hip, «in», nerviosa, bella. Se sentó pegada a mí, apretándome la mano, frotando su muslo contra el mío. Mientras apretaba mi mano vi que la suya era mucho mayor que la mía. (Aunque soy un hombre alto, me avergüenzan mis manos pequeñas. En mis trifulcas de juventud en Filadelfia conocí la importancia del tamaño de las manos. Cómo me las arreglé para ganar el 30 por cien de mis peleas es algo sorprendente.) De algún modo, Cassie veía que tenía una ventaja frente a las otras dos y yo, sin saber por qué, accedía.

Entonces tuve que leer, y aquella noche hubo mejor suerte. Era el mismo público, pero mi mente estaba concentrada. La muchedumbre se fue calentado progresivamente, con más salvajismo y entusiasmo. A veces eran ellos quienes conseguían que ocurriera, otras veces eras tú. Esto último era lo usual. Era como

subir a un ring: tenías que sentir que les debías dar algo o no estar allí. Yo fintaba, y saltaba y esquivaba, y en el último round abrí mi guardia y me iba a noquear al arbitro. La actuación es la actuación. Después del fracaso de la noche anterior mi éxito les debió parecer muy extraño. A mí ciertamente me lo parecía.

Cassie estaba esperando en el bar. Sara me pasó una nota amorosa con su número de teléfono. Debra no fue tan inventiva, simplemente escribió su número de teléfono. Por un momento, extrañamente, pensé en Katherine, luego invité a Cassie a una copa. Nunca había vuelto a ver a Katherine. Mi niñita de Texas, mi belleza de bellezas. Adiós, Katherine.

—Oye, Cassie ¿me puedes llevar a casa? Estoy demasiado borracho para conducir. Una multa más por conducir borracho y la cago.

—De acuerdo, te llevaré a casa. ¿Qué pasará con tu coche?

—Que se joda. Lo dejo aquí.

Nos fuimos en su M.G. Era de película. En cualquier momento esperaba que me tirase en cualquier esquina. Tenía veintitantos años. Hablaba mientras conducía. Trabajaba para una compañía de música. Le encantaba. No tenía que estar en el trabajo hasta las diez y media y se iba a las tres.

—No está mal —dijo— y me gusta. Puedo contratar y despedir, he ascendido, pero todavía no he tenido que despedir a nadie. Son gente buena y hemos sacado unos cuantos discos magníficos...

Llegamos a mi casa. Saqué el vodka. El pelo de Cassie le llegaba casi hasta el culo. Yo siempre había sido un hombre de pelo y de piernas.

—Leíste realmente bien esta noche —dijo ella—. Eras una persona completamente diferente de la de la noche pasada. No sé cómo decirlo, pero en tus mejores momentos tienes esta especie de... humanidad. La mayoría de los poetas son unos mierdecillas pedantes.

—A mí tampoco me gustan.

—Y a ellos no les gustas tú.

Bebimos algo más y nos fuimos luego a la cama. Su cuerpo era fascinante, glorioso, estilo Playboy, pero desgraciadamente yo estaba borracho. De todas maneras se me puso dura, y bombeé y bombeé, agarré su larga cabellera, se la saqué de debajo y corrí mis manos por ella. Estaba excitado pero no pude hacerlo. Al final me eché a un lado, le di las buenas noches a Cassie y dormí un sueño culpable.

Por la mañana me sentí embarazado. Estaba seguro de que no volvería a ver más a Cassie. Nos vestimos. Eran cerca de las 10. Fuimos al M.G. y

entramos. Yo no hablaba, ella no hablaba. Me sentía como un tonto, pero no había nada que decir. Volvimos al Lancer y allí estaba el Volks azul.

—Gracias por todo, Cassie. No pienses cosas feas de Chinaski.

Ella no contestó. La besé en la mejilla y salí. Se fue con su M.G. Después de todo, era lo que Lydia decía: «Si quieres beber, bebe; si quieres joder, tira la botella».

Mi problema es que yo quería hacer las dos cosas.

88

Así que me sorprendió que un par de noches más tarde sonara el teléfono y fuera Cassie.

—¿Qué estás haciendo, Hank?

—Aquí sentado...

—¿Por qué no vienes por aquí?

—Me gustaría...

Me dio la dirección.

—Tengo mucha bebida —dijo—, no tienes que traer nada.

—Quizás no debería beber nada.

—No te preocupes.

—Si me lo pones tú, beberé. Si no, no.

—No te preocupes por eso.

Me vestí, salté al Volks y fui para allá. ¿Cuántas vicisitudes podían ocurrirle a un hombre? Los dioses estaban de mi parte, aunque tarde. ¿Quizás fuese una prueba? ¿Quizás fuese un truco? Atraer a Chinaski y luego cortarle en rodajas. Sabía que eso acabaría ocurriendo. ¿Pero qué podías hacer tras una cuenta de 8 cuando sólo quedan dos asaltos para acabar el combate?

El apartamento de Cassie estaba en el segundo piso. Pareció alegrarse de verme. Un enorme perro negro saltó sobre mí. Era *enorme*, musculoso y macho. Puso sus patas sobre mis hombros y me lamió la cara. Lo aparté de un empujón. Se quedó allí moviendo el rabo y soltando extraños gruñidos. Era descomunal.

—Este es Elton —dijo Cassie.

Fue a la nevera y sacó vino.

—Esto es lo que vas a beber. Tengo mucho.

Llevaba un traje largo verde que le caía a la perfección. Era como una serpiente. Llevaba unos zapatos adornados con piedrecitas verdes y una vez más vi lo largo que era su pelo, no sólo largo sino abundante, tal masa de cabello era. Le llegaba casi hasta el culo. Sus ojos eran grandes y de color azul verdoso, algunas veces más azules que verdes y otras veces lo contrario, depende, de qué luz les diera. Vi dos de mis libros en su biblioteca, dos de los mejores.

Cassie se sentó, abrió el vino y sirvió dos copas.

—El otro día conectamos los dos. Algo especial. No quería perderlo —dijo ella.

—Yo disfruté —dije.

—¿Quieres un aupador?

—Vale.

Sacó dos. Cápsulas negras. Las mejores. Me tragué la mía con el vino.

—Tengo el mejor camello de la ciudad. Nunca me engaña —dijo.

—Muy bien.

—¿Has estado alguna vez enganchado?

—Traté algún tiempo con la coca, pero no aguantaba las bajadas. Me daba miedo entrar al día siguiente en la cocina porque había un cuchillo de carnicero. Aparte, 50 o 75 pavos diarios es algo que supera mis posibilidades.

—Tengo algo de coca.

—Paso.

Sirvió más vino.

No sé por qué, pero con cada nueva mujer parecía que fuese la primera vez, casi como si nunca antes hubiera estado con una. Besé a Cassie. Mientras la besaba, dejé correr una mano por todo aquel pelo.

—¿Quieres que ponga música?

—No, la verdad es que no.

—Conocías a Dee Dee Bronson, ¿no?

—Sí, rompimos.

—¿Has oído lo que ocurrió?

—No.

—Primero perdió su trabajo, luego se fue a México. Conoció a un torero retirado. El torero la trató a patadas y se llevó todos sus ahorros, siete mil dólares.

—Pobre Dee Dee: de mí a eso.

Cassie se levantó. La vi cruzar la habitación. Su culo se movía y vibraba bajo el apretado vestido verde. Volvió con papelillos y algo de hierba. Lió un porro.

—Luego tuvo un accidente de coche.

—No sabía conducir. ¿La conocías bien?

—No, pero en el negocio se oyen cosas.

—Vivir hasta que te mueres es un trabajo duro —dije.

Cassie me pasó el porro.

—Tu vida parece en orden —me dijo.

—¿De verdad?

—Me refiero a que no te luces o tratas de impresionar como otros hombres. Tienes una naturalidad divertida.

—Me gusta tu culo y también tu cabello —dije—, y tus labios y tus ojos y tu vino y tu casa y tus porros. Pero no estoy en orden.

—Escribes mucho de mujeres.

—Ya sé. A veces me pregunto sobre qué escribiré después de esto.

—Tal vez no se acabe.

—Todo se acaba.

—Pásame el porro.

—Claro, Cassie.

Dio una calada y luego la besé. Eché su cabeza hacia atrás tirándole del pelo. Forcé sus labios a abrirse. Fue largo. Luego la dejé.

—¿Te gusta, no? —preguntó ella.

—Para mí es más personal que joder.

—Creo que tienes razón.

Fumamos y bebimos varias horas, luego nos fuimos a la cama. Nos besamos y jugamos. Fue bueno y duro y la cogí bien, pero pasados diez minutos supe que no iba a conseguirlo. Otra vez había bebido demasiado. Empecé a sudar y a cansarme. Di unas cuantas sacudidas más y lo dejé.

—Lo siento, Cassie...

Vi cómo bajaba su cabeza hasta mi pene. Estaba todavía duro. Empezó a lamerlo. El perro subió de un salto a la cama y yo lo eché de una patada. Contemplé a Cassie chupándome la polla. La luz de la luna venía a través de la ventana y yo podía verla claramente. Cogió la punta de mi verga en su boca y la chupó suavemente. Luego se la metió toda y se lo hizo bien, corriendo su lengua

arriba y abajo por todo lo largo mientras succionaba. Era glorioso.

Cogí con una mano su pelo y lo alcé por encima de su cabeza. Todo aquel pelo mientras me la chupaba. Duró largo tiempo pero al final me sentí a punto de correrme. Ella también lo notó y redobló sus esfuerzos. Empecé a soltar gemidos y pude oír al perro gimiendo en la alfombra conmigo. Me gustaba. Me eché hacia atrás lo más que pude para prolongar el placer. Entonces, acariciando y sujetando todavía su pelo, exploté en su boca.

Cuando me desperté a la mañana siguiente Cassie se estaba vistiendo.

—No pasa nada —dijo—, puedes seguir durmiendo. Sólo asegúrate de cerrar la puerta cuando te vayas.

—Está bien.

Después de que se fuera me di una ducha. Luego encontré una cerveza en la nevera, la bebí, me vestí, dije adiós a Elton, me aseguré de que la puerta quedaba cerrada, subí al Volks y volví a casa.

89

Tres o cuatro días más tarde encontré su nota y llamé a Debra. Me dijo que fuera a su casa. Me dio una dirección en Playa del Rey y fui hasta allí. Tenía un pequeño chalet con jardín frontal. Entré, aparqué y llamé al timbre. Era uno de esos con dos tonos de campana. Debra abrió la puerta. Estaba igual que la recordaba, con una enorme boca de carmín, pelo corto, pendientes brillantes, perfume y casi continuamente, una amplísima sonrisa.

—¡Oh, entra, Henry!

Lo hice. Había un tío allí sentado, pero era obviamente un homosexual, así que no tenía que enfrentarme con él.

—Este es Larry, mi vecino. Vive en la casa de atrás.

Nos dimos la mano y me senté.

—¿Hay algo para beber? —pregunté.

—¡Oh, *Henry*!

—Puedo ir a buscar algo. Podía haber traído, pero no sabía lo que te gustaba.

—Oh, tengo algo.

Debra entró en la cocina.

—¿Qué tal te va? —le pregunté a Larry.

—No he estado muy bien, pero ahora voy mejor. Estoy haciendo autohipnosis. Hace maravillas.

—¿Quieres beber algo, Larry? —preguntó Debra desde la cocina.

—Oh, no, gracias...

Debra salió con dos vasos de vino tinto. La casa de Debra tenía una decoración muy recargada. Había algo en todas partes. Todo era lujoso y se oía música de rock saliendo de todas direcciones por pequeños altavoces.

—Larry está practicando la autohipnosis.

—Me lo ha dicho.

—No sabes lo bien que duermo desde que la hago, no sabes lo bien que me siento.

—¿Crees que todos deberíamos probarla?

—Bueno, eso es difícil de decir. Pero puedo decir que conmigo funciona a las mil maravillas.

—Voy a dar una fiesta la noche de Halloween, Henry. Va a venir todo el mundo. ¿Por qué no te animas? ¿De qué crees que podría ir disfrazado, Larry?

Los dos me miraron.

—Bueno, no sé... —dijo Larry—. Realmente no sé. ¿Quizás?... oh, no... No creo.

El timbre ding-dongueó y Debra fue a abrir. Era otro homosexual sin camisa. Llevaba una máscara de lobo con la lengua colgando, una lengua enorme de goma saliendo de la boca. Parecía triste y deprimido.

—Vincent, éste es Henry. Henry, éste es Vincent...

Vincent me ignoró. Se quedó allí con su lengua de goma.

—He tenido un día horrible en el trabajo. No puedo aguantarlo más. Creo que lo voy a dejar.

—Pero Vincent ¿qué vas a hacer? —le preguntó Debra.

—No sé. Pero puedo hacer cantidad de cosas. ¡No tengo por qué estar comiéndome su mierda!

—¿Vienes a la fiesta, verdad, Vincent?

—Por supuesto. Lo he estado preparando durante días.

—¿Te has memorizado tus frases para la obra?

—Sí, pero esta vez creo que tenemos que representar la obra *antes* de hacer los juegos. La última vez, antes de empezar la obra estábamos tan borrachos por culpa de los juegos que no le hicimos justicia.

—Muy bien, Vincent, lo haremos así.

Tras eso, Vincent y su lengua se dieron la vuelta y se fueron.

Larry se levantó.

—Bueno, yo también me tengo que ir. Me alegro de haberte conocido.

—Está bien, Larry.

Nos dimos la mano y Larry salió por la cocina y la puerta trasera hacia su casa.

—Larry me ha servido siempre de mucha ayuda, es un buen vecino. Me alegro de que hayas sido amable con él.

—El estuvo correcto. Demonio, estaba aquí antes que yo.

—No hay nada sexual entre nosotros.

—Ni entre nosotros tampoco.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Saldré a comprar algo de beber.

—Henry, tengo de todo. Sabía que ibas a venir.

Debra volvió a llenar nuestros vasos. La miré. Era joven, pero parecía sacada de los años 30. Llevaba una falda negra que bajaba hasta la pantorrilla, zapatos negros con tacones altos, una blusa blanca de cuello alto, un lazo en el cuello, pendientes, pulseras, la boca de carmín, bastante rouge, perfume. Estaba bien construida con bonitos pechos y nalgas que meneaba al andar. Encendía continuamente cigarrillos, había colillas manchadas de carmín por todas partes. Me sentía de vuelta a la niñez. Ni siquiera llevaba pantys y de vez en cuando se estiraba las medias, mostrando lo justo de pierna, lo justo de rodilla. Era el tipo de chica que amaban nuestros padres.

Me habló de su negocio. Tenía algo que ver con papeleos de juzgado y abogados. La ponía frenética pero se ganaba bien la vida.

—A veces me regañan por mi ineficacia, pero lo supero y me perdonan. ¡No sabes cómo son esos condenados leguleyos! Lo quieren todo inmediatamente, y no piensan en el tiempo que cuesta conseguirlo.

—Los abogados y los doctores son los miembros más sobrevalorados y superpagados de la sociedad. Les sigue el mecánico del taller de la esquina. Luego el dentista.

Debra cruzó las piernas y se le subió un poco la falda.

—Tienes unas piernas muy bonitas, Debra. Y sabes cómo vestirme. Me recuerdas a las chicas de la época de mi madre. Cuando las mujeres eran mujeres.

—Eres muy cortés, Henry.

—Sabes a lo que me refiero. Y es cierto especialmente en Los Ángeles.

Una vez, no hace mucho, estuve fuera de la ciudad y cuando volví, ¿sabes cómo supe que estaba de vuelta?

—Bueno, no...

—Fue con la primera mujer con quien me crucé en la calle. Llevaba una falda tan corta que le veías con toda facilidad las bragas. Y a través de las bragas, perdóname, se le veían los pelos del coño. Supe que estaba otra vez en Los Ángeles.

—¿Dónde estabas? ¿En Main Street?

—Main Street, una mierda. Era el cruce Beverly y Fairfax.

—¿Te gusta el vino?

—Sí, y me gusta tu casa. Debería mudarme aquí.

—Mi casero es celoso.

—¿Hay alguien más que pueda ponerse celoso?

—No.

—¿Por qué?

—Trabajo duro y sólo quiero volver a casa y relajarme por la noche. Me gusta decorar esto. Una amiga que trabaja para mí y yo vamos a ir mañana de anticuarios. ¿Te gustaría venir?

—¿Estaré aquí por la mañana?

Debra no contestó. Me sirvió otra copa y se sentó junto a mí en el diván. Yo me incliné y la besé. Mientras lo hacía le subí la falda y miré de reojo aquella pierna de nylon. Tenía buena pinta. Cuando acabamos de besarnos se bajó otra vez la falda, pero yo ya me había aprendido aquella pierna de memoria. Se levantó y fue al baño. Oí la cadena del water. Luego hubo una pausa. Probablemente se estaría poniendo más carmín. Saqué mi pañuelo y me limpié la boca. El pañuelo quedó teñido de rojo. Finalmente estaba consiguiendo aquello que todos los chicos de la universidad menos yo habían conseguido. Los chicos bonitos ricos, dorados y bien vestidos con sus automóviles nuevos y yo con mis trajes de pelagatos y mi bicicleta rota.

Debra salió. Se sentó y encendió un cigarrillo.

—Vamos a joder —le dije.

Debra entró en el dormitorio. Quedaba media botella de vino en la mesita. Me serví una copa y encendí uno de sus cigarrillos. Ella quitó la música de rock. Eso estuvo bien.

Todo estaba tranquilo. Me serví otra copa. ¿Debería quizás mudarme a este sitio? ¿Dónde pondría la máquina de escribir?

—¿Henry?

—¿Qué?

—¿Dónde estás?

—Espera. Sólo quiero acabar esta copa.

—Muy bien.

Acabé la copa y luego me bebí lo que quedaba de la botella. Estaba en Playa del Rey. Me desnudé, dejando mi ropa en un montón descuidado sobre el sofá. Nunca había sido un elegante. Mis camisas estaban todas gastadas y deshilachadas, viejas de cinco o seis años, pasadas de moda. Lo mismo ocurría con mis pantalones. Odiaba las tiendas de ropa, odiaba a los empleados, actuaban como seres superiores, parecía que conocieran el secreto de la vida, tenían confidencias que yo desconocía. Mis zapatos estaban siempre viejos y rotos, también me disgustaban las zapaterías. Nunca compraba nada hasta que no tenía más remedio que sustituirlo, y eso incluía los automóviles. No era una cuestión de ahorro, simplemente no podía aguantar la idea de ser un comprador necesitando un vendedor, un vendedor siempre tan guapo, sabio y superior. Aparte, te robaba tiempo, tiempo que podías utilizar haraganeando o bebiendo.

Entré en el dormitorio sólo con los calzoncillos. Era consciente de mi blanca barriga escapando de ellos. Pero no hice el menor esfuerzo por encogerla. Me puse al borde de la cama, me bajé los calzones y me los quité. De repente me entraron ganas de beber más. Subí a la cama. Me metí bajo las colchas. Luego me acerqué a Debra. La abracé. Estábamos presionados juntos. Su boca estaba abierta. La besé. Su boca era como un coño húmedo. Estaba lista. Me di cuenta. No habría necesidad de preámbulos. Nos besamos y su lengua entró y salió de mi boca. La cogí entre mis dientes. Luego me subí encima de Debra y se la metí. Creo que era la manera en que su cabeza se echaba hacia un lado mientras la jodía. Me puso cachondo. Su cabeza estaba echada hacia un lado y pegaba en la almohada con cada embestida. De vez en cuando le volvía la cabeza y le besaba aquella boca roja de sangre. Finalmente estaba trabajando para mí. Me estaba jodiendo a todas las mujeres y chicas que había mirado con anhelo en las aceras de Los Ángeles en 1937, el último año malo de la Depresión, cuando un pedazo de culo costaba dos pavos y nadie tenía dinero ni esperanzas para nada. Había tenido que esperar tiempo para que llegara mi turno. Trabajé y bombeé, ¡estaba metiéndome en un polvo rojo, caliente e inútil! Agarré la cabeza de Debra una vez más y atacué aquella boca de carmín otra vez mientras me derramaba en ella, en su diafragma.

90

El día siguiente era sábado y Debra preparó el desayuno.

—¿Vas a venir a cazar antigüedades con nosotras?

—Está bien.

—¿Estás con resaca?

—No muy mal.

Comimos en silencio durante un rato, entonces ella dijo:

—Me gustó tu recital en el Lancer. Estabas borracho pero saliste airoso.

—A veces no ocurre igual.

—¿Cuándo vas a leer otra vez?

—Me han estado llamando de Canadá. Para una fundación o algo así.

—¡Canadá! ¿Puedo ir contigo?

—Veremos.

—¿Te quedas esta noche?

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

—Entonces sí.

—Fantástico...

Acabamos el desayuno y yo fui al baño mientras Debra limpiaba los platos. Tiré de la cadena y me limpié, tiré otra vez de la cadena, me lavé las manos y salí. Debra estaba limpiando en el fregadero. La agarré por detrás.

—Puedes usar mi cepillo de dientes si quieres —me dijo.

—¿Tengo mal aliento?

—Está bien.

—Como un infierno.

—También puedes ducharte si quieres...

—¿Eso también...?

—Para. Tessie no vendrá hasta dentro de una hora. Podemos limpiar las telarañas.

Entré y dejé correr el agua del baño. La única vez que me gustó ducharme fue en un motel. En la pared del baño había una foto de un hombre, moreno, con pelo largo, convencional, rostro guapo velado por la usual idiotez. Sonreía con dientes muy blancos. Yo cepillé lo que quedaba de mis dientes descoloridos. Debra había mencionado que su ex marido era psiquiatra.

Debra se duchó después que yo. Me serví una copita de vino y me senté en una silla a mirar por la ventana frontal. De repente me acordé de que me había

olvidado de enviar a mi ex mujer el dinero de mantenimiento de la niña. Oh, bueno, lo haría el lunes.

Me sentí lleno de paz en Playa del Rey. Era bueno salir de la sucia covacha llena de mugrientos donde vivía. No había playa, y el sol nos caía encima sin clemencia. Estábamos todos locos de un modo u otro. Hasta los perros y los gatos estaban chalados, y los pájaros, y los repartidores de periódicos y las putas.

Para nosotros, en East Hollywood, los retretes nunca funcionaban bien y el mierda del fontanero del casero nunca los sabía arreglar. Quitábamos la cadena de la cisterna y la hacíamos funcionar manualmente. Los grifos goteaban, las cucarachas pululaban, los perros se cagaban en todas partes y las persianas estaban llenas de agujeros que permitían que se colaran moscas, mosquitos y todo tipo de insectos voladores.

Sonó el timbre, me levanté y abrí la puerta. Era Tessie. Tenía cuarenta y tantos años, un ave solitaria, una pelirroja con el pelo obviamente muerto.

—Tú eres Henry, ¿verdad?

—Sí. Debra está en el baño. Pasa y siéntate.

Llevaba una falda corta roja. Tenía buenos muslos. Sus tobillos y pantorrillas tampoco estaban mal. Tenía aspecto de que le encantara joder.

Fui al baño y llamé a la puerta.

—Debra, Tessie está aquí...

El primer anticuario estaba a una manzana o dos de la costa. Aparcamos el Volks y entramos. Todo tenía el precio fijado, 800 dólares, 1.500... Viejos relojes, viejas sillas, viejas mesas. Los precios eran increíbles. Dos o tres empleados deambulaban por allí y se frotaban las manos. Evidentemente trabajaban con sueldo más comisión. El dueño debía conseguir las cosas prácticamente tiradas en Europa o en las montañas Ozark. Me aburría mirar aquellos precios desorbitados escritos cuidadosamente en etiquetas. Les dije a las chicas que esperarían en el coche.

Encontré un bar cruzada la calle, entré y me senté. Pedí una botella de cerveza. El bar estaba lleno de jóvenes de menos de 25 años. Eran rubios y delgados, o morenos y delgados, vestidos con pantalones y blusas perfectamente ajustados. Eran inexpresivos y plácidos. No había mujeres. Estaba encendido un gran televisor. No tenía sonido. Nadie lo miraba. Nadie hablaba. Acabé mi cerveza y me fui.

Encontré una tienda de licores y compré un paquete de seis cervezas. Volví al coche y me senté allí. La cerveza era buena. El coche estaba aparcado en el

patio que había tras el anticuario. La calle de la izquierda estaba atestada de tráfico y observé a la gente aguardando pacientemente dentro de sus coches. Casi siempre había un hombre y una mujer, mirando fijamente al frente, sin hablar. Era, al final, para cada uno, cuestión de esperar. Esperabas y esperabas, para el hospital, el doctor, el fontanero, el manicomio, la cárcel, a que papá se matase. Primero la señal estaba roja, luego verde. Los ciudadanos del mundo comían alimentos y veían la televisión, se preocupaban de sus trabajos o de su falta de suerte, mientras esperaban.

Empecé a pensar en Debra y Tessie, que estaban en el anticuario. A mí realmente no me gustaba Debra, pero allí estaba, entrando en su vida. Me hacía sentir como un loco curiosón.

Seguí sentado, bebiendo. Iba por el último bote cuando finalmente salieron.

—Oh, Henry —dijo Debra—, he encontrado la mesa de mármol más bonita que te puedas imaginar por sólo 200 dólares.

—¡Es realmente *fabulosa*! —dijo Tessie.

Subieron en el coche. Debra apretó su pierna contra la mía.

—¿Te has aburrido con todo esto? —me preguntó.

Puse en marcha el motor y fui hasta la tienda de licores. Compré tres o cuatro botellas de vino y cigarrillos.

Aquella zorra, Tessie, con su corta falda roja y sus medias, me vino al pensamiento mientras pagaba al tendero. Podría apostar a que se había chupado por lo menos a una docena de tipos sin pensarlo siquiera. Decidí que su problema era *no* pensar. No le gustaba pensar. Y eso estaba bien porque no había leyes ni reglas contra ello. ¡Pero cuando llegase a los 50 en unos pocos años, empezaría a pensar! Entonces se convertiría en una rabiosa mujer de supermercado, clavando su carrito en las espaldas de la gente, pegando patadas en los tobillos en la línea típica, pintarrajeada, con la cara reblandecida y arrugada y su cesta llena con queso de granja, patatas fritas, chuletas de cerdo, cebollas rojas y un cuarto de Jim Beam.

Volví al coche y regresamos a casa de Debra. Las chicas se sentaron. Yo abrí la botella y serví tres copas.

—Henry —dijo Debra—, voy a ir a recoger a Larry. Me llevará en su camioneta a recoger la mesa. No necesitas acompañarme. ¿Contento?

—Sí.

—Tessie se quedará aquí a hacerte compañía.

—Muy bien.

—¡Y ahora *portaros bien* los dos!

Larry entró por la puerta trasera y se fue por la frontal con Debra. Larry arrancó la camioneta y se marcharon.

—Bueno, estamos solos —dije yo.

—Sí —dijo Tessie. Se sentó muy rígida, mirando fijamente hacia el frente. Acabé mi copa y fui al baño a echar una meada. Cuando salí, Tessie seguía sentada en el sofá muy quieta.

Me acerqué por detrás. Cuando llegué junto a ella la cogí de la barbilla y levanté su cara. Apreté mi boca contra la suya. Tenía una cabeza muy grande. Llevaba maquillaje púrpura bajo los ojos y olía a zumo de frutas, como de albaricoque. Llevaba unas finas cadenas de plata colgando de las orejas, y al final de cada cadena colgaba una bola, simbólica. Mientras nos besábamos exploré en su blusa. Encontré una teta y la abarqué con mi mano acariciándola. No llevaba sostén. Luego me aparté y saqué mi mano. Rodeé el sofá y me senté junto a ella. Serví dos copas.

—Para ser un feo hijo de puta tienes muchos cojones —dijo ella.

—¿Qué me dices de uno rápido antes de que vuelva Debra?

—No.

—No me odies. Sólo quiero alegrar la fiesta.

—Creo que te estás pasando de la raya. Lo que acabas de hacer es grosero y obvio.

—Supongo que me falta imaginación.

—¿Y eres un escritor?

—Escribo, pero más que nada hago fotografías.

—Creo que te jodes a las mujeres sólo para escribir que te las has jodido.

—No sé.

—Yo creo que sí.

—Está bien, está bien, olvídalo. Bebamos.

Tessie volvió a su copa. La acabó y dejó su pitillo. Me miró, moviendo sus largas pestañas postizas. Tenía como Debra una gran boca de carmín. Sólo que la boca de Debra era más oscura y no brillaba tanto. La de Tessie era de un rojo reluciente y sus labios refulgían, mantenía su boca abierta, pasándose continuamente la lengua por el labio inferior. De repente Tessie me cogió. Aquella boca se abrió sobre mi boca. Era excitante. Me sentí como si estuviese siendo violado. Se me empezó a empalmar la polla. Mientras me besaba, busqué por abajo y le subí la falda, corrí mi mano por su pierna izquierda mientras seguíamos besándonos.

—Vamos —dije después del beso.

La llevé de la mano hasta el dormitorio de Debra. La eché sobre la cama. Me quité los zapatos y pantalones, luego le quité sus zapatos. La besé por largo rato, luego le subí la falda roja por encima de las caderas. No llevaba pantys, sino medias y bragas rosas. Le quité las bragas. Tessie tenía los ojos cerrados. Desde algún sitio del vecindario llegaba música sinfónica. Pasé un dedo por su coño, pronto se humedeció y abrió. Metí el dedo dentro, luego lo saqué y froté el clítoris.

Era agradable y jugoso. La monté, le pegué algunas acometidas viciosas sin contemplaciones, luego lo hice con más lentitud y después fui a rajarla otra vez. Miré aquella cara depravada y simple. Realmente me excitaba. Embestía cegado.

Entonces Tessie me empujó fuera.

—¡Quita!

—¿Qué? ¿Qué?

—¡He oído la camioneta! ¡Me despedirá! ¡Perderé el empleo!

—¡No, no, tú, ZORRA!

La atacé sin clemencia, apretando mis labios contra aquella reluciente y horrible boca mientras me corría en su interior, muy bien. Salté fuera. Tessie recogió sus zapatos y bragas y se fue corriendo al baño. Yo me limpié con mi pañuelo y arreglé las colchas de la cama, coloqué las almohadas. Mientras me abrochaba la cremallera se abrió la puerta. Salí a la sala.

—Henry, ¿puedes ayudar a Larry a entrar la mesa? Es pesada.

—Cómo no.

—¿Dónde está Tessie?

—Creo que está en el baño.

Seguí a Debra hasta la camioneta. Sacamos la mesa, la agarré y la llevé hasta la casa. Cuando entramos Tessie estaba en el sofá con un cigarrillo en la boca.

—¡No dejéis caer la mercancía, chicos! —dijo.

—¡No hay cuidado! —dije yo.

Lo entramos en el dormitorio de Debra y lo pusimos junto a la cama. Tenía otra mesa allí que quitó. Nos quedamos alrededor y miramos el mármol.

—Oh, Henry, sólo doscientos... ¿Te gusta?

—Oh, es muy bonita, Debra, muy bonita.

Me fui al baño, me lavé la cara y me peiné. Luego me quité los pantalones y calzoncillos y me lavé con tranquilidad las partes. Meé, tiré de la cadena y volví a salir.

—¿Quieres un vino, Larry? —le dije.

—Oh, no, pero gracias...

—Gracias por ayudar, Larry —dijo Debra.

Larry se fue por la puerta trasera.

—¡Oh, estoy tan *excitada*! —dijo Debra.

Tessie se sentó con nosotros, bebió y charló durante unos 10 o 15 minutos, luego dijo:

—Debo irme.

—Quédate si quieres —dijo Debra.

—No, no, debo irme. Tengo que limpiar mi apartamento, está hecho un desastre.

—¿Limpiar tu apartamento? ¿Hoy? ¿Cuando tienes dos amigos encantadores con quienes beber? —dijo Debra.

—Estoy aquí sentada pensando en todo el revoltijo y no puedo estar tranquila. No te lo tomes como algo personal.

—Está bien, Tessie, puedes irte. Te perdonamos.

—Muy bien, querida...

Se besaron en la puerta y Tessie se marchó. Debra me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. Miramos la mesita de mármol.

—¿Qué piensas *realmente* de ella, Henry?

—Bueno, yo he llegado a perder 200 dólares en el hipódromo y no he tenido nada para mostrar luego, así que pienso que está bien.

—Estará aquí a nuestro lado mientras durmamos esta noche.

—¿Tal vez debería quedarme yo aquí al lado y tú acostarte con la mesa?

—¡Estás celoso!

—Por supuesto.

Debra se acercó a la cocina y salió con unos trapos y un frasco de algún fluido de limpieza. Empezó a restregar el mármol.

—¿Ves? Hay una manera especial de tratar el mármol para que se acentúen las venas.

Me desvestí y me senté al borde de la cama en calzones. Luego me eché sobre la colcha y las almohadas. Luego me volví a sentar.

—Oh, Cristo, te estoy desarreglando el salto de cama.

—No pasa nada.

Fui a por dos copas. Le di una a Debra. La observé trabajando con la mesa. Entonces ella me miró.

—¿Sabes? Tienes las piernas más hermosas que he visto nunca en un hombre.

—¿No están mal para un vejete, eh, nena?

—Nada mal.

Frotó la mesa un poco más y luego lo dejó.

—¿Qué te ha parecido Tessie?

—Bien. Me gusta.

—Es buena trabajadora.

—Sobre eso no sé.

—No me gustó que se fuera. Creo que quería simplemente dejarnos a solas. La telefonearé.

—¿Por qué no?

Debra cogió el teléfono. Habló con Tessie durante un rato. Empezó a oscurecer. ¿Qué pasaba con la cena? Ella estaba con el teléfono en el centro de la cama sentada sobre sus piernas. Tenía un bonito trasero. Debra se rió y luego se despidió. Me miró.

—Tessie dice que eres dulce.

Fui a por más bebida. Cuando volví, el gran televisor en color estaba encendido. Nos sentamos juntos en la cama viendo la televisión, con las espaldas apoyadas en la cabecera, bebiendo.

—Henry —me dijo—. ¿Qué vas a hacer el Día de Acción de Gracias?

—Nada.

—¿Por qué no vienes conmigo? Yo compraré el pavo. Vendrán dos o tres amigos.

—De acuerdo, suena bien.

Debra se inclinó hacia delante y apagó la televisión. Parecía muy contenta. Luego apagó la luz. Fue al baño y salió envuelta en algo muy fino. Se metió en la cama a mi lado. Nos apretamos juntos. Mi polla se empalmó. Su lengua exploró mi boca. Tenía una lengua grande y cálida. Me bajé al pión. Aparté el pelo y trabajé con mi lengua. Luego le di un poco con la nariz. Ella respondía. Volví a subir, la monté y se la clavé.

...Insistí e insistí. Traté de pensar en Tessie con su corta falda roja. No sirvió. Se lo había dado todo a Tessie. Bombeé una y otra vez.

—Lo siento, nena, demasiada bebida. ¡Aah, siente mi *corazón*!

Puso su mano en mi pecho.

—Sí que está en *marcha* —dijo.

—¿Todavía estoy invitado para el Día de Acción de Gracias?

—Claro, pobrecito mío, no te preocupes, por favor.

La besé deseándole buenas noches, me eché a un lado y me dormí.

A la mañana siguiente, después de que Debra se fuera al trabajo, me bañé, luego traté de ver la televisión. Iba desnudo hasta que me di cuenta de que se me podía ver desde la calle a través de la ventana. Así que me tomé un vaso de zumo de uva y me vestí. Finalmente, no se me ocurrió otra cosa que hacer más que pasarme por casa. Podía haber algo de correo, una carta de alguien. Me aseguré de que todas las puertas quedasen bien cerradas, me encaminé hacia el Volks, lo puse en marcha y volví a Los Ángeles.

Por el camino me acordé de Sara, la tercera chica que había conocido en el Lancer. Tenía su número de teléfono en mi cartera. Llegué a casa, eché una cagada y la telefoneé.

—Hola —dije—, soy Chinaski, Henry Chinaski...

—Sí, me acuerdo de ti.

—¿Qué estás haciendo? Pensé que podía pasarme a verte.

—Tengo que trabajar en mi restaurante. ¿Por qué no te pasas por él?

—¿Es un sitio de comida natural, no?

—Sí, te haré un buen sándwich saludable.

—¿Oh?

—Cierro a las cuatro. ¿Por qué no te pasas un poco antes?

—Muy bien. ¿Cómo puedo llegar allí?

—Coge un lápiz y te daré la dirección.

Escribí la dirección.

—Te veré a las tres y media —dije.

Hacia las dos y media subí al Volks. En un punto de la autopista las instrucciones estaban un poco confusas y me hice un lío. Detestaba con toda mi alma las autopistas y los carteles de instrucciones. Giré en un sitio y me encontré en Lakewood. Entré en una gasolinera y llamé a Sara.

—Restaurante Drop On —respondió.

—¡Mierda! —dije.

—¿Qué ocurre? Pareces enfadado,

—¡Estoy en Lakewood! ¡Tus instrucciones se han jodido!

—¿Lakewood? Espera.

—Voy a volver. Necesito un trago.

—¡Aguarda, quiero verte! Dime en qué calle de Lakewood estás y cuál es el

cruce más cercano.

Dejé colgado el teléfono y fui a ver dónde estaba. Le di a Sara la información. Ella me volvió a dirigir.

—Es fácil —me dijo—, ahora prométeme que vendrás.

—De acuerdo.

—Y si te vuelves a perder, llámame.

—Lo siento, verás, es que no tengo sentido de la orientación. Siempre tengo pesadillas en que me pierdo. Creo que pertenezco a otro planeta.

—No importa. Simplemente sigue mis instrucciones.

Volví al coche y esta vez fue fácil. Al rato estaba en la autopista de la costa buscando la desviación. La encontré. Me llevó a un distrito de tiendas sofisticadas cerca del mar. Conduje lentamente y lo encontré: Restaurante Drop On, un gran cartel pintado a mano. Había fotos y tarjetitas pegadas a la ventana. Un honrado sitio de comida natural. Por Júpiter, no quería entrar allí. Di la vuelta a la manzana y volví a pasar lentamente. Doblé a la derecha, luego otra vez a la derecha. Vi un bar, el Crab Haven. Aparqué fuera y entré.

Eran las 3:45 de la tarde y todos los asientos estaban cogidos. Me quedé de pie y pedí un vodka-7. Cogí el teléfono y llamé a Sara.

—Hola, soy Henry. Estoy aquí.

—Te he visto pasar dos veces. No tengas miedo, ¿dónde estás?

—En el Crab Haven. Estoy tomando una copa. Llegaré allí pronto.

—Está bien. No tardes.

Me tomé aquél y otro más. Encontré un taburete vacío y me senté en él. La verdad es que no quería ir. Apenas me acordaba de cómo era Sara.

Acabé la bebida y fui hasta allí. Salí, abrí la puerta acortinada y entré allí. Sara estaba detrás de la caja. Me vio.

—¡Hola, Henry! —dijo—. Estaré contigo en un minuto.

Estaba preparando algo. Cuatro o cinco tíos estaban por allí sentados. Algunos estaban en un sofá. Otros en el suelo. Tenían todos veintitantos años, todos se parecían, iban vestidos con pantalones cortos, y lo único que hacían era *estar sentados*. De vez en cuando uno de ellos cruzaba las piernas o tosía. Sara era una mujer bastante guapa, esbelta, se movía dinámicamente. Clase. Su pelo era rubio rojizo. Tenía muy buena pinta.

—Me ocuparé de ti —me dijo.

—Está bien —dije.

Había una estantería con libros. Tres o cuatro de los míos. Encontré uno de Lorca y me senté y pretendí leer. De este modo no tendría que estar viendo a los tipos con sus pantalones cortos. Parecía que nada les hubiese tocado jamás,

todos bien cuidados por sus mamás, protegidos, con una blanda capa de conformismo. Ninguno de ellos había estado en la cárcel, o trabajado con sus manos, ni siquiera le habrían puesto una multa de tráfico. Galancetes mamados de maizena, toda la panda.

Sara me trajo un sándwich natural.

—Toma, prueba esto.

Comí el sándwich mientras los tíos mariposeaban por allí. Al final uno se marchó. Luego otro. Sara estaba limpiando. Sólo quedaba uno. Tendría unos 22 años y estaba sentado en el suelo. Parecía jorobado, su espalda se doblaba como un arco. Llevaba gafas con gruesos bordes negros. Parecía más solitario y desgraciado que los otros.

—Eh, Sara —dijo—, vamos a salir esta noche a tomar unas cervezas.

—Esta noche no, Mike. ¿Qué te parece mañana por la noche?

—Está bien, Sara.

Se levantó y se acercó al mostrador. Dejó una moneda y cogió una galleta natural. Se quedó de pie en el mostrador comiéndose la galleta. Cuando acabó se marchó.

—¿Te ha gustado el sándwich? —me preguntó Sara.

—Sí, no estaba mal.

—¿Puedes entrar la mesa y las sillas que están fuera?

Las entré.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—Bueno, no me gustan los bares. El aire está viciado. Vamos a comprar algo de beber y vayamos a tu casa.

—De acuerdo. Ayúdame a sacar la basura.

La ayudé a sacar la basura. Luego cerró el local.

—Sigue mi furgoneta. Conozco un almacén que vende buen vino. Luego me sigues hasta mi casa.

La seguí. Había un póster de un hombre en la ventana trasera de su furgoneta. «Sonríe y sé feliz» me decía, y en la parte baja estaba su nombre, Drayer Baba.

Abrimos una botella de vino y nos sentamos en el diván de su casa. Me gustaba cómo estaba decorada. Se había construido todos los muebles ella misma, incluyendo la cama. Había fotos de Drayer Baba por todas partes. Era de la India y había muerto en 1971, asegurando ser Dios.

Mientras Sara y yo estábamos allí sentados bebiendo la primera botella, se abrió la puerta y entró un joven con dientes sobrepuestos, pelo largo y una barba muy larga.

—Este es Ron, mi compañero de apartamento —dijo Sara.

—Hola, Ron, ¿quieres un vino?

Ron se tomó un vino con nosotros. Luego una chica gorda y un tío con la cabeza afeitada entraron. Eran Perla y Jack. Se sentaron. Luego llegó otro joven. Se llamaba Jean John. Jean John se sentó. Luego vino Pat. Pat tenía una barba negra y pelo largo. Se sentó en el suelo a mis pies.

—Soy poeta —me dijo.

Tomé un trago de vino.

—¿Cómo consigues que te publiquen? —me preguntó.

—Se lo das a los editores.

—Pero yo soy desconocido.

—Todo el mundo empieza siendo desconocido.

—Doy lecturas tres noches a la semana. Soy actor, así que leo bastante bien. Me figuro que si leo mis cosas lo bastante, alguien querrá publicarlas.

—No es imposible.

—El problema es que cuando leo no aparece nadie.

—No sé qué decirte.

—Voy a imprimir mi propio libro.

—Whitman lo hizo.

—¿Vas a leer algunos de tus poemas?

—Hostia, no.

—¿Por qué no?

—Sólo quiero beber.

—Hablas mucho de la bebida en tus libros. ¿Crees que el beber ayuda a la gente a escribir?

—No. Yo sólo soy un alcohólico que se hizo escritor para poder quedarme en la cama hasta mediodía.

Me volví hacia Sara.

—No sabía que tenías tantos amigos.

—Esto no es normal. No suele pasar.

—Me alegro de haber comprado bastante vino.

—Estoy segura de que se irán pronto.

Los otros estaban charlando. La conversación iba a su aire y yo dejé de escuchar. Sara tenía buena pinta. Cuando hablaba era inteligente e incisiva. Tenía un buen coco. Perla y Jack se fueron primero. Luego Jean John. Luego Pat el poeta. Ron se sentó a un lado de Sara y yo al otro. Sólo los tres. Ron se sirvió un vaso de vino. No podía culparle, era su casa. No podía esperar que se marchase. El ya estaba allí antes que yo. Serví a Sara un vaso y otro para mí. Después de acabármelo les dije:

—Bueno, creo que me voy a ir.

—Oh, no —dijo Sara—, no tan pronto. No he tenido tiempo de hablar contigo. Me gustaría, hablar contigo.

Miró a Ron.

—¿Entiendes, no, Ron?

—Claro.

Se levantó y se fue a la parte trasera de la casa.

—Eh —dije yo—, no quiero dar pie a ninguna bronca.

—¿Qué bronca?

—Entre tú y tu compañero.

—Oh, no hay nada entre nosotros. Ni sexo ni nada. Alquila la habitación trasera de la casa.

—Oh.

Oí el sonido de una guitarra, luego cantar a voz en grito.

—Ese es Ron —dijo Sara.

Simplemente aullaba y llamaba a los gorrinos. Su voz era tan mala que no hacía falta ningún comentario.

Ron cantó durante una hora. Sara y yo bebimos más vino. Ella encendió unas velas.

—Toma, coge un bidi.

Cogí uno. Un bidi es un pequeño cigarrillo marrón de la India. Tenía un buen sabor agrio. Me volví hacia Sara y nos dimos nuestro primer beso. Besaba bien. La noche se presentaba bien.

Se abrió la puerta de colgantes y entró un joven en la habitación.

—Barry —dijo Sara—, no quiero más visitas.

Se oyó un repiqueteo de colgantes y Barry desapareció. Preví futuros problemas: el lobo solitario no podía soportar el tráfico. No tenía nada que ver con los celos, simplemente me disgustaba la gente, las multitudes, en cualquier sitio, excepto en mis recitales. La gente me disminuía, me chupaba la sangre.

—Nunca lo tuvisteis desde el principio —eso era lo que yo le decía al resto

de la humanidad.

Sara y yo nos besamos de nuevo. Los dos habíamos bebido mucho. Sara abrió otra botella. Aguantaba bien el vino. No tengo idea de lo que hablamos. Lo mejor de Sara es que apenas hacía referencia a mis escritos. Cuando se acabó la última botella le dije a Sara que estaba demasiado bebido para conducir hasta casa.

—Puedes dormir en mi cama, pero nada de sexo.

—¿Por qué?

—No se tiene sexo sin matrimonio.

—¿Qué?

—Drayer Baba no cree en ello.

—A veces Dios se equivoca.

—Jamás.

—Está bien, vámonos a la cama.

Nos besamos en la oscuridad. Yo de cualquier manera era un chiflado de los besos, y Sara era una de las mejores besuconas que había conocido nunca. Tenía que recorrer todo el camino de vuelta hasta Lydia para encontrar algo comparable. Cada mujer era diferente, sin embargo, cada una besaba de forma distinta. Lydia estaría probablemente besando a algún hijo de puta en aquellos momentos, o aún peor, besándole los cojones. Katherine estaría durmiendo en Austin.

Sara tenía mi polla en su mano, jugando con ella, frotándola. Luego la apretó contra su coño. La frotó arriba y abajo, arriba y abajo por su coño. Estaba obedeciendo a su Dios, Drayer Baba. Yo no jugaba con su coño porque pensaba que a lo mejor ofendía a Drayer Baba. Sólo nos besábamos y ella frotaba mi polla contra su clítoris, o contra su vulva, o donde fuera. Esperé que la metiera *dentro*, pero ella siguió frotando. Los pelos me empezaron a irritar la polla. La aparté.

—Buenas noches, nena —le dije, y me di la vuelta. Drayer Baba, pensé, tienes una condenada creyente en esta cama.

Por la mañana empezamos a refrotarnos otra vez con el mismo desenlace. Decidí que a la mierda, no necesitaba tales cosas.

—¿Quieres darte un baño? —me preguntó Sara.

—Sí.

Entré en el baño y dejé correr el agua. En un momento durante la noche le

había dicho a Sara que una de mis locuras era darme tres o cuatro baños humeantes al día. La vieja terapia de agua.

La bañera de Sara admitía más agua que la mía y el agua era más caliente. Yo medía un metro noventa y sin embargo podía estirarme en la bañera. Antiguamente se hacían bañeras para emperadores y no para empleados de banco enanos.

Entré en la bañera y me estiré. Era magnífico. Luego me puse de pie y contemplé mi pobre polla frotada con pelos de coño. Duros tiempos, viejo amigo, pero ¿no era mejor eso que nada? Me volví a sentar en la bañera y me estiré todo lo largo. Sonó el teléfono. Hubo una pausa. Entonces Sara llamó a la puerta.

—Entra.

—Hank, es Debra.

—¿Debra? ¿Cómo supo que estaba aquí?

—Ha estado llamando a todas partes. ¿Le digo que llame luego?

—No, dile que espere un momento.

Encontré una toalla grande y me envolví en ella. Salí a la sala principal. Sara estaba hablando con Debra por el teléfono.

—Oh, aquí está...

Sara me entregó el teléfono.

—¿Hola, Debra?

—¿Hank, dónde has estado?

—En la bañera.

—¿La bañera?

—Sí.

—¿Acabas de salir?

—Sí.

—¿Qué llevas puesto?

—Una toalla.

—¿Cómo puedes sujetar la toalla mientras hablas por teléfono?

—Lo consigo. La tengo enrollada a la cintura.

—¿Ha ocurrido algo?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Me refiero a por qué no te la jodiste.

—Mira, ¿crees que voy por ahí haciendo cosas así? ¿Piensas que es lo único que cuenta para mí?

—¿Entonces no pasó nada?

—Sí.

—¿Qué?

—Sí, nada.

—¿Adonde vas a ir después de que salgas de allí?

—A mi casa.

—Ven aquí.

—¿Qué hay de tus negocios de abogacía?

—Está todo casi arreglado. Tessie se puede encargar de ello.

—Está bien.

Colgué.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Sara.

—Voy a ir a casa de Debra. Le dije que estaría allí en 45 minutos.

—Pero yo pensaba que almorzaríamos juntos. Conozco un sitio mexicano muy bueno.

—Mira, ella está por medio. ¿Cómo nos vamos a poner tranquilamente a comer y charlar nosotros dos solos?

—Pensaba comer contigo.

—Coño, ¿y cuándo alimentas a *tu* gente?

—Abro a las once. Ahora son sólo las diez.

—Está bien, vamos a comer...

Era un sitio mexicano en un desenfadado barrio hippie de Hermosa Beach. Tipos blandos e indiferentes. Muerte en la playa. Sólo respirar, llevar sandalias y pretender que éste era un mundo agradable.

Mientras esperábamos nuestro pedido Sara metió su dedo en un tarro de salsa picante, luego se lo chupó y lo volvió a meter otra vez. Inclínaba su cabeza sobre el tarro. Mechones de su pelo me miraban. Siguió metiendo el dedo en el tarro y chupándolo.

—Oye —le dije—, hay otra gente que querrá usar esa salsa. ¡Me estás poniendo enfermo! Para ya.

—No, si la rellenan cada vez.

Esperé que así lo hicieran. Entonces llegó la comida y Sara la atacó como una fiera, igual que Lydia solía hacerlo. Acabamos de comer, salimos, ella subió en su furgoneta y se fue a su restaurante y yo me fui en mi Volks hacia Playa del Rey. Me habían dado cuidadosas instrucciones para llegar allí. Pero eran confusas. De todos modos las seguí y llegué sin problemas. Era casi frustrante, porque parecía que cuando el stress y la locura eran eliminadas de mi vida diaria, no quedaba mucho de qué depender.

Entré en el patio de Debra. Vi un movimiento detrás de las cortinas. Me había estado esperando. Salí del Volks y cerré las dos puertas porque el seguro del coche me había expirado.

Llegué y ding-dongué el timbre de Debra. Abrió la puerta y pareció alegrarse de verme. Estaba bien, pero cosas así eran las que impedían a un escritor hacer su trabajo.

92

No hice gran cosa el resto de la semana. Fui al hipódromo dos o tres veces y perdí siempre. Escribí un cuento verde para una revista porno, también 10 o 12 poemas, me masturbé y llamé a Sara y a Debra todas las noches. Una noche llamé a Cassie y se puso un hombre. Adiós, Cassie.

Pensé en las rupturas, lo difíciles que eran, pero normalmente sólo cuando rompías con una mujer podías encontrar otra. Tenía que probar mujeres para llegar a conocerlas bien, entrar en ellas. Podía inventarme personajes masculinos porque yo era uno, pero las mujeres para mí eran casi imposibles de ficcionalizar sin antes conocerlas. Así que las exploraba lo mejor que podía y encontraba dentro de ellas seres humanos. Entonces me olvidaba de la literatura, el hecho de escribir se quedaba en segundo término y a mí me poseía el episodio en sí. Cuando se acababa, la literatura era el residuo que quedaba de ello. Un hombre no necesitaba tener una mujer para sentirse real, pero no estaba mal conocer unas cuantas. Así, cuando el asunto se ponía mal, podía sentir lo que de verdad significaba sentirse solo y enloquecido, y así podía saber qué es lo que debería aportar cuando llegase el propio final.

Yo era sentimental respecto a muchas cosas: unos zapatos de mujer bajo la cama; unas horquillas olvidadas; la manera como decían «Voy a hacer pipí»...; cintas de pelo; pasear por el bulevar con ellas a la una y media de la tarde, sólo dos personas caminando juntas; las largas noches bebiendo y fumando, hablando; las discusiones; los pensamientos de suicidio; comer juntos y sentirse bien; las bromas, la risa saliendo de ninguna parte; sentir milagros en el aire; estar juntos en un coche aparcado; comparar pasados amores a las tres de la madrugada; que te dijeran que roncabas, oírlas roncar; madres, hijas, hijos, gatos, perros; algunas

veces la muerte y otras el divorcio, pero siempre yendo adelante, siguiendo a través; leyendo a solas un periódico y comiendo un triste sándwich sintiendo náuseas porque ella ahora estuviese casada con un dentista tartamudo; hipódromos, parques, picnics; incluso cárceles; sus estúpidos amigos, tus estúpidos amigos; tu bebida, sus bailes; tus flirteos, sus flirteos; sus píldoras, tus polvos con otras personas y ella haciendo lo mismo; dormir juntos... No había juicios que hacer, aunque por necesidad uno tuviera que seleccionar. Más allá del bien y del mal era una cosa buena en teoría, pero para ir viviendo uno tenía que elegir: algunas eran más agradables que otras, otras simplemente estaban más interesadas en ti, y en ocasiones el exterior hermoso y el interior frío eran necesarios para polvos sangrientos y sin clemencia, como en una sangrienta y mierdosa película. Las simpáticas jodían mejor, la verdad, y después de pasar un tiempo con ellas parecían más hermosas, porque lo eran. Pensé en Sara, tenía algo extra. Si simplemente no estuviese Drayer Baba sosteniendo ese maldito signo de DETENTE.

Llegó el cumpleaños de Sara, el 11 de noviembre, el Día del Veterano. Nos habíamos visto dos veces más, una en su casa y otra en la mía. Había habido un alto sentido de la diversión y mucha expectativa. Era extraña, pero individual e inventiva; había felicidad entre nosotros... excepto en la cama... Ardía la excitación... pero Drayer Baba nos mantenía apartados. Yo estaba perdiendo la batalla contra Dios.

—Joder no es tan importante —me decía ella.

Fui a un sitio de comida exótica en Hollywood Boulevard esquina con la Avenida Fountain. Tía Bessie, se llamaba. Los empleados eran gente odiosa, jóvenes chicos negros y jóvenes chicos blancos de alta inteligencia que habían caído en alto snobismo. Se comportaban a su aire e ignoraban e insultaban a los clientes. Las mujeres que allí trabajaban eran pesadas, soporíferas, llevaban amplias blusas azules y dejaban caer sus cabezas como si estuviesen en un somnoliento estado de vergüenza. Y los clientes eran mequetrefes grises que aceptaban los insultos y volvían siempre a por más. Los empleados no llegaron a meterse conmigo, así que pudieron vivir un día más...

Le compré a Sara su regalo de cumpleaños, Pensamientos de abeja, que eran los sesos de muchas abejas sacados de las colmenas con una aguja. Llevaba una cesta y en ella metí, junto a las secreciones de abeja, unos palillos chinos, sal marina, dos granadas (orgánicas), dos manzanas (orgánicas) y algunas pipas de girasol. Los sesos de abeja era lo principal, y me costaron muy caros. Sara había hablado de ello más de una vez, deseándolos, pero decía que no podía permitírselos.

Conduje hasta casa de Sara. También llevaba varias botellas de vino. De

hecho, me había pulido ya una mientras me afeitaba. Raras veces me afeitaba, pero me había afeitado para el cumpleaños de Sara. Era una mujer buena. Tenía una mente encantadora y, extrañamente, su celibato era comprensible. Me refiero a la manera en que ella lo veía, tenía que ser preservado para un hombre bueno. No es que yo fuera exactamente un hombre bueno, pero su evidente clase podía pegar bien con mi evidente clase en una mesa de un café de París después de que finalmente yo me hiciera famoso. Era cariñosa, calmadamente intelectual y, lo mejor de todo, tenía esa loca mezcla roja en la dorada brillantez de su cabello. Era como si yo hubiese estado buscando ese color de pelo durante décadas... quizás desde aún antes.

Paré en un bar junto a la autopista de la costa y me tomé un doble vodka-7. Estaba preocupado con Sara. Decía que el sexo significaba matrimonio. Y parecía que lo decía en serio. Había en ella algo definitivamente célibe. Sin embargo, también me imaginaba que se las arreglaba de diversas formas y que yo no había sido el primero en frotar la polla contra su coño. Suponía que ella se sentía tan confusa como todo el resto del mundo. Por qué yo accedía a seguir sus historias era un misterio para mí. Ni siquiera quería tirármela en particular. Yo no estaba de acuerdo con sus ideas, pero de todas maneras me gustaba. Quizás me estaba haciendo un vago. Quizás estuviese cansado de sexo. Quizás finalmente me estaba haciendo viejo. Feliz cumpleaños, Sara.

Llegué a su casa y saqué mi cesta de salud. Ella estaba en la cocina. Me senté con mi cesta y mi vino.

—¡Aquí estoy, Sara!

Salió de la cocina. Ron estaba fuera, pero ella había puesto su estéreo a todo volumen. Yo siempre había odiado los estéreos. Cuando vivías en barrios pobres, continuamente oías los ruidos de los demás, incluyendo sus polvos, pero lo más espantoso era verte forzado a escuchar *su* música a todo volumen, el vómito total durante horas. Encima dejaban generalmente sus ventanas abiertas, confiados en que tú tenías que disfrutar lo que ellos disfrutaban.

Sara había puesto un disco de Judy Garland. A mí más bien me gustaba Judy Garland, especialmente en sus últimos años. Pero de repente me pareció muy fuerte, ensordecedora, gritando sus rollos sentimentales.

— ¡Por el amor de Dios, Sara, *baja* eso!

Lo hizo, pero no mucho. Abrió una de las botellas de vino y nos sentamos en la mesa cara a cara. Me sentí extrañamente irritable.

Sara miró en la cesta y encontró los Pensamientos de abeja. Estaba excitada. Quitó la tapa y lo probó.

—Es tan poderoso —dijo—, es la esencia... ¿Quieres probarlo?

—No, gracias.

—Estoy preparando la cena.

—Muy bien, pero podía sacarte a cenar.

—Ya he empezado a prepararla.

—Entonces muy bien.

—Pero necesito algo de mantequilla. Tendré que salir a comprarla. También necesito pepinos y tomates.

—Yo los compraré, es tu cumpleaños.

—¿Estás seguro de que no quieres Pensamientos de abeja?

—No, gracias.

—No puedes imaginarte cuántas abejas hacen falta para llenar esta jarra.

—Feliz cumpleaños. Compraré la mantequilla y las demás cosas.

Me tomé otro vino, subí al Volks y conduje hasta una pequeña tienda de ultramarinos. Encontré la mantequilla, pero los pepinos y los tomates parecían pasados y mustios. Pagué la mantequilla y di vueltas por el barrio buscando un mercado mayor. Encontré uno, compré pepinos y tomates y regresé. Mientras subía por la carretera hacia su casa lo oí otra vez. Tenía el estéreo de nuevo a todo volumen. Mientras me acercaba más y más me fui poniendo peor; mis nervios estaban acercándose al punto de rotura, entonces saltaron. Entré en la casa con sólo la pastilla de mantequilla en mis manos; me había dejado los tomates y pepinos en el coche. No sé qué era lo que sonaba; estaba tan fuerte que no podía distinguir un sonido de otro.

Sara salió de la cocina.

—¡MALDITA JODIDA! —grité.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¡NO PUEDO OÍR!

—¿Qué?

—¡TIENES PUESTO ESE MALDITO TOCADISCOS MUY FUERTE! ¿NO LO ENTIENDES?

—¿Qué?

—¡ME VOY!

—¡No!

Me di la vuelta y salí estruendosamente por la cortina de colgantes. Llegué al Volks y vi la bolsa de tomates y pepinos que me había olvidado. Los cogí y regresé a la casa. Nos topamos.

Le entregué la bolsa bruscamente.

—Toma.

Luego me di la vuelta y me fui.

—¡Tú, jodido, jodido, jodido hijo de puta! —me gritó.

Me lanzó la bolsa. Me dio en mitad de la espalda. Se dio la vuelta y entró corriendo en la casa. Miré los tomates y pepinos desperdigados por el suelo a la luz de la luna. Por un momento pensé en recogerlos. Luego me giré y me marché.

93

Llegó el día de la lectura en Vancouver, 500 dólares más billete de avión. El patrocinador, Bart McIntosh, estaba nervioso respecto al cruce de la frontera. Yo iba a volar a Seattle, él me recogería allí y cruzaríamos la frontera en coche. Luego, después de la lectura yo volaría desde Vancouver a Los Ángeles. No entendía lo que significaba todo esto, pero accedí a ello.

Así que allí estaba, otra vez en el aire, bebiéndome un doble vodka-7. Metido con los vendedores y los ejecutivos. Llevaba mi maletita con camisas limpias, ropa interior, calcetines, tres o cuatro libros de poemas más diez o doce poemas nuevos manuscritos. Y un cepillo de dientes y la pasta. Era ridículo ir a algún sitio para cobrar dinero por leer poesía. No me gustaba y siempre me parecía absolutamente idiota. Trabajar como una muía hasta que tenías cincuenta años en trabajos miserables, sin sentido, y de repente estar volando a través del país con una copa en la mano.

McIntosh me estaba esperando en Seattle y subimos a su coche. Fue un viaje agradable porque ninguno de los dos habló mucho. La lectura estaba patrocinada de forma privada, yo lo prefería a las patrocinadas por universidades. Las universidades estaban asustadas; entre otras cosas les asustaban los poetas de vida rastrera, pero por otro lado tenían curiosidad por conocerlos.

Había una larga cola en la frontera, con un centenar de coches enfilados. Los guardias solamente apuntaban la fecha y la hora. De vez en cuando apartaban un coche de la fila, pero normalmente sólo para hacerle un par de preguntas y dejarle seguir luego. Yo no podía entender el pánico de McIntosh respecto a todo esto.

—¡Tío —me dijo—, hemos pasado!

Vancouver no estaba lejos. McIntosh paró delante del hotel. Tenía buen aspecto. Estaba junto al mar. Nos dieron la llave y subimos. Era una habitación agradable con una nevera y, gracias a algún alma caritativa, en la nevera había cerveza.

—Toma una —le dije.

Nos sentamos y bebimos la cerveza.

—Creeley estuvo aquí el año pasado —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Esto es una especie de cooperativa-centro artístico autosuficiente. Tienen gran cantidad de miembros, espacio alquilado y todo eso. Ya se han vendido todas las entradas de tu espectáculo. Silvers dice que podía haber sacado mucho dinero si hubiera subido el precio de la entrada.

—¿Quién es Silvers?

—Myron Silvers. Es uno de los directores.

Ahora estábamos llegando a la parte idiota.

—Te puedo enseñar la ciudad —dijo Mcintosh.

—Está bien, puedo dar un paseo.

—¿Qué hay de la cena? Por cuenta de la casa.

—Sólo un sándwich. No tengo hambre.

Esperé que podría deshacerme de él después de cenar. No es que fuera un mal tipo, pero la mayoría de la gente no me interesaba.

Encontramos un sitio tres o cuatro manzanas más allá. Vancouver era una ciudad muy limpia y la gente no tenía pinta de vivir en una ciudad grande con todo lo que eso llevaba. Me gustó el restaurante. Pero cuando miré el menú vi que los precios eran algo así como un cuarenta por ciento más caros que en Los Ángeles. Me tomé un sándwich de rosbif y otra cerveza.

Me sentía bien estando fuera de Estados Unidos. Había una verdadera diferencia. Las mujeres tenían mejor aspecto, las cosas parecían más tranquilas, menos falsas. Acabé el sándwich, luego Mcintosh me llevó de vuelta al hotel. Le dejé en el coche y cogí el ascensor. Me duché y me quedé desnudo. Me asomé a la ventana y vi el mar. Mañana por la noche todo habría acabado, tendría su dinero y al mediodía volvería a estar en el aire. Demasiado. Bebí tres o cuatro botellas más de cerveza y me metí en la cama a dormir.

Me llevaron a la lectura una hora antes. Había un chico allí cantando. La gente hablaba mientras él actuaba. Las botellas chocaban, se oían risas. Una buena multitud borracha, mi tipo favorito de personal. Bebimos entre bastidores, Mcintosh, Silvers, yo y un par más.

—Eres el primer poeta masculino que hemos tenido aquí desde hace mucho tiempo —dijo Silvers.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que hemos tenido una larga colección de maricas. Es un buen cambio.

—Gracias.

Les leí de verdad. Al final yo estaba borracho y ellos también lo estaban. Nos insultamos y nos reímos los unos de los otros, pero en general estuvo muy bien. Me habían dado el cheque antes de la lectura y eso me ayudó a hacerlo con más alegría.

Luego hubo una fiesta en una gran casa. Pasadas una o dos horas me encontré entre dos mujeres. Una era rubia, parecía que estuviese tallada en marfil, con unos hermosos ojos y hermoso cuerpo. Estaba con su novio.

—Chinaski —me dijo después de un rato—, me voy contigo.

—Espera un momento —le dije—, estás con tu novio.

—Oh, mierda —dijo—. ¡No es *nadie*! ¡Me voy contigo!

Miré al chico. Tenía lágrimas en los ojos. Estaba temblando. Estaba enamorado, el pobre.

La chica del otro lado tenía el pelo castaño. Su cuerpo también estaba bien pero facialmente no era tan atractiva.

—Ven conmigo —me dijo.

—¿Qué?

—Digo que me lleves contigo.

—Espera un momento.

—Oye, eres muy guapa pero no puedo ir contigo. No quiero hacer daño a tu amigo.

—Que se joda el hijo puta. Es un mierda.

La chica morena me tiró del brazo.

—Llévame contigo ahora o me largo.

—Está bien —dije—, vámonos.

Encontré a Mcintosh. No parecía que estuviese haciendo gran cosa. Supuse que no le gustaban las fiestas.

—Vamos, Mac, llévanos al hotel.

Había más cerveza. La chica morena me dijo que se llamaba Iris Duarte.

Era mitad india y me contó que trabajaba haciendo la danza del vientre. Se puso de pie y me hizo una demostración. Estaba muy bien.

—Necesitas el traje para conseguir el efecto completo —me dijo.

—No, yo no.

—Lo que quiero decir es que yo necesito uno, para que se vea bien, ya sabes.

Parecía india. Tenía nariz y boca india. Aparentaba unos 23 años, con ojos marrones oscuros. Hablaba con calma y tenía un cuerpo espléndido. Había leído tres o cuatro de mis libros. *Muy bien*.

Bebimos durante otra hora y luego nos fuimos a la cama. Le comí el coño, pero cuando la monté sólo conseguí agotarme sin resultados. Demasiado.

Por la mañana me lavé los dientes, me eché agua fría en la cara y volví a la cama. Empecé a jugar con su coño. Se humedeció y yo igual. Ataqué. La introduje, pensando en todo aquel cuerpo, todo aquel cuerpo joven y fabuloso. Ella tomó todo lo que yo le daba. Estaba buena, muy buena. Pasado un rato, se fue al baño.

Me estiré pensando lo bueno que había sido todo. Iris reapareció y se volvió a meter en la cama. No hablamos. Pasó una hora. Lo repetimos.

Nos lavamos y vestimos. Me dio su dirección y número de teléfono, yo el mío. Parecía en verdad encariñada conmigo. Mcintosh llamó a la puerta quince minutos más tarde. Llevamos a Iris a un cruce cercano a su trabajo. Resultó que en realidad trabajaba de camarera; lo de la danza del vientre era una ambición. La besé despidiéndome. Salió del coche. Se dio la vuelta y me dijo adiós con la mano, luego se fue. Contemplé aquel cuerpo mientras se alejaba.

—Chinaski se apunta otro tanto —dijo Mcintosh, mientras tomaba el camino del aeropuerto.

—No pienses nada —dije yo.

—Yo también tuve algo de suerte.

—¿Sí?

—Sí, me quedé con tu rubia. —¿Qué?

—Sí —se rió—, se vino conmigo.

—¡Llévame al aeropuerto, hijo de puta!

Llevaba en Los Ángeles unos tres días. Tenía una cita con Debra aquella noche. Sonó el teléfono.

—¡Hank, soy *Iris*!

—¡Oh, *Iris*, qué sorpresa! ¿Cómo te va?

—Hank, voy a volar a Los Ángeles. ¡Voy a verte!

—¡Magnífico! ¿Cuándo?

—Llegaré el miércoles antes del Día de Acción de Gracias.

—¿El Día de Acción de Gracias?

—¡Y puedo quedarme hasta el lunes!

—De acuerdo.

—¿Tienes un lápiz? Te daré mi número de vuelo.

Aquella noche Debra y yo cenamos en un bonito sitio junto al mar. Las mesas estaban apiñadas juntas y la especialidad era el marisco. Pedimos una botella de vino blanco y esperamos la comida. Debra tenía mejor aspecto que otras veces, pero me dijo que se le estaba acumulando mucho trabajo. Iba a tener que contratar a otra chica. Y era difícil encontrar a alguien eficiente. La gente era tan inepta.

—Sí —dije yo.

—¿Qué sabes de Sara?

—La llamé por teléfono. Tuvimos una pequeña pelea. Traté de disculparme.

—¿La has visto después de venir de Canadá?

—No.

—He ordenado un pavo de doce kilos para el Día de Acción de Gracias. ¿Lo trincarás?

—*Claro*.

—No bebas mucho esta noche. Ya sabes lo que pasa cuando bebes demasiado. Te conviertes en un pelele mojado.

—De acuerdo.

Debra se inclinó hacia mí y cogió mi mano.

—¡Mi dulce y querido pelele!

Sólo ataqué una botella de vino después de cenar. La bebimos con lentitud, sentados en su cama viendo la gigantesca televisión. El primer programa era penoso. El segundo era mejor. Era sobre un perverso sexual y un chico de granja, subnormal. La cabeza del perverso era transplantada al cuerpo del granjerito por un doctor loco y el cuerpo escapaba con dos cabezas y se iba a hacer todo tipo de cosas horribles. Me puso de buen humor.

Después de la botella de vino y del chico con dos cabezas monté a Debra y tuve buena suerte. Le pegué una galopada furiosa llena de inesperadas variantes e invenciones antes de disparar finalmente en su interior.

Por la mañana Debra me pidió que me quedara y la esperara hasta que volviera del trabajo. Me prometió hacerme una exquisita cena.

—De acuerdo —dije yo.

Traté de dormir después de que se fuera, pero no pude. Me preguntaba qué hacer el Día de Acción de Gracias, cómo iba a decirle que no podía estar con ella. Me fastidiaba. Me levanté y di vueltas. Me di un baño. De nada me sirvió. Tal vez Iris cambiase de idea, tal vez su avión se estrellase. Podía llamar a Debra el Día de Acción de Gracias por la mañana diciéndole que iría.

Di vueltas por la casa sintiéndome cada vez peor. Quizás era por quedarme allí en vez de irme a mi casa. Era como prolongar la agonía. ¿Qué clase de mierda era yo? Podía realmente hacer unas cosas desagradables y canallescás. ¿Cuál era mi motivo? ¿Estaba tratando de sentirme culpable por algo? ¿Podía intentar decirme a mí mismo que era meramente una cuestión de investigación, un simple estudio de lo femenino? Simplemente estaba dejando que las cosas ocurrieran sin pensar en ellas. No consideraba nada más que mi propio placer egoísta y barato. Era como un páfido e irresponsable escolar. Era peor que una puta; una puta se quedaba con tu dinero y nada más. Yo jugaba con vidas y almas como si fueran mis juguetes. ¿Cómo podía llamarme a mí mismo un hombre? ¿Cómo podía escribir poemas? ¿En qué consistía yo? Era un Sade de quinta fila, sin su intelecto. Un asesino era más consecuente y honesto que yo. O un violador. Yo no quería que mi espíritu sirviera de juguete a alguien para hacer tonterías y cagarse encima. Eso lo sabía bien bajo cualquier circunstancia. La verdad es que yo no era bueno. Me daba cuenta mientras me pateaba de un lado a otro la alfombra. *No era bueno*. Lo peor es que me hacía pasar precisamente por lo que no era: un buen hombre. Era capaz de entrar en las vidas de la gente porque ellos confiaban en mí. Así hacía mi sucio trabajo. Estaba escribiendo *El cuento de amor de la hiena*.

Me planté en el centro de la sala, sorprendido por mis propios pensamientos. Me encontré sentado en el borde de la cama, llorando. Podía sentir las lágrimas con mis dedos. Mi cerebro era un torbellino, aunque me sentía cuerdo. No podía entender lo que me ocurría.

Cogí el teléfono y llamé a Sara a su restaurante.

—¿Estás ocupada? —le pregunté.

—No, acabo de abrir. ¿Estás bien? Tienes una voz rara.

—Estoy en un pozo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, le dije a Debra que pasaría el Día de Acción de Gracias con ella.

Ella cuenta conmigo, pero ahora ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—Bueno, no te lo he llegado a contar. Tú y yo no hemos tenido sexo todavía, ya sabes. El sexo hace las cosas diferentes.

—¿Qué ocurrió?

—Conocí a una danzarina del vientre en Canadá.

—¿Sí? ¿Y estás enamorado?

—No, no estoy enamorado.

—Espera, viene un cliente, ¿te importa no colgar?

—De acuerdo...

Me senté con el teléfono pegado a la oreja. Estaba todavía desnudo. Miré mi pene: *¡Tú, sucio hijo de puta!* ¿Sabes todos los dolores de corazón que creas con tu estúpida hambre?

Seguí sentado cinco minutos con el teléfono en la oreja. Iba a ser una llamada cara. Por lo menos se la cargarían a Debra.

—Ya estoy —dijo Sara—, sigue contando.

—Bueno, cuando estuve en Vancouver le dije a la bailarina del vientre que viniera a verme a Los Ángeles.

—¿Y?

—Bueno, ya te he dicho que prometí a Debra pasar el Día de Acción de Gracias con ella...

—También me lo prometiste a mí.

—¿Sí?

—Bueno, *estabas* borracho. Dijiste que como cualquier otro americano, no querías pasar ese día solo. Me besaste y me preguntaste si podíamos pasar la fiesta juntos.

—Lo siento, no recordaba...

—No importa. Espera... viene otro cliente...

Dejé el teléfono y me fui a servir una copa. Cuando regresé al dormitorio vi mi flácido vientre en el espejo. Era feo, obsceno. ¿Por qué me toleraban las mujeres?

Cogí el teléfono con una mano y bebí con la otra. Sara volvió.

—Está bien, sigue.

—Bueno, la cosa es que la bailarina del vientre llamó la otra noche. Bueno, en verdad no es una bailarina del vientre, es una camarera. Dijo que iba a venir a Los Ángeles a pasar el Día de Acción de Gracias conmigo. Se la oía tan feliz.

—Tuviste que haberle dicho que tenías un compromiso.
—No lo hice...
—No tuviste cojones.
—Iris tiene un cuerpo fabuloso...
—Hay otras cosas en la vida además de cuerpos fabulosos...
—De cualquier manera, ahora tengo que decirle a Debra que no pasaré la fiesta con ella y no sé cómo.
—¿Dónde estás?
—Estoy en la cama de Debra.
—¿Dónde está Debra?
—Está en el trabajo. —No pude reprimir un sollozo.
—No eres más que un viejo niño llorón e irresponsable.
—Ya lo sé, pero tengo que decírselo. Voy a volverme loco.
—Te metiste en esto tú solo. Tienes que arreglarlo tú solo.
—Pensé que podrías ayudarme, pensé que a lo mejor podrías decirme qué hacer.
—¿Quieres que te haga el quite? ¿Quieres que telefonee por ti?
—No, no hace falta. Soy un hombre. *Lamaré yo mismo*. Le voy a telefonear ahora. Le voy a decir la verdad. ¡Voy a acabar con esta mierda!
—Eso está bien. Cuéntame luego cómo acaba la cosa.
—Es por culpa de mi niñez, sabes. Nunca supe lo que era el amor...
—Llámame más tarde. Sara colgó.

Me serví otro vino. No podía entender qué había ocurrido en mi vida. Había perdido mi sofisticación, había perdido mi mundanidad, había perdido mi dura concha protectora. Había perdido mi sentido del humor respecto a los problemas ajenos. Quería que volviesen todas estas cosas. Quería que las cosas me resultaran fáciles. Pero de algún modo sabía que nunca volverían, por lo menos no de la forma adecuada. Estaba destinado a seguir sintiéndome culpable y desprotegido.

Traté de decirme a mí mismo que sentirse culpable era una especie de enfermedad. Que eran los hombres *sin* culpa los que hacían progresos en la vida. Hombres que eran capaces de mentir, de engañar, hombres que conocían todos los trucos. Cortés. El no iba jodiendo la marrana por ahí, ni tampoco Vince Lombards Pero por mucho que lo pensara, seguía sintiéndome mal. Decidí acabar con ello. Estaba listo. El trance de la confesión. Era de nuevo un católico. Hazlo y

luego espera el perdón. Acabé el vino y telefoneé a la oficina de Debra.

Contestó Tessie.

—¡Hola, nena! ¡Soy Hank! ¿Qué tal?

—Todo muy bien. Oye, ¿no estás enfadada conmigo, verdad?

—No, Hank. Fue un poco brusco, jajaja, pero divertido. Es *nuestro* secreto, de todas formas...

—Gracias. Sabes, yo realmente no...

—Ya sé.

—Bueno, escucha, quiero hablar con Debra. ¿Está ahí?

—No, está en el juzgado, transcribiendo.

—¿Cuándo volverá?

—Normalmente no vuelve a la oficina cuando va al juzgado. En caso de que lo haga, ¿quieres dejar algún mensaje?

—No, Tessie, gracias.

Aquello lo jodió todo. Ni siquiera podía arreglar nada hablando. Estreñimiento confesional. Falta de comunicación. Tenía enemigos en las alturas.

Bebí otro vino. Me había preparado para aclarar las cosas y salir del embrollo. Ahora tenía que tragármelo entero. Me sentía cada vez peor. La depresión, el suicidio a menudo eran motivados por una falta de dieta adecuada. Pero yo había estado comiendo bien. Recordé los viejos tiempos, viviendo de una barra de caramelo al día, enviando relatos escritos a mano al *Atlantic Monthly* y a *Harper's*. En todo lo que pensaba era en comer. Si el cuerpo no se alimentaba, la mente también agonizaba. Pero ahora, en cambio, había estado comiendo condenadamente bien, y bebiendo buen vino. Eso quería decir que lo que ahora pensaba era probablemente *lo cierto*. Todo el mundo se imaginaba a sí mismo especial, privilegiado, excepcional. Hasta un viejo y feo jorobado regando un geranio en su porche. Yo me había imaginado a mí mismo especial porque había salido de las fábricas a los cincuenta años y me había hecho un poeta. Mierda caliente. Así que me cagaba en todo el mundo igual que todos los patrones y capataces se habían cagado en mí cuando estaba indefenso. Al final venía a ser lo mismo. Era un podrido y jodido borracho consentido con una fama muy *menor*.

Mi análisis no curó las quemaduras.

Sonó el teléfono. Era Sara.

—Dijiste que telefonearías. ¿Qué ha ocurrido?

—No estaba.

—¿No estaba?

—Está en el juzgado.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar y decírselo.
—Muy bien.
—No debería mezclarte en toda esta mierda.
—No importa.
—Quiero volver a verte.
—¿Cuándo? ¿Después de la bailarina del vientre?
—Bueno, sí.
—¿Debo darte las gracias?
—Te telefonearé...
—De acuerdo. Te tendré los pañales preparados.

Me sumergí en el vino y esperé. Las 3, las 4, las 5. Finalmente me acordé de vestirme. Estaba sentado con una copa en la mano cuando llegó el coche de Debra. Aguardé. Ella abrió la puerta. Llevaba una bolsa con alimentos. Tenía muy buen aspecto.

—¡Hola! —dijo—. ¿Cómo está mi ex pelele?
Fui hasta ella y la abracé. Empecé a temblar y a llorar.
—¿Hank, qué pasa?

Debra dejó caer la bolsa en el suelo. Nuestra cena. La abracé con más fuerza. Sollozaba. Las lágrimas caían como vino. No podía parar. Parte de mí estaba allí, la otra parte quería salir corriendo.

—¿Hank, qué es esto?
—No puedo estar contigo el Día de Acción de Gracias.
—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué problema hay?
—El problema es que yo soy ¡UNA GIGANTESCA MASA DE MIERDA!

Mi culpa se clavó más en mí y tuve un espasmo. Algo me dolía horriblemente.

—Una bailarina del vientre viene desde Canadá a pasar el Día de Acción de Gracias conmigo.

—¿Una bailarina del vientre?
—Sí.
—¿Es hermosa?
—Sí, lo es. Lo siento, *lo siento...*

Debra me apartó de un empujón.

—Deja que guarde la compra.

Cogió la bolsa y entró en la cocina. Oí la puerta de la nevera abrirse y

cerrarse.

—Debra —dije—, me voy.

No se oyó nada en la cocina. Abrí la puerta y salí. El Volks arrancó. Encendí la radio, puse las luces y conduje rumbo a Los Ángeles.

94

En la noche del miércoles me encontraba en el aeropuerto esperando a Iris. Me senté y contemplé a las mujeres. Ninguna de ellas, excepto una o dos tenían tan buen cuerpo como Iris. Había algo que no marchaba bien en mí: tenía una verdadera obsesión sexual. Me imaginaba estando en la cama con cada mujer que veía. Era una interesante manera de pasar el tiempo de espera en un aeropuerto. *Mujeres*: me gustaban los colores de sus ropas, su manera de andar, la crueldad de algunos rostros, de vez en cuando la belleza casi pura de una cara, total y encantadoramente femenina. Estaban por encima de nosotros, planeaban mejor y se organizaban mejor. Mientras los hombres veían el fútbol o bebían cerveza o jugaban a los bolos, ellas, las mujeres, pensaban en nosotros, concentrándose, estudiando, decidiendo, si aceptarnos, descartarnos, cambiarnos, matarnos o simplemente abandonarnos. Al final no importaba, hicieran lo que hicieran, acabábamos locos y solos.

Había comprado para Iris y para mí un pavo descomunal. Estaba en mi fregadero, asomando las patas. Día de Acción de Gracias. Probaba que habías sobrevivido otro año con sus guerras, inflación, desempleo, contaminación, presidentes. Era un gran revoltijo neurótico de clanes: borrachos escandalosos, abuelas, hermanas, tías, niños chillones, futuros suicidas. Y no hay que olvidarse de la indigestión. Yo no era diferente de los demás. Allí estaba el enorme pavo apalancado en mi fregadero, muerto, decapitado, totalmente destripado. Iris lo iba a asar para mí.

Había recibido una carta por correo aquella tarde. La saqué de mi bolsillo y la releí. Estaba remitida desde Berkeley.

Querido señor Chinaski:

Usted no me conoce pero soy una zorra atractiva. He salido con marineros y un conductor de camión, pero no me satisfacían. Quiero decir que jodíamos y luego nada más. No hay sustancia en esos hijos de puta. Tengo 22 años y una hija de 5, Aster. Vivo con un tío, pero no hay sexo, sólo vivimos juntos. Se llama Rex. Me gustaría ir a

verle. Mi madre podría cuidar de Aster. Adjunto una foto mía. Escíbame si le parece bien. He leído algunos de sus libros. Son difíciles de encontrar en las librerías. Lo que me gusta de sus libros es que son fáciles de entender. Y también son divertidos.

Un abrazo

Tanya

Entonces llegó el avión de Iris. Fui a la ventana y la vi bajar. Tenía buena pinta. Se había recorrido todo el camino desde Canadá para verme. Llevaba una maleta. La saludé con la mano mientras entraba con los otros. Pasó la aduana y luego vino hacia mí. Nos besamos y se me empalmó un poco. Llevaba un vestido azul, práctico y ajustado, tacones altos y un pequeño sombrero coronando su cabeza. Era raro ver a una mujer con faldas. Todas las mujeres de Los Ángeles llevaban continuamente pantalones...

Como no teníamos que esperar su equipaje fuimos derecho a mi casa. Aparqué delante y entramos por el patio juntos. Se sentó en el sofá mientras yo le preparaba una copa. Iris miró mi biblioteca casera.

—¿Has escrito todos esos libros?

—Sí.

—No tenía idea de que hubieses escrito tantos.

—Los escribí.

—¿Cuántos?

—No sé. Veinte, veinticinco...

La besé, pasándole un brazo por la cintura, atrayéndomela. La otra mano la puse en su rodilla.

Sonó el teléfono. Me levanté y lo cogí.

—¿Hank? —Era Valerie.

—¿Sí?

—¿Quién era ésa?

—¿Quién era quién?

—Aquella chica...

—Oh, es una amiga de Canadá.

—¡Hank, tú y tus malditas mujeres!

—Sí.

—Bobby quiere saber si tú y...

—Iris.

—Quiere saber si Iris y tú queréis venir a tomar una copa.

—Esta noche no. Tengo cosas que hacer.

—¡Esa chica tiene todo un *cuerpo*!

—Lo sé.

—Está bien, quizás mañana.

—Quizás...

Colgué pensando que a Valerie probablemente también le gustaban las mujeres. Bueno, eso estaba bien.

Serví dos copas más.

—¿A cuántas mujeres has esperado en aeropuertos? —me preguntó Iris.

—No tantas como crees.

—¿Has perdido la cuenta? ¿Cómo con tus libros?

—Las matemáticas son uno de mis puntos más débiles.

—¿Te gusta encontrarte con las mujeres en los aeropuertos?

—Sí. —No recordaba que Iris fuera tan habladora.

—¡Eres un cerdo! —Se rió.

—Nuestra primera pelea. ¿Tuviste un buen vuelo?

—Iba sentada al lado de un pelmazo. Cometí el error de dejar que me invitara a una copa. Me comió la oreja de tanto hablar.

—Sólo estaba excitado. Eres una mujer sexy.

—¿Es todo lo que ves en mí?

—Por lo pronto veo mucho de eso. Tal vez vea otras cosas más adelante.

—¿Por qué quieres tantas mujeres?

—Es por culpa de mi niñez, sabes. Sin amor, sin afecto. Y en mi juventud tampoco tuve gran cosa. Estoy jugando a una especie de recuperación...

—¿Sabrás cuándo habrás recuperado todo?

—Me parece que por lo menos necesito toda otra vida.

—¡Estás lleno de mierda!

—Me reí.

—Por eso escribo.

—Me voy a dar una ducha y cambiarme.

—Como quieras.

Fui a la cocina y levanté el pavo. Vi sus patas, su pelo púbico, su agujero, sus muslos; allí estaba. Me gustó que no tuviera ojos. Bueno, haríamos algo con aquella cosa. Ese era el siguiente paso. Oí la cadena del water. Si Iris no quería asarlo, lo asaría yo.

Cuando era joven, estaba deprimido todo el tiempo. Pero el suicidio ya no me parecía una posibilidad en mi vida. A mi edad quedaba ya muy poco que matar. Era bueno ser viejo, no importaba lo que dijeran. Era razonable que un hombre tuviera que llegar a los cincuenta años para escribir con un mínimo de claridad. Cuantos más ríos cruzabas, más sabías de ríos, es decir si sobrevivías a las turbulencias y a las rocas ocultas. Podía ser algo duro, a veces.

Iris salió. Llevaba puesto un vestido de una pieza azul y negro que parecía de seda. No era la típica chica americana, gustosa de apariencias desmesuradas. Ella era una mujer total, pero no te lo lanzaba a la cara. Las mujeres americanas llevaban aparatosas vestimentas que acababan haciéndolas parecer aún peor. Las únicas chicas americanas con naturalidad que quedaban estaban sobre todo en Texas y Louisiana.

Iris me sonrió. Tenía algo en cada mano. Alzó las manos por encima de la cabeza y empezó a hacer sonidos castañeantes. Empezó a bailar. O, aun más exactamente, a vibrar. Era como si estuviese siendo sacudida por corrientes eléctricas en el centro de su alma y que ese centro estuviese en su ombligo. Era encantador y puro, con el toque exacto de humor. La danza entera, mientras no apartaba los ojos de mí, tenía su propio significado, un extraordinario sentido de su propio valor.

Acabó y yo aplaudí, le serví una copa.

—Pudo haber quedado mejor —dijo—. Se necesita un traje y música.

—Me ha gustado mucho.

—Iba a traer una cinta con la música, pero sabía que no tenías aparato.

—En efecto, de todos modos fue fabuloso.

Le di un beso cariñoso.

—¿Por qué no te vienes a vivir a Los Ángeles? —le pregunté.

—Todas mis raíces están en el Noroeste. Me gusta. Mis padres. Mis amigos. Todo está allí ¿comprendes?

—Sí.

—¿Por qué no te vienes a Vancouver? Allí podrías escribir.

—Supongo que podría. Podría escribir hasta en la cima de un iceberg.

—Deberías intentarlo.

—¿El qué?

—Vancouver.

—Ya lo intentó Malcolm Lowry. Se le incendió la casa.

—Hay muchas casas.

—¿Qué pensaría tu padre?

—¿De qué?

—De nosotros.

95

El Día de Acción de Gracias, Iris preparó el pavo y lo metió en el horno. Bobby y Valerie vinieron a tomar unas copas, pero no se quedaron mucho tiempo. Era refrescante. Iris llevaba otro vestido, tan fascinante como el otro.

—Sabes —dijo—, no he traído bastante ropa. Mañana voy a ir con Valerie a comprar a Frederick's. Voy a comprar unos zapatos realmente matadores. Te gustarán.

—Ya lo creo.

Entré en el baño. Había escondido la foto que me había enviado Tanya en el armario de las medicinas. Tenía el vestido levantado y no llevaba bragas. Se le podía ver el coño. *Era* una zorra atractiva.

Cuando salí, Iris estaba lavando algo en el fregadero. La agarré por detrás, le di la vuelta y la besé.

—¡Eres un perro viejo cachondón! —me dijo.

—¡Te voy a hacer sufrir esta noche, querida!

—¡Sí, por favor!

Bebimos toda la tarde, luego atacamos el pavo hacia las cinco o las seis. La comida nos sobró. Una hora más tarde empezamos otra vez a beber. Nos fuimos temprano a la cama, hacia las diez. No tuve ningún problema. Estaba lo bastante sobrio para pegar una buena cabalgada. En el momento que empecé a dar caderazos supe que lo iba a conseguir. No traté de complacer particularmente a Iris. Sólo fui adelante y le pegué un polvo de caballo a la antigua. La cama botaba y ella se contorsionaba. Luego empezó a gemir. Frené un poco, luego embestí como un descosido y la hendí. Pareció que llegaba al clímax conmigo. Claro que un hombre nunca podía saber. Me eché a un lado. Siempre me había gustado el jamón canadiense.

Al día siguiente vino Valerie y se fue con Iris a comprar a Frederick's, el templo de las fantasías eróticas. El correo llegó una hora más tarde. Venía otra carta de Tanya. Era más intimista.

Henry, querido...

Iba andando por la calle hoy y estos tíos me silbaron. Pasé a su lado sin hacerles caso. Los que más odio son los lavacoches. Te gritan cosas y sacan la lengua como si realmente pudieran hacer algo con ella, pero no hay un solo hombre entre ellos que pueda hacer nada. Tú lo sabes.

Ayer fui a esta tienda de ropa a comprar unos pantalones para Rex. Rex me había dado el dinero. Es incapaz de comprar sus cosas. Es algo que aborrece. Así que fui a esta tienda de ropa para hombre y cogí un par de pantalones. Había allí dos tíos de mediana edad y uno de ellos era el sarcasmo en persona. Mientras estaba eligiendo los pantalones se acercó, me cogió la mano y la puso en su polla. Le dije: «Eso es todo lo que tienes? ¡Vaya mierdecita!». Se rió y dijo algo inteligente. Encontré un bonito par de pantalones para Rex, verdes con rayas blancas. A Rex le gusta el verde. Entonces viene el tío este y me dice, «Vente a uno de los probadores». Bueno, sabes, los tíos sarcásticos siempre me han fascinado, así que entré en el probador con él. El otro tío nos vio entrar. Comenzamos a besarnos y él se abrió la bragueta. Se le empalmó y me puso la mano en ella. Seguimos besándonos y él me subió el vestido y miró mis bragas en el espejo. Jugaba con mi culo. Pero su polla nunca se puso dura de verdad, sólo a medias, y así se quedó. Le dije que se dejara de bobadas. Salió del probador con la polla fuera y se la guardó enfrente del otro tío. Estaban riéndose. Yo salí y pagué los pantalones. Me los envolví. «Dile a tu marido que escogiste los pantalones en el probador». Se rió. «¡No eres más que un jodido *marica*!» le dije, «¡y tu compadre no es más que otro jodido *marica*!». Y lo eran. Casi todos los hombres son unos maricas ahora. Es muy difícil para una mujer. Yo tenía una amiga que se casó con un tío y un día volvió a casa y se lo encontró con otro hombre en la cama. No es extraño que todas las chicas tengan que estar comprando vibradores estos días. Es una jodida mierda. Bueno, escríbeme. Un beso,

Tanya

Querida Tanya:

He recibido tus cartas y tu foto. Estoy sentado aquí solo después del

Día de Acción de Gracias. Estoy con resaca. Me gusta tu foto. ¿Tienes más?

¿Has leído alguna vez a Celine? Me refiero al *Viaje al fin de la noche*. Después de aquello perdió los estribos y se volvió majareta, insultando a sus editores y lectores. Fue verdaderamente una pena. Su mente se disparó. Creo que llegó a ser un buen doctor. O quizás no. Tal vez su corazón no estuviese en ello. Quizás matase a sus pacientes. Eso hubiera hecho una buena novela. Muchos doctores lo hacen. Te dan una pastilla y te mandan a la calle de nuevo. Necesitan dinero para pagar lo que su educación les costó. Así que abarrotan sus salas de espera y despachan a los clientes de cualquier manera. Te pesan, toman tu presión sanguínea, te dan una píldora y te mandan a casa sintiéndote aún peor. Un dentista se quedará con los ahorros de toda tu vida, pero al menos hace algo por tus dientes.

De cualquier modo, todavía escribo y me las arreglo para pagar el alquiler. Encuentro tus cartas interesantes. ¿Quién te hizo la foto sin bragas? Un buen amigo, sin duda. ¿Rex? Verás ¡me estoy poniendo celoso! Es una buena señal ¿no? Llamémoslo interés. O curiosidad...

Vigilaré el buzón. ¿Habrá más fotos?

Tuyo, sí, sí,

Henry

Se abrió la puerta y entró Iris. Quitó la hoja de la máquina de escribir y la puse boca abajo.

—¡Oh, Hank! ¡Me he comprado los zapatos de puta!

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

—¡Me los voy a poner para ti! ¡Seguro que te encantan!

—¡Hazlo, nena!

Iris entró en el dormitorio. Cogí la carta de Tanya y la escondí bajo un taco de papeles.

Salió Iris. Los zapatos eran de un rojo brillante con unos tacones viciosamente altos. Parecía una de las mayores putas de todos los tiempos. No tenían respaldo de talón y se le podía ver todo el pie a través del material transparente. Iris caminó de un lado a otro. Tenía un cuerpo aún más provocativo, y el culo se convertía en una de las maravillas de la tierra, caminando sobre esos zapatos se elevaba a alturas celestiales. Era enloquecedor. Se paró y me miró por encima del hombro, sonriendo. ¡Qué maravillosa hinchapollas! Tenía más cadera, más culo, más pantorrilla que nadie que pudiera yo recordar! Corrí a servir dos copas. Iris se sentó y cruzó altas las piernas. Se sentó enfrente mío. Los milagros

en mi vida seguían ocurriendo. No podía comprenderlo.

Tenía la polla dura, palpitante, pugnando por reventar mis pantalones.

—Sabes lo que le gusta a un hombre —le dije.

Acabamos nuestra bebida. La llevé de la mano al dormitorio. La eché en la cama. Le subí el vestido y le bajé las bragas. Era un trabajo difícil. Se enganchaban en un zapato, con uno de los tacones, pero finalmente se las quité. Su vestido todavía cubría sus caderas. Levanté su culo y subí más el vestido. Ya estaba húmeda. Lo sentí con mis dedos. Iris estaba casi siempre húmeda, casi siempre a punto. Era totalmente disfrutable. Llevaba unas largas medias de nylon con ligas azules decoradas con rosas rojas.

Emplacé mi vara en la humedad. Sus piernas estaban levantadas en el aire y mientras la acariciaba veía aquellos zapatos de zorra en sus pies, con tacones rojos afilados como punzones. Iris estaba lista para otra jodida de caballo a la antigua. El amor era para los que tocaban la guitarra, católicos y locos del ajedrez. Aquella perra con sus zapatos rojos y largas medias, se merecía lo que iba a recibir de mí. Traté de rajarla, de partirla en dos. Contemplaba aquella extraña cara medio india a la suave luz del sol que se filtraba por las cortinas. Era como un asesinato. La tenía. No tenía escapada. La empalé rugiendo, llegando casi hasta su cabeza y partiéndola por la mitad.

Me sorprendió que pudiera levantarse sonriendo e irse al baño. Casi parecía feliz. Se le habían caído los zapatos y estaban tirados a un lado de la cama. Mi polla todavía estaba dura. Cogí uno de los zapatos y pasé mi polla por él. Era de puta madre. Luego lo dejé en el suelo. Mientras Iris salía del baño, todavía sonriendo, mi polla se bajó.

96

No ocurrió mucho más durante el resto de su estancia. Bebimos, comimos, jodimos. No hubo peleas. Dábamos largos paseos por la costa, comíamos en chiringuitos de marisco. No me preocupaba de escribir. Había momentos en que era mejor mantenerse apartado de la máquina. Un buen escritor sabía cuándo no escribir. Cualquiera podía mecanografiar. Yo no sólo era un buen mecanógrafo; también sabía hablar y conocía la gramática. Pero sabía cuándo no escribir. Era igual que joder. Tenías que descansar de vez en cuando. Tenía un viejo amigo que a veces me escribía cartas, Jimmy Shannon. Escribía seis novelas al año, todas sobre incesto. No era de extrañar que se muriera de hambre. Mi problema es que no sabía dejar descansar mi polla igual que mi máquina de escribir. Eso sólo sucedía porque las mujeres eran algo que se conseguía por rachas imprevisibles, así que tenías que conseguir el mayor número posible antes de que

algún otro lo hiciese. Creo que el hecho de que yo dejara de escribir durante diez años fue una de las cosas más afortunadas que podían haberme ocurrido. (Supongo que algunos críticos dirán que fue una de las cosas más afortunadas que pudieron ocurrirles también a los lectores.) Diez años de descanso para ambas partes. ¿Qué ocurriría si dejara de beber durante diez años?

Llegó el día de dejar a Iris Duarte en el avión de regreso. Era un vuelo matinal, lo cual lo hizo difícil. Yo estaba acostumbrado a levantarme después del mediodía; era un buen remedio para las resacas y me haría vivir cinco años más. No sentía tristeza mientras la llevaba al aeropuerto. El sexo había estado de puta madre; nos habíamos reído. Difícilmente podía recordar una temporada más cabal, ninguno de los dos exigía nada y sin embargo había habido un calor tierno, no había sido algo falto de sentimiento, carne muerta acoplada con carne muerta. Detestaba tipos así de relaciones, el tipo de relaciones sexuales de Los Ángeles, Hollywood, Bel Air, Malibu, Laguna Beach. Extraños al conocerse, extraños al despedirse. Un gimnasio de cuerpos innominados masturbándose mutuamente. La gente amoral suele considerarse más libre, pero a menudo carecen de la capacidad de sentir o de amar. Así que se hacían swingers. Los muertos jodiendo con los muertos. No había juego ni humor en su práctica, era una cópula de cadáveres. La moral era restrictiva, pero estaba afianzada en la experiencia humana a través de los siglos. Algunas morales tendían a mantener a los hombres esclavizados en fábricas, en iglesias y fieles al estado. Otras morales simplemente tenían buen sentido. Era como un jardín lleno de frutas venenosas y frutas buenas. Tenías que saber cuál escoger y comer y cuál abandonar.

Mi experiencia con Iris había sido deliciosa y plena, aunque yo no estaba enamorado de ella ni ella de mí. Era fácil preocuparse y difícil no preocuparse. Yo me preocupaba. Nos sentamos en el Volks en la planta más alta del aparcamiento. Teníamos algo de tiempo. Tenía la radio encendida. Brahms.

—¿Te volveré a ver? —le pregunté.

—Creo que no.

—¿Quieres una copa en el bar?

—Me has convertido en una alcohólica, Hank. Estoy tan débil que apenas puedo caminar.

—¿Sólo por la bebida?

—No.

—Entonces vamos a tomar una copa.

—¡Beber, beber, beber! ¿Es eso en *todo* lo que puedes pensar?

—No, pero es una buena manera de pasar momentos como éste.

—¿No puedes plantarles cara a las cosas?

—Puedo, pero prefiero no hacerlo.

—Eso es escapismo.

—Todo lo es: jugar al golf, dormir, comer, andar, discutir, correr, respirar, joder...

—¿Joder?

—Mira, estamos hablando como niños de colegio. Vamos a ver tu vuelo.

No estaba yendo bien. Yo quería besarla, pero sentía su reserva. Un muro. Iris no se sentía bien, lo vi, y yo tampoco.

—De acuerdo —dijo ella—, iremos a comprobar mi vuelo y luego tomaremos una copa en el bar. Después me iré volando para siempre: llanamente, sencillamente, sin sufrimientos.

—*¡Está bien!* —dije yo.

Y así fue.

Camino de vuelta: Por el Bulevar Century, bajando a Crenshaw, subiendo por la octava Avenida, luego por Arlington hacia Wilton. Decidí parar en mi lavandería y me fui a la derecha por el Bulevar Beverly. Entré en el patio que había detrás de Limpiezas Silverette y aparqué el Volks. Mientras lo hacía pasó una joven negra con un vestido rojo. Tenía un movimiento maravilloso de culo y una forma de andar aún más maravillosa. Entonces el edificio me tapó la vista. Aquella chica sabía moverse; era como si la vida les diese a unas pocas mujeres una gracia especial que restase a las otras. Ella tenía este tipo de gracia indescriptible.

Salí tras ella y la contemplé por detrás. La vi volver la cabeza y mirarme. Entonces se quedó parada, observándome por encima del hombro. Entré en la lavandería. Cuando salí con mis cosas, ella estaba parada junto a mi Volks. Lo metí todo en el asiento de atrás. Luego me fui a meter en el asiento del conductor. Ella se quedó parada delante mío. Tendría unos 27 años con una cara redonda e impenetrable. Estábamos los dos muy cerca.

—Te he visto mirándome. ¿Por qué me mirabas?

—Te pido disculpas. No quería ofender.

—Quiero saber por qué me mirabas. Me estabas atravesando con la mirada.

—Mira, eres una hermosa mujer con un hermoso cuerpo. Te he visto pasar y te miré. No pude remediarlo.

—¿Quieres una cita para esta noche?

—Bueno, eso sería magnífico, pero tengo un compromiso. Tengo cosas que hacer.

La rodeé y me metí en el coche. Ella se fue. Mientras lo hacía la oí murmurar, «*Zopenco rijoso*».

Abrí el correo. Nada. Necesitaba reestructurarme. Había perdido algo que necesitaba. Miré en la nevera. Nada. Salí, monté en el Volks y conduje hasta el Elefante Azul, una tienda de licores. Compré una botella de Smirnoff y algo de 7-Up. Mientras volvía hacia mi casa, por el camino me acordé de que me había olvidado los cigarrillos.

Bajé por Western Avenue, giré a la izquierda en Hollywood Bulevar y luego a la derecha en Serrano. Buscaba un estanco para comprar tabaco. Justo en la esquina de Serrano con Sunset estaba otra chica negra, una alta mulata con zapatos negros de tacón alto y una minifalda. Mientras estaba allí parada con su minifalda pude ver un atisbo de bragas azules. Empezó a caminar y yo conduje a su lado. Pretendió no darse cuenta de mi presencia.

—¡Hey, nena!

Se paró. Yo pegué el coche al bordillo. Ella se acercó.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Muy bien.

—¿Eres de fiar?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero —dije— a que, ¿cómo puedo saber que no eres policía?

—¿Cómo puedo yo saber que *tú* no eres policía?

—Mírame a la cara, ¿tengo pinta de policía?

—Está bien —dijo ella—, pasa la esquina y aparca. Yo acudo allí.

Doblé la esquina y aparqué enfrente del bar de sandwiches del señor Famous. Ella abrió la puerta y entró.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó. Tendría treintaitantos años, un gran diente de oro adornaba el centro de su sonrisa. Nunca le faltaría dinero.

—Mamada —dije.

—Veinte dólares.

—De acuerdo. Vámonos.

—Sube por la avenida Oeste hacia Franklin, dobla a la izquierda, ve a Harvard y gira a la derecha.

Cuando llegamos a Harvard no había sitio para aparcar. Finalmente dejé el coche en zona roja y salimos.

—Sígueme —dijo.

Era un cochambroso edificio de muchos pisos. Justo antes de llegar al vestíbulo, se fue a la derecha y la seguí por una escalera de cemento, contemplando su culo. Era extraño, pero todo el mundo tenía un culo. Era casi triste. Pero yo no quería su culo. Bajamos por una rampa y luego subimos por otras escaleras de cemento. Estábamos utilizando una especie de salida de incendio en vez del ascensor. Yo no tenía la menor idea de sus razones para hacer una cosa así. Pero necesitaba el ejercicio, si quería llegar a escribir gruesas novelas en mi vejez, como Knut Hamsun.

Finalmente llegamos a su apartamento y ella sacó la llave. La agarré de la mano.

—Espera un momento —le dije.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes ahí dentro a un par de negrazos bastardos que me van a hacer picadillo y dejarme tirado en algún callejón?

—No, no hay nadie aquí. Vivo con una amiga y no está en casa. Trabaja en los almacenes Broadway.

—Dame la llave.

Abrí lentamente la puerta y luego le di una patada. Miré dentro. Llevaba mi navaja pero no la saqué. Ella cerró la puerta tras de mí.

—Vamos al dormitorio —dijo.

—Espera un momento...

Abrí bruscamente la puerta de un armario y miré entre la ropa. Nada.

—¿Qué gilipolleces estás haciendo, tío?

—¡Yo no hago gilipolleces!

—Ay, la virgen...

Corrí dentro del baño y aparté de un manotazo la cortina de la ducha. Nada. Entré en la cocina y corrí la cortina de plástico que había debajo del fregadero. Sólo un mugriento cubo de basura. Examiné el otro dormitorio y el armario del mismo. Miré bajo la cama doble: una botella vacía de cerveza. Salí.

—Ven aquí —dijo ella.

Era un pequeño dormitorio, una mínima alcoba. Sábanas sucias. La manta en el suelo. Me abrí la bragueta y la saqué.

—20 dólares —dijo ella.

—¡Pon tus labios en esta trompeta! ¡Déjala seca!

—20 dólares.

—Ya sé el precio. Gánatelo. Exprímeme los huevos.

—20 dólares por anticipado...

—¿Ah, sí? Te doy los veinte y ¿cómo sé que no llamarás a gritos a la policía? ¿Cómo sé que tu hermanito de dos metros que juega al baloncesto no va a venir con su navaja?

—20 dólares, y no te preocupes. Te la chuparé. Te la chuparé bien.

—No confío en ti, zorra.

Me abroché los pantalones y salí de allí corriendo, bajando por todos los escalones de cemento. Llegué al final, subí de un salto en el Volks y regresé a mi casa.

Comencé a beber. Mis estrellas no estaban en buen orden.

Sonó el teléfono. Era Bobby.

—¿Dejaste a Iris en el avión?

—Sí, Bobby, y quiero darte las gracias por mantener tus manos fuera por una vez.

—Mira, Hank, eso es una obsesión tuya. Eres viejo y te traes a todas estas chicas jóvenes, entonces te pones nervioso cuando aparece un gato joven. Pierdes el culo.

—Incertidumbre personal... falta de confianza en mí mismo ¿verdad?

—Bueno...

—Está bien, Bobby.

—De cualquier manera, Valerie quería saber si te apetece venir a tomar una copa.

—¿Por qué no?

Bobby tenía algo de chocolate malo, realmente malo. Nos lo fuimos pasando. Tenía muchas cintas nuevas para el estéreo. También tenía a mi cantante favorito, Randy Newman, y lo puso, pero sólo a medio volumen por exigencia mía.

Así que escuchamos a Randy y fumamos y entonces Valerie nos hizo un desfile de modas. Tenía una docena de conjuntos sexy de Frederick's, y por lo menos 30 pares de zapatos colgando detrás de la puerta del baño.

Salió balanceándose sobre unos tacones de quince centímetros. Apenas

podía andar. Navegó por toda la habitación, en equilibrio sobre los tacones. Su culo se meneaba y sus pequeños pezones se erguían endurecidos a través de su blusa transparente. Llevaba una fina cadena de oro alrededor del tobillo. Se contoneaba y nos miraba, haciendo algunos encantadores movimientos sexuales.

—Cristo —dijo Bobby—, ¡oh... Cristo!

—¡Santa María la hostia madre de Dios! —dije yo.

Al pasar Valerie a mi lado la agarré del culo. Estaba por fin vivo, me sentía extraordinariamente bien. Valerie entró en el baño para hacer un cambio de vestido.

Cada vez que salía, Valerie tenía mejor pinta, enloquecedora, enfurecedora. Todo el proceso se estaba aproximando a un clímax.

Bebimos y fumamos y Valerie continuó saliendo con nuevas cosas. Un infierno de espectáculo.

Se sentó en mi regazo y Bobby tiró algunas fotos.

Siguió la noche. Entonces miré a mi alrededor y Valerie y Bobby habían desaparecido. Entré en el dormitorio y vi a Valerie en la cama, desnuda a excepción de sus zapatos de alto tacón. Su cuerpo era firme y esbelto.

Bobby estaba todavía vestido y estaba chupando los pechos de Valerie, pasando del uno al otro. Los pezones estaban alzados.

Bobby me miró.

—Eh, viejo, te he oído presumir muchas veces de cómo comes coños. ¿Qué te parece esto?

Bobby se bajó y abrió las piernas de Valerie. Sus pelos del coño eran largos, rizados y enredados. Bobby empezó a lamer el clítoris. Era bastante bueno, pero le faltaba espíritu.

—Espera un momento, Bobby, no lo estás haciendo bien. Déjame que te enseñe.

Bajé allí. Empecé desde lejos y me fui acercando. Entonces lo agarré bien. Valerie respondió. Demasiado. Me agarró la cabeza con sus piernas y no me dejaba respirar. Me apretaba las orejas. Aparté la cabeza de allí.

—Bueno, Bobby, ¿has visto?

Bobby no contestó. Se dio la vuelta y entró en el baño. Yo estaba descalzo y sin pantalones. Me gustaba enseñar las piernas cuando bebía. Valerie se incorporó y me echó en la cama. Se inclinó y me tomó la polla con la boca. No era muy buena comparada con la mayoría. Comenzó con el viejo bombeo de cabeza y poco más tenía que ofrecer aparte de eso. Trabajó largo rato y yo vi que no lo iba a conseguir. Le aparté la cabeza, la puse en la almohada y la besé. Luego la monté. Había pegado unas 8 o 10 sacudidas cuando oí a Bobby detrás nuestro.

—Tío, quiero que te vayas.

—¿Qué coño pasa, Bobby?

—Quiero que vuelvas a tu casa.

Me aparté, me levanté, salí a la sala y me puse mis pantalones y zapatos.

—Eh, señor sangre fría —le dije a Bobby—, ¿qué te ocurre?

—Sólo quiero que te vayas de aquí.

—Muy bien, muy bien...

Volví a mi casa. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde que había dejado a Iris Duarte en el avión. Debía haber llegado ya a Vancouver a estas alturas. Mierda, Iris Duarte, buenas noches.

97

Recibí una carta en el correo. Estaba remitida desde Hollywood.

Querido Chinaski:

He leído casi todos tus libros. Trabajo de mecanógrafa en un sitio de la avenida Cherokee. He colgado tu foto junto a mi escritorio. Es un cartel de una de tus lecturas. La gente me pregunta «¿Quién es ése?» y yo les digo, «Mi novio» y ellos dicen, «¡Dios mío!».

Le dejé a mi jefe uno de tus libros de relatos. *La bestia con tres piernas* y me dijo que no le había gustado. Dijo que no sabías escribir. Dijo que era mierda barata. Se enfadó mucho.

De cualquier manera, a mí me gustan tus cosas y me gustaría conocerte. Dicen que soy bonita y bien formada. ¿Te gustaría conocerme?

Con amor.

Valencia

Dejaba dos números de teléfono, uno del trabajo y otro de casa. Eran las dos y media de la tarde. Marqué el número del trabajo.

—¿Sí? —respondió una voz de mujer.

—¿Está Valencia?

—Yo soy Valencia.

—Soy Chinaski. Recibí tu carta.

—Pensé que llamarías.

—Tienes una voz sexy —le dije.

—Tú también.

—¿Cuándo puedo verte?

—Bueno, esta noche no tengo nada que hacer.

—Bien, ¿entonces esta noche?

—De acuerdo. Te veré después del trabajo. Nos podemos encontrar en un bar del Bulevar Cahuenga, el Foxhole, ¿sabes dónde está?

—Sí.

—Entonces te veré a las seis...

Llegué y aparqué a la puerta del Foxhole. Encendí un cigarrillo y me quedé un rato sentado. Luego salí y entré en el bar. ¿Cuál era Valencia? Me quedé allí parado y nadie me dijo nada. Me acerqué a la barra y pedí un vodka-7 doble. Entonces oí mi nombre.

—¿Henry?

Miré a mi alrededor y allí estaba una rubia sola en un rincón. Cogí mi bebida y fui a sentarme. Tendría unos 38 años y no estaba tan bien formada. Estaba un poco gorda. Sus tetas eran muy grandes, pero le caían flácidas. Tenía pelo corto rubio. Estaba hecha pesadamente y parecía cansada. Llevaba pantalones, blusa y botas. Ojos azul pálido. Muchas pulseras en cada brazo. Su cara no revelaba nada, aunque puede que alguna vez hubiera sido hermosa.

—Ha sido realmente un jodido día miserable —me dijo—, he escrito a máquina hasta romperme el culo.

—Podemos salir otra noche cuando te sientas mejor —me apresuré a decirle.

—Oh, mierda, no hay problema. Otra copa y me quedaré como una rosa.

Valencia se volvió hacia la camarera.

—Otro vino.

Bebía vino blanco.

—¿Cómo te va la literatura? —me preguntó—. ¿Has sacado nuevos libros?

—No, pero estoy trabajando en una novela.

—¿Cómo se va a llamar?

—Todavía no tiene título.

—¿Va a ser buena?

—No sé.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Yo acabé mi vodka y pedí otro. Valencia simplemente no era mi tipo en ningún sentido. Me desagradaba. Hay gente así, a la que nada más conocerlas ya desprecias.

—Hay una chica japonesa donde trabajo que hace todo lo posible para que me despidan. Yo lo tengo arreglado con el jefe, pero esta perra me hace insoportable la vida. Algún día le voy a dar una patada en el culo.

—¿De dónde eres?

—De Chicago.

—No me gusta Chicago.

—A mí sí.

Acabé mi bebida, ella la suya. Valencia me pasó su cuenta.

—¿Te importa pagar esto? También me tomé una ensalada de gambas.

Saqué las llaves para abrir el coche.

—¿Este es tu coche?

—Sí.

—¿Esperas que yo monte en un coche como éste?

—Mira, si no quieres montar, no montes.

Valencia subió. Sacó su espejo y empezó a maquillarse la cara mientras conducíamos. Mi casa no estaba muy lejos. Aparqué.

Al entrar dijo:

—Este sitio está hecho una guarrada. Necesitas a alguien que o arregle.

Saqué el vodka y el 7-Up y preparé dos copas. Valencia se quitó las botas.

—¿Dónde está tu máquina de escribir?

—En la mesa de la cocina.

—¿No tienes un escritorio? Yo pensé que los escritores tenían escritorios.

—Algunos no tienen ni siquiera mesas de cocina.

—¿Has estado casado?

—Una vez.

—¿Qué es lo que fue mal?

—Empezamos a odiarnos mutuamente.

—Yo he estado casada cuatro veces. Todavía veo a mis ex maridos. Somos amigos.

—Bebe.

—Pareces nervioso.

—Estoy bien.

Valencia acabó su bebida, luego se estiró en el sofá. Puso la cabeza sobre mi hombro. Yo empecé a acariciar su pelo. Le serví otra copa y volví a acariciar su pelo. Podía mirar dentro de su blusa y verle las tetas. Me incliné y le di un largo beso. Su lengua asaeteó mi boca. La odiaba. Se me empezó a empalmar la polla. Nos besamos otra vez y le metí mano por dentro de la blusa.

—Sabía que te conocería algún día —me dijo.

La besé otra vez, en esta ocasión con cierto salvajismo. Sintió mi polla contra su cabeza.

—¡Eh! —dijo.

—No es nada.

—Y un carajo. ¿Qué quieres hacer?

—No sé.

—Yo sí sé.

Valencia se levantó y fue al baño. Cuando salió estaba desnuda. Se metió bajo las sábanas. Yo me tomé otra copa, luego me desvestí y me metí en la cama. Aparté las sábanas. Vaya tetas descomunales. La mitad de ella eran tetas. Agarré una con mi mano lo mejor que pude y chupé el pezón. No respondió. Agarré las dos. Metí mi polla en medio. Los pezones seguían blandos. Acerqué mi polla a su boca y ella apartó la cara. Pensé en quemarle el culo con un cigarrillo. Vaya una masa de carne. Una buscona venida a menos. Las putas normalmente me ponían cachondo. Mi polla estaba dura pero mi espíritu no estaba en ello.

—¿Eres judía? —le pregunté.

—No.

—Pareces judía.

—No lo soy.

—Vives en el distrito Fairfax ¿no?

—Sí.

—¿Tus padres son judíos?

—¿Oye, a qué viene toda esta mierda *judía*?

—No te avergüences. Algunos de mis mejores amigos son judíos.

Manipulé sus tetas otra vez.

—Pareces asustado. ¿Es que te acojonas?

Le meneé la polla en su cara.

—¿Parece esto acojonado?

—Es horrible. ¿De dónde has sacado todas esas venas?

—Me gustan.

La agarré del pelo y apreté su cabeza contra la pared chupándole los dientes mientras miraba fijamente a sus ojos. Luego empecé a jugar con su coño. Le costaba lo suyo. Al final se abrió y metí mi dedo. Luego empecé con el clítoris. Luego la monté. Mi polla estaba dentro de ella. Estábamos follando. No tenía el menor deseo de complacerla. Valencia estrechaba bien el chocho, pero no respondía. No me importaba. Embestí una y otra vez. Un polvo más. Una investigación. No había sensación de violación de por medio. La pobreza y la ignorancia alimentaban su propia razón. Ella era mía. Éramos dos animales en el bosque y yo la estaba matando. Se estaba corriendo, la perra. La besé y sus labios estaban finalmente abiertos. Metí mi lengua. Las paredes azules nos contemplaban. Valencia empezó a hacer pequeños sonidos. Yo me derramé.

Cuando salió del baño, yo ya estaba vestido. Dos copas preparadas en la mesa. Las bebimos.

—¿Cómo es que vives en el distrito de Fairfax?

—Me gusta.

—¿Te llevo a casa?

—Si no te importa.

Vivía a dos manzanas al este de Fairfax.

—Aquí está mi casa —dijo—, la de la puerta con persiana.

—Parece un sitio agradable.

—Lo es. ¿Quieres entrar un rato?

—¿Tienes algo de beber?

—¿Te gusta el jerez?

—Cómo no...

Entramos. Había toallas en el suelo. Las metió de una patada bajo el sofá al pasar. Luego salió con jerez. Del malo.

—¿Dónde está el baño? —le pregunté.

Tiré de la cadena para tapar el sonido, luego vomité el jerez. Tiré otra vez de la cadena y salí.

—¿Otra copa? —me preguntó.

—Venga.

—Han venido los niños, por eso el sitio está hecho una leonera.

—¿Tienes niños?

—Sí, pero Sam se hace cargo de ellos.

Acabé mi bebida.

—Bueno, mira, gracias por la copa. Debo irme.

—De acuerdo. Ya tienes mi número de teléfono.

—Vale.

Valencia me acompañó hasta la puerta. Nos besamos. Luego me encaminé hacia mi coche. Monté y me marché. Di la vuelta a la esquina, paré en doble fila, abrí la puerta y vomité la otra copa.

98

Veía a Sara cada tres o cuatro días, en su casa o la mía. Dormíamos juntos, pero no jodíamos. Llegábamos muy cerca, pero nunca pasábamos de ese punto. Los preceptos de Drayer Baba se mantenían con firmeza.

Decidimos pasar las fiestas juntos en mi casa, la Navidad y Año Nuevo.

Sara llegó al mediodía del 24 en su furgoneta. La vi aparcar y luego salí a su encuentro. Llevaba maderas apiladas en la furgoneta. Iba a ser mi regalo de Navidad: me iba a- construir una cama. Mi cama era de broma. Un simple cuadrado de muelles, descuajaringado y herrumbroso. Sara había comprado también un pavo orgánico más los condimentos. Yo iba a pagar eso y el vino blanco. Y había pequeños regalos para cada uno de los dos.

Entramos las maderas y el pavo y accesorios y condimentos. Yo saqué mi caricatura de cama y puse un cartel: «Gratis». Se llevaron primero la cabecera, luego el somier herrumbroso y más tarde el colchón. Era un vecindario pobre.

Yo había visto la cama de Sara en su casa, había dormido en ella y me había gustado. Siempre me habían disgustado los colchones clásicos, por lo menos los que yo podía comprar. Había gastado la mitad de mi vida en camas que eran más a propósito para una lombriz que para un hombre de carne y hueso.

Sara había construido su propia cama y me iba a construir una igual. Una sólida plataforma de madera soportada por siete patas, cuatro en cada esquina y la séptima directamente en el medio, coronada por una firme cubierta de espuma de quince centímetros de grosor. Sara tenía buenas ideas. Yo aguantaba las patas y Sara clavaba los clavos. Era buena con el martillo. Sólo pesaba 49 kilos, pero sabía cómo clavar un clavo. Iba a ser una bonita cama.

No le costó mucho tiempo.

Luego la probamos, no sexualmente, mientras Drayer Baba sonreía por encima nuestro.

Dimos una vuelta buscando un árbol de Navidad. Yo no tenía un interés especial en comprar un árbol (las Navidades siempre habían sido un tiempo muy triste durante mi niñez), y cuando encontramos todos los viveros vacíos, la falta de un árbol no me importó gran cosa. Sara estaba triste mientras regresábamos, pero después de llegar y tomarse unas copas de vino blanco, recobró su buen humor y se puso a colgar adornos navideños, luces y purpurina por todas partes, casi toda la purpurina por mi pelo.

Había leído que la gente se suicidaba más la víspera y el día de Navidad que cualquier otro día. La fiesta tenía poco o nada que ver con el nacimiento de Cristo, aparentemente.

Toda la música de la radio era enfermante y la televisión aún peor, así que la apagamos y ella telefoneó a su madre en Maine.

Yo también hablé con la mamá y la verdad es que la mamá no parecía nada mal.

—En un principio —me dijo Sara—, pensé en emparejarte con mamá, pero ella es un poco más vieja que tú.

—Olvidalo.

—Tiene buenas piernas.

—Olvidalo.

—¿Tienes prejuicios contra la vejez?

—Sí, contra la vejez de todo el mundo menos la mía.

—Te comportas como una estrella de cine. ¿Siempre has tenido mujeres 20 o 30 años más jóvenes que tú?

—No cuando yo tenía 20 años.

—Muy bien entonces. ¿Has tenido alguna vez una mujer más vieja que tú, me refiero a haber vivido con ella?

—Sí, cuando yo tenía 25 viví con una mujer de 35.

—¿Cómo te fue?

—Fue terrible. Me enamoré.

—¿Qué es lo que fue terrible?

—Me hizo ir a la universidad.

—¿Y eso fue terrible?

—No era el tipo de universidad que tú piensas. Ella era la facultad y yo el cuerpo estudiantil.

—¿Qué fue de ella?

—La enterré.

—¿Con honores? ¿La mataste?

—La bebida la mató.

—Feliz Navidad.

—Claro. Háblame de los tuyos.

—Paso.

—¿Demasiados?

—Demasiados, y aun así demasiado pocos.

Treinta o cuarenta minutos más tarde alguien llamó a la puerta. Sara se levantó y abrió. Entró una sex symbol. En Nochebuena. Yo no sabía quién era. Llevaba un traje de noche negro y ajustado y sus grandes tetas parecían que fueran a escapar del escote en cualquier momento. Era magnífica. Nunca había visto tetas como aquéllas, mostradas de aquella manera, excepto en las películas.

—¡Hola, Hank!

Me conocía.

—Soy Edie. Me conociste una noche en casa de Bobby.

—¿Ah sí?

—¿Estabas demasiado borracho como para acordarte?

—Hola, Edie, ésta es Sara.

—Estaba buscando a Bobby. Pensé que a lo mejor estaba aquí.

—Siéntate y toma una copa.

Edie se sentó en un sillón a mi derecha, muy cerca de mí. Tendría unos 25 años. Encendió un cigarrillo y pegó un sorbo a su bebida. Cada vez que se inclinaba sobre la mesita del café yo estaba seguro de que iba a ocurrir, seguro de que aquellas tetas saldrían a respirar. Y tenía miedo de lo que yo pudiera hacer si

aquello ocurría. No lo podía predecir. Nunca había sido un hombre de tetas, siempre un hombre de piernas. Pero Edie realmente sabía cómo *hacerlo*. Yo tenía miedo y miraba de reojo a sus tetas sin saber si quería que se saliesen o se quedasen dentro.

—¿Conocías a Manny? —me preguntó—. Solía ir a casa de Bobby.

—Sí.

—Tuve que darle la papeleta. Era demasiado celoso, el cabrón. ¡Hasta contrató a un detective privado para que me siguiera! ¡Imagínate! ¡Ese simplón saco de mierda!

—Ya.

—¡Odio a los hombres que son unos mangantes! ¡Odio a los zarrapastrosos!

—«Un buen hombre, en estos días, es difícil de encontrar» —dije yo—. Esa era una canción de la Segunda Guerra Mundial. También estaba «No te sientes bajo el manzano con nadie más que yo».

—Hank, estás balbuceando... —dijo Sara.

—Tómame otra copa, Edie —dije, y le serví otra.

—¡Los hombres son tales *mierdas*! —continuó—. Entré el otro día en un bar. Iba con cuatro tipos, amigos. Nos sentamos a beber de un trago grandes vasos de cerveza, nos *retamos*, ya sabes, pasando simplemente un *buen rato*, no estábamos molestando a nadie. Entonces me vinieron ganas de jugar al billar. Me gusta jugar al billar. Creo que cuando una dama juega al billar, muestra su clase.

—Yo no puedo jugar al billar —dije—, siempre rasgo el tapete. Y ni siquiera soy una dama.

—Bueno, la cosa es que me levanté y me acerqué a la mesa y había un tío jugando solo. Me puse a su lado y le dije, «Oye, has tenido la mesa durante mucho tiempo. Mis amigos y yo queremos jugar un poco al billar. ¿Te importa dejarnos la mesa un rato?». Se volvió y me miró. Esperó. Entonces se rió sardónicamente y dijo: «De acuerdo».

Edie se animó y siguió su relato gesticulando con gran agitación mientras yo miraba sus tetas.

—Me di la vuelta y les dije a mis amigos: «Tenemos la mesa». El tío estaba tirando su última bola cuando se le acerca un compadre suyo y le dice: «Eh, Ehnie, he oído que vas a dejar tu mesa». ¿Y sabes lo que le contesta este tío? Dice: «¡Sí, se la voy a dejar a esta zorra!». Yo lo oí y me cegué de ira. Este tío estaba inclinado sobre la mesa para darle a la bola. Yo cogí un palo de billar y le pegué en la cabeza lo más fuerte que pude. El tío se quedó tumbado sobre la mesa como muerto. Era conocido en el bar y tenía muchos amigos que se levantaron mientras mis amigos también se levantaban. ¡Chico, *vaya trifulca*! Pegando botellazos, rompiendo espejos... No sé cómo conseguimos salir de allí, pero el caso es que lo hicimos. ¿Tienes algo de mierda?

—Sí, pero no lío muy bien.

—Yo lo haré.

Edie lió un porro fino y apretado, como una profesional. Lo chupó y lo pegó, luego me lo pasó.

—Así que volví la otra noche, sola. El dueño, que era el camarero, me reconoció. Se llama Claude. «Claude» le dije, «siento lo de ayer, pero ese tío de la mesa era un cabrón. Me llamó zorra».

Serví más copas. En otro minuto se le saldrían las tetas.

—El dueño dijo: «Está bien, olvídalo». Parecía un buen tipo. «¿Qué bebes?» me dijo. Yo me paseé por el bar y me tomé dos o tres copas gratis y él me dijo: «¿Sabes? Podría necesitar una camarera».

Edie pegó una calada al porro y siguió:

—Me habló de la otra camarera. «Atraía a los hombres, pero causaba muchos problemas. Jugaba con un hombre tras otro. Siempre estaba solicitada. Luego descubrí que estaba negociando por su lado. Utilizaba MI bar para vender su coño.»

—¿De veras? —preguntó Sara.

—Eso es lo que dijo. En cualquier caso, me ofreció contratarme de camarera, y dijo: «¡Sin triquiñuelas en el trabajo!». Le dije que cortara el rollo, que yo no era una de esas. Pensé que quizás podría ahorrar algo de dinero para ir a la universidad a estudiar química y francés, es lo que siempre he querido. Entonces él dijo: «Ven aquí atrás, quiero enseñarte dónde guardamos las reservas de bebida y también quiero que te pruebes un uniforme que tengo. Aún no se ha estrenado y creo que es de tu tamaño». Así que entré con él en la pequeña trastienda a oscuras y él trató de agarrarme. Yo le aparté. Entonces me dijo: «Dame sólo un besito». «¡Vete a tomar por culo!» le dije. Era calvo y gordo y enano y tenía dientes postizos y lunares negros con pelos en las mejillas. Se abalanzó sobre mí y me agarró del culo con una mano y de una teta con la otra, tratando de besarme. Yo le volví a apartar de un empujón. «Tengo una mujer —dijo—, quiero a mi mujer, ¡no te preocupes!» Se echó otra vez sobre mí y yo le di una patada *ya sabes dónde*. Supongo que no tenía nada allí, ni siquiera se inmutó. «Te daré *dinero*», me dijo. «¡Seré *bueno* contigo!» Le dije que se comiera su mierda y se muriese. Así perdí otro trabajo.

—Es una triste historia —dije.

—Oye —dijo Edie—, me tengo que ir. Feliz Navidad. Gracias por las bebidas.

Se levantó y yo la acompañé hasta la puerta, la abrí. Se fue por el patio. Yo regresé y me senté.

—Hijo de puta —dijo Sara.

—¿Qué pasa?

—Si yo no hubiera estado aquí te la habrías jodido.
—Apenas la conozco.
—¡Todo ese tetamen! ¡Estabas aterrorizado! ¡Te daba miedo hasta *mirarla*!
—¿Qué hará vagando por ahí en Nochebuena?
—¿Por qué no se lo preguntaste?
—Dijo que estaba buscando a Bobby.
—*Si yo no hubiera estado aquí te la habrías jodido.*
—No sé. No hay forma de saberlo.

Entonces Sara se levantó y chilló. Empezó a sollozar y se fue corriendo a la otra habitación. Me serví una copa. Las lucecitas de colores de las paredes lucían intermitentes.

99

Sara estaba preparando el pavo y yo estaba sentado en la cocina hablando con ella. Los dos estábamos bebiendo vino blanco.

Sonó el teléfono. Me levanté a cogerlo. Era Debra.

—Sólo quería desearte feliz Navidad, pelele.

—Gracias, Debra, que Santa Claus se porte bien contigo.

Hablamos un rato, luego volví a sentarme.

—¿Quién era?

—Debra.

—¿Cómo está?

—Bien, supongo.

—¿Qué quería?

—Desearnos felices fiestas.

—Te gustará este pavo orgánico y la guarnición también. La gente come veneno, puro veneno. América es uno de los países donde el cáncer de colon está en auge.

—Sí, a mí me duele mucho el culo, pero son las hemorroides. Ya me las cortaron una vez. Antes de operarte te meten una especie de serpiente por los intestinos con una pequeña luz incorporada y miran a ver si tienes cáncer. Es una serpiente muy larga. ¡Te la corren por todas las tripas!

Sonó otra vez el teléfono. Lo cogí. Era Cassie.

—¿Hola, cómo estás?

—Sara y yo estamos preparando un pavo.

—Te echo de menos.

—Feliz Navidad. ¿Cómo te va el trabajo?

—Muy bien. Tengo vacaciones hasta el dos de enero.

—¡Feliz año nuevo, Cassie!

—¿Qué coño pasa contigo?

—Estoy un poco volado. No estoy acostumbrado a beber vino en horas tan tempranas.

—Lláname alguna vez.

—Cómo no.

Volví a la cocina.

—Era Cassie. La gente llama en Navidad. A lo mejor llama Drayer Baba.

—No lo hará.

—¿Por qué?

—Nunca habló en voz alta. Nunca habló y nunca tocó el dinero.

—Eso está muy bien. Déjame probar un poco de esa cosa.

—Está bien.

—No está mal.

Sonó otra vez el teléfono. Así solía ocurrir. Una vez que empezaba a sonar, no paraba. Entré en el dormitorio y respondí.

—Hola —dije—. ¿Quién es?

—Tú, hijo de perra, ¿no me conoces?

—No, no caigo. —Era una mujer borracha.

—Adivina.

—¡Espera, ya sé! ¡Iris!

—Sí, *Iris*. ¡Y estoy embarazada!

—¿Sabes quién es el padre?

—¿Y eso qué importa?

—Supongo que tienes razón. ¿Cómo van las cosas en Vancouver?

—Muy bien. Adiós.

Volví a la cocina.

—Era la bailarina del vientre canadiense —le dije a Sara.

—¿Qué tal está?

—Está llena de alegría navideña.

Sara metió el pavo en el horno y salimos al salón. Hablamos de trivialidades un rato. Entonces sonó el teléfono de nuevo.

—Hola —dije.

—¿Eres Henry Chinaski? —era la voz de un joven.

—Sí.

—¿Eres Henry Chinaski, el escritor?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, somos una panda de tíos de Bel Air y nos gusta de verdad tu rollo, tío. ¡Lo apreciamos tanto que te vamos a *recompensar*, tío!

—¿Ah, sí?

—Sí, vamos a pasarnos por allí con unos cuantos paquetes de cerveza.

—Meteros esa cerveza por el culo.

—¿Qué?

—¡He dicho que os metáis la cerveza por el culo!

Colgué.

—¿Quién era? —preguntó Sara.

—Acabo de perder tres o cuatro lectores de Bel Air, pero he salido ganando.

Se hizo el pavo y lo saqué del horno, lo puse en una fuente, aparté mi máquina de escribir y todos mis papeles de la mesa de la cocina y lo dejé allí. Empecé a trincharlo mientras Sara preparaba las verduras de acompañamiento. Nos sentamos. Llené mi plato y Sara el suyo. Tenía buena pinta.

—Espero que ésa de las tetas no vuelva por aquí —dijo Sara. Parecía muy inquieta ante la idea.

—Si viene, le daré un pedazo.

—¿Qué?

—He dicho que si viene le daré un pedazo. Tú puedes mirar —dije, señalando al pavo.

Sara gritó. Se levantó. Estaba temblando. Entonces se fue corriendo al dormitorio. Miré mi pavo. No podía comérmelo. Había apretado otra vez el botón equivocado. Salí al salón con mi copa y me senté. Esperé quince minutos y luego

puse el pavo y las verduras en la nevera.

Sara volvió a su casa al día siguiente y yo me tomé un sándwich de pavo frío a las tres de la tarde. Hacia las cinco se oyó un terrible aporreamiento en la puerta. La abrí. Eran Tammie y Arlene. Iban de anfetamina. Entraron y empezaron a saltar por todas partes, las dos hablando a la vez.

—¿Tienes algo de *beber*?

—Mierda, Hank, ¿tienes *algo* de beber?

—¿Cómo te han ido las jodidas *Navidades*, tío?

—¿Cómo te han ido las *jodidas* Navidades?

—Hay algo de cerveza y vino en la heladera —dije.

(Siempre puedes descubrir a un nostálgico porque llama al congelador la heladera.)

Entraron bailando en la cocina y abrieron la nevera.

—¡Hey, hay un *pavo*?

—Estamos hambrientas, Hank. ¿Podemos comer un poco de pavo?

—Claro.

Tammie salió con un muslo y lo mordió.

—¡Eh, este pavo está horroroso! ¡Necesita condimento!

Arlene salió con pedazos de carne en las manos.

—Sí, necesita especias. ¡Está muy soso! ¿No tienes especias?

—En la alacena —dije.

Saltaron y empezaron a rebuscar entre las especias. Luego las echaron sobre el pavo.

—¡Ahora! ¡Esto está mejor!

—¡Sí, ahora *sabe* a algo!

—¡Pavo orgánico, mierda!

—¡Sí, es mierda!

—¡Quiero algo *más*!

—Yo también. Pero necesita *especias*.

Tammie salió y se sentó. Acababa de comerse el muslo. Entonces cogió el hueso del muslo, lo mordió y lo partió por la mitad, luego empezó a masticarlo. Yo estaba atónito. Estaba comiéndose el hueso del muslo, dejando caer astillas en la alfombra.

—¡Oye, te estás comiendo el hueso!

—¡Sí, está *bueno*!

Tammie regresó corriendo a la cocina a por más.

Al rato salieron las dos, cada una con una botella de cerveza.

—Gracias, Hank.

—Sí, gracias, tío.

Se sentaron, mamando sus cervezas.

—Bueno —dijo Tammie—, nos vamos.

—¡Sí, nos vamos a violar a algún escolar!

—¡Sí!

De un salto desaparecieron por la puerta. Entré en la cocina y miré en el refrigerador. El pavo parecía como si hubiese sido destrozado a zarpazos por un tigre. Las patas habían sido desgarradas. Parecía obsceno.

Sara vino la noche siguiente.

—¿Cómo está el pavo? —preguntó.

—Bien.

Entró y abrió la puerta de la nevera. Dio un grito. Salió corriendo.

—Dios mío, ¿qué ha *ocurrido*?

—Vinieron Tammie y Arlene. Creo que no habían comido en una semana.

—Oh, es repugnante. ¡Me ataca el corazón!

—Lo siento. Debería haberlas detenido. Iban dopadas de pastillas.

—Bueno, sólo hay una cosa que puedo hacer.

—¿El qué?

—Puedo hacerte una buena sopa de pavo. Compraré unas verduras.

—Está bien —le dije, y le di un billete de veinte.

Sara preparó la sopa aquella noche. Estaba deliciosa. Cuando se fue por la mañana, me dio instrucciones de cómo calentarla.

Tammie llamó a la puerta hacia las 4 de la tarde. La dejé entrar y se fue derecho a la cocina. Abrió la puerta del refrigerador.

—¿Eh, sopa, huh?

—Sí.

—¿Está buena?

—Sí.

—¿Te importa si la pruebo?

—En absoluto.

La oí encender la cocina. Luego la oí probarla.

—¡Dios! (Esto está soso! ¡Necesita especias!

La oí echando las especias. Luego la probó.

—¡Así está *mejor*! ¡Pero necesita más! Yo soy *italiana*, ya sabes. Ahora... esto... ¡Así está mejor! Ahora la calentaré, ¿puedo tomarme una cerveza?

—Claro.

Salió con su botella y se sentó.

—¿Me echas de menos? —me preguntó.

—Nunca lo sabrás.

—Creo que voy a conseguir otra vez trabajo en el Play Pen.

—Magnífico.

—Por ahí va gente espléndida, te dan buenas propinas. Un tío me dejaba cinco pavos cada noche de propina. Estaba enamorado de mí. Pero nunca me hizo la menor proposición. Sólo me miraba. Era extraño. Era un cirujano de recto y a veces se masturbaba al verme pasar. Podía olérselo, ya sabes.

—Bueno, cada uno se monta la vida como puede...

—Creo que la sopa está lista, ¿quieres un poco?

—No, gracias.

Tammie entró y la oí sacando cucharadas de la cazuela. Estuvo así largo rato. Luego salió.

—Me puedes prestar cinco pavos hasta el viernes.

—No.

—Entonces dame sólo un dólar.

Le di un puñado de calderilla. Llegaba a un dólar y treinta y siete centavos.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué.

Luego se fue por la puerta.

Sara vino la noche siguiente. Raras veces venía tan a menudo, era algo que tenía que ver con las fiestas, todo el mundo andaba perdido, medio loco, asustado. Yo tenía preparado el vino blanco y serví copas para los dos.

—¿Cómo va el restaurante?

—Mal. Apenas sacamos para mantenerlo abierto.

—¿Dónde están tus clientes?

—Todos han dejado la ciudad. Se han ido a alguna parte.

—Todos nuestros proyectos acaban haciendo agua.

—No siempre. Hay gente a la que le sale todo bien.

—Es verdad.

—¿Cómo está la sopa?

—A punto de terminarse.

—¿Te gustó?

—No he tomado mucha.

Sara entró en la cocina y abrió la puerta de la nevera.

—¿Qué le ha pasado a la sopa? Parece extraña.

Oí cómo la probaba. Luego corrió al fregadero y la escupió.

—¡Jesús, está envenenada! ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que volvieron Tammie y Arlene a tomar *sopa* también?

—Sólo Tammie.

Sara no gritó. Sólo tiró el resto de la sopa por el fregadero. La pude oír sollozando, tratando de contenerse. Aquel pobre pavo orgánico había pasado unas jodidas Navidades.

100

La Nochevieja era otra mala noche para mí. Mis padres siempre habían celebrado el Nuevo Año, escuchándolo aproximarse por la radio, ciudad por ciudad hasta que llegaba a Los Ángeles. Las tracas se disparaban y los pitos y las bocinas sonaban y los borrachos aficionados vomitaban y los maridos ligaban con las mujeres de otros y sus mujeres ligaban con quien podían. Todo el mundo se besaba y se agarraba del culo en los baños y armarios, y a veces abiertamente, especialmente a medianoche, y había terribles broncas familiares al día siguiente.

Sara llegó pronto. Se excitaba con cosas como la montaña mágica, las

películas del espacio, *Star Trek*, con ciertas bandas de rock, las espinacas con crema y la comida pura, pero tenía mejor sentido común que cualquier otra mujer que hubiera conocido. Quizás solamente otra, Joanna Dover, podía competir con ella en sentido común y espíritu relajado. Sara tenía mejor pinta que cualquier otra de las mujeres que había tenido, así que este Año Nuevo no iba a ser tan malo después de todo.

Me acababa de desear «Feliz Año Nuevo» un idiota local de las noticias de televisión. Me disgustaba que me deseara un feliz año nuevo gente desconocida. ¿Cómo sabía él quién era yo? Podía ser un hombre con un niño de cinco años colgado del techo y amordazado, cortándolo lentamente en pedacitos.

Sara y yo habíamos empezado a celebrarlo y beber, pero era difícil emborracharse cuando la mitad del mundo estaba esforzándose por emborracharse igual que tú.

—Bueno —le dije a Sara—, no ha sido un mal año. Nadie me ha asesinado.

—Y todavía eres capaz de beber todas las noches y levantarte todas las mañanas.

—Si sólo pudiera aguantar otro año.

—Eres un viejo toro alcohólico.

Alguien llamó a la puerta. No podía dar crédito a mis ojos. Era Dinky Summers, el tío del folk rock y su novia Janis.

—¡Dinky! —grité—. Eh, mierda, tío, ¿qué ocurre?

—No sé. Hank, se me ocurrió de repente pasarme.

—Janis, ésta es Sara. Sara... Janis.

Sara fue a por dos copas. Las llené. La conversación no fue gran cosa.

—He escrito unas diez canciones nuevas. Creo que me estoy haciendo mejor.

—Yo creo que sí —dijo Janis—, de verdad.

—Oye, tío, aquella noche que abrí tu acto... Dime Hank, ¿estuve *tan* mal?

—Mira, Dinky, no quiero herir tus sentimientos, pero yo estaba bebiendo más de lo que estaba escuchando. Estaba pensando en mí mismo teniendo que salir allí y me estaba preparando para afrontarlo. Es algo que me hace vomitar.

—Pero a mí me *encanta* salir ante la multitud y cuando conecto con ellos y les gustan mis canciones, me siento en el paraíso.

—Escribir es diferente. Es algo que haces solo, no tiene nada que ver con una audiencia en vivo.

—Puede que tengas razón.

—Yo estaba allí —dijo Sara—, dos tíos tuvieron que ayudar a Hank a subir al escenario. Estaba borracho e indispuesto.

—Oye, Sara —dijo Dinky—. ¿Tan mala fue mi actuación?

—No, lo que pasa es que estaban impacientes por ver a Chinaski. Cualquier otra cosa les irritaba.

—Gracias, Sara.

—A mí no me gusta gran cosa el folk rock —dije.

—¿Qué te gusta?

—Casi todos los compositores alemanes clásicos y algunos rusos.

—He escrito diez canciones nuevas.

—¿Podemos oír alguna? —dijo Sara.

—Pero no tienes la guitarra ¿verdad? —dije yo.

—Oh, sí la *tiene* —dijo Janis—. ¡Siempre la lleva consigo!

Dinky se levantó, salió y cogió su instrumento en el coche. Se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra y empezó a tocar, íbamos a tener entretenimiento en vivo. Empezó de inmediato. Tenía una voz plena y potente. Hacía resonar las paredes. La canción era sobre una mujer. Sobre un amor desdichado entre Dinky y una mujer. No era realmente mala. Quizás sobre un escenario con gente pagando pudiera estar bien. Pero era difícil decir lo mismo cuando estaba en la alfombra enfrente tuyo. Era mucho más personal y embarazoso. De cualquier modo, decidí que no era tan malo. Pero el chico tenía problemas. Estaba cogiendo edad. Los rizos dorados ya no eran tan dorados y la inocencia en los amplios ojos había decaído un poco. Pronto se iba a ver en dificultades.

Aplaudimos.

—*Demasiado*, tío —dije.

—¿Te *gusta* de verdad. Hank?

Moví mi mano en el aire.

—Sabes, siempre he admirado tus escritos —dijo.

—Gracias, hombre.

Atacó la segunda canción. También era sobre una mujer. Su mujer, una ex mujer había estado fuera toda la noche. Tenía algo de humor, pero no estaba seguro de que fuera deliberado. De cualquier manera. Dinky acabó y aplaudimos. Empezó con la tercera.

Dinky estaba inspirado. Tenía cantidad de volumen. Sus pies se movían de un lado a otro, siguiendo el ritmo con sus zapatillas de tenis y nosotros podíamos oírlos. En esos momentos, era *él mismo*, de alguna manera. No estaba bien y ni siquiera sonaba bien, pero el producto en sí era mucho mejor de lo que solías oír normalmente. Sentí que podía felicitarle sin reservas, por un momento. Pero si le mentías a un hombre respecto a su talento sólo porque estaba sentado enfrente tuyo, ésa era la mentira más imperdonable de todas, porque le estabas diciendo que siguiera, que continuara, lo cual para un hombre sin verdadero talento era la

peor forma de desperdiciar su vida. Pero mucha gente hacía eso, sobre todo amigos y familiares.

Dinky fue a por la siguiente canción. Nos iba a dar las diez enteras. Escuchamos y aplaudimos, pero mi aplauso fue el más moderado.

—La tercera línea no me gusta, Dinky —dije.

—Pero es *necesaria*, sabes, porque...

—Ya sé.

Dinky siguió. Cantó todas sus canciones. Le llevó largo rato. Nos dejaba algún descanso entre canción y canción. Cuando finalmente llegó el Año Nuevo, Dinky y Janis y Sara y Hank seguían juntos. Pero afortunadamente el asunto de la guitarra estaba archivado. A callar o a la calle.

Dinky y Janis se fueron hacia la una de la mañana y Sara y yo nos fuimos a la cama. Empezamos a jugar y a besarnos. Yo era, como ya he dicho, aficionado a los besos. Casi no podía aguantarlo. Los besos de primera eran raros, infrecuentes. Nunca lo hacían bien, ni en las películas ni en la televisión. Sara y yo estábamos en la cama, frotando nuestros cuerpos y besándonos de forma excepcional. Ella se dejó ir. En el pasado siempre había sido igual, con Drayer Baba vigilándonos desde las alturas. Me agarraba la polla y yo jugaba con su coño y ella acababa frotándose la polla por su coño y por la mañana me levantaba con toda la polla roja y escocida del cepillado.

Entramos en la parte del frote. Y de repente me cogió la polla y se la metió en la vagina.

Yo estaba anonadado. No sabía qué hacer.

Arriba y abajo ¿de acuerdo? O mejor, dentro y fuera. Era como montar en bicicleta: nunca te olvidabas. Agarré su cabellera rubia rojiza, pegué su boca a la mía y me corrí.

Se levantó y se fue al baño. Yo miré el techo azul de mi dormitorio y dije, Drayer Baba, perdónala.

Pero como él nunca hablaba ni tocaba el dinero, no pude esperar ni una respuesta ni que aceptara algo en pago.

Sara salió del baño. Su figura era tersa, estaba delgada y bronceada, radiante. Sara entró en la cama y nos besamos. Un simple beso de amor.

—Feliz Año Nuevo —me dijo.

Nos dormimos, abrazados.

Había estado escribiéndome con Tanya, y la noche del 5 de enero me llamó por teléfono. Tenía una alta y excitada voz sexy como la que tenía Betty Boop.

—Llego mañana por la tarde. ¿Me puedes recoger en el aeropuerto?

—¿Cómo te reconoceré?

—Llevaré una rosa blanca.

—*Magnífico.*

—Oye, ¿estás seguro de que quieres que vaya?

—Sí.

—Muy bien, allí estaré.

Dejé el teléfono. Pensé en Sara. Pero Sara y yo no estábamos casados. Un hombre tenía sus derechos. Yo era un escritor. Era un viejo indecente. Las relaciones humanas nunca solían funcionar. Sólo las dos primeras semanas tenían algo electrificante, luego los participantes perdían el interés. Las máscaras caían y la realidad aparecía: dementes, imbéciles, chiflados, rencorosos, sádicos, asesinos. La sociedad moderna había creado su propia especie y la había enfrentado entre sí. Era un duelo a muerte en un cerco sin salida. Lo más que podía uno esperar de una relación, decidí, eran dos años y medio como máximo. El rey Mongkut de Siam tenía 9.000 esposas y concubinas; el rey Salomón del Antiguo Testamento tenía 700 esposas; Augusto el fuerte de Sajonia tenía 365 mujeres, una para cada día del año. Sanidad en números.

Marqué el número de Sara. Estaba.

—Hola —dije.

—Me alegro de que llames. Estaba pensando en ti.

—¿Cómo va tu restaurante sólo para gente sana?

—No ha sido un mal día.

—Deberías subir los precios. Das las cosas tiradas.

—Si me arruino no tendré que pagar impuestos.

—Oye, alguien me ha llamado esta noche.

—¿Quién?

—Tanya.

—¿Tanya?

—Sí, nos hemos estado escribiendo. Le gustan mis poemas.

—Vi la carta. La que te escribió. La dejaste por ahí. ¿Es la chica que te

mandó una foto enseñando el coño?

—Sí.

—¿Y va a venir a verte?

—Sí.

—Hank, me siento mal, peor que mal. No sé qué hacer.

—Va a venir. Le dije que la esperaba en el aeropuerto.

—¿Qué es lo que *intentas*? ¿Qué significa esto?

—Quizás no soy un hombre bueno. Hay muchas clases y grados, ya sabes.

—Eso no contesta nada. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con nosotros? Me horroriza que esto parezca un folletín, pero dejé que mis sentimientos quedaran envueltos...

—Ella va a venir. ¿Esto es el final de lo nuestro, entonces?

—Hank, no sé. Creo que sí. No puedo soportarlo.

—Has sido muy amable conmigo. No estoy seguro de saber siempre lo que hago.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Dos o tres días, supongo.

—¿No sabes cómo me voy a sentir?

—Creo que sí...

—Bueno, llámame cuando se vaya, entonces veremos.

—De acuerdo.

Entré en el baño y contemplé mi cara. Horrible. Me quité algunas canas de la barba y algo del pelo de alrededor de las orejas. Hola, muerte. Pero he vivido casi seis décadas. Te he dado tantas ocasiones de atraparme que hace ya mucho que debería estar en tus manos. Quiero ser enterrado cerca del hipódromo... donde pueda oír el galope final.

A la tarde siguiente estaba en el aeropuerto, esperando. Era temprano, así que me fui al bar. Pedí mi bebida y oí a alguien sollozar. Era una joven negra, de un color muy claro, con un ajustado vestido azul, y estaba intoxicada. Tenía sus pies encima de una silla y tenía subido el vestido, mostrando unas largas y suaves piernas de lo más sexy. Todos los tíos del bar la debían tener empalmada. Yo no podía parar de mirar. Estaba que ardía. Podía visualizarla en mi sofá, enseñando toda aquella pierna. Pedí otra copa y me acerqué. Me planté delante tratando de

que no se me notara la erección.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunté—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Sí, invíteme a un Stinger.

Volví con el Stinger y me senté. Había quitado sus pies de la silla. Me senté a su lado. Ella encendió un cigarrillo y pegó su flanco al mío. Yo encendí un cigarrillo.

—Me llamo Hank —dije.

—Yo Elsie —dijo ella. Apreté mi pierna contra la suya, moviéndola arriba y abajo lentamente.

—Trabajo en repuestos de fontanería —dije. Elsie no contestó.

—El hijo de puta me dejó —dijo finalmente—. Le odio, Dios mío. ¡No sabes cómo le odio!

—Le pasa a casi todo el mundo siete o nueve veces.

—Probablemente, pero eso a mí no me ayuda. Quiero matarle.

—Tómatelo con calma.

Me incliné y apreté su rodilla. Mi erección era tan fuerte que dolía. Estaba a punto de correrme.

—Cincuenta dólares —dijo Elsie.

—¿Por qué?

—Por lo que quieras.

—¿Te trabajas el aeropuerto?

—Sí, vendo galletitas de los boy scouts.

—Lo siento. Pensé que estabas con problemas. Tengo que encontrarme con mi madre dentro de cinco minutos.

Me levanté y me alejé. *¡Una buscona!* Cuando miré hacia atrás, Elsie tenía otra vez los pies sobre la silla, enseñando más que nunca. Por poco vuelvo y mando al carajo a Tanya.

Llegó el avión de Tanya, aterrizando sin estrellarse. Yo me quedé plantado esperándola, un poco apartado de la caterva de familiares, enemigos y amantes. ¿Qué aspecto tendría? No quería pensar en eso. Llegaron los primeros pasajeros y aguardé.

¡Oh, mira ésa! ¡Si ésa fuera Tanya!

¡O ésa, Dios mío! Con todo ese muslamen, vestida de amarillo, sonriendo.

O aquélla... en mi cocina lavando los platos.

O esa otra... chillándome, con una teta asomando fuera.

Venían unas cuantas *mujeres* de verdad en aquel avión.

Sentí que alguien me daba un toque en la espalda. Me di la vuelta y detrás mío estaba esta niña pequeñita. Parecía tener unos 18 años, largo cuello delgado, un poco redonda de hombros, larga nariz, pero con pechos, sí, y piernas y un trasero, sí señor.

—Soy yo —dijo.

La besé en la mejilla.

—¿Traes equipaje?

—Sí.

—Vamos al bar. Odio esperar el equipaje.

—Muy bien.

—Eres tan pequeña...

—Cuarenta y cinco kilos.

—Jesús... —La partiría por la mitad. Sería como una violación a una niña.

Entramos en el bar y cogimos una mesa. La camarera pidió el carnet de identidad de Tanya. Ella lo tenía listo.

—Aparentas 18 —dijo la camarera.

—Ya lo sé —respondió Tanya con su voz de Betty Boop—, tomaré un whisky sour.

—Yo un coñac —dije.

Dos mesas más allá, la mulata estaba sentada con el vestido subido casi hasta el culo. Sus bragas eran rosas. Me miraba fijamente. La camarera llegó con nuestras bebidas. Tomamos un sorbo. Vi a la mulata levantarse. Se acercó a nuestra mesa. Puso las dos manos sobre la mesa y se inclinó. Le apestaba el aliento a alcohol. Me miró.

—¡Así que ésta es tu *madre*, eh cabrón!

—Mi madre no pudo venir.

Elsie miró a Tanya.

—¿Cuánto cobras, querida?

—Vete a tomar por culo —dijo Tanya.

—¿La chupas bien?

—Lárgate o te pongo ese color doradito más morado que una pasa.

—¿Cómo? ¿Con una bolsa de judías?

Entonces Elsie se alejó meneando el trasero. Volvió a su sitio y extendió de nuevo aquellas piernas gloriosas. ¿Por qué no podía tener a las dos? El rey Mongut tenía 9.000 esposas. Piensa: 365 días al año divididos entre 9.000. Sin

peleas. Sin períodos menstruales. Sin sobrecarga psíquica. Sólo fiesta y fiesta y fiesta. Le debió costar mucho al rey Mogut morir, o quizás le fue muy fácil. Pero no pudo haber término medio.

—¿Quién era ésa? —preguntó Tanya.

—Elsie.

—¿La conoces?

—Trató de engancharme. Pide 50 dólares por una mamada.

—Me jode esa tía... He conocido a un montón de pizmientas, pero...

—¿Qué es una pizmienta?

—Una pizmienta es una negra.

—Ah.

—¿Nunca lo has oído?

—Nunca.

—Bueno, yo he conocido un montón de pizmientas.

—Muy bien.

—Tiene unas piernas *acojonantes*, sin embargo. Casi me pone cachonda.

—Tanya, las piernas son sólo una parte.

—¿Qué parte?

—La mayor.

—Vamos a por el equipaje...

Cuando nos íbamos Elsie gritó:

—¡Adiós, *mamá!*

No supe a cuál de los dos se dirigía.

Una vez en mi casa, nos sentamos en el sofá a beber.

—¿Te fastidia que viniera? —me preguntó Tanya.

—Tú no me fastidias...

—Tienes una novia. Me lo dijiste por carta. ¿Seguís juntos?

—No sé.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

—Oye, creo que eres un *gran* escritor. Eres uno de los pocos escritores que puedo leer.

—¿Sí? ¿Quiénes son los otros bastardos?

—No puedo recordar sus nombres ahora.

Me incliné y la besé. Su boca estaba abierta y húmeda. Se prestó con facilidad. Era un número. Cuarenta y cinco kilos. Era como un elefante y una rana.

Tanya se levantó con su copa y se montó encima mío, dándome la cara. No llevaba bragas. Empezó a frotar su coño sobre mi erección. Nos abrazamos y besamos y ella siguió frotándose. Era muy eficaz. ¡Serpentea, pequeña niña culebra!

Entonces Tanya me desabrochó los pantalones. Me sacó la polla y se la metió de un golpe. Empezó a cabalgar. Podía *hacerlo*, con sus 45 kilos. Yo apenas podía pensar. Hice pequeños movimientos, encontrándomela de vez en cuando. A ratos nos besábamos. Era bestial: estaba siendo violado por una niña. Se movía, me tenía clavado, atrapado. Era una locura. Sólo carne, sin amor. Estábamos llenando el aire con el olor del puro sexo. Mi niña, niña mía, ¿cómo puede tu cuerpecito hacer estas cosas? ¿Quién inventó a las mujeres? ¿Con qué propósito? ¡Toma esa breva! ¡Y éramos unos perfectos *extraños*! Era como joderte tu propia mierda.

Se lo hacía como un mono en una cuerda. Tanya era una fiel lectora de todos mis trabajos. Arreció. Esta niña sabía. Sentía mi angustia. Atacó furiosamente, tocándose con un dedo el clítoris, con la cabeza echada hacia atrás. Estábamos cogidos los dos en el juego más viejo y excitante de todos. Nos corrimos juntos y duró y duró hasta que creí que mi corazón iba a pararse. Ella cayó sobre mí, pequeña y frágil. Toqué su pelo. Estaba sudando. Luego se apartó de mí y fue al baño.

Violación infantil, consumada. Enseñaban bien a los niños en estos días. El violador violado. Justicia final. ¿Sería una mujer «liberada»? No, simplemente era una calentorra.

Tanya salió. Tomamos otra copa. Condenada, empezó a reírse y a charlar como si nada hubiera ocurrido. Sí, eso era. Para ella había sido un simple ejercicio, como jugar al tenis o nadar.

—Creo que me voy a tener que mudar de donde vivo —dijo—. Rex me está haciendo la vida imposible.

—Oh.

—Lo que quiero decir es que no tenemos sexo, nunca, pero aun así se muestra demasiado celoso. ¿Recuerdas la noche en que me llamaste?

—No.

—Bueno, después de colgar, arrojó el teléfono contra la pared.

—Puede que esté enamorado de ti. Mejor que te portes bien con él.

—¿Te portas tú bien con la gente que te quiere?

—No, la verdad.

—¿Por qué?

—Soy infantil; no sé cómo manejarlo.

Bebimos hasta entrada la noche y luego nos fuimos a la cama. No había partido aquellos 45 kilos por la mitad. Ella podía aguantar más, mucho más.

102

Cuando me desperté unas horas más tarde, Tanya no estaba en la cama. Eran sólo las nueve de la mañana. La encontré sentada en el sofá bebiendo whisky.

—Jesús, empiezas pronto.

—Siempre me despierto a las seis de la mañana y me levanto.

—Yo siempre me levanto al mediodía. Vamos a tener un problema.

Tanya le pegó al whisky y yo volví a la cama. Despertarse a las seis de la mañana era de locos. Sus nervios debían estar disparados. No era raro que no pesase nada.

Entró en el dormitorio:

—Me voy a dar un paseo.

—Bueno.

Volví a dormirme.

Cuando me volví a despertar, Tanya estaba encima mía. Mi polla estaba dura y metida en su coño. Me estaba cabalgando otra vez. Echaba la cabeza y arqueaba el cuerpo hacia atrás. Hacía todo el trabajo. Soltaba pequeños suspiros de placer y los suspiros se iban haciendo cada vez más frecuentes. Yo también empecé a hacer sonidos. Se hicieron más fuertes. Sentí cómo me venía. Estaba allí. Entonces ocurrió. Un buen clímax largo de lo más potente. Tanya desmontó. Yo todavía la tenía dura. Ella bajó su cabeza y mientras me miraba a los ojos, empezó a lamer la esperma que quedaba en la punta de mi polla. Como una doncella de limpieza.

Se levantó y fue al baño. Oí correr el agua de la bañera. Eran sólo las diez y cuarto. Volví a dormirme.

Llevé a Tanya a Santa Anita. La sensación del hipódromo era un aprendiz de jockey, de 16 años, que todavía montaba con dos kilos de ventaja. Era del Este y corría en Santa Anita por primera vez. El hipódromo ofrecía un premio de 10.000 dólares a la persona que acertara el ganador de la carrera de presentación, pero su entrada tenía que ser elegida de entre todo el resto de entradas. Había una urna para cada caballo donde metías tus esperanzas de pánfilo.

Llegamos a la cuarta carrera y los cabrones habían conseguido llenar el sitio con el reclamo. Todos los asientos estaban ocupados y no había sitio donde aparcar. Personal del hipódromo nos dirigió hacia un centro comercial próximo. Desde ahí nos acercaron en autobuses. Tendríamos que volver andando, después de la última carrera.

—Esto es demencial. Mejor nos volvemos —le dije a Tanya.

Ella se echó un trago de whisky.

—Qué coño —dijo—, ya estamos aquí.

Entramos. Yo conocía un sitio especial para sentarse, cómodo y soleado, y la llevé allí. El único problema era que los niños también lo habían descubierto. Corrían alrededor nuestro pataleando y gritando, pero era mejor que estar de pie.

—Nos iremos después de la octava carrera —le dije a Tanya—. Los últimos no saldrán de aquí hasta medianoche.

—Apuesto a que el hipódromo es un buen sitio para enganchar hombres.

—Las furcias se trabajan el local del club.

—¿Alguna vez te ha enganchado una aquí?

—Una vez, pero no cuenta.

—¿Por qué?

—Porque era amiga mía.

—¿No tienes miedo de coger alguna cosa?

—Por supuesto, por eso la mayoría de los hombres sólo quieren mamadas.

—¿Te gustan las mamadas?

—Bueno, sí, claro.

—¿Cuando apostamos?

—Ahora mismo.

Tanya me siguió a las ventanillas de apuestas. Fui a la de 5 dólares. Ella se quedó a mi lado.

—¿Cómo sabes a quién apostar?

—Nadie lo sabe. Básicamente es un sistema simple.

—¿Como qué?

—Bueno, generalmente el mejor caballo es el que ofrece menos dividendos, y a medida que los caballos van siendo peores, los dividendos aumentan. Pero ocurre que dicho «mejor» caballo sólo gana un tercio de las veces con dividendos menores de 3 a 1.

—¿Puedes apostar a todos los caballos?

—Sí, si quieres arruinarte rápidamente.

—¿Gana mucha gente?

—Se dice que una de cada veinte o veinticinco personas gana.

—¿Por qué vienen?

—No soy psiquiatra, pero estoy aquí, y me imagino que más de un psiquiatra andará por aquí también.

Aposté 5 a ganador al caballo número 6, y salimos a ver la carrera. Yo siempre prefería los caballos de estirón temprano, especialmente si habían fallado en su última carrera. Los jugadores los llamaban «desinflables», pero siempre conseguías más beneficio por la misma cualidad con éstos que con los que se reservaban para atacar al final. Yo saqué cuatro a uno con mi «desinflable»; ganó por dos y medio cuerpos y pagó a 10,20 los 2 dólares. Iba ganando 25,50 dólares.

—Vamos a tomar una copa —le dije a Tanya—, el camarero de aquí prepara los mejores Bloody Marys de toda California.

Fuimos al bar. Pidieron el carnet de identidad de Tanya. Conseguimos nuestras bebidas.

—¿Cuál te gusta en la siguiente carrera?

—Zag-Zig.

—¿Crees que va a ganar?

—¿Tienes tú dos tetas?

—¿Te has dado cuenta?

—Sí.

—¿Dónde están los lavabos de señoras?

—Tuerce a la derecha dos veces.

Tanya se fue y yo pedí otro Bloody Mary. Un negro se me acercó. Tendría unos 50 años.

—Hank, hombre, ¿qué tal estás?

—Me las arreglo.

—Tío, te echamos de menos en la oficina de correos. Eras uno de los tíos más divertidos que han pasado por allí. De verdad que te echamos de menos.

—Gracias, saluda a los chicos de mi parte.

—¿Qué haces ahora, Hank?

—Oh, le pego a una máquina de escribir.

—¿Qué quieres decir?

—Que le pego a una máquina de escribir...

Elevé las manos e hice el gesto de mecanografiar en el aire.

—¿Te refieres a que eres mecanógrafo?

—No. Escribo.

—¿Qué escribes?

—Poemas, relatos, novelas. Me pagan por eso.

Me miró. Luego se dio la vuelta y se fue.

Tanya volvió.

—¡Un hijo de puta intentó ligárseme!

—¿Oh? Lo siento. Debería haber ido contigo.

—¡Era de lo más *grosero*! ¡Realmente odio a esos tipos! ¡Son *repugnantes*!

—Si al menos tuvieran un poco de originalidad... podría ayudar. Pero simplemente no tienen la menor imaginación. Quizás por esto están solos.

—Voy a apostar a Zag-Zig.

—Te compraré un boleto...

Zag-Zig no llegó. Acabó flojamente, con el jockey barriendo la espuma a latigazos. Zag-Zig remató sin fuerzas y sólo batió a un caballo. Volvimos al bar. Un infierno de carrera para un ganador a 6 a 5.

Tomamos dos Marys.

—¿Te gusta que te la chupen? —me preguntó Tanya.

—Depende. Algunas lo hacen bien, la mayoría no.

—¿Te has encontrado alguna vez amigos aquí?

—Justamente hace poco, en la carrera anterior.

—¿Una mujer?

—No, un tío, un empleado de correos. Aunque la verdad es que no tengo amigos.

—Me tienes a mí.

—Cuarenta y cinco kilos de sexo rugiente.

—¿Es eso *todo* lo que ves en mí?

—Claro que no. También tienes esos enormes ojos.

—No eres muy amable.

—Vamos a atrapar la próxima carrera.

Abordamos la siguiente carrera. Ella apostó al suyo y yo al mío. Los dos perdimos.

—Vámonos de aquí —dije.

—Vale.

De vuelta en casa, nos sentamos en el sofá a beber. Realmente no era una mala chica. Llevaba *vestidos* y tacones altos, y sus tobillos estaban muy bien. No sabía muy bien qué esperaba ella de mí. No deseaba que se sintiera mal. La besé. Tenía una lengua larga y delgada que entraba y salía de mi boca como un dardo. Pensé en un pez plateado. Había tanta tristeza en todas las cosas, incluso cuando las cosas iban bien.

Entonces Tanya me desabrochó el pantalón y se metió mi polla en la boca. La sacó y me miró. Estaba de rodillas entre mis piernas. Me miraba a los ojos y corría la lengua alrededor del glande. Tras ella los últimos rayos de sol se filtraban a través de mis sucias cortinas. Luego empezó a trabajar. No tenía técnica en absoluto; no sabía cómo tenía que hacerse. Era simple bombeo y succión repetitiva. En plan de ataque grotesco estaba bien, pero era difícil correrse con ataques grotescos. Yo había estado bebiendo y no quería herir sus sentimientos. *Así que entré en Fantasilandia*. Estábamos los dos en la playa, y estábamos rodeados por 45 o 50 personas, de ambos sexos, la mayoría en traje de baño. Estaban apiñados alrededor nuestro en un círculo cerrado. El sol estaba alto, el mar iba y venía, y lo podías oír. De vez en cuando unas gaviotas volaban sobre nuestras cabezas.

Tanya me la chupaba mientras ellos observaban y yo oía sus comentarios:

—¡Cristo, miradla cómo la coge!

—¡Loca putilla barata!

—¡Chupándosela a un tío 40 años mayor que ella!

—¡Apartadla! ¡Está chiflada!

—¡No, esperad! ¡Lo está consiguiendo!
—¡Y MIRAD esa cosa!
—¡HORRIBLE!
—¡Hey! ¡Voy a metérsela por el culo mientras está haciéndolo!
—¡Está LOCA! ¡CHUPÁNDOSELA A ESE VIEJO VERDE!
—¡Vamos a quemarle la espalda con cerillas!
—¡MIRADLA ACTUAR!
—¡ESTA TOTALMENTE LOCA!

Me incliné, agarré la cabeza de Tanya y apreté mi polla hasta el centro de su cráneo.

Cuando salió del baño yo tenía preparadas dos copas. Tanya tomó un sorbo y me miró.

—¿Te gustó, no? Podría jurarlo.
—Ciertamente —dije yo—. ¿Te gusta la música sinfónica?
—El folk-rock —dijo ella.

Me acerqué a la radio, puse el sintonizador en 160, la encendí y subí el volumen. Allí estábamos.

104

Llevé a Tanya al aeropuerto la tarde siguiente. Tomamos una copa en el mismo bar. La mulata no andaba por allí; toda aquella pierna estaba con algún otro.

—Te escribiré —dijo Tanya.
—Muy bien.
—¿Crees que soy una zorra?
—No. Te gusta el sexo y no hay nada malo en eso.
—Tú eso lo sabes bien.
—Yo soy bastante puritano, y los puritanos disfrutaban del sexo más que nadie.

—Tú actúas con más inocencia que cualquier otro hombre que yo haya conocido.

—En cierto modo siempre me he mantenido virgen...

—Me gustaría poder decir lo mismo.

—¿Otra copa?

—Claro.

Bebimos en silencio. Entonces llegó el momento de embarcar. Besé a Tanya delante del control de seguridad y luego bajé en el ascensor. La vuelta a casa transcurrió sin incidentes. Bueno, pensé, otra vez estoy solo. Debería ponerme a escribir como un condenado o volver a ser empleado de la limpieza en algún sitio. La oficina de correos nunca me volvería a admitir. Un hombre debía jugar su carta, como decían.

Llegué a casa. No había nada en el buzón. Me senté y llamé a Sara. Estaba en el restaurante.

—¿Qué tal? —dije.

—¿Se ha ido esa furcia?

—Se ha ido.

—¿Hace cuánto?

—La acabo de dejar en el avión.

—¿Te gusta?

—Tiene algunas cualidades.

—¿La quieres?

—No. Oye, me gustaría verte.

—No sé. Ha sido terriblemente duro para mí. ¿Cómo sé que no lo vas a hacer de nuevo?

—Nadie está nunca seguro de lo que va a hacer. Ni siquiera tú.

—Yo sé lo que siento.

—Oye, ni siquiera te he preguntado lo que has estado haciendo, Sara.

—Gracias, eres muy amable.

—Me gustaría verte. Esta noche. Pásate por aquí.

—Hank, no sé...

—Pásate por aquí. Podemos hablar, simplemente.

—Estoy muy quemada. He pasado unos días infernales.

—Mira, vamos a plantearlo de esta manera: para mí, tú eres la número uno, y ni siquiera hay número dos.

—Está bien. Me pasaré hacia las siete. Oye, hay dos clientes esperando...

—Muy bien, te veré a las siete.

Colgué. Sara era realmente un alma buena. Perderla por una Tanya era ridículo. De todos modos, Tanya me había aportado algo. Sara se merecía mejor tratamiento por parte mía. La gente se debía entre sí ciertas lealtades aunque no estuviese casada. Por otra parte, la confianza se haría más profunda al no estar santificada por la ley.

Bueno, necesitábamos vino, buen vino blanco.

Salí, subí al coche y conduje hasta la tienda de licores que había junto al supermercado. Me gustaba cambiar de tiendas de licores frecuentemente porque los empleados empezaban a conocer tus hábitos si eras usuario fijo e ibas de día y noche a comprar grandes cantidades. Notaba cómo se preguntaban por qué no estaría ya muerto y eso me hacía sentir incómodo. Probablemente no pensaban nada de eso, pero un hombre se hace paranoico cuando pasa 300 resacas al año.

Encontré cuatro botellas de buen vino blanco en el nuevo sitio y salí con ellas. Cuatro chavales mexicanos estaban parados fuera.

—¡Eh, señor, denos algo de dinero! ¡Eh, tío, danos algo de dinero!

—¿Para qué?

—Lo necesitamos, hombre, lo necesitamos, ¿no lo comprendes?

—¿Para comprar Coca?

—¡Pepsi-Cola, hombre!

Les di 50 centavos.

(INMORTAL ESCRITOR AYUDA A GOLFOS CALLEJEROS)

Se fueron corriendo. Abrí la puerta del Volks y metí el vino. Justo en el mismo momento llegó velozmente una camioneta y la puerta se abrió violentamente. Una mujer salió rudamente de un empujón. Era una joven mexicana, de unos 22 años, sin tetas, vestida con pantalones grises. Su pelo negro estaba sucio y grasiento. El hombre de la camioneta le gritó:

—¡MALDITA PUTA! ¡JODIDA PUTA GUARRA! ¡TE VOY A ROMPER EL CULO A PATADAS!

— ¡GILIPOLLAS! —le gritó ella—. ¡APESTAS A MIERDA!

El saltó de la camioneta y corrió a por ella. Ella se fue hacia la tienda de licores. El me vio y desistió de la caza, volvió a subir a la camioneta y salió rugiendo a toda velocidad del parking hacia Hollywood Boulevard.

Me acerqué a ella.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí, llévame a Van Ness. Esquina con Franklin.

—De acuerdo.

Montó en el Volks y entramos en Hollywood. Doblé a la derecha, luego a la izquierda y llegamos a Franklin.

—Tienes mucho vino, ¿no?

—Sí.

—Creo que necesito un trago.

—Casi todo el mundo lo necesita, sólo que no lo sabe,

—Yo lo sé.

—Podemos ir a mi casa.

—Bueno.

Di media vuelta con el coche.

—Tengo algo de dinero —le dije.

—Veinte dólares.

—¿La chupas bien?

—Mejor que nadie.

Cuando llegamos a mi casa le serví un vaso de vino. Estaba caliente, pero a ella no le importó. Yo me bebí otro vaso, también caliente. Luego me quité los pantalones y me tumbé en la cama. Ella me siguió. Me quité los calzoncillos. Ella bajó a lo suyo. Era terrible, sin la menor imaginación.

Esto es pura mierda, pensé.

Levanté la cabeza de la almohada.

—Vamos, nena, ¡ponle ganas! ¿Qué coño estás haciendo?

Me estaba costando empalmarme. Ella la chupaba y me miraba a los ojos. Era la peor mamada que me habían hecho nunca. Actuó unos dos minutos, luego se apartó. Sacó el pañuelo de su bolso y escupió en él como si estuviera expectorando algo.

—Eh —le dije—. ¿Qué estás tratando de venderme? No me he corrido.

—¡Sí lo has hecho, sí lo has hecho!

—¡Coño, no lo sabré yo!

—Me lo has echado en la boca.

—¡Corta el rollo! ¡Emplea tu boca para lo que debes!

Empezó otra vez pero igual de mal. La dejé actuar, esperando que ocurriera un milagro. Vaya una puta. Mamaba como un pato. Era como si sólo estuviera fingiendo que lo hacía, como si los dos lo estuviésemos fingiendo. Mi polla se ablandó. Ella continuó.

—Bueno, bueno —dije—, déjalo. Olvídalo.

Cogí mis pantalones y saqué mi cartera.

—Aquí están tus veinte. Ahora te puedes ir.

—¿Qué te parece una cabalgada?

—Ya me has dado una buena.

—Quiero ir a Franklin esquina Van Ness.

—Está bien.

Cogimos el coche y la llevé a Van Ness. Cuando me fui, la vi hacer dedo. A tomar por culo.

Cuando volví llamé otra vez a Sara.

—¿Qué tal? —dije.

—Va un poco lento, hoy.

—¿Vas a venir esta noche?

—Te dije que sí.

—He comprado un buen vino blanco. Será como en los viejos tiempos.

—¿Vas a volver a ver a Tanya?

—No.

—No bebas nada hasta que llegue yo.

—De acuerdo.

—Me tengo que ir... Acaba de entrar un cliente.

—Bueno, te veré esta noche.

Sara era una mujer buena. Tenía que centrarme. Cuando un hombre necesitaba muchas mujeres, sólo era porque ninguna de ellas era buena. Un hombre podía perder su identidad jodiendo demasiado por ahí. Sara se merecía mucho más de lo que yo le daba. Ya era hora de que me portara como es debido. Me tumbé en la cama y pronto me quedé dormido.

Me despertó el teléfono.

—¿Sí? —contesté.

—¿Eres Henry Chinaski?

—Sí.

—Siempre he *adorado* tu obra. ¡Creo que no hay nadie que escriba mejor que tú!

Era una voz joven y sexy.

—He escrito algunas cosas buenas.

—Lo sé. Lo sé. ¿De verdad has vivido todos esos asuntos con mujeres?

—Sí.

—Oye, yo también escribo. Vivo en Los Ángeles y me gustaría ir a verte. Me gustaría enseñarte algunos de mis poemas.

—No soy editor.

—Ya lo sé. Verás, tengo 19 años. Sólo quiero pasarme a verte.

—Tengo un compromiso esta noche.

—¡Oh, cualquier noche de éstas!

—No, no puedo verte.

—¿De verdad eres Henry Chinaski, el escritor?

—Te lo puedo asegurar.

—Yo soy una chica atractiva.

—Probablemente lo seas.

—Me llamo Rochelle.

—Adiós, Rochelle.

Colgué. Lo había hecho, por una vez.

Entré en la cocina, abrí un bote de vitamina E y me tomé varias pastillas con medio vaso de agua mineral. Iba a ser una buena noche para Chinaski. El sol estaba decayendo a través de las persianas, dándole un tono familiar a la alfombra, y el vino blanco estaba enfriándose en la nevera.

Abrí la puerta y salí al porche. Había un extraño gato allá fuera. Era una criatura enorme, con una luminosa piel negra y brillantes ojos amarillos. No se asustó de mí. Se me acercó ronroneando y se frotó contra una de mis piernas. Yo era un buen tipo y él lo sabía. Los animales sabían cosas así. Tenían instinto. Volví a entrar en casa y él me siguió.

Le abrí una lata de atún blanco, conservado en aceite de primera calidad. Peso neto 7 onzas.